

Jesús de Nazaret, el mito y el sabio

Marià Corbí y Halil Bárcena

*Una lectura del Evangelio de
Juan desde una espiritualidad
laica y desde el sufismo*

verloc 

 COTR
CONSEJO TRINOMIAL DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS

JESÚS DE NAZARET, EL MITO Y EL SABIO

JESÚS DE NAZARET, EL MITO Y EL SABIO

*Una lectura del Evangelio de Juan
desde una espiritualidad laica y desde el sufismo*

Texto: Marià Corbí y Halil Bárcena

verloc 

Biblioteca
C e T R
Centre d'Estudi de les Tradicions de Saviesa

ÍNDICE

Prefacio9

Introducción. Marià Corbí13

A modo de introducción. Halil Bárcena31

Comentario del Evangelio de Juan37

A modo de conclusión241

Bibliografía247

Los autores253

© Texto: Marià Corbí y Halil Bárcena
© Obra gráfica contraportada: Pere Rius.

Edita: Verloc
Barcelona
Teléfono: 629.759.844
www.verloc.com

Colección: *Biblioteca CETR*

Primera edición: abril de 2010

Diseño: Verloc. Gabinete Creativo Editorial

Depósito legal:
ISBN: 978-84-937737-2-4
Impresión: Publidisa

La reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, quedan rigurosamente prohibidas sin la autorización escrita de los titulares del copyright y estarán sometidas a las sanciones establecidas por la ley.

Nos proponemos una lectura del Evangelio de Juan desde las condiciones culturales de nuestros contemporáneos, condicionados por las sociedades de conocimiento globalizadas.

La metodología de lectura se plantea desde una doble perspectiva:

En primer lugar, desde las condiciones epistemológicas impuestas por las sociedades de cambio o sociedades de conocimiento globalizadas, que nos llevan a un nuevo planteamiento de la espiritualidad. Planteamiento que comporta el forzoso alejamiento de la epistemología mítica, que fue el fundamento desde el que nuestros antepasados, y todavía muchos cristianos actuales, vivieron y aún viven la buena nueva del Evangelio de Juan. Esta lectura tiene que partir de las condiciones de los ciudadanos de las sociedades actuales que, en su mayoría, ya no son creyentes ni tienen religión, pero que continúan aspirando a una espiritualidad profunda.

La segunda perspectiva es complementaria y en parte coincidente con la primera: se trata de la lectura de un sufi de la orden de Mawlânâ Rûmî. Esta segunda perspectiva permite acercarse al mensaje de Jesús también desde las nuevas condiciones culturales y desde fuera de los cuadros de creencias cristianas, para buscar en Jesús al gran maestro del espíritu, al gran maestro de la cualidad humana profunda.

En cuanto al procedimiento de exposición que emplearemos a lo largo del libro, empezaremos recordando el pasaje evangélico en cuestión y seguiremos con un doble comentario: primero, el que corresponde a la primera de las perspectivas enunciadas y, a continuación, el que corresponde a la segunda de éstas.

La publicación se abre con un doble prólogo. Tanto las introducciones como los comentarios a cada pasaje evangélico irán precedidos por el nombre del comentarista: Marià, Halil.

INTRODUCCIÓ
Marià Corbí

Quisiera introducir la lectura con una declaración clara de intenciones. Pretendo leer el Evangelio de Juan a la luz del conocimiento de la estructura de los mitos en los que Juan se expresa.

Los mitos son creaciones humanas, sistemas de socialización colectiva, programas para completar nuestra indeterminación genética como vivientes culturales, el software de los colectivos, modelados según las formas de sobrevivir de esos grupos humanos.

Hay que distinguir claramente lo que es el mito de lo que es la revelación. La revelación, aunque viene expresada toda ella en mitos, símbolos y rituales, cuya estructura conocemos, no es sin embargo esos mitos, símbolos y rituales en los que se expresa.

Teniendo esto en cuenta, ¿cuál es la revelación de Jesús de Nazaret, supuestos los mitos del ámbito cultural judeo-helenista de la comunidad de Juan en la que vive y desde la que se expresa?

En los distintos pasajes del Evangelio deberemos enfrentarnos con todas las dificultades que presenta esta nueva lectura.

El porqué de esta publicación y de la elección del Evangelio de Juan

Para muchas personas, la mayoría de nuestros ciudadanos y sobre todo las generaciones más jóvenes, los evangelios están bloqueados, están cerrados. Esto es así porque la Biblia y los Evangelios han estado, y están todavía, bajo el control de las doctrinas, creencias y dogmas de las autoridades eclesiásticas.

Conviene recordar que la iglesia católica no ponía las Escrituras en manos del pueblo. Fue Lutero el primero que lo hizo. Y sin embargo, a pesar de la sublevación de éste, la iglesia católica continuó sin traducirlas a las lenguas vernáculas todavía durante mucho tiempo.

En la liturgia, hasta hace muy poco, todavía se leía el evangelio a los fieles en latín y el sacerdote lo explicaba después al pueblo. Traigo este hecho a colación para que tengamos conciencia de que el texto evangélico ha estado estrictamente controlado por la doctrina y sus garantes.

En nuestra situación cultural se da un claro rechazo de la religión porque va ligada a sistemas de creencias y sumisiones. Al rechazar la religión, y concretamente la iglesia, se rechazan las creencias que ésta proclama o bien se las ignora. Asimismo, se bloquea también la lectura del Evangelio como texto espiritual valioso, debido a su estrecha vinculación con la iglesia, las creencias y las sumisiones.

La mayoría de nuestros contemporáneos no quieren saber nada de la religión, pero a muchos les interesa la espiritualidad, el camino interior, la dimensión de profundidad de la vida humana o como se quiera expresar esa peculiar dimensión que cultivaban las religiones en tiempos pasados.

Pero incluso a los que les interesa vivamente la espiritualidad les resulta más fácil leer y meditar textos budistas, vedantas y sufíes, a pesar de su lejanía cultural, que leer los Evangelios. Esto es así porque para la lectura de esos otros textos no hay prejuicios que actúen en la mente y el sentir, mientras que en el caso de los Evangelios, tan ligados como están a un sistema de creencias, existen graves obstáculos para leerlos y meditarlos como puros textos espirituales.

Los Evangelios están pues intrínsecamente ligados a la religión y ésta es la manera de cultivar la espiritualidad de nuestros antepasados preindustriales. Nosotros ya no podemos cultivar esa modalidad de espiritualidad; tenemos que hacerlo de una forma más acorde con nuestro tiempo; esto es, no religiosa y sin creencias.

La tarea consiste en liberar a los Evangelios de la sumisión a la que han estado sometidos. Ya no podemos leer los Evangelios como lo hicieron quienes nos precedieron porque nuestro pensar, sentir y nuestra organización como sociedad es distinta. Hemos de aprender a leerlos como textos puramente espirituales, que se expresan con narraciones y símbolos que no pretenden describir la realidad de la que hablan sino apuntarla, sugerirla.

Los evangelistas nos transmitieron lo que comprendieron, sintieron y vivieron con relación a Jesús de Nazaret y nos lo transmitieron con la estructura mental, sensitiva y organizativa que tenían. Nosotros hemos de poder comprender su mensaje espiritual, pero no es necesario, ni posible, que pensemos, sintamos, nos organicemos y vivamos como ellos.

¿Por qué hemos escogido el Evangelio de Juan, que es el más difícil, el más doctrinal, el más helénico? Pues precisamente por esto y también porque es el que, quizás, junto con San Pablo, ha sido más profundamente el fundamento de la interpretación de Jesús de Nazaret por parte de toda la doctrina cristiana posterior.

Este trabajo no tiene precedentes, puesto que la lectura del Evangelio de Juan, de esta manera tan explícitamente sin religión, sin creencias y como un texto puramente espiritual y simbólico no se ha hecho antes. Existen sin embargo algunos apuntes en esta dirección, que han sido muy mal recibidos por las iglesias, no sólo por la iglesia católica.

Para las iglesias, cada una a su manera, Evangelio, creencias y organización están ligadas de una forma indisoluble. Por consiguiente, separar Evangelio de creencias es atacar la totalidad de su sistema. Nuestra intención está lejos de atacar a nada ni a nadie, pues tan sólo pretendemos abrir el Evangelio, como texto espiritual, a los que “no pueden” tener religión ni creencias.

No objetaremos nada a quienes puedan vivir el Evangelio a la manera tradicional ni por descontado nos creeremos mejores que ellos. Pero la mayoría de nuestra población ya no puede leer y vivir el Evangelio de esa manera y no es justo que no pueda tener acceso a esta fuente de sabiduría.

No tiene tampoco sentido que en Occidente recuperemos la posibilidad de una espiritualidad sin religiones y sin creencias, pero que para ello tengamos que alimentarnos exclusivamente de tradiciones orientales o de la mística musulmana. Una situación así tiene algo de irreal.

¿Vamos a ser capaces de leer y vivir en profundidad los grandes textos de otras tradiciones espirituales de la humanidad, sin religiones y sin creencias, y no vamos a poder sin embargo hacer lo mismo con nuestra propia tradición porque somos incapaces de liberarnos del monopolio del pasado?

Nuestro intento es atrevido pero los maestros espirituales dicen que el camino interior sólo se puede hacer con un gran atrevimiento. Empezando por Juan, cogemos el toro por los cuernos. Si tenemos algo de éxito en ese empeño, los demás Evangelios serán más fáciles.

Lo difícil es sólo aprender a cambiar de actitud con respecto a los Evangelios: hemos de transitar de ver en ellos cosas que creer y que practicar, a ver únicamente palabras que orientan la mente y el sentir, y consecuentemente también la acción, hacia una dimensión de la realidad, de ésta, no de otra, que es innumerable, que está más allá de todas nuestras posibles categorizaciones y representaciones, pero que se puede expresar y apuntar.

Las aproximaciones a la tradición de Jesús

La primera aproximación es intentar investigar al Jesús histórico.

Es decir, rastrear, en los escritos canónicos y no canónicos que hablan de Él, al Jesús que realmente existió en las circunstancias de la Galilea, la Palestina y el Imperio Romano de su tiempo.

Los escritos que nos hablan de Él no son la crónica de su vida, de sus actos y de sus palabras, sino el testimonio de sus seguidores desde su fe en Él. Podríamos decir que nos ha llegado la mitologización de Jesús como expresión de la fe y de la creencia de sus discípulos. En esa mitologización se puede rastrear algo del personaje real mitologizado, para comprender mejor su mitologización y el sentido de su mensaje.

¿Pero qué entendemos por mitologización de Jesús? Se trata de la interpretación de ese personaje, de un gran peso espiritual, desde las categorías y patrones mitológicos de la sociedad judía primero y después desde los judíos helenizados de ciudades helenas de las monarquías helenísticas (Roma puede

considerarse una modalidad de monarquía helenística), con sus estructuras agrario-autoritarias, patriarcales.

Investigar al Jesús histórico es excavar en esas capas mitológicas hasta rastrear al personaje que fue recubierto con esas interpretaciones y valoraciones. Los mitos, símbolos y rituales, y los sistemas de creencias que les acompañan, propios de la sociedad israelita y de las ciudades helenistas, son sistemas de socialización equivalentes a una programación colectiva; podemos compararlos a un software.

Investigar al Jesús histórico es intentar acercarse al personaje, saliéndonos del sistema de programación (el software) desde el que estuvo interpretado, valorado y vivido, para verlo desde nuestra situación, que ya no está sometida a esos parámetros culturales. Ese sería el camino de la desmitologización de Jesucristo para llegar al Jesús de Nazaret.

Hay una segunda aproximación: investigar y comprender la estructura de los mitos y símbolos desde los que es leído, interpretado y vivido Jesús de Nazaret. No basta con poder rastrear el proceso de mitologización haciendo el recorrido inverso a la búsqueda del Jesús histórico; hay que conocer, además, la estructura de los mitos y símbolos con los que se le mitologizó. No es lo mismo la mitologización de los cristianos de tradición judía, que la de los cristianos judíos helenizados. Y no es lo mismo porque la estructura de unos mitos y otros es distinta.

Tanto los cristianos de tradición judía, como los de tradición helena, interpretaron, desde sus respectivas mitologías, lo que decían de Jesús. Y lo hicieron pensando que hacían una *descripción fidedigna* de la naturaleza de Jesús, de sus dichos y de sus obras. Así fue porque estaban sometidos, como todos los miembros de las sociedades preindustriales, a la *epistemología mítica*, que da por real lo que dicen las narraciones sagradas, mitos, símbolos y rituales.

Desde esta actitud se formuló la interpretación epistemológica de los escritos sobre Jesús; desde esta misma actitud se realizó también su lectura espiritual.

Necesitamos conocer la estructura de los mitos con los que se mitologizó a Jesús; en este caso no para desmitologizarlo, puesto que otros ya han hecho ese trabajo, sino para comprender mejor cómo se le interpretó y cómo se vivió su seguimiento en un determinado contexto cultural que conocemos bastante bien.

En este segundo acceso a la tradición de Jesús, no queremos desmitologizar; queremos conocer la estructura del mito con el que se le expresó y vivió. Podríamos compararlo a cómo el estudio de la estructura de un poema no pretende deshacerse de éste para llegar al hecho desnudo que lo provocó, sino comprender y sentir mejor el poema.

El tercer acceso, y el más importante desde un punto de vista espiritual, es comprender el mensaje de esas mitologizaciones y simbolizaciones. En este caso podríamos decir que lo que nos importa es vivir el poema; esto es, comprender, sentir y vivir lo que los discípulos de Jesús nos transmitieron con esas mitologizaciones parecidas a poemas. Queremos comprenderlos, sentirlos, seguirlos y verificarlos, ya no desde una epistemología mítica, que da por real lo que dicen los mitos y narraciones sobre Jesús, sino desde una epistemología ya no mítica.

Las narraciones sobre Jesús, las mitologizaciones y simbolizaciones que construyeron sobre Él, tenemos que leerlas y vivirlas ya no como descripciones de hechos y naturalezas reales, sino como símbolos, como narraciones-símbolo, como puro mensaje espiritual. Un mensaje espiritual que viene entroncado con Jesús de Nazaret.

Podríamos llegar a afirmar que lo que nos interesa de un poema, para vivir y verificar la belleza, es el poema mismo y no su estructura o el hecho que lo provocó. Sólo con esa actitud nos llega el mensaje del poeta. Hemos de tener una actitud semejante con respecto a lo que nos llega de la tradición de Jesús en las narraciones que nos lo transmiten.

No son los datos que podemos rastrear del Jesús histórico, ni la estructura de los mitos con los que se le interpretó, siguió y vivió lo que nos interesa, sino lo que sus discípulos nos transmitieron, a través de su propia vivencia y con los patrones culturales con los que la vivieron.

No pretendemos desmitologizar, sino comprender, vivir y verificar el mensaje puramente espiritual de esas mitologizaciones, liberados, eso sí, de las servidumbres que la epistemología mítica imponía, y liberados de los sistemas de creencias que esa misma epistemología arrastraba consigo.

Esa lectura puramente simbólica, libre de la epistemología mítica y libre de creencias, será la perspectiva de nuestro acceso a los textos sobre Jesús, los Evangelios, en concreto al Evangelio de Juan.

Nos interesan los poemas y haremos referencia a cómo están contruidos sólo para comprenderlos mejor. Algo semejante haremos con los escritos evangélicos.

La noción de “epistemología mítica”

Esta noción es de una importancia capital para poder heredar adecuadamente el legado de las grandes tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad.

Epistemología mítica es simplemente la manera de pensar y sentir, y por consiguiente de actuar y organizarse, que imponen los sistemas de programación propios de las sociedades preindustriales.

Estas sociedades vivían durante larguísimos períodos de tiempo haciendo fundamentalmente lo mismo porque les aseguraba la supervivencia convenientemente. Por ello excluían rigurosamente los cambios importantes, puesto que éstos podrían suponer riesgos para a un sistema de vida que se había verificado como eficaz durante milenios.

El sistema de programación de este tipo de sociedades tenía lugar a través de narraciones sagradas, mitos, símbolos y rituales. A través de éstos se socializaba unas formas de pensar y sentir y todas sus consecuencias; los mismos mitos expresaban y concebían la dimensión absoluta de nuestra experiencia de la realidad. Al hacerlo, sacralizaban la manera misma de socializarse, de programarse; es decir, sacralizaban los mitos, símbolos y rituales con los que se programaban y, con ello sacralizaban la exclusión del cambio.

Los mitos y símbolos suplían la indeterminación de la programación genética de nuestra especie y para ello tenían que adoptar el carácter indiscutible e indudable que para todo viviente tiene su programa genético.

Así, nuestra autoprogramación cultural, por la cual nos hacíamos animales viables, tenía que cumplir las condiciones básicas de la programación de todo animal viviente: dejar indudablemente claro y establecido cuál es nuestro mundo de objetos, el valor que tienen para nosotros, cómo tenemos que actuar con respecto a ellos y, supuesto que somos animales simbióticos, cómo debemos organizarnos para actuar adecuadamente, cómo hay que organizar la familia y la crianza, en unas condiciones de vida determinadas, siempre preindustriales.

Para todo viviente el mundo de objetos que su programa construye es para él la realidad misma. Para nosotros, los programas mítico-simbólicos tenían que cumplir la misma función; decirnos cómo es la realidad y nosotros mismos, y cuál debe ser nuestra actitud con el Absoluto. Este carácter intocable lo proporcionaba la noción mítica de “legado sagrado de los antepasados”, y “revelación de los dioses”.

Esto es la epistemología mítica: tomar como real lo que nos dicen nuestros sistemas de programación, excluyendo toda duda y toda vacilación; de lo contrario no podría cumplir su función de programa, continuador y complementador de nuestro programa genético incompleto, para hacer de nosotros animales viables.

Así pues, los mitos y símbolos, como sistemas de socialización y cohesión colectiva, como sistemas de interpretación, valoración, actuación y organización, llevan concomitante un modo de interpretar y valorar la realidad que hemos llamado “epistemología mítica”; es decir, toman como realidad lo que los mitos, símbolos, rituales y narraciones sagradas dicen. Y la epistemología mítica vale tanto con respecto a lo que los mitos dicen de la vida cotidiana, como respecto a lo que dicen de la dimensión absoluta de nuestra experiencia de lo real.

La epistemología que arrastran los mitos en las sociedades preindustriales, como prolongación de la programación genética, comporta una interpretación también del lenguaje: lo que la lengua enuncia es como es la realidad.

Con este tipo de epistemología hemos vivido los humanos durante centenares de miles de años. Cuando apareció la ciencia como sistema alternativo de interpretar la realidad, ya no mítico-simbólico sino conceptual, y como sistema alternativo de operar en ella, la ciencia tuvo que hacerse lugar afirmando que la realidad no era como la describían los mitos sino como la describía la ciencia. Con esta actitud la ciencia se mantuvo en la epistemología mítica. Continuó suponiendo que aquello que dicen nuestros discursos es capaz de describir la realidad.

Así hemos vivido hasta hace sólo unas décadas, hasta que han ocurrido cuatro acontecimientos prácticamente contemporáneos: en primer lugar, la generalización de la industrialización y el barrido de las sociedades preindustriales y sus sistemas de programación; en segundo lugar, el desarrollo acelerado de las ciencias y las técnicas y; en tercer lugar, la aparición de las sociedades de conocimiento e innovación. Finalmente, la globalización es el cuarto acontecimiento que ha acentuado los anteriores.

Al quedarnos fuera de toda programación mítico-simbólica y tenernos que construir nosotros mismos, conscientemente, nuestros propios proyectos y programas colectivos, nos hemos visto forzados a reconocer que todos los sistemas míticos del pasado han sido construcciones nuestras. Eso nos ha permitido comprender que los sistemas míticos no pretendían describir la realidad sino modelarla adecuadamente de acuerdo con un sistema de vida. Por consiguiente, las narraciones sagradas, los mitos y símbolos no pretendían describir la realidad (aunque para funcionar como programa colectivo tuvieran que ser vividos así) sino que sólo la modelaban.

Simultáneamente hemos tenido que reconocer que también las ciencias son construcciones lingüísticas, aunque sofisticadas, y que, por tanto, tampoco pueden tener la pretensión de describir la realidad, sino de modelarla para comprenderla y operar en ella para poder vivir mejor.

El resultado es que hemos tenido que abandonar la epistemología mítica, que había estado vigente durante centenares de miles de años con los mitos y símbolos, y que perduró en la primera ciencia, en las primeras sociedades industriales y en sus ideologías.

Ahora sabemos que todo nos lo construimos nosotros mismos. Que fuimos constructores de los mitos, y de las religiones que se apoyaron en ellos. Que somos constructores de nuestras ciencias y tecnologías y también de nuestros postulados y proyectos de vida.

La desaparición de la epistemología mítica nos ha dejados desnudos frente a la inmensidad de lo que nos rodea y frente a lo que nosotros mismos somos.

Ahora ya sólo podemos leer las tradiciones religiosas y espirituales del pasado como construcciones nuestras que apuntan, simbolizan, la dimensión absoluta de la realidad, sin que podamos considerar a ninguna como un suelo sólido donde pisar. Lo único sólido es “Eso inconcebible e irrepresentable” a lo que aluden todas nuestras construcciones religiosas y espirituales. Suelo indudablemente sólido, como puede verificarlo nuestra propia vivencia, pero tremendamente sutil para un viviente.

Ahora sabemos también que nuestras ciencias, al ser también construcciones nuestras, tampoco tienen una garantía externa a nosotros mismos.

Estamos solos y desnudos frente a esta inmensidad y frente a nuestro propio misterio. Estamos exclusivamente en nuestras propias manos, sin ninguna garantía exterior a nuestra propia capacidad de calidad.

Pero esta desoladora desnudez y fragilidad tiene una ventaja imponderable: porque estamos desnudos y conscientes de nuestra radical fragilidad, estamos abiertos al mensaje de los sabios de todas las edades y de todas las tradiciones; nuestra pobreza nos ha liberado de toda fijación. Ninguna creencia nos somete, ni religiosa ni laica, ninguna epistemología nos dicta cómo hemos de interpretar nuestro hablar de la dimensión absoluta de nuestra experiencia de lo real y de nosotros mismos, ni nos dicta cómo hemos de pensar, sentir, actuar y organizarnos.

Ahora somos conscientes de ser los constructores de nuestro destino; ahora somos conscientes de nuestra radical flexibilidad como especie y, a la vez, de la fragilidad que va unida a esa completa flexibilidad. Ahora somos conscientemente libres de crear nuestros propios proyectos.

¡Ojalá sepamos heredar, de todos los sabios y hombres espirituales del pasado, la calidad que requerimos para reconocer y gestionar nuestra desnudez, nuestra radical flexibilidad y nuestra fragilidad!

Breve reflexión sobre la noción de “Dios”

La lectura de los Evangelios exige un primer breve análisis del símbolo que se encuentra en su misma base, la noción de Dios. La noción, el símbolo “Dios”, es una figura antropomorfa empleada para expresar lo que no se puede expresar.

Se le piensa como un individuo, aunque sea como un “super-individuo”; se le piensa como persona que planea, decide, revela, premia y castiga, que dirige la historia. Crea con una palabra de autoridad, como los reyes hacen que sus mandatos se cumplan.

Es Señor, pero no como cualquier otro señor de poder limitado, es un Señor Todopoderoso. Ésta es la primera corrección al antropomorfismo de la noción.

Las correcciones a la antropomorfización continúan: es infinito, a pesar de ser individuo, pero es invisible. Como es invisible en esta vida, hay que creer en Él. Es eterno, es infinitamente justo y bueno. Es Padre que lo ama todo, pero es juez implacable.

De él se afirma una cualidad y su contraria, para que no nos quedemos fijados en ninguna palabra.

Es evidente que no estamos frente a una descripción de una realidad sino frente a un símbolo, es decir, frente a una expresión que sólo apunta a una dimensión de lo real, a la realidad de la realidad, a algo que está más allá de nuestras categorías de individuo, sujeto, objeto, etc.

“Dios” es un símbolo que nos habla para que comprendamos en que dirección apunta y hacia dónde debe dirigirse nuestra indagación. Cuando hemos comprendido el símbolo “Dios” como lo que es, un símbolo, el símbolo mismo se calla y se niega a sí mismo. Lo que llamamos “Dios” no es Dios. Esa torpe y arcaica representación; “lo que es” es sin imagen que le sea propia.

“Dios” bien entendido no es Dios.

Consideraciones generales sobre la estructura de los mitos

Los Evangelios están escritos en entornos de comunidades judías, más o menos helenizadas. Los patrones culturales desde los que hablan, interpretan y siguen a Jesús de Nazaret son los propios de las sociedades agrario-autoritarias de las ciudades helenas y los propios de la tradición cultural de Israel; esto es, los patrones culturales ganaderos, conservados por los judíos, con algunas alteraciones, a pesar del entorno cultural del Imperio y el de sus vecinos del este, del norte y del sur.

Para leer los Evangelios hay que tener muy en cuenta estas estructuras míticas, que forman una especie de programa colectivo desde el cual sus discípulos interpretan y viven el impacto espiritual que les dejó Jesús de Nazaret.

Tuvieron que comprender y vivir a Jesús desde las estructuras de sus sistemas mítico-simbólicos porque éstos modelaban, inevitablemente, su pensar, su sentir, su percepción de hechos y fenómenos, fueran éstos los propios de la vida cotidiana o extraordinarios y espirituales, como su encuentro con Jesús.

Veamos sumariamente los ejes centrales de las estructuras de los mitos que influyeron en la interpretación de Jesús de Nazaret.

La acción central de la cultura agrario-autoritaria era el *sometimiento a una autoridad* establecida que garantizaba el orden, la defensa, la seguridad, el

cultivo, el comercio, las comunicaciones etc. Esta acción central se convertía en metáfora central, que funcionaba como patrón o paradigma de comprensión, valoración y actuación. Esta metáfora central podría describirse como “mandato/obediencia”. Desde ésta, funcionando como paradigma de interpretación, valoración, organización y acción, se modelaba toda realidad, la de la vida cotidiana y la dimensión absoluta.

El cultivo de la tierra, de la que básicamente se vivía, era la segunda acción central y la segunda metáfora central que funcionaba también como patrón de comprensión, valoración y actuación. Podría describirse como “enterrar los granos para que den fruto”, es decir como muerte que conduce a la vida: “muerte/vida”. También esa metáfora central funcionaba como paradigma de pensar, del sentir, de la actuación.

Los judíos, aunque no vivían preponderantemente de la ganadería, por fidelidad a la Biblia, continuaban teniendo como acción central de su vida, la lucha contra la muerte de sus ganados frente a otras tribus enemigas, enfermedades y depredadores. Esta acción central funcionaba como metáfora central, y ejercía como paradigma o patrón de comprensión, valoración y actuación. Puede describirse como “la vida y la muerte se enfrentan”. Esta metáfora central, que también funcionó como paradigma, era muy diferente del agrario, pero en el cristianismo se combinó con los correspondientes a las sociedades agrario-autoritarias.

Estas acciones centrales desde las que vivían, se convertían en metáforas centrales o paradigmas desde donde se interpretaba, valoraba y organizaba toda la realidad: tanto la realidad que correspondía a la vida cotidiana, como la que correspondía a la realidad absoluta. Esto es coherente con nuestra condición animal: aquello de lo que se vive se convierte en criterio de realidad y valor. Esta es la ley general de todos los vivientes.

A Jesús se le interpretó desde estas estructuras míticas. Al interpretarlo desde ahí, se le mitologizó, siempre de acuerdo con las metáforas centrales de esos mitos y de acuerdo con los desarrollos formales de esas metáforas centrales o paradigmas cuando se iban extendiendo a los diversos ámbitos de la realidad de los pueblos de esas culturas. Esos desarrollos formales son los mitos, símbolos y rituales.

Las sociedades que estructuraron su pensar, su sentir, su percibir, su actuar y su organización desde esas estructuras míticas, que son necesariamente estructuras de creencias, porque eran propias de sociedades estáticas que debían fijar y excluir el cambio, tuvieron que comprender, interpretar, representar y vivir el seguimiento de Jesús desde esas mismas estructuras. Eso fue la mitologización de Jesús.

No es que primero se tuviera el contacto con Jesús y después se le mitologizara, sino que a medida que se iba profundizando en su seguimiento se

le fue mitologizando. Y esta mitologización de Jesús no tiene una connotación negativa.

Era obvio que se hiciera así, supuestos los sistemas de programación colectiva de las sociedades agrario-autoritarias y ganaderas. Esos procedimientos fueron tan aptos como otro cualquiera para transmitir el mensaje de Jesús.

En los últimos tiempos, en los países desarrollados, esos procedimientos de programación colectiva han muerto, pero siguen vivos como modos de expresión y significación.

Las estructuras míticas tienen una lógica interna de desarrollo. Los mundos míticos no aparecen maduros y desarrollados desde su nacimiento, sino que se van desarrollando a lo largo del tiempo. Ese desarrollo está siempre regido por su lógica interna, impuesta por la metáfora central o paradigma, y puede desplegarse de dos maneras: o por desarrollo interno sin impacto desde fuera, o provocado por impactos externos. Tanto en un caso como en otro, su despliegue será según su lógica interna. En la mayoría de los casos, los desarrollos se producen por dinámica interna y por impacto externo simultáneamente.

La mitología de Israel, tal como se puede reconocer en la Biblia, se desarrolla por dinámica interna y por poderosos impactos externos. Los impactos más importantes procedieron de la mitología irania, desde la conquista persa, y del helenismo, desde la conquista de Alejandro y después de Roma. También la Babilonia del exilio supuso un gran influjo.

Vamos a intentar hacer algunos comentarios al Evangelio de Juan, el más heleno de todos, teniendo en cuenta esas categorías míticas estructurales de la interpretación, valoración y seguimiento que hace Juan de Jesús; teniendo explícitamente en mente que la función programadora de esos patrones culturales ha muerto para nuestras sociedades, pero viven como sistemas de expresión.

En el Evangelio de Juan las estructuras propias de las ciudades helenas tendrán más peso que las estructuras hebreas. Quizás el lugar donde está más clara la mente helena del evangelista sea en el prólogo del evangelio. Juan usó las categorías míticas del judaísmo helenizado para expresar la profundidad de la experiencia espiritual que tuvo frente a Jesús y lo hizo para que otros pudieran comprenderla, vivirla y seguir a Jesús como lo hizo él.

En el Evangelio de Juan el eje de estructuración mitológica propio de las monarquías helénicas preponderó sobre el eje de “muerte/vida”, que también está presente. En Pablo de Tarso preponderó más el de “muerte/vida”, el elemento agrario de la mitología helenística, sin duda influido por los cultos místicos extendidos por todo el Imperio.

Consecuencias de la mitologización de Jesús

Las estructuras de socialización y programación colectivas con las que se mitologiza a Jesús no están orientadas a describir la naturaleza de Jesús, ni su relación con Dios, ni su acción, ni siquiera lo que fueron sus palabras; son estructuras mitológicas con la que se modela toda la realidad y también todo lo que se refiere a Jesús.

Las mitologías son estructuras colectivas de programación que modelan todo lo que se da por real. Eso significa que nociones tan centrales, como Hijo de Dios, Mesías, Señor, Redentor, Padre, no son descripción de la naturaleza de Jesús, ni de Dios, ni de su relación con el Padre; son modelación mitológica de Jesús y de todo lo que tiene que ver con Él.

Desde la epistemología mítica se creía que los mitos y las palabras describían inevitablemente lo que predicaban.

Desde una epistemología no mítica sabemos que los mitos y símbolos sólo modelaban aquello a lo que se refieren, según sus patrones generales de interpretación, valoración y acción, dependientes de los modos preindustriales de vida. Desde una epistemología no mítica sabemos que todo el sistema de significación mítico, simbólico y ritual, sólo significa aludiendo a aquello a lo que se refiere, según los patrones de su tiempo, pero sin la menor intención, ni posibilidad de describirlo tal como es.

La persona de Jesús, como los escritos que hablan de Él, estuvo sometida, como todo en las sociedades preindustriales, a los patrones míticos de su tiempo.

Conocemos las estructuras de los mitos desde los que modelaron toda la realidad los pueblos ganaderos (iranios, árabes, semitas); conocemos las estructuras míticas desde las que modelaron la realidad los pueblos agrario-autoritarios (sumerios, babilonios, asirios, egipcios); conocemos las estructuras mentales de las polis griegas y de los imperios helenísticos.¹

Las mitologías helenísticas, al igual que la romana, tenían muy claramente definido el eje autoritario de la interpretación, valoración y organización de lo real, pero tenían el eje agrario menos concreto y definido que las grandes mitologías de Mesopotamia y de Egipto e incluso que las Centroamericanas; ese eje mitológico, aunque más difuso en dioses y diosas de la naturaleza y de la fertilidad, era operante. Ese estado difuso del eje mitológico agrario fue una de las causas por las que se propagaron con tanta facilidad y extensión, en el helenismo y, sobre todo en el imperio romano, el culto de los misterios, que siempre fueron misterios de muerte y resurrección. El cristianismo de Pablo se presentó también con esa estructura.

No basta con conocer la vida cotidiana, las condiciones sociales, políticas y religiosas de la Galilea de Jesús o de Jerusalén. Ni basta con conocer las formas en las que se expresaron y celebraron su fe los seguidores de Jesús. Tampoco basta con rastrear la intención con que fueron escritos los primeros textos que hablaron de Él. Ni siquiera es suficiente rastrear lo que Jesús mismo pudo pensar, porque también Él estuvo sometido a los patrones míticos y a la epistemología mítica propia de todos los hombres de las sociedades preindustriales.

Hay que conocer las estructuras colectivas de socialización y programación expresadas en los mitos y sacar las consecuencias de esos conocimientos. Esas estructuras colectivas, mentales, sensitivas, de organización y de acción, determinaron indefectiblemente, a favor o en contra, las formas de pensar, sentir y actuar de los individuos; incluso de los grandes personajes religiosos como Jesús o los que escribieron los textos sobre Él.

Hoy, en los países desarrollados, estamos obligados y forzados a comprender e interpretar a Jesús desde sociedades con otro tipo de patrones mentales, no preindustriales, no míticos, no patriarcales, no jerárquicos, no locales; desde sociedades completamente industrializadas, de conocimiento y cambio continuo que, por ello, no pueden fijarse con creencias o proyectos de vida bajados del cielo.

Tenemos que aprender a vivirle desde una época globalizada en la que confluyen todas las grandes tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad; un época en la que ya no es legítimo poner una tradición por encima de las otras; cuando ya conocemos la altísima calidad de todas y cada una de las grandes tradiciones; cuando unos maestros del espíritu nos ayudan a comprender la sutileza y profundidad de los otros maestros; cuando el mejor maestro para comprender a Jesús es Buda, o Mahoma, o los grandes *rishis* indios, y a la inversa.

La lectura y comprensión de los grandes textos sagrados, en las nuevas condiciones culturales, tiene que ser a la vez crítica e ingenua. Hay que conocer lo mejor posible todos los condicionantes de las formas de representar y vivir al Jesús de la tradición; pero a la vez hay que ser capaces de leer los textos con total ingenuidad.

Los textos sagrados son en sí mismos revelación. Se asemejan a los poemas. Para comprender un poema es útil la crítica literaria, conocer el contexto y la intención con que fue escrito el poema, la historia. Todo eso nos ayudará a comprenderlo y experimentarlo en mayor profundidad; pero después de adquirir todos esos conocimientos, habrá que vivir directamente la revelación de la belleza en el poema.

Algo semejante ocurre con los textos sagrados. A esa segunda lectura, en la que uno se deja invadir por completo por la revelación inmediata del texto

1. Corbí, M.: *Análisis epistemológico de las formaciones axiológicas humanas*.
Corbí, M.: *Hacia una espiritualidad laica*.

sagrado, llamo lectura ingenua. Esa lectura ingenua no es simple ni fácil; requiere preparar y educar la mente y el sentir para poder acceder a ella.

Los mensajes de los grandes textos, en concreto de los Evangelios, aunque concebidos desde los patrones de una cultura y, por tanto, contruidos desde la primera letra a la última, son universales e inmortales en su totalidad. Nadie puede tener la exclusiva de su interpretación, porque no es única y polivalente.

Lo que sabemos, contruido por nuestros sistemas de modelación, nos impone desde una epistemología no mítica que lo que dicen los mitos no puede ser creído, porque no puede ser tomado como una descripción de la realidad a la que se refiere. Si todo lo que es formulación en el Evangelio de Juan, es construcción humana, modelación humana, ¿de qué habla el Evangelio de Juan? ¿De qué hablan todos los grandes textos religiosos de la humanidad? ¿De qué hablan las sociedades que ya no tienen esos sistemas mítico-simbólicos de modelación de la realidad?

Esa dimensión sutil de la que habla el Evangelio de Juan sólo nos la proporcionará la lectura ingenua de su texto. Lectura ingenua es no erudita, sino abierta, entregada, como se leen los poemas. La lectura ingenua de los textos sagrados es la clave de la espiritualidad. La lectura erudita está al servicio de la lectura ingenua; para poderla profundizar, para comprenderla mejor, para limpiarla de las adhesiones que la navegación a través de la historia le ha causado, para liberarla de la epistemología mítica y ayudarla a entrar en la sutilidad en la que se encuentra el espíritu.

La lectura ingenua es más sofisticada que la lectura erudita. No estamos apuntando a una lectura popular y sencillamente creyente. La lectura a la que me estoy refiriendo es ya sin creencias y sin religiones. Es volverse hacia el texto con toda la abertura de mente y corazón para entender y vivir el mensaje sin palabras que se dice con mitos, símbolos y palabras de tiempos de nuestros antepasados. Los textos sagrados hablan con palabras y moldes del tiempo en que fueron concebidos, pero hablan de forma que puedan entenderlos los hombres de todos los tiempos.

Nuestro propósito, en este escrito, es hacer caer en la cuenta de las estructuras míticas que modelan el Evangelio de Juan para poder deslindar mejor el vino de la copa que lo contiene. El vino es eterno y sin forma; la copa murió ya por completo en sus funciones de programación colectiva. Las estructuras míticas con las que Juan concibió y expresó a Jesús están irremediabilmente muertas; nadie podrá volverlas a la vida. Pero la fuerza de esas expresiones para hablar del mensaje sutil, del espíritu, de la profunda cualidad humana, no está sometido al tiempo y a la muerte.

Toda la cuestión está en liberarse de la epistemología mítica con la que se leen los mitos, con los que Juan y su comunidad interpretaron y vivieron a Jesús,

para poder llegar, en el texto mismo, al mensaje válido también para nosotros, hombres sin mitos, sin creencias y sin religiones.

Por consiguiente nuestro trabajo tendrá que ser a la vez erudito, pero lo justo y necesario para poder llegar a la lectura ingenua del texto. Sólo la apertura total, humilde y sin doblez al texto, prepara para recibir su revelación: la sutiliza de su mensaje que no es ni formulaciones que deban creerse, ni métodos, ni proyectos de vida colectiva, ni sistemas éticos, ni marcos para vivir una vida con sentido, a menos que se entienda por sentido únicamente la orientación a la adquisición de la cualidad humana profunda.

Deshacerse de la epistemología mítica es comprender el programa, la mitología desde la que se leyó y vivió el seguimiento de Jesús; pero no significa, en absoluto, abandonar esas mitologías. Deshacerse de la epistemología mítica no es desmitologizar.

Como los poemas han de leerse y sentirse desde el lenguaje y mentalidad en que fueron escritos, así también los textos que son revelación, forma de lo sutil, de lo que ni tiene forma en sí ni la puede tener, tienen que leerse y vivirse en el lenguaje en que fueron escritos. Eso sutil y sin forma de que hablan los textos siempre se manifiesta en formas, y lo hace de tal manera que el fondo y la forma son una unidad inseparable.

Por consiguiente, y repitiéndonos, nuestro estudio de las estructuras míticas en que se expresó Juan no pretende desmitificar su mensaje, desmitificar su evangelio, desmitificar a Jesús, sino liberarnos de la epistemología mítica para deshacernos de la sumisión a formas que supone; y eso para poder comprender y someterse mejor a lo sutil que se dice en esas formas, pero que no es esas formas. Aquello de lo que nos habla Juan es lo Sutil, Innombrable, pero nos lo dice con formas, que por lo que dicen, se hacen sagradas e intocables, como, en otro orden, las sinfonías de Mozart son intocables.

Si todo lo que se dice de Él son formas de nuestro pensar y sentir, según el software de una sociedad preindustrial determinada ¿qué se dice, propiamente de Él?

Todas las formas con las que hablamos de esta realidad, la cotidiana, y de la otra, la sagrada o divina, son hijas de nuestros sistemas de programación y son construcciones mentales y sensitivas nuestras. Ninguna de las formas que atribuimos a las realidades, sean las de nuestra vida cotidiana o sean las de lo divino, son en sí mismas; están en nuestra mente colectiva y en nuestra mente individual.

Dios, el Absoluto, Eso que es, el Vacío de todas nuestras construcciones, el Padre, o como quiera que llamemos a la dimensión absoluta de nuestra noticia mental y sensitiva de la realidad y a la dimensión absoluta de nuestro propio existir, es sólo nuestra modelación. “Eso absoluto” que se nos revela es

innombrable, inefable, no-imagen, vacío de todas las categorías que unos pobres vivientes como nosotros le podamos aplicar.

Los Grandes del Espíritu, los Grandes Maestros de la vida interior, los que se vuelven traslúcidos y muestran esa dimensión absoluta, sin sombra alguna de sí mismos, resultan también inefables, irrepresentables; el Absoluto se los traga sin que por ello dejen de ser hombres. Jesús es así.

Puesto que sabemos que todo lo que se enuncia en el evangelio de Juan es nuestra construcción, no lo que es Jesús, ¿qué debemos buscar en su Evangelio?

No buscaremos formulaciones, sino eso a que apuntan las formulaciones; no buscaremos descripciones, sino lo que no se puede decir con ellas, pero a lo que ellas se refieren. No buscaremos lo que objetivan los mitos y símbolos si no lo que se dice en ellos, que es inobjetivable. No buscaremos lo que se dice, sino la vía del silencio a la que se apunta con el decir.

Las narraciones del Evangelio de Juan son narraciones-símbolo, las expresiones son símbolos, todo ello son como lanzaderas que llevan a nuestra mente y nuestro sentir al ámbito del conocer silencioso, al ámbito de la certeza informulable, pero incommovible.

Intentaremos ver con claridad las estructuras míticas para liberarnos de su poder de seducción que nos arrastraría a la epistemología mítica, a interpretarlas como descripciones de la naturaleza de Jesús y de todo lo que tiene que ver con Él. Y lo haremos para poder recibir y vivir el enorme empuje simbólico de esas estructuras míticas para trascender toda formulación.

A MODO DE INTRODUCCIÓN
Halil Bárcena

El legado de Jesús forma parte irremplazable del patrimonio espiritual de la humanidad, máxime en un mundo cada vez más global, como el que nos ha tocado en suerte vivir. Jesús no es de nadie y es de todos, como el resto de grandes fundadores de religiones, maestros del espíritu y sabios de las distintas tradiciones de sabiduría universales. Jesús, pues, no es patrimonio exclusivo de grupo alguno, ni de ninguna confesión, sino que nos pertenece a todos. Una vieja tradición sufi reza así: *“El santo lo es para todo el mundo”*.

Más particularmente, Jesús, el sabio y maestro de Nazaret, constituye un referente ineludible tanto de la profetología islámica esbozada en el Corán, como del sufismo, la dimensión mística del islam, algo que no todo el mundo conoce por estos lares. Sin ir más lejos, para Ibn ‘Arabí de Murcia (m. 1240), el más grande gnóstico sufi de todos los tiempos, Jesús representa el sello de la santidad universal.

De todo ello arranca mi interés por Jesús, que no es poco. Así pues, no creo yo que deba añadir muchas razones más que justifiquen mi participación en este volumen, junto a Marià Corbí y a instancia suya. Pero, hay algo más todavía. Decía el citado Ibn ‘Arabí: *“Aquél cuya enfermedad es Jesús, no se cura jamás”*. Pues bien, quien esto escribe se reconoce en dichas palabras y en tal enfermedad incurable. En ese sentido, el maestro judío de Nazaret es como el persa Mawlânâ Rûmî (m. 1273), maestro de derviches, a cuyo estudio he venido dedicando los últimos años de mi vida. Quien de verdad penetre en ambos, Jesús y Rûmî, Rûmî y Jesús, no podrá salir de ellos jamás.

Mi aproximación al Evangelio de Juan, un texto nada fácil, en el que aparece sintetizada la compleja cristología del autor, no ha sido desde la dogmática islámica, ni siquiera desde la teología mística sufi, si bien aquí y allá he hecho mención a ambas cuando lo he creído oportuno; sino desde el texto en sí mismo. Que nadie se confunda ni se lleve a engaño: no he pretendido aquí hacer una lectura comparatista del Evangelio, ni mucho menos enzarzarme o polemizar con el autor desde las categorías religiosas islámicas. Téngase en cuenta que el islam posee si no una cristología sí una *jesusología*. Nada de todo eso. Confieso muy tranquilamente que, a diferencia de muchos otros, no siento el más mínimo escozor en los ojos al leer la palabra “Padre” –por otro lado, bellísima– referida a Dios o “Hijo” para designar a Jesús. Al fin y al cabo, son sólo símbolos y nada más que símbolos –¡lo cual no es poco!– y los símbolos están para ser comprendidos en sí mismos, no para ser creídos o para polemizar sobre ellos. La verdad es bella en todas sus formas. Los símbolos, y acudo aquí sí a la terminología sufi, son una suerte de puente (*ta’abîr*) que nos permite traspasar nuestra mirada roma de la realidad, yendo de las apariencias a lo invisible visible. Esa es la función primordial del símbolo y su relación con lo oculto.

No, lo que he pretendido es seguir los pasos de la propuesta, por demás única y pionera, de lectura estrictamente simbólica de los textos sagrados que Marià Corbí ha venido pergeñando en nuestro país desde hace ya un buen puñado de años. Aunque lo he hecho, no podía ser de otro modo, a mi manera. Y es que sería estúpido y suicida despreciar el rico legado sufi del *ta'wil* o hermenéutica simbólica de los textos. En ese sentido, los sufíes han sido, históricamente, unos de nuestros más valiosos predecesores, en lo que a la lectura simbólica se refiere. Igualmente, han destacado los sufíes por su ecumenismo y apertura al otro. Pienso, por ejemplo, en el círculo de estudios que el príncipe sufi Dara Shikoh (m. 1659) constituyó en la India mogol, con sabios hindúes, musulmanes, budistas, parsis y cristianos, del cual salió, entre otras obras, la traducción al persa de los Upanishad. La diferencia estriba en que dichos sabios sufíes eran sufíes, sí, pero también creyentes, mientras que nosotros, hoy, nos sentimos herederos de ellos, pero ya no somos creyentes, entre otras cosas, porque no podemos serlo.

Hoy, no es suficiente con las propias fuentes para entender la extrema complejidad del hombre y del mundo. No basta con una sola perspectiva –ya sea el islam, el cristianismo, el budismo, o lo que sea– para comprender la magnificencia de la existencia. Hoy, además, que todo es de todos, encastillarse en lo propio ignorando el resto resulta una aberración; es ir contra el devenir de la historia. Pero, leer los grandes textos sagrados de la humanidad, y el Evangelio de Juan lo es, ha de implicar siempre revivir sus palabras desde nuestro contexto histórico, esto es, desde nuestra forma de pensar y desde nuestro sentir. De otro modo, los traicionaríamos. Los grandes textos espirituales y de sabiduría se están diciendo a cada instante. En ese sentido, poseen la autoridad de la aurora. Constituyen inagotables veneros de intuiciones espirituales atemporales dichas mediante símbolos; y éstos, a diferencia de los dogmas, invitan siempre a renovadas y múltiples reinterpretaciones. Los textos sugieren al lector un segundo (¡y hasta tercero y cuarto...!) sentido de las cosas, por boca de sus personajes o a través de metáforas y símiles. Esa es la grandeza del lenguaje simbólico. Mientras que el lenguaje común es eso y nada más, el lenguaje simbólico es eso... ¡y muchas cosas más!

El lenguaje de la espiritualidad es el simbolismo. Por consiguiente, es preciso hablar dicho lenguaje simbólico a fin de comprender, en profundidad, de qué hablan las religiones y los grandes maestros de la espiritualidad universal, Jesús, el sabio y maestro de Nazaret, en este caso.

No me queda ya sino agradecer a Marià Corbí la invitación a participar en el seminario en el que durante un año fuimos comentando al alimón el Evangelio de Juan. Ese fue el embrión de este libro. Ni que decir tiene que el

reto para mí fue inmenso, pero estimulante, al mismo tiempo. Hoy, puedo decir que ha sido mucho lo que he aprendido leyendo y releendo el texto de Juan sobre Jesús, pero también escuchando al propio Marià Corbí, en el transcurso del seminario.

COMENTARIO DEL EVANGELIO DE JUAN

Algunas observaciones previas (Marià Corbí)

Comentaremos todos los capítulos y versículos del evangelio de Juan para enfrentarnos con todas las dificultades de interpretación que presenta.

Primero transcribiremos el apartado del texto de Juan y después lo comentaremos en la medida de nuestras posibilidades. Lo haremos desde la perspectiva de nuestros contemporáneos que ya no tienen su mente y su sensibilidad estructurada desde los mitos y símbolos desde los que se expresa Juan y que pertenecen a una cultura no mitológica, sin creencias, ni religiones, aunque puedan tener opiniones acríicas que funcionen en ellos de la misma manera que las antiguas creencias. Estas creencias del funcionamiento cotidiano de nuestras sociedades de conocimiento no son sin embargo reveladas, ni intocables, sino todo lo contrario; son simplemente opiniones o afirmaciones acríicas, que se apoyan en su falta de crítica o en ignorancia, en pereza o en intereses que no se quieren tocar.

En nuestros comentarios utilizaremos, en muchas ocasiones, lo aprendido de la sabiduría de otras tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad, especialmente lo aprendido de la tradición vedanta-advaita de la tradición hindú, el budismo y el sufismo islámico.

1

Jn. 1, 1-18

*Al principio era el Verbo,
y el Verbo estaba en Dios,
y el Verbo era Dios.
Él estaba al principio en Dios.
Todas las cosas fueron hechas por Él,
y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.
En Él estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres.
La luz luce en las tinieblas,
pero las tinieblas no la acogieron.
Hubo un hombre
enviado de Dios,
de nombre Juan.
Vino éste a dar testimonio de la luz,
para testificar de ella*

*y que todos creyeran por él.
 No era él la luz,
 sino que vino a dar testimonio de la luz.
 Era la luz verdadera
 que, viniendo a este mundo,
 ilumina a todo hombre.
 Estaba en el mundo
 y por Él fue hecho el mundo,
 pero el mundo no le conoció.
 Vino a los suyos,
 pero los suyos no le recibieron.
 Mas a cuantos le recibieron
 dióles poder de venir a ser hijos de Dios,
 a aquellos que creen en su nombre;
 que no de la sangre,
 ni de la voluntad carnal,
 ni de la voluntad de varón,
 sino de Dios son nacidos.
 Y el Verbo se hizo carne
 y habitó entre nosotros,
 y hemos visto su gloria,
 gloria como de Unigénito del Padre,
 lleno de gracia y de verdad.
 Juan da testimonio de Él clamando:
 Este es de quien os dije:
 El que viene detrás de mí
 ha pasado delante de mí,
 porque era primero que yo.
 Pues de su plenitud recibimos todos
 gracia sobre gracia.
 Porque la Ley fue dada por Moisés,
 la gracia y la verdad vino por Jesucristo
 A Dios nadie le vio jamás;
 Dios unigénito, que está en el seno del Padre,
 ése le ha dado a conocer.*

Marià Corbí: Dada la importancia del prólogo de Juan, me veo forzado a comentarlo parte a parte, aunque ésta no será la manera habitual de mi proceder.

*Al principio era el Verbo
 y el Verbo estaba en Dios,
 y el Verbo era Dios.*

En un principio la Manifestación estaba en el Inmanifestado y era el Inmanifestado. La Manifestación y el Inmanifestado no son dos y son Dios, supuesto el teísmo de estas culturas.

A la Manifestación se le llama Verbo, Palabra. Llamar así a la Manifestación resulta muy adecuado. La Manifestación es semejante a la Sabiduría, a una palabra que estaba en Dios y que era Dios. Así lo interpretó el judaísmo helenizado.

*Él estaba al principio en Dios.
 Todas las cosas fueron hechas por Él,
 y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.*

Todas las cosas son la Manifestación del Inmanifestado. Esta idea se expresa dentro del patrón teísta que generan las sociedades agrario-autoritarias. A Dios se le concibe como una individualidad y a su Manifestación también. Quienes se sienten individuos no pueden concebir a la dimensión absoluta de la existencia, Dios, más que como una individualidad, y su Verbo como otra individualidad, aunque no como dos dioses. Asimismo, ambos tienen que pensarse como diferentes de las criaturas porque a Dios se le interpreta según el patrón del Señorío. El Verbo está en el mismo nivel.

Como al Señor del grupo social se le ha de interpretar como diferente y distanciado de sus súbditos, así también se ha de concebir a Dios y su Verbo como distinto de las criaturas. Y como el Señor da vida al pueblo con sus mandatos, así Dios, por su Verbo, da vida a las cosas por su mandato.

*En Él estaba la vida,
 y la vida era la luz de los hombres.
 La luz luce en las tinieblas
 pero las tinieblas no la acogieron.*

La Manifestación de Dios se hace patente en Jesús de Nazaret. En Él está, en su plenitud, la manifestación del Inmanifestado. El Verbo de Dios sumerge a Jesús de Nazaret en su grandeza y su misterio, sin que por ello deje de ser un hijo de nuestra estirpe. Con una atrevida metáfora se afirma que el Verbo se “encarna” en Jesús de Nazaret. Y esa metáfora apunta a una realidad en Jesús de Nazaret que puede ser verificada por sus seguidores.

Ese Jesús, Verbo de Dios, es la vida de todo lo que sale de Dios. Y al encarnarse la Manifestación, el Verbo, Jesús es Luz con rostro humano para los hombres. Una Luz que luce en las tinieblas de nuestra pobre condición de depredadores despiadados. Sin embargo, las tinieblas no supieron reconocerle.

Con estas pocas líneas el evangelista coloca a Jesús como la manifestación misma de Dios y como tal, “no otro” de Dios. El texto podría leerse desde la misma perspectiva que los Upanishad: todo es la Manifestación del absoluto, de Brahman. La manifestación primera de Brahman, Brahmâ, junto con su creación, Maya, no son otro que Brahman; no hay pues dualidad alguna.

Sin embargo, en una sociedad como la helenística, en la que los mismos patrones míticos que estructuran la sociedad son los mismos con los que se expresa el Absoluto y su relación con Él, no podía hacerse esta interpretación.

Dentro de los patrones propios de las sociedades autoritarias no todo puede ser, por igual, manifestación de Dios. El gran Maestro del espíritu es “la Manifestación” plena de Dios; las demás criaturas y los demás hombres serán manifestación de Dios a través de Él y por Él.

Sin esa idea “exclusiva” de la encarnación del Verbo en Jesús, el principio autoritario único de las sociedades agrario-autoritarias podía ser dañado. El Señor del pueblo es único y al pueblo la vida le llega gracias a los mandatos del Señor. Dios es el Señor Supremo y el señor político, o se identifica con Él o es su elegido, pero siempre su representante único.

Como la vida a los pueblos no puede llegar más que a través de sus Señores y Reyes, así la vida divina sólo llega al pueblo a través de Jesús, el Verbo de Dios. Si Jesús no fuera único y exclusivo, como manifestación plena de Dios, si Él invitara a todos a ser como Él, como hacen los Maestros del espíritu hindúes o budistas, el principio de autoridad saltaría por los aires. Interpretando a Jesús como se hizo, se afianzó el principio de autoridad. Así lo entendieron los Emperadores romanos y fomentaron esa teología y la utilizaron.

Pero hay que tener en cuenta que esta interpretación de Jesús, tan grandiosa, no fue hecha para adaptarlo a los intereses políticos. Sus discípulos lo concibieron así porque sus mentes y sus sentires estaban estructurados de esta manera.

*Hubo un hombre
enviado de Dios,
de nombre Juan.
Vino éste a dar testimonio de la luz
para testificar de ella
y que todos creyeran por él.
No era él la luz,
sino que vino a dar testimonio de la luz.*

La llegada del Verbo de Dios es anunciada por un heraldo que va delante de Él. Ese heraldo cumple una misión divina: dar testimonio de la Luz. Es un heraldo digno de fe, un asceta del desierto y un profeta, para que por su testimonio todos crean en la Luz que llega. Aunque es profeta, no es la Luz, porque no es la manifestación plena y única del Único. Aunque luz, no es “la Luz”. La figura de Juan es utilizada para poner de relieve *la unicidad exclusiva de la misión de Jesús*: ser “la Manifestación del Padre”, el Verbo de Dios.

*Era la luz verdadera
que, viniendo a este mundo,
ilumina a todo hombre.*

Jesús es la Luz verdadera, la Manifestación plena y, como tal, única venida a este mundo. Este mundo es obra de Dios y como obra suya es también su manifestación; pero no es la Manifestación, el Verbo, que estando en el Padre viene a este mundo para iluminar a todo hombre. Él es el único que ilumina a todo hombre. Toda Luz viene por Él.

Dios es el Señor y Padre único y Jesús el Verbo de Dios único. Las criaturas son, en virtud de su palabra autoritaria, signos de Dios que existen con el poder de Dios y desde el poder de Dios, pero diferentes de Él. Son su manifestación, pero no “su Manifestación” que corresponde únicamente y en exclusiva a Jesús, porque sólo Él estaba en Dios en el principio y antes de todo principio.

Los discípulos de Jesús ven en Él la Manifestación plena de Dios, hasta el punto de hacerlo la encarnación del Verbo de Dios, de la Manifestación plena de Dios, pero lo interpretan desde el patrón mítico autoritario.

Puesto que lo interpretan desde los patrones míticos, lo leen desde la epistemología mítica. El evangelista, aunque está utilizando símbolos, metáforas, para hablar de lo Innombrable, tiene que tomar lo que dicen las estructuras míticas, que son estructuras simbólicas, metáforas, como descripciones de la realidad. Así cree lo que dice: que el Absoluto es Dios y Padre, que Jesús es la encarnación exclusiva de su Verbo, de su Manifestación y que, por consiguiente, sólo Él es la Luz del mundo.

*Estaba en el mundo
y por Él fue hecho el mundo,
pero el mundo no le conoció.
Vino a los suyos
pero los suyos no le recibieron.*

Las criaturas son manifestación y, a pesar de serlo, no reconocieron a la “Manifestación”. Los hombres eran “los suyos”, pero no le recibieron.

Podríamos decir que, sobrepasando, en cierta medida, la dualidad de Dios/criaturas que crea el paradigma mítico autoritario, el evangelista afirma que comprende que el mundo y los hombres, como criaturas y manifestación del Verbo de Dios, son, en cierta medida marcada por la jerarquización, manifestación de Dios y por tanto, uno con su Verbo, su Manifestación.

A pesar de que el patrón mítico modela la interpretación de Jesús y por ella le hace encarnación única del Verbo de Dios, el evangelista expresa el sentimiento de unidad de su profunda experiencia espiritual.

*Mas a cuantos le recibieron
dióles poder de venir a ser hijos de Dios,
a aquellos que creen en su nombre;
que no de la sangre,
ni de la voluntad carnal,
ni de la voluntad de varón,
sino de Dios son nacidos.*

Cuantos reconocieron “la Manifestación de Dios” comprendieron que también ellos eran manifestación de Dios; y así fueron incorporados a la unidad. La Manifestación del Verbo les dio el poder de reconocerse manifestación y con ese don les dio el poder reconocerse como hijos de Dios, pero salvando siempre el principio jerárquico propio del patrón mental de las sociedades agrario-autoritarias; salvando también por tanto el sentido de “Hijo exclusivo de Dios” de Jesús.

El poder lo recibieron quienes creyeron en su nombre, que es equivalente a decir quienes creyeron en su condición de Luz del Padre, Verbo del Padre.

¿Pero cuál es el sentido del término “creyeron” en el texto?

En primer lugar, significa que supieron verle hasta el punto de abrirse a Él y entregarse confiadamente: esta sería la fe en Jesús.

En segundo lugar, viene a indicar que se adhirieron a la formulación que la estructura mítica autoritaria daba a esa fe, a esa apertura a la manifestación de Dios, a ese “toque” del Absoluto; es decir, que creyeron que Jesús de Nazaret era la “Luz del mundo”, “la Manifestación plena del Padre”, el “Verbo encarnado de Dios”. Dicho en otros términos: creer en Jesús era también tomar los símbolos con los que se habla de Él como descripciones, aunque inadecuadas, de la naturaleza de Jesús y de su relación con el Padre y con nosotros.

Debemos recordar que la fe, en la época en la que las narraciones sagradas, los mitos, los símbolos y rituales estructuraban la mente y el sentir de las personas

y los colectivos, no podía ser vivida de otra manera que unida a la creencia, es decir, unida a la forma que le proporcionaba el mito. O dicho más técnicamente, la fe tenía que ser vivida desde la epistemología mítica que tomaba lo que dicen las palabras como descripción de la realidad. La fe en Jesús era fe-creencia. Por ello, recibían el poder de ser hijos de Dios, *los que creían en su nombre*.

Los que creen en Él no lo consiguen por su estirpe, ni por la voluntad de su ego, ni por voluntad de varón, sino por don de Dios. De Dios son nacidos, con un segundo nacimiento.

La fe-creencia tiene lugar únicamente cuando se produce el “toque del absoluto”, el don de ver y reconocer “la Manifestación” en Jesús, en el Maestro del espíritu, tal como lo enuncia la narración mítica.

Podríamos decir que hay segundo nacimiento, cuando la Manifestación del Maestro, del Verbo de Dios, nos da el poder de reconocerle y reconocernos como Verbo de Dios, como manifestación suya, como hijos de Dios. Pero en el Evangelio de Juan siempre se afirma esto, guardando la exclusividad de Jesús y las distancias que marca el patrón mítico jerárquico entre Dios y las criaturas.

*Y el Verbo se hizo carne
y habitó entre nosotros,
y hemos visto su gloria,
gloria como de Unigénito del Padre,
lleno de gracia y de verdad.*

La Manifestación de Dios se hizo carne en Jesús de Nazaret. En principio, esto podría afirmarse de todos los grandes Maestros espirituales de la humanidad. El Verbo de Dios se hace carne en ellos y, al hacerlo, habita entre nosotros y vemos su gloria. Gracias a los Maestros del espíritu vemos “al que es” en rostro humano, habitando entre nosotros y compartiendo todas nuestras pobres condiciones de vida.

La historia de las grandes tradiciones religiosas de la humanidad está llena de este tipo de testimonios, dichos con palabras semejantes a éstas y con el mismo sentido.

Pero Juan saca las consecuencias de su fe-creencia, de vivir la profundidad de su experiencia espiritual en su relación con Jesús desde el patrón mítico autoritario, desde su software, desde las categorías mentales y sensitivas que imprimen en los colectivos las estructuras míticas vigentes en las sociedades helenas.

El Verbo que se hizo carne, que habitó entre nosotros y vimos su gloria, es el “Unigénito del Padre”; es la única encarnación, es la única manifestación plena, Dios de Dios. Él es el único lleno de gracia y de verdad; los demás sólo

participan de Él. Él es único, exclusivo, definitivo, el que trae la Luz que ilumina a todo hombre.

Es magnífica la forma de expresar la plena revelación del Absoluto en un hombre y los términos que emplea para expresar esa plena revelación: gloria, gracia, verdad. También la expresión “Unigénito del Padre” es bella y adecuada, porque expresa la unidad absoluta que se experimenta frente al Maestro que es plena Manifestación de Dios. El Padre y su Verbo son uno y quien recibe el don de ver esa unidad es incorporado a la unidad, porque reconoce en sí mismo esa unidad.

Sin embargo, en este bellísimo texto se expresa también la creencia, que es la conformación propia del patrón mítico autoritario. Es una afirmación explícita de la unicidad y exclusividad de Jesús como única encarnación del Verbo de Dios; de ahí su categoría de Unigénito del Padre.

Juan da testimonio de Él clamando:

*Este es de quien os dije:
El que viene detrás de mí,
ha pasado delante de mí,
porque era primero que yo.
Pues de su plenitud recibimos todos
gracia sobre gracia.*

Juan el Bautista da testimonio de Jesús proclamando que él es sólo su precursor. Alude a que el Verbo que se encarna en Jesús de Nazaret es antes de todo principio. Y añade, para hacer explícita esta alusión, que de su plenitud recibimos todos. Todo don y toda luz proceden sólo de Él. Y es un dador generoso porque imparte gracia sobre gracia. También aquí está operando el exclusivismo que se deriva del principio autoritario.

*Porque la Ley fue dada por Moisés,
la gracia y la verdad vino por Jesucristo.*

Moisés fue grande y trajo de parte de Dios la Ley de vida, pero Juan considera que Jesús es mayor, porque por Él es dada la gracia y la verdad. Moisés trajo la Ley de vida, mientras que Jesús trae una verdad que es puro don, espíritu y vida. Como si Juan dijera, volviendo a sobrepasar las estructuras míticas, que Moisés trajo una religión sagrada, compuesta de creencias y preceptos y que, en contraposición, Jesús trajo una verdad que es pura gracia. Es decir que Jesús nos trajo un nivel de vida que es enormemente sutil y desproporcionado para unos pobres vivientes como nosotros y que, por tanto, sólo puede ser don de gracia y de verdad.

*A Dios nadie le vio jamás;
Dios unigénito, que está en el seno del Padre
ése le ha dado a conocer.*

Si se concibe a Dios como tiene que hacerse desde el patrón mítico autoritario, nadie lo ha visto jamás, porque Dios es “otro” que las criaturas, Señor y Creador. Si abandonamos el patrón mítico autoritario, como no tenemos más remedio que hacerlo en el nuevo tipo de sociedad, ni Dios es una entidad, como las otras entidades, aunque suprema y fontal, ni Dios es Señor ni Creador, más que como metáfora, porque no es “otro” de las criaturas, ni las criaturas son “otras” con respecto a Dios.

La categoría “dos” es propia de nuestra condición de seres vivientes, que precisa dualizar para poder satisfacer las necesidades en el medio. Si la dualidad es una categoría de nuestra condición animal, al Absoluto no le corresponde esa categoría. Y la realidad, nosotros incluidos, es no-dual. Por tanto es correcta y adecuada la afirmación de Nicolás de Cusa cuando afirma que ni Dios es “otro” de nosotros, ni nosotros somos “otros” de Dios.

Si esto es así, si nos salimos de la lectura que hace la mitología agrario-autoritaria, a Dios le ve todo el mundo, sea o no sea consciente de ello. Esta afirmación es constante en la tradición hindú y en la budista e incluso en el Islam, cuando el Profeta Mahoma afirma que “donde quiera que os giréis sólo veréis la faz de Alá”.

Juan termina el prólogo a su evangelio con la afirmación central de su teología: Jesús de Nazaret es la encarnación única del Verbo de Dios porque es el Unigénito, preexistente en el seno del Padre. Por esa su condición divina, sólo Él puede dar a conocer al Padre y lo da a conocer.

Aquí estamos frente a la estructura exclusiva y exclusivista de toda formación mitológica. Los mitos, símbolos y rituales tienen como pretensión primaria, pues para eso fueron creados, completar la indeterminación genética de nuestro programa como vivientes. Por tanto, tienen que presentarse de forma que excluyan toda duda y para ello se presentan como si tuvieran procedencia divina. Los mitos se presentan como un proyecto de vida colectiva, diseñado e impuesto por Dios, que incluye interpretación, valoración, actuación y organización. Por consiguiente es un proyecto exclusivo y excluyente de cualquier posible alternativa.

Cuando esas estructuras programadoras míticas hablan de la dimensión Absoluta de la realidad la expresan según la función que deben cumplir en el grupo humano. Por consiguiente, en todos los mitos, la representación del Absoluto, en nuestro caso de Dios, tendrá que presentarse como una representación exclusiva y excluyente. La epistemología mítica que siempre,

indefectiblemente, acompaña a las mitologías, se encarga de que las afirmaciones de los mitos, en este caso de Juan hablando de Jesús desde la mitología autoritaria, se interpreten como exclusivas y excluyentes.

Las estructuras autoritarias desde las que habla Juan en el prólogo de su Evangelio modelan la realidad, modelan la interpretación de Jesús, no describen su naturaleza. Cuando ya no estamos sometidos a ese tipo de programación, sino que somos conscientes que nos autoprogramamos únicamente con los postulados de valor que nosotros mismos construimos y con los proyectos de vida que, a partir de esos postulados seamos capaces de edificar, tenemos que apartarnos del tipo de programación que rige la exposición de Juan y, por tanto, de su sistema de creencias.

Tenemos que distinguir en él, el vino de la copa; el impacto que hizo Jesús de Nazaret en sus discípulos y que puede hacer en nosotros, de la forma de concebirlo y vivirlo que ellos tuvieron que adoptar.

Para Juan y su comunidad, Jesús fue la manifestación plena de la dimensión Absoluta de lo Real. Una manifestación que cambió sus vidas. El impacto que Jesús supuso para sus vidas lo expresaron según el sistema de pensar, sentir y actuar propio de la sociedad agrario-autoritaria en la que vivieron. La cultura de las sociedades helénicas y hebreas conformó su pensar y su sentir. Desde ahí hablaron y expresaron, como pudieron, la grandeza desmesurada, para su capacidad de decir, de Jesús de Nazaret.

Podemos hacer una lectura no mitológica del prólogo de Juan usando el aparato conceptual (no descriptivo sino usado a modo de símbolos) del advaita vedanta hindú.

El Padre es Brahman, el Inmanifestado. El Hijo, el Verbo, es la Manifestación. La Manifestación, Brahmâ y su creación, Maya, es Brahman mismo. No hay dualidad ninguna entre el Inmanifestado y la Manifestación. Por eso la Manifestación estaba en el Inmanifestado. El Manifestado da a conocer al Inmanifestado. Y le llama Padre, porque la Manifestación es de la misma naturaleza que el Inmanifestado. (Aunque aquí el término “naturaleza” estaría mal usado, porque no se le puede aplicar al Inmanifestado y, por consiguiente, tampoco se le podría aplicar, con rigor, a la Manifestación).

La Manifestación es eso, manifestación; pero manifestar al Innombrable hace que incluso la Manifestación sea, en realidad, innombrable, cuando se la comprende adecuadamente.

El Padre es Innombrable, aunque usemos la metáfora “Padre” para expresar que es la fuente de todo y que todo tiene, por tanto, la naturaleza de la fuente. La Manifestación del que es el Absoluto, vacío de toda posibilidad de representación, está invadida de la misma “nube del no saber”.

Pero en la concepción advaita vedanta no existe el principio mitológico jerárquico y por tanto tampoco la necesidad de distanciarse al Absoluto, Brahman, de las criaturas. Al no haber la distancia de la jerarquía, no hay dualidad, ni hay, propiamente creación.

Supuesto esto, también se anula la distancia entre el Maestro espiritual y el discípulo. El Maestro, que ha despertado a su condición de unidad con Brahman, muestra, desde fuera, lo que el discípulo ya es desde dentro, hasta que se despierte en él al Maestro interior, la conciencia de su unidad con el Absoluto.

Con esta concepción del Absoluto y con esta concepción de lo que somos y lo que es todo, no cabe la afirmación de un Maestro único, exclusivo y excluyente. Sin embargo, para cada hombre o grupo, su Maestro, es decir, el que le muestra de forma clara lo que es su naturaleza original, se convierte para él en el revelador del Absoluto y en ese sentido revestido de una cierta exclusividad aunque jamás será excluyente.

Al contraponer esta doble lectura del prólogo del evangelio de Juan, no estamos ni afirmando, ni insinuando que una sea superior a la otra. Una, la de Juan, se expresa con un aparato mítico vigente en su sociedad y, por tanto, ligado a creencias y sometido a la epistemología mítica; y la otra, la advaita vedanta, se expresa con conceptos, pero conscientes de que no describen la Realidad, sino que sólo la apuntan. En este sentido, las tradiciones orientales usan preferentemente sistemas conceptuales, tanto los hindúes como los budistas, pero a la manera de los símbolos, porque son conscientes en todo momento, -los sabios cuando menos-, de que con sus construcciones conceptuales no están describiendo ni la Realidad Absoluta, ni su Manifestación, ni la relación que hay entre una y la otra.

Los autores vedantas y los budistas, al no utilizar para expresarse sistemas mítico-simbólicos, programadores de las colectividades, no están sometidos a la epistemología mítica, ni a los sistemas de creencias que la epistemología mítica impone. Eso les permite ser más conscientes de la distancia insalvable que hay entre “lo Real” y la representación que nosotros, pobres vivientes, nos hacemos de ello. Esta afirmación no excluye que entre los grandes de las tradiciones espirituales mítico-simbólicas no se de también esa conciencia, a pesar y en contra de la epistemología mítica vigente en sus sociedades.

Ni la lectura de Jesús de Juan, ni la que se puede hacer desde el vedanta advaita dan en el clavo, puesto que las dos son intentos de expresar lo inexpresable. Las dos son sistemas de construir representaciones, imágenes de lo que es “la no imagen”, lo Inconcebible, el Vacío de toda posible representación.

Cada una de estas maneras de hablar de lo inexpresable tiene unas capacidades de sugerencia, de orientación de nuestra indagación con la mente

y con el corazón, que la otra no tiene. No se contradicen, si las leemos libres de la epistemología mítica. Sin embargo, se contradicen frontalmente si las leemos desde la epistemología mítica. Si actuamos así, hacemos injusticia a las corrientes espirituales orientales porque, al no ser míticas, se salen de la epistemología mítica.

Tenemos que hacernos capaces de cambiar de registro cuando leamos el legado de las tradiciones espirituales de la humanidad. Cuando leamos las tradiciones orientales tendremos que alejarnos de nuestra tendencia a leerlas desde la epistemología mítica, es decir, como si con sus sistemas conceptuales estuvieran pretendiendo describir la Realidad. Y cuando leamos las tradiciones que se expresan en cuerpos mítico-simbólicos y rituales, tendremos que tener en cuenta que los sistemas míticos a través de los cuales se expresan están muertos para nosotros y que, por consiguiente, lo único que queda válido de ellos, para nuestra cultura ya no programada con mitos, símbolos y ritos, es su capacidad expresiva, su capacidad simbólica, metafórica, que apunta al Absoluto inconcebible.

Halil Bárcena: El arranque del Evangelio de Juan me trae a la memoria al poeta y místico sufí persa Mawlânâ Yalâl al-Dîn Rûmî (1207-1273). Salvando todas las distancias salvables, que son muchas, los dieciocho primeros versículos del prólogo de Juan guardan una cierta relación de intencionalidad con el *ney-namé* de Rûmî, esto es, el pórtico del *Masnawí*, su obra literaria y sapiencial cumbre. Al igual que el prólogo de Juan, consta el *ney-namé* de Rûmî de dieciocho versos de una notable densidad simbólica. De una u otra forma, ambos textos introductorios, en los que se hallan condensados uno y otro libro respectivamente, aluden al principio de todo, el instante justo antes de que el mundo fuese mundo. En el *ney-namé*, utiliza Rûmî el *ney*, la flauta derviche de caña, como símbolo del hombre exiliado en el mundo de las apariencias y la multiplicidad, que añora su verdadera patria de origen y emprende el retorno al principio primordial, cuando era uno con lo divino, lo único que es realmente real.

De igual manera, arranca el evangelista en su prólogo con una mención al principio de todo, antes incluso de que el tiempo hubiese echado a andar, vinculando su texto al relato bíblico de la creación del mundo: de los cielos y la tierra. Al principio era el verbo, afirma Juan, lo cual quiere decir que la palabra divina, el *logos*, es preexistente a la creación misma, algo ya manejado por los antiguos griegos. En Heráclito, por ejemplo, hallamos un *logos*, identificado al fuego, como principio rector del mundo. En resumen, Juan sitúa la existencia del verbo antes de la creación efectiva en sí.

Y el verbo estaba en Dios; era Dios. Dicho de otro modo, el mundo aún no manifestado vive subsumido en Dios, siendo el verbo, manifestación divina, el principio que lo hace posible. Que Dios cree el mundo mediante la palabra, que lo pronuncie y sea, no es algo ajeno a la cosmogonía islámica. La palabra divina se hace hombre, carne en el cristianismo, metafóricamente hablando, en la figura de Jesús, que es la concreción humana de dicha palabra, mientras que en el islam se *inverba*, según la feliz expresión de Jacques Berque, es decir, se hace libro en el Corán. Sea como fuere, el uso del simbolismo del verbo como agente creador constituye una imagen muy potente. Desde el punto de vista gramatical, el verbo es la palabra dominante de una proposición. Indica la persona y el número, así como el tiempo y el modo. En una oración, el verbo constituye algo así como el espíritu del atributo. En otras palabras, el verbo es el sujeto en movimiento. El verbo es la inteligencia que sale fuera de sí misma, transformando el caos en orden. Así, según dicho esquema, Dios pronuncia las cosas que han de existir y éstas son. Por consiguiente, nada existe sin una inteligencia que lo piense, lo cual equivale a decir que todo es una expresión divina o signo de Dios, como se recoge en el Corán.

Igualmente, Jesús es la palabra en movimiento de Dios, su despliegue, creativo y creador, en el mundo. Jesús es no-otro de Dios, que en el lenguaje teísta expresa la dimensión absoluta de la realidad. El maestro judío de Nazaret es una manifestación de Dios en tanto que ha quedado empapado en su misterio y se ha hecho transparente a su luz. Como todo gran maestro espiritual, Jesús es expresión humana de la realidad divina que se desborda en el mundo. En Jesús, epítome de la sencillez amorosa, brilla una luz que no le pertenece y que es guía y calor para el resto de seres humanos que tienen en él no un modelo a imitar, algo imposible, sino un ejemplo a verificar y seguir. Su testimonio hace patente que sólo quien se vive a sí mismo como nada es capaz de ver la realidad como un todo.

Jesús es la evidencia de la vida, como evidente es la luz que ilumina las tinieblas. El maestro es pura luz que comunica vida. Como veremos, en el Evangelio, la luz, símbolo de la universalidad, se identificará con el maestro judío de Nazaret. En su caso, la vida que comunica es la que ha recibido del Padre, entrañable forma metafórica de referirse a Dios, que lo atraviesa en canal. De hecho, toda la misión de Jesús, descrita a lo largo y ancho del Evangelio, no será sino comunicación de vida. Todo en él es vida. Pero volvamos a la imagen de la luz. La luz es el resplandor (y el esplendor también) de la vida. Así pues, Jesús es luz en un mundo humano ensombrecido por el egoísmo, la injusticia y la ignorancia; y dicho cerco de sombras fue (y es) incapaz de reconocerlo. Esa es la suerte de todos los maestros que hablan desde más allá de los límites impositivos del ego, desde el amor incondicional y el conocimiento silencioso: la

incomprensión y el rechazo. Al ver la luz, lo que se percibe es la vida, pero en el caso de la mayoría de los contemporáneos de Jesús no vieron la luz y, en consecuencia, tampoco la vida tal y como se manifestaba en su persona y se expresaba en sus obras. Presenta el evangelista, pues, dos esferas dialécticamente contrapuestas: luz (vida) y tiniebla (muerte), o mejor aún, la esfera de la vida plena (iluminada) y la de la muerte en vida (ensombrecida). No existe espacio para las componendas entre ambas esferas. Aceptar la luz que manifiesta Jesús, pero que no le pertenece, implica acceder al ámbito del amor del Padre y descubrir que uno es también expresión divina. Así, creer en su nombre es ver su realidad, porque en el ámbito semita en el que se desenvuelve el Jesús judío el nombre es la realidad. A los que le acogieron, Jesús, receptáculo de la vida, les transmite la capacidad de transformarse, ellos también, en hijos de Dios, lo cual implica un nuevo nacimiento espiritual, que, en la doctrina hindú, corresponde a los “dos veces nacidos”.

Aceptar al maestro, pues, comporta reconocerse a sí mismo partícipe de la luz (vida) del mundo. El maestro irrumpe en el cerco de las tinieblas de los hombres para hacerles ver realmente qué y quiénes son. Aceptarlo, en modo alguno significa someterse a él, fundamentalmente porque él no te necesita para nada, sino reconocerlo como manifestación del Padre. Su decir es un decir gratuito. El maestro no habla desde la voluntad de poder, sino porque el amor no puede callar.

Todo eso, y no otra cosa, es creer en él. No obstante, aparece expresado en un escenario patriarcal y autoritario que teñirá de arriba abajo, como no podría ser de otra manera, todo el Evangelio de Juan. Se trata, en definitiva, de un mundo jerarquizado, no democrático, en el que el verbo encarnado en Jesús cumple una función de mediación soteriológica única y exclusiva.

Sin embargo, algo similar a lo dicho sobre Jesús podría afirmarse de todo gran maestro espiritual. Sea expresado en las categorías culturales que sea y descrito mediante unas u otras metáforas, el maestro, todo gran maestro espiritual, para quien la vida es la luz, es una manifestación divina que habita en el mundo de los hombres, aparentemente como uno más, iluminándolo con su verdad. Y quien así es capaz de verlo deja de ser un muerto en vida para participar de la luz y el amor de Dios manifestados en él.

Es cierto que el prólogo de Juan contiene un evidente carácter polémico, al traer a colación la figura de Juan el Bautista, cuya misión no sería sino meramente anunciadora (dar testimonio de la luz) del que vendría tras él, el maestro judío de Nazaret. Hoy se sabe que entonces, Jesús fue tomado como una suerte de competidor de Juan, de quien el evangelista insiste en afirmar que no es la luz, sino un anticipador de ella. También queda subrayada en el texto la exclusividad de Jesús cuando se menciona a Moisés. Éste, resumo,

trajo la ley, exterior al hombre, con todas sus creencias, ritos y preceptos, pero Jesús insufló la vida, realidad interior al hombre, algo que aparecerá como una constante a lo largo de todo el Evangelio. De hecho, la ley religiosa mosaica, interpretada a su conveniencia por los rabinos, será vista como contraria al despliegue del universo espiritual de amor de Jesús. Pero más allá de dicha voluntad polémica del prólogo, lo cierto, y eso es lo que hoy puede un lector contemporáneo (incluso no creyente) extraer del texto, es que lo que Jesús aportó no fueron nuevas creencias ni más leyes, tampoco formulación doctrinal alguna, sino algo mucho más sutil, y por ende esencial, ligado al amor y a la dinámica de la propia vida. En realidad, la única instrucción que dará Jesús a los suyos será el amor de unos a otros. El Dios de Jesús, al que entrañable y metafóricamente llama Padre, no es un Dios legislador que revela leyes que guíen la conducta del hombre, sino un Dios de amor que comunica vida. Hoy, en nuestras sociedades laicas, cuyos destinos no se rigen ya por leyes divinas reveladas, no precisamos de más (ni tampoco nuevas) legislaciones religiosas a las que someter nuestros corazones y nuestras conciencias, sino de proyectos de cualidad humana que sean expresión viva de una espiritualidad profunda fundada en la libertad interior, como la que proponen Jesús o los místicos sufíes, por ejemplo, que abogan por trascender toda ley religiosa.

Jn. 1, 19-34

Este es el testimonio de Juan cuando los judíos, desde Jerusalén, le enviaron sacerdotes y levitas para preguntarle: Tú, ¿quién eres? El confesó y no negó; confesó: No soy yo el Mesías. Le preguntaron: Entonces, ¿qué? ¿Eres Elías? El dijo: no soy. ¿Eres el Profeta? y contestó: No. Dijéronle, pues: ¿Quién eres?, para que podamos dar respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?

Yo soy la voz del que clama en el desierto:

“Enderezad el camino del Señor”, según dijo el profeta Isaías.

Los enviados eran fariseos, y le preguntaron, diciendo: Pues ¿Por qué bautizas, si no eres el Mesías, ni Elías ni el Profeta? Juan les contesto diciendo:

Yo bautizo en agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis, que viene en pos de mí, a quien no soy digno de desatar la correa de la sandalia.

Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán donde Juan bautizaba.

Al día siguiente vio venir a Jesús y dijo:

He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: detrás de mí viene uno que es antes de mí, porque era primero que yo. Yo no le conocía; mas para que Él fuese manifestado a Israel he venido yo, y bautizo en agua.

Y Juan dio testimonio diciendo: Yo he visto al Espíritu descender del cielo como paloma

y posarse sobre Él. Yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre Él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo vi, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

M.C.

Juan se confiesa el simple precursor de Jesús, que prepara los caminos para su venida.

A pesar de que es connatural a nuestra especie tener una doble experiencia de la realidad, una relativa a nuestras necesidades y otra absoluta, la dimensión absoluta está completamente soterrada para la gran mayoría. Así, para el profeta y para el que habla de esa dimensión viene a ser como hablar en el desierto. Sin embargo, también es cierto que muchos desiertos, cuando algún día cae la lluvia sobre ellos, florecen más esplendorosamente que cualquier otra tierra.

El mensaje del que prepara los caminos es sencillo y radical: *“enderezad el camino”*; es decir, proceded sin doblez. Quien en la actitud de su espíritu no tiene dobleces, le encuentra. ¿De dónde proceden las dobleces? Del deseo: dices pretender una cosa y, en realidad, buscas otra; y esa otra es siempre un interés propio.

Juan da testimonio con la humildad del precursor; es decir, del que vislumbra la visión del que ve. Viendo venir a Jesús, da testimonio de Él diciendo:

“He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.

Juan anuncia en Jesús la víctima propiciatoria divina por los pecados del mundo; de lo contrario no le llamaría “Cordero de Dios”. Detrás de esta noción hay toda una mitología de rasgos agrarios. Pero para que Jesús elimine los pecados, no es necesario que muera como víctima propiciatoria. Basta con que sea la manifestación del Padre.

Dicen los sabios que el único pecado es considerarse existente, considerarse un yo venido a este mundo, distinto “del que es”, del Único. Jesús manifestándonos al Padre ya nos muestra “al que es” y, simultáneamente, nos muestra “lo que no es”. Esto sólo ya elimina el pecado de creerse “existente venido a este mundo”

Él, el Verbo de Dios, la Manifestación del Padre, nos muestra que sólo en Él somos, como manifestación divina, porque por Él reconocemos nuestra naturaleza original y nos liberamos del error de pensarnos alguien fuera de Él.

Desde el paradigma mítico autoritario, nuestro pecado es la desobediencia. Jesús viene, como Cordero de Dios, para pagar con su muerte, por obediencia, nuestra desobediencia. Ésta es la lógica formal del mito. Pero

no hay que tomar la lógica formal del mito como descripción de la realidad; el desarrollo formal del mito aquí sería: Dios se siente tan infinitamente ofendido por la desobediencia de unos insignificantes vivientes como nosotros, que tiene que enviar a su Hijo Unigénito a que muera como víctima propiciatoria por los pecados humanos y así repare la ofensa divina.

Hay que aprender a distinguir entre la lógica formal del mito y el mensaje espiritual. El mensaje espiritual es que Juan reconoce que Jesús de Nazaret recibe la plenitud del don de saberse la Manifestación del Absoluto, del que se siente Hijo y de la misma naturaleza que el Absoluto, por lo cual le llama Padre, y que muestra a los hombres, con sus palabras y sus obras, que ese es nuestro auténtico ser y no lo que pensamos ser: sujetos, individuos venidos a este mundo del que tendremos que partir.

La forma mítica y su lógica no son, en absoluto, importantes. Lo importante es su valor expresivo, el efecto espiritual que puede producir.

Juan reconoce que no está a la altura de Jesús (eso es lo que nos cuenta el evangelista, la veracidad de lo cual carece de importancia desde la perspectiva del mito), y comprende que su misión, aun sin saberlo, ha sido preparar la venida de Jesús. Bautizando con agua, símbolo de muerte y resurrección, de muerte a las impurezas del pasado y renacimiento a un nuevo futuro, él estaba preparando los espíritus a la llegada de Jesús.

Interpreta esta verificación suya desde la estructura del mito. Modela su experiencia frente a Jesús desde las estructuras míticas autoritarias que traman el cuarto evangelio. Jesús es el Verbo de Dios y por tanto, aunque viene después de él, es antes que él. Cuando conoce a Jesús, reconoce cual ha sido su misión: preparar a Israel para la venida de la Encarnación del Verbo en Jesús de Nazaret.

Según la lógica de la exposición de Juan, no es en el bautismo donde Jesús tiene la iluminación de su condición, porque es el Verbo de Dios encarnado; aunque tampoco se puede descartar que fuera en esa ocasión en la que Jesús despertara a ella, pues si no ¿por qué iba a bautizarse con Juan? En todo caso, es Juan el que comprende, en el bautismo de Jesús, cuál ha sido su misión y cual es la misión de Jesús.

Juan ve que Jesús es un hombre sobre el que el Espíritu ha descendido en plenitud. ¿Qué quiere decir “Espíritu” para Juan? ¿Una entidad divina, la tercera persona de la Trinidad? Me parece prematuro. Dice que es el Espíritu Santo, por tanto, el Espíritu de Dios. ¿Pero qué significa el Espíritu, el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios?

Desde la mitología autoritaria, desde la que Dios es una entidad, el Espíritu Santo tiene que ser una entidad. Aquí está el germen de la doctrina de la Trinidad. No creo que Juan hable teniendo presente esa doctrina. ¿Qué

quiere decir, entonces, Juan cuando dice que vio descender del cielo al Espíritu, como paloma y posarse sobre Jesús?

Espíritu es sutilidad, sutilidad divina. La imagen del Espíritu de Dios como paloma, es una imagen vieja. La sutilidad divina se ha de manifestar en Jesús como refinamiento sumo de sus facultades de conocer, de sentir y de acción, hasta ver en todo ya no un mundo de objetos y sujetos sino únicamente las manos y el rostro del Padre. La centración de Jesús en el Espíritu divino es, por ello, descentración de su ego. Por consiguiente, en su persona se hace patente la pura manifestación de Dios, del Padre. El ego de Jesús de Nazaret, cede el centro de su pensar, su sentir y su actuar al Espíritu Santo, a la sutil forma de ser divina, que es su ser original.

Por esa razón, Jesús no bautizará como Juan en el agua, sino en el Espíritu Santo que le invade. Quien se aproxime a Él con los ojos y el corazón abiertos, recibirá su Espíritu, que es el Espíritu Santo. Ese es el verdadero bautismo que perdona eficazmente los pecados y hace nacer a una nueva vida, divina esta vez. Quien le ve, le confiesa Hijo de Dios.

En términos budistas podríamos decir que Él hace patente que la “forma es vacío”. Interpretado en términos mitológicos helenos, diríamos que Jesús es Hijo de Dios, que en Él se hace patente la naturaleza de lo divino; la dimensión absoluta de lo real, diríamos nosotros.

H.B.

De nuevo, da entrada el evangelista a Juan el Bautista, para reiterar que su misión es, únicamente, la de anunciador de Jesús. El Bautista es quien prepara la irrupción del maestro judío de Nazaret en el mundo. Es bella la definición que de sí mismo da Juan cuando es interrogado acerca de su identidad: “*Yo soy el que clama en el desierto*”. Y es que el sabio, el hombre de conocimiento, en este caso el profeta, es quien se desgañita en el desierto de los hombres clamando una verdad sólo presentida por unos pocos. Y no porque sea intrínsecamente abstrusa. De hecho, no habla el sabio de nada que el hombre no pueda ver, que no posea la capacidad innata para poderlo aprehender. Sin embargo, ese algo, evidente para quien sabe percibir la realidad de las cosas, se ha vuelto, desgraciadamente, una realidad invisible para muchos. Hipnotizados por el ruido machacón del mundo circundante, la mayoría de personas carece de oído espiritual para captar la sutileza de la dimensión absoluta de la realidad. Ello no es óbice, sin embargo, para que el sabio diga lo que, por otro lado, es imposible callar, más allá de cuántos sean los que le escuchen y sigan. Por un lado, el amor no puede callar; por otro, la espiritualidad no sabe de cantidades sino de cualidad. En definitiva, Juan dice ser una mera voz que viene a advertir y recordar.

Lo que Juan clama en el desierto de los hombres no puede ser más sencillo y contundente: enderezad vuestros pasos, lo cual guarda un cierto paralelismo con el *sirât al-mustaqîm*, el camino recto mencionado en el Corán. “*Enderezad el camino*” no significa sino sed veraces. Mostraos tal como sois y sed tal como os mostráis, aconsejaba a los suyos Mawlânâ Rûmî. “*Enderezad el camino*” quiere decir también: no sigáis los imperativos de vuestros egos caprichosos, de otro modo jamás saldréis del círculo asfixiante del dolor. El espíritu endereza lo que el ego tuerce y desbarata. Se advierte en las palabras de Juan llamando a enderezar el rumbo un cierto tono de apremio. Y es que es a quien más sabe a quien más le duele que se pierda el tiempo.

Con todo, la expresión de Juan no es original; la toma del profeta Isaías. Tal vez con ello se nos quiera dar a entender que la espiritualidad, su verdad esencial, es siempre la misma, aunque esté expresada de formas diferentes. Los distintos maestros de todas las épocas no han hecho sino recrear a su manera unas intuiciones espirituales comunes. Afirman lo de siempre, pero lo hacen de una manera tan singular y original que parece absolutamente nuevo. Esto no significa que los maestros afirmen lo mismo. Los maestros no dicen lo mismo, sería absurdo afirmarlo, pero sí apuntan hacia lo mismo, y eso es lo importante a fin de cuentas.

En este punto, irrumpen en el relato, por primera vez, los fariseos, guardianes escrupulosos de la ley hebraica, que se convertirán más tarde en los más enconados y beligerantes detractores de Jesús a lo largo del Evangelio. Éstos le interrogan acerca de su actividad como bautizador, algo que le equipara al resto de enviados divinos. El bautismo era entonces un ritual de carácter religioso, cuyo significado era morir al pasado para iniciar una vida diferente. Aceptar el bautismo de manos de Juan implicaba, por consiguiente, la ruptura y el distanciamiento respecto de las autoridades religiosas, algo intolerable. Sin embargo, el episodio parece servirle al evangelista únicamente para subrayar que tras Juan vendrá otro, Jesús, que ya no bautizará con agua, un elemento físico al fin y al cabo, como el Bautista, sino mediante algo tan sutil como el espíritu santo.

El evangelista introduce inmediatamente en escena a Jesús, cumpliéndose así lo antes predicho por Juan de que el maestro judío de Nazaret vendría tras él. Merece la pena subrayar que esta es la primera vez que Jesús aparece mencionado por su nombre en el relato evangélico. Juan, mero anunciador de Jesús, se sabe pequeño ante éste. En la lógica del evangelista, Juan es quien prepara el camino del maestro perfecto por venir, y lo hace mediante el gesto ritual del bautizo en agua, que es una forma simbólica de morir a un pasado de ignorancia y renacer a un nuevo ser.

Acorde con el mito del Jesús puro y manso, Juan se refiera a él como “*Cordero de Dios*” (Agnus Dei, en su forma latinizada); pero también dada la

ausencia en Jesús de todo pecado, lo cual le valida para redimir con su muerte los pecados del mundo. La expresión “*Cordero de Dios*” entronca con la tradición pascual judía. A semejanza del cordero que era consumido por los judíos durante la conmemoración anual de la Pascua, que recordaba la huída de Egipto, el “Cordero de Dios”, Jesús de Nazaret, cumple la función de víctima ofrecida en sacrificio por los pecados de los hombres, algo no exclusivamente judío, sino presente en la sensibilidad espiritual de algunas comunidades religiosas de Oriente Medio. Entre los persas, por ejemplo, se creía en la redención del hombre por Mitra. Por el contrario, el islam subrayará más tarde que nadie puede redimir las faltas de otro, del mismo modo que nadie podrá cargar con el peso de nadie. Estás sólo, tú y tu esfuerzo, frente a la verdad.

Son bellas y al tiempo poderosas las palabras que el evangelista pone en boca del Bautista para dar testimonio de Jesús. Dice Juan que él ha visto al Espíritu descender del cielo como paloma y posarse sobre el maestro judío de Nazaret. El símbolo de la paloma, que andando el tiempo será la imagen preferida del arte cristiano para representar al Espíritu Santo, evoca la extraordinaria delicadeza y sutilidad (¡no exenta de contundencia!) de la experiencia espiritual, que se manifiesta en Jesús apoderándose por completo de su ser, de tal manera que su estar en el mundo no será ya sino el cumplimiento de la voluntad de lo que él llama el Padre, forma entrañable de nombrar a lo divino. Al hilo de la metáfora de la paloma, podría decirse que el Espíritu, que es sutilidad pura, anidó en el interior desocupado de Jesús, haciendo de él su morada. De ahí que todo aquel que lo mirase con ojos apreciativos viera en él, en realidad, al Padre. Y es que el espiritual, en dichos estadios, no se pertenece ya a sí mismo.

El uso de la paloma como símbolo del espíritu guarda una cierta relación con el “lenguaje de los pájaros” del que se habla en el Corán (27, 16), y que tantos frutos dio en el sufismo persa. Piénsese, por ejemplo, en la célebre obra del mismo nombre de Faríd al-Dín al-‘Attár. Para los sufíes, el conocimiento del lenguaje de los pájaros es la prerrogativa de una alta iniciación, siendo los pájaros símbolos de los ángeles, esto es, de los estados superiores del ser.

Todos los grandes maestros de la espiritualidad universal han sufrido experiencias similares de despojamiento de sí mismos, llámeselas como se las llame. No discutiré aquí lo obvio con los académicos occidentales —¡afortunadamente, no todos!— y sus manías clasificatorias. Y lo mismo que afirmamos de Jesús valdría, por ejemplo, para Muhammad, profeta del islam. ¿Qué fue él más que un hombre, vaciado de sí mismo, a través del cual transitó la palabra divina del Corán?

El Espíritu, relata el evangelista, se posó sobre Jesús y, añadimos nosotros, anidó en él. A diferencia de Juan, que se servía de un elemento natural preexistente como el agua para bautizar, esto es, iniciar ritualmente en la

senda espiritual, Jesús lo hará sin mediación alguna, directamente a través del Espíritu que lo habita y habla por él, lo cual quiere decir que es el propio espiritual el que transmite la verdad mediante su sola presencia arrebatadora, sin necesidad ya de ritual alguno.

Jn. 1, 35-51

Al día siguiente, otra vez hallándose Juan con dos de sus discípulos, fijó la vista en Jesús, que pasaba, y dijo: He aquí el Cordero de Dios.

Los dos discípulos, que le oyeron, siguieron a Jesús. Volviéndose Jesús a ellos, viendo que le seguían, y les dijo: ¿Qué buscáis? Dijéronle ellos: Rabí, que quiere decir Maestro, ¿dónde moras? Les dijo: Venid y ved. Fueron, pues, y vieron dónde moraba, y permanecieron con Él aquel día. Era como la hora décima. Era Andrés, el hermano de Simón Pedro, uno de los dos que oyeron a Juan y le siguieron.

Encontró él luego a su hermano Simón y le dijo: hemos hallado al Mesías, que quiere decir el Cristo.

Le condujo a Jesús, que, fijando en él la vista, dijo: Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro.

Al otro día, queriendo Él salir hacia Galilea, encontró a Felipe, y le dijo Jesús: Sígueme. Era Felipe de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro. Encontró Felipe a Natanael y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas, a Jesús, hijo de José de Nazaret. Díjole Natanael: ¿De Nazaret puede salir algo buen? Díjole Felipe: Ven y verás. Vio Jesús a Natanael, que venía hacia Él, y dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay dolo. Díjole Natanael: ¿De dónde me conoces? Contestó Jesús y le dijo: antes que Felipe te llamase, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Natanael le contestó: Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.

Contestó Jesús y le dijo: ¿Por qué te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores has de ver. Y añadió: En verdad, en verdad os digo que veréis abrirse el cielo y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.

M.C.

Cuando ve Juan a Jesús, le dice a sus discípulos: *¿A ese tenéis que seguir, ya no a mí?* Pero continúa concibiéndole como la víctima de propiciación, como “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.

El anuncio está hecho post factum. Jesús, con su verdad y valentía hasta la muerte, es como una víctima de propiciación que reconcilia a Dios con los hijos de Israel. Con su verdad y fidelidad hasta la muerte abre el camino a Dios, no sólo para los judíos, sino para toda la humanidad.

Los discípulos vivían con el Maestro, por eso le preguntan dónde vive y se van con Él. Preguntarle dónde vive era equivalente a pedir que les aceptase como sus discípulos. Que Jesús les muestre dónde mora es aceptarlos como tales.

Dice Andrés a Simón: *“hemos hallado al ungido de Dios, al que ha sido tocado por la luz de Dios”*. Esta es la afirmación clave de quien se topa con un maestro del espíritu.

Cuando Jesús vio a Pedro, le anunció que sería Cefas, la piedra del edificio que Jesús levantaría, la nueva comunidad. Otra profecía post factum, pues Pedro resultó ser el pilar de la nueva comunidad.

Todo profeta habla de lo que hablan los otros profetas, todo maestro espiritual habla de lo que hablan los otros maestros del espíritu. Todos hablan del Innombrable, “del que es”, del Único.

Decir eso de Jesús, *“que han encontrado aquél del que habla Moisés, la Ley y los profetas”*, es entender su mensaje, es entender que se trata de un maestro, del Maestro por antonomasia. Y lo es no por su estirpe, hijo de José de Nazaret, sino porque se puede verificar en Él ese mensaje vacío de Moisés y los profetas. Moisés, la Ley y los profetas hablan del Sin-Forma. De eso habla también Jesús.

Todo maestro anuncia, con su lenguaje, a otros maestros. Y todo maestro, recuerda lo que dijeron otros maestros. La verdad, que no es una formulación, es siempre nueva, siempre se presentará de forma nueva, pero es siempre la vieja y perenne verdad.

Natanael se maravilla de la capacidad vidente de Jesús. Sea como fuere, le reconoce y le llama Hijo de Dios y Rey de Israel. Al juntar estos dos títulos se hace patente que Natanael está tomando el término *“Hijo de Dios”* en sentido judío, como elegido de Dios, como lo era el Rey de Israel. Juan, no obstante, supuesto el prólogo, lo está afirmando en sentido helenístico.

Jesús le contesta: ¿porque ves mi poder de vidente crees? En verdad que verás la comunicación de los dos niveles de la existencia, el absoluto y el relativo, en mí. Eso significa que se abran los cielos y que los emisarios de Dios suban y bajen sobre Jesús.

H.B.

Habiendo reconocido la supremacía espiritual de Jesús, Juan el Bautista se hace a un lado y anima a sus discípulos a seguirle. Dos de ellos lo hacen. Jesús les pregunta que qué buscan y ellos contestan con una pregunta: ¿dónde moras? La respuesta de Jesús, “venid y ved”, no desvela nada. El evangelista se nos comienza a mostrar como un fino escritor. ¿Realmente la pregunta de los dos discípulos se refiere al lugar donde vive Jesús o tiene que ver más bien con el estado interior en el que éste habita? La clave, a mi modo de ver, la hallamos en la respuesta de

Jesús, que no les descubre ningún lugar preciso, sino que les insta a caminar y a que vean por sí mismos. En otras palabras, la propuesta del maestro es una invitación a la indagación personal. Hallamos aquí una de las grandes reglas de oro de la espiritualidad. Nadie puede recorrer la senda por nadie, del mismo modo que uno no puede ver por otro. El maestro señala la ruta e invita a recorrerla, pero somos nosotros quienes hemos de cubrirla. En resumen, la invitación del maestro es a que veamos por nosotros mismos. En el caso específico de Jesús esto es aún más patente, ya que, a diferencia de otros maestros espirituales, él no propone el seguimiento de método iniciático alguno, sino que él mismo, su propia persona transparente, es el método a seguir.

El evangelista ofrece varios detalles sobre el acontecimiento. Pareciera como si con la acumulación de tales pormenores quisiera Juan, el evangelista, llamar la atención del lector acerca de la importancia de lo que está narrando, recurso literario éste que, como veremos, aparecerá en momentos cruciales a lo largo del texto, y éste lo es, puesto que narra los primeros pasos de lo que será la futura comunidad cristiana. Por ejemplo, afirma el evangelista que todo ello acontece en la hora décima, cercana al nacimiento del nuevo día, que comenzaba coincidiendo con la puesta de sol. La coincidencia no es casual: el embrión de la nueva comunidad nace con el nuevo día.

La mención a Moisés y el resto de profetas merece dos lecturas. Por un lado, se indica que Jesús, visto como el Mesías esperado, había sido, en efecto, anunciado por los profetas anteriores a él, del mismo modo que ya Juan el Bautista lo había anunciado. Esto entra dentro de la lógica mitologización del personaje. Pero, por otro lado, se subraya también la coincidencia de mensaje de los grandes maestros de la espiritualidad, aquí llamados profetas. Todos ellos apuntan hacia el mismo horizonte de inteligibilidad, no nos cansaremos de decirlo, a pesar de que se expresen mediante lenguajes religiosos distintos y con estilos harto diferentes entre sí.

Finaliza el pasaje el evangelista cediendo la palabra a Jesús, quien hace saber a los que serán sus primeros discípulos, Pedro entre ellos, uno de los pilares de la futura comunidad cristiana, lo mucho (y extraordinario) que les queda por ver si permanecen a su lado. Y es que nada es previsible en quien vive en la presencia del Absoluto.

Jn. 2, 1-11

Al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también Jesús con sus discípulos a la boda. No tenían vino, porque el vino de la boda se había acabado. En esto dijo la madre de Jesús a éste: No tienen vino. Dijo

Jesús: Mujer ¿qué nos va a mí y a ti? no es aún llegada mi hora. Dijo la madre a los servidores: Haced lo que Él os diga.

Había allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres metretas. Díjoles Jesús: Llenad las tinajas de agua. Las llenaron hasta el borde, y Él le dijo: Sacad ahora y llevadlo al maestresala. Se lo llevaron, y luego que el maestresala probó el agua convertida en vino –él no sabía de dónde venía, pero lo sabían los servidores, que habían sacado el agua-, llamó al novio y le dijo: Todos sirven primero el vino bueno, y cuando están ya bebidos, el peor; pero tú has guardado hasta ahora el vino mejor. Este fue el primer milagro que hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria y creyeron en Él sus discípulos.

M.C.

La conversión del agua en vino es una gran metáfora de la acción de Jesús en los que reciben su mensaje y le siguen. Y su mensaje no son formulaciones, métodos o leyes; su mensaje es vino que embriaga y transforma la conciencia.

En la historia de las bodas de Caná, en la intervención de la madre de Jesús que por compasión anima a su hijo a intervenir en lo que no era asunto suyo, hay una afirmación central: “Jesús transforma el agua en vino”. Éste es el centro de la historia. Frente a este centro, el hecho de que sea un milagro y que sea el primero de Jesús, forma parte de la narración; es sólo una ocasión para que se pueda afirmar que Jesús, el que tiene el cielo abierto sobre su cabeza, el que recibe a los emisarios de Dios, es capaz de *transformar el agua en vino*.

¿Qué significa esta afirmación? Que Él es capaz de provocar en nosotros la transformación de nuestra pobre condición de vivientes necesitados, llenos de expectativas y temores –el agua de nuestra forma cotidiana de ser– en el vino de la experiencia del Absoluto.

Jesús puede transformar nuestra pobre condición humana en divina. Él cambia el agua insípida de nuestra vida cotidiana, falta de amor y conocimiento verdadero, en la embriaguez del conocimiento y el amor de Dios en todas las cosas.

No es un acto taumaturgico el que hace que crean en Él sus discípulos, sino que creen en Él porque transforma el agua en vino.

En mitad de la narración María dice: *“haced lo que Él os diga”*. Ésta es una norma del seguimiento de Jesús. No es un hombre de métodos iniciáticos formulados, Él, su vida, es la propuesta de método. Es como un poeta que le dijera a un aprendiz: haz como yo.

Esta afirmación tiene especial fuerza en el contexto de Juan, porque Jesús es el Verbo de Dios.

H.B.

Comienza aquí la actividad pública de Jesús y, muy significativamente, lo hace en una fiesta, en concreto en una boda que tiene lugar en una sencilla aldea palestina llamada Caná de Galilea. El dato, creo, es elocuente, a pesar de lo poco que se subraye. La irrupción del maestro en el mundo no es jamás triste, sino una expresión luminosa de alegría, tal como una fiesta nupcial.

El acontecimiento central de la boda de Caná, descrito como el primer milagro de Jesús, según la lógica del relato evangélico, consiste en la transformación del agua en vino por parte del maestro judío de Nazaret. Por supuesto, agua y vino poseen aquí un neto valor metonímico. El agua es nuestra precaria y humilde condición de seres humanos evanescentes y necesitados. Al igual que el agua, nuestra vida cotidiana es insípida, inodora e incolora, excepto para aquellos que han degustado el vino que ofrece el maestro, que no es sino la posibilidad embriagadora del amor y el conocimiento. Nadie mejor que los poetas sufies, sobre todo los de raíz persa, ha sabido recrear espiritualmente el simbolismo báquico. Según la imaginería sufi persa, que guarda tantos paralelismos con el Jesús que interviene en Caná, el vino, y la embriaguez que éste provoca, constituye la experiencia del amor y del conocimiento verdadero, que conduce a trascender nuestros límites humanos y a residir en la presencia viva de lo divino en todas las cosas.

Jn. 2, 12

Después de esto bajó a Cafarnaúm Él con su madre, sus hermanos y sus discípulos, y permanecieron allí algunos días.

M.C.

Jesús, como los maestros del tiempo, convive con sus discípulos.

Están también con Él su madre y sus hermanos. Abundan ya los exegetas que dan por supuesto que Jesús tuvo hermanos y hermanas, no sólo primos como ha sostenido la ortodoxia.

¿Por qué la mitologización de Jesús no recogió este hecho? Porque Jesús era el Hijo de Dios, no en sentido judío –amado de forma especial por Dios, elegido por Dios– sino en sentido griego. El Verbo que estaba en Dios desde el principio, como entidad divina, como persona, pero no como un segundo Dios, se encarnó en Jesús de Nazaret. Jesús, como Hijo de Dios, no podía ser hijo de José; era hijo de María y por ello hombre, pero engendrado por gracia del Espíritu Santo, otra entidad divina, persona divina que no es un tercer Dios.

Como Hijo de Dios en sentido heleno, era adecuado que su madre fuera virgen, sin mácula, con esposo pero sin pareja real. Por tanto, era adecuado a esa mitologización que Jesús no tuviera hermanos.

No es que la mitologización de Jesús como Hijo de Dios y la mitologización de María, como símbolo de la tierra y de nuestra especie, falsearan hechos, porque no pretendían narrarlos. Pretendían expresar, en unos determinados patrones mitológicos, -los propios de las ciudades helenas-, que Jesús era el rostro de Dios entre los hombres, no fruto de la carne, ni de la estirpe o de la acción humana, sino puro don de Dios que se manifiesta desde el seno de la tierra y de nuestra condición humana.

Jesús es la manifestación del Absoluto, desde aquí, desde nuestra pobre condición y nuestra pobre historia, y debía nacer sin padre, para expresar con más claridad que es Hijo de Dios, que es el rostro de Dios, que es Dios mismo presente y manifestado aquí, entre nosotros.

Que Jesús sea representado como Hijo de Dios, sin padre terrestre y sin hermanos es una clara cuestión de lógica mítica, no una descripción de la realidad.

H.B.

Hombre fuera de las normas, confrontado con la arbitrariedad del poder político y religioso y con la fealdad del mal, vive Jesús rodeado de los suyos: madre, hermanos y discípulos. Todo en él le distingue del resto y, sin embargo, intima fácilmente con ellos. Vive, pues, Jesús inmerso en el mundo, en la proximidad de las gentes. Conoce bien, por consiguiente, cuáles son sus preocupaciones y el cúmulo de injusticias que sufren. No está Jesús apartado del latir de la vida. Con todo, llama la atención que la madre de Jesús no aparezca mencionada por su nombre, algo que también sucede en el pasaje anterior, en el cual, por cierto, tampoco ella en ningún momento se dirige a Jesús como su hijo. Tal vez, persiga el evangelista con ello remarcar la absoluta libertad de Jesús, incluso respecto de sus más estrechos vínculos familiares, para explicitar que es al Padre, en realidad, al único que se debe.

Jn. 2, 13-22

Estaba próxima la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Encontró en el templo a los vendedores de bueyes, de ovejas y de palomas, y a los cambistas sentados; y haciendo de cuerdas un azote, los arrojó a todos del templo, con las ovejas y los bueyes; derramó el dinero de los cambista y derribó las mesas; y a los que vendían palomas les

dijo: Quitad de aquí todo eso y no hagáis de la casa de mi Padre casa de contratación. Se acordaron sus discípulos que está escrito: “El celo de tu casa me consume” Los judíos tomaron la palabra y la dijeron: ¿Qué señal das para obrar así?

Respondió Jesús y dijo: Destruir este templo, y en tres días lo levantaré. Replicaron los judíos: Cuarenta y seis años se han empleado en edificar este templo, ¿y tú vas a levantarlo en tres días? Pero Él hablaba del templo de su cuerpo. Cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en la palabra que Jesús había dicho.

M.C.

Nosotros, en las nuevas condiciones culturales, no podemos ser ni hombres religiosos ni creyentes para ser discípulos de Jesús. Somos miembros de sociedades dinámicas que viven de la innovación y del cambio continuo. Por tanto, no podemos tener creencias que fijen la interpretación, las valoraciones, los modos de vivir y las organizaciones, porque tenemos que estar siempre dispuestos a cambiar todo lo que sea necesario y cuando sea conveniente.

Jesús fue un hombre religioso y creyente, como miembro de sociedades preindustriales estáticas que tenían que excluir el cambio. Jesús no pretendió ni alejarse de la religión ni fundar una nueva religión; quiso volver al verdadero espíritu de la religión de Israel, porque la amaba. Ésta es la razón por la que se indigna frente al trasiego de mercancías en el templo. Siempre hay gente que intenta ganar dinero aprovechándose de la piedad de los sencillos. Aleja a los comerciantes a latigazos, enfrentándose con la permisividad de los jefes del templo. No puede soportar que el templo de Dios, que debe ser casa de oración, se convierta en casa de contratación. Este pasaje presenta a un Jesús enérgico, valiente e incluso violento cuando conviene, lejano de la figura dulce y bonachona a la que la tradición nos tiene acostumbrados.

Los judíos le recriminan, ¿cómo te atreves a hacer esto? ¿Con qué autoridad lo haces? ¿Qué señal haces para que reconozcamos que tienes autoridad para obrar así?

La respuesta de Jesús es desconcertante: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”. Juan interpreta que no se está refiriendo al templo sino a su propio cuerpo, que será destruido y resucitará al tercer día. Se trata de una interpretación mítica: Jesús será muerto, pero resucitará. ¿Qué significa esa interpretación? Que nada ni nadie podrán con lo que Jesús muestra a los hombres. La verdad que Jesús encarnó y nos mostró, aunque se la intente destruir, renace, como el ave fénix, de sus cenizas.

Jesús ha abierto los cielos y ha abierto el corazón de los hombres; nadie podrá cerrar esa abertura. Jesús nos ha revelado una dimensión de nuestro

existir que nadie podrá soterrar. Jesús es la faz de Dios entre los hombres ¿quién o qué cubrirá esa faz?

H.B.

Es éste uno de los pocos episodios de la vida de Jesús, que sepamos, en el que el maestro judío de Nazaret, del que la tradición cristiana ha tendido a acentuar su mansedumbre y dulzura de corazón, muestra su rostro más poderoso y enérgico, violento incluso lo cual ha podido contrariar a más de uno. Pero, ¿acaso no es todo maestro espiritual una curiosa mezcla de majestad y dulzura, de azote y beso? A semejanza del sol, el maestro reconforta, unas veces, con su luz y calor, y, otras, quema y destruye. Pareciera, pues, como si la función de Jesús, hombre pacífico por naturaleza, hubiese sido borrar de cuajo la falsa paz, esto es, las falsas certezas, para restaurar, látigo en mano, si fuera preciso, la paz verdadera. En otras palabras, el maestro es bueno y bondadoso, magnánimo y misericordioso, pero jamás bonachón. Y es que el amor que no sabe reprender no es verdaderamente amor sino una muestra de sentimentalismo o de adulación.

El estallido de cólera de Jesús expulsando a los mercaderes del templo, látigo en mano, nada tiene que ver con una oposición violenta al templo en sí. Es, más bien, la expresión radical de la indignación frente a la burda comercialización de lo sagrado que, con la aquiescencia de los hombres de religión, se desarrolla en la casa de oración, convertida en zoco oriental.

De la descripción que el evangelista hace del suceso, llama poderosamente la atención que Jesús hiciese un azote de cuerdas antes de actuar, lo cual indica que mantuvo una cierta serenidad en todo momento, es decir, que no actuó movido por el odio, ni llevado por un impulso ciego, sino por amor a la verdad y la justicia, y por fidelidad a la casa del Padre.

A la pregunta de los judíos sobre su proceder violento, responde Jesús de forma un tanto críptica, afirmando que si destruyen el templo él será capaz de rehacerlo en tres días, lo cual aludiría, siempre según la lectura mítica del evangelista, a la muerte de Jesús y su posterior resurrección al cabo de tres días. Pero, si dejamos a un lado la mitologización, como en el fondo hemos de hacer, tal vez debiéramos de interpretar la respuesta del maestro como una alusión a la indestructibilidad del mensaje que él encarna y comunica.

Jn. 2, 23-25

Al tiempo en que estuvo en Jerusalén por la fiesta de la Pascua, creyeron muchos en su nombre viendo los milagros que hacía, pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los

conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie diese testimonio del hombre, pues Él conocía lo que en el hombre había.

M.C.

Parece que Jesús fue, como personaje histórico, un taumaturgo y un exorcista, un hombre con poderes paranormales. ¿Por qué Jesús utilizó los poderes paranormales, cuando la enseñanza y la práctica de la gran mayoría de los maestros del espíritu de la historia de la humanidad aconsejan no tenerlos en cuenta?

En el mundo helenista los poderes paranormales eran signo de poder divino. Posiblemente la mitologización de Jesús le atribuya más milagros de los que hizo. En ese contexto, Jesús pudo utilizar su poder para llamar la atención sobre su persona y su enseñanza.

Sin embargo, quienes creen por el poder paranormal que otro muestre, tienen una fe muy endeble. Quien cree en Jesús porque muestra un poder no cotidiano o, si se quiere, sobrehumano, puede perfectamente no haber visto la dimensión absoluta de la realidad que Jesús muestra.

Dice el evangelista que Jesús no se fiaba de esos hombres que creían en él por sus milagros. Y no se fiaba de ellos porque su conciencia despierta le permitía conocer lo que hay en el corazón del hombre. Un maestro del espíritu sabe perfectamente cuando los que se dicen sus discípulos ven o no ven.

Desde la mitologización de Jesús como Hijo de Dios, Verbo encarnado, era evidente para Juan que Jesús conocía lo que hay en el corazón del hombre. Nosotros no necesitamos creer en esa mitologización, para comprender que Jesús conocía lo que hay en el corazón de los hombres; nos basta con saber el sentido que tiene esa forma mitológica de expresarse.

H.B.

Según relata Juan, muchos fueron los que creyeron en Jesús y le siguieron, gracias a los milagros que realizó. Porque, a la luz de lo que sabemos de él, el maestro judío de Nazaret pudo haber estado dotado de dones carismáticos, siendo el vehículo de lo que podríamos llamar gracias supraterráneas o poderes paranormales, eso que los yoguis de India denominan sidhis, y que utilizó para asombro y admiración de quienes los presenciaron. Sin embargo, añade el evangelista, Jesús desconfiaba, especialmente, de todos aquéllos que le seguían atraídos por dichos actos milagrosos. Y es que el camino interior no puede sustentarse jamás en algo que, a la postre, es de índole menor, accidental y accesorio. Quien sigue al maestro por lo extraordinario, se pierde lo esencial; y eso es algo que el espiritual, hombre de mirada penetrante, ve a simple vista.

Para nosotros, hoy, la justificación de Jesús no se sustenta en sus actos milagrosos, sino en la grandeza de su mensaje, en sus intuiciones espirituales fundamentales. De ahí que podamos afirmar que seguimos a Jesús a pesar, precisamente, de sus milagros, que, además, es posible que no hubiesen sido tantos, pero su mitologización requería engordar la cifra.

3

Jn. 3, 1-21

Había un fariseo de nombre Nicodemo, principal entre los judíos, que vino de noche a Jesús y le dijo: Rabí, sabemos que has venido como maestro de parte de Dios, pues nadie puede hacer esos milagros que tú haces si Dios no está con él. Respondió Jesús y le dijo: En verdad te digo que quien no naciere de arriba no podrá entrar en el reino de Dios. Díjole Nicodemo: ¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno de su madre y volver a nacer? Respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos. Lo que nace de la carne, carne es; pero lo que nace del Espíritu, es espíritu. No te maravilles de que te he dicho: Es preciso nacer de arriba. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo nacido del Espíritu. Respondió Nicodemo y dijo: ¿Cómo puede ser eso? Jesús respondió y dijo: ¿Eres maestro en Israel y no sabes esto? En verdad, en verdad te digo que nosotros hablamos de lo que sabemos y de lo que hemos visto damos testimonio; pero vosotros no recibís nuestro testimonio. Si hablándoos de cosas terrenas no creéis, ¿cómo creeríais si os hablase de cosas celestiales? Nadie sube al cielo sino el que bajo del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que creyere en Él tenga la vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo sino para que el mundo sea salvo por Él. El que cree en Él no es juzgado; el que no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y el juicio consiste en que vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, porque sus obras no sean reprendidas. Pero el que obra la verdad viene a la luz para que sus obras sean manifestadas, pues están hechas en Dios.

M.C.

Nicodemo describe la actitud frente a los milagros que estaba vigente en los medios en que se movía Juan. Considera que si hacía milagros, es que Dios estaba

con Él. Hacer milagros era la garantía de que se trataba de un maestro de parte de Dios.

Personalmente no creo que ser capaz de actos paranormales sea garantía de nada. Hoy sabemos que existe esa posibilidad, pero no sabemos gran cosa de ese ámbito de la psique humana, ni a nivel individual, ni a nivel colectivo. Por otra parte, Dios no necesita de milagros para darse a conocer con toda certeza.

Jesús corrige el argumento a Nicodemo diciéndole que la única garantía de que se entra en la Vía no es reconocer que el que hace milagros viene de arriba, sino “nacer de arriba”. Nacer a una nueva vida que tiene su eje y su origen en la revelación del Absoluto, simbolizado en los cielos.

Para reconocer al Maestro hay que nacer del Espíritu. El Espíritu, símbolo del Absoluto en la propia interioridad, es soplo, pura sutilidad para un pobre animal como nosotros. Habla de nacer “del agua y del Espíritu” haciendo referencia al ritual de bautismo.

Hay que nacer a la pura sutilidad, al vacío más absoluto de todo lo que damos por realidad, para entrar en el reino de los cielos. El reino de los cielos es el reino del Espíritu. Sólo naciendo una segunda vez del Espíritu se es Espíritu; quien no nace del Espíritu es carne. “Nacer del Espíritu” y “nacer desde arriba” son equivalentes.

El Espíritu sopla donde quiere, nadie le merece, nadie le fuerza, es libre, actúa gratuitamente; pero oyes su voz, se hace reconocer. Sin embargo, aunque oigas su voz, aunque le reconozcas, no sabes de dónde viene ni a dónde va. Su noticia va acompañada del más completo “no-saber”. No viene de ninguna parte, ni va a ninguna parte, simplemente es. Y se sabe que es, desde el “no-saber”. “El que es” no cabe en ninguna formulación, no es una formulación.

Nacer del Espíritu y nacer desde arriba es nacer a un conocimiento –oyes su voz– que es un absoluto “no-saber”.

El segundo nacimiento, el nacimiento desde arriba, el nacimiento del Espíritu, esa es la enseñanza de Jesús. Él predica que tenemos a nuestro alcance una segunda dimensión de nuestro existir. Esa segunda dimensión, que es nuestro verdadero ser, es Espíritu, sutilidad pura, vacío.

Tanto amó Dios a los hombres, que se les dio a sí mismo en la persona de su Unigénito Hijo, para que vean y no perezcan. En el texto el término “Hijo de Dios” está tomado en sentido heleno, no judío. Al expresar el amor de Dios a los hombres con esta mitologización, se remarca con más fuerza ese amor. No envía Dios a un profeta, a un sabio o a un iluminado, sino que envía a su Unigénito, Dios de Dios. La tradición cristiana ha comprendido esa radicalidad de la expresión, aunque para comprenderla haya tenido que vivirla desde la fe-creencia, es decir, desde una noticia del Absoluto –la fe– ligada indisolublemente a una creencia mitológica. La ha leído desde la epistemología mítica.

Y Dios envía a su Hijo, no para que juzgue las maldades de los hombres sino para que, gracias a Él, puedan ver y se salven. El que cree en Él, es decir, quien ve lo que Él manifiesta, el Padre, no es juzgado; el que no es capaz de ver, ya está juzgado. Y no es Jesús quien le juzga, sino que lo hace él mismo y se condena.

El juicio consiste en que la Luz se mostró al mundo y los hombres no quisieron ver, porque amaron más a las tinieblas; se amaron más a sí mismos que a la Luz. Prefirieron vivir para sí mismos, actuando de forma egoísta, que nacer de nuevo en el Espíritu y preferir la Luz a sí mismos.

Obrar la verdad no es obrar moralmente, es actuar desde el amor, saltando por encima de sí mismo. Quien esto hace no teme a la Luz, sino que sus obras le llevan a la Luz, y en la Luz, sus obras manifiestan su valor.

Es importante advertir que cuando Juan habla de Dios como Amor, en los párrafos siguientes le llama Luz. Por consiguiente obrar en la luz es obrar en el amor y obrar en el amor es residir en la luz. Tanto en un caso como en el otro se salta por encima del ego, para amar y para comprender.

Nicodemo pregunta ¿cómo puede nacerse del Espíritu? Jesús se extraña de que siendo maestro de Israel no sepa eso que en la Vía es tan elemental.

Jesús no intenta explicárselo. No se puede explicar lo que es nacer a una vida, que para un pobre animal como nosotros, es pura sutilidad, Espíritu, nada, de arriba, más allá de toda posibilidad de concebir humana.

La respuesta que le da es la adecuada: Jesús habla de lo que sabe y de lo que ha visto, quien quiera entrar en su camino ha de recibir su testimonio; y sobre ese testimonio ponerse a andar. Es como si le dijera: recibe mi testimonio y verifícalo por ti mismo.

Si cuando os hablo de cosas menos sutiles, dice Jesús, –como que la casa de Dios es casa de oración y no lugar de mercadeo- ya no me creéis, ¿cómo me creeréis cuando os hable de nacer a una vida que es Espíritu, que es noticia, pero “no conocimiento”?

Nadie sube al cielo, al reino del Espíritu, sino el que baja del cielo, el que recibe ese don. Y ese don se recibe de uno que baja del cielo, de un maestro. Juan proclama que Jesús es “el Maestro”, porque es el único que baja del cielo. El exclusivismo de la maestría de Jesús viene de que es el Verbo que estaba en Dios y que se encarnó en el Nazareno.

Ese exclusivismo tiene varias explicaciones: en primer lugar, la calidad de la manifestación de Jesús, delante del cual cualquier otro maestro conocido en los ambientes en que se mueven los discípulos de Jesús empalidece; en segundo lugar, el provincialismo de la cultura; no se conocen las culturas orientales; y en tercer lugar y más importante, el principio autoritario del esquema mitológico desde el que se interpreta a Jesús. Si hay varios maestros, hay varios señores. Una sociedad no se gobierna bien con varios señores.

Jesús viene a decir que cuando le levanten en la cruz, como la serpiente que levantó Moisés en el desierto, entonces muchos creerán. ¿Por qué? Porque en ese momento mostrará con toda evidencia su entrega absoluta a su misión, su aniquilación completa, ajusticiado en una cruz, para revelar al Padre. Ese será el momento de su máxima transparencia, de la encarnación más completa del Absoluto, porque será el momento donde se hará patente, sin obstáculo alguno, la faz de Dios, en Jesús el Nazareno.

Él completa su sacrificio para que todos comprendan y los que comprendan tendrán vida eterna, nacerán definitivamente en el Espíritu; es decir, en el vacío de todo lo que damos por realidad, que es la plenitud del Inconcebible, del “no-imagen”.

En el texto de Juan está también la idea de la redención a través del sacrificio de Jesús, al que Juan el Bautista llamó “el cordero de Dios”. Pero no es preciso tomar el mitologema de la “Redención” como una descripción de la realidad, es decir, como la ofensa infinita a Dios, que debe ser saldada con la muerte de su Unigénito. La redención por la muerte de Jesús apunta al desvelamiento “del que es” por la entrega sin condiciones del Nazareno.

También está operando aquí el patrón mítico agrario de que de la muerte se sigue la vida. De la muerte del Hijo de Dios, se sigue la vida eterna para los hombres que crean en Él; de su muerte se sigue el nacimiento a un nuevo nivel de vida, en el que ya no hay ni nacimiento ni muerte, para todos los que reciban el don de ver.

H.B.

El episodio de la visita nocturna de Nicodemo toma forma de diálogo sapiencial, un recurso literario muy común a casi todas las tradiciones religiosas y espirituales, que persigue confrontar al lector y descolocarlo. En el sufismo, por ejemplo, es paradigmático el encuentro entre el hasta entonces docto hombre de religión que era Mawlânâ Rûmî y su futuro maestro, el derviche errante Shams-i Tabrîzî, que le desencuadraría el espíritu. No es este el momento de entrar en detalles, pero algo tiene en común dicho encuentro con el episodio que ahora nos ocupa.

El evangelista dibuja una escena rica en matices simbólicos que merecen ser explicados con calma, pues tengo para mí que nada en un texto genuinamente espiritual es dejado al azar. Hasta ahora, Jesús se ha mezclado con personas sencillas, incluso incultas. Sin embargo, en el presente pasaje se las verá por vez primera con un hombre cultivado, principal entre los judíos, según refiere Juan; en definitiva, todo un intelectual, en la acepción moderna del término. El encuentro entre Jesús y Nicodemo es el enfrentamiento, en la soledad de la noche,

de dos universos radicalmente distintos y antitéticos: el del rico y poderoso y el que nada posee; el de la cordura de la lógica religiosa y el de la locura emborrachada de la nueva luz; el del hombre ligado al rigor de la tradición y el que es libre, porque sólo al Padre se debe; en fin, el del dios domesticado de los teólogos y doctores de la ley, como Nicodemo, y el de Jesús, que es amor.

Aparentemente, todo separa a los dos hombres, sin embargo hay algo en ellos que les une, puesto que ambos, también el viejo Nicodemo, aman sinceramente la verdad. En ese sentido, resulta conmovedor comprobar cómo la sed real de conocimiento borra toda barrera entre los hombres. Y es dicho afán por la verdad lo que, muy probablemente, llevó a Nicodemo, que no es un fariseo más, hasta Jesús. A pesar de que no lo comprenda, o tal vez muy poco, puesto que Jesús no habla como lo hacen los otros, algo hay en el interior de Nicodemo, más fuerte que su voluntad, que le empuja hasta el maestro judío de Nazaret.

El encuentro de los dos hombres, según el relato de Juan, tiene lugar de noche y a solas. Aquí se mezclan el orgullo de Nicodemo, que a buen seguro no desea ser visto con Jesús, máxime después del revuelo causado por el incidente del templo, y su amor por la verdad. Pareciese como si Nicodemo deseara una conversación pausada y a fondo. Sea como fuere, resulta chocante que todo un rico y sabio fariseo como él decidiese acudir a la casa de un pobre, pues, a la postre, eso es Jesús.

Que al inicio del diálogo Nicodemo se dirija a Jesús mediante la palabra “Rabbi”, “Maestro”, es harto elocuente del respeto y reconocimiento que sentía por el maestro judío de Nazaret, de quien afirma que viene de parte de Dios. Sin embargo, Jesús parece hacer caso omiso de los elogios. No se trata, a mi juicio, de una respuesta displicente ni tampoco altiva, sino más bien que Jesús pretende restar importancia a los milagros, como ya hemos visto en el pasaje anterior. Bien pareciera como si el maestro judío de Nazaret persiguiese conducir a su interlocutor más allá de todo formalismo externo, y los milagros lo son.

A las palabras elogiosas de Nicodemo responde Jesús a través de una paradoja: “*Quien no naciere de arriba no podrá entrar en el reino de Dios*”. El presente versículo alude a lo que podríamos denominar el segundo nacimiento del hombre, el nacimiento espiritual. Como bien recogió el islamólogo francés Henry Corbin en su día, se trata de uno de los pasajes preferidos por los espirituales del islam, en general, y ampliamente meditado por los místicos sufíes, en particular. No en vano, apunta hacia un horizonte no muy lejano al de la *mors mystica* que plantea el sufismo.

Volviendo al texto, observamos que el viejo fariseo habla de la persona de Jesús, pero éste contesta refiriéndose no a sí mismo sino al reino de Dios. ¿Acaso podría decirse que ambos, Jesús y el reino de Dios, son lo mismo? Pero,

Nicodemo, curtido en las lides de la dialéctica, no se inmuta, un hombre como él de edad avanzada, y replica no sin cierta ironía: “*¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo?*”. La respuesta de Jesús no dejará lugar a dudas. El maestro judío de Nazaret habla de un nuevo ser engendrado y, por consiguiente, de un nacimiento real, esto es, de una verdadera *metanoia*, o lo que es lo mismo, de una experiencia de cambio raigal que no puede venir más que de arriba, de las regiones a las que sólo se accede tras silenciar los modos personales de interpretación de la realidad. Y es que sólo así puede el hombre saltar más allá de los límites impuestos por la egocentración. En dicha tarea ejemplar, la más noble de cuantas puede realizar el ser humano, no cuenta ni el cumplimiento escrupuloso de la ley religiosa, ni el sentimentalismo piadoso, ni tampoco el voluntarismo moral.

Jesús no propone un cambio moral, sino un renacimiento integral que no sabe de fases ni procesos, sino que es ya mismo. A fin de cuentas, se habla aquí de despertar y ver, no de creer o acatar. No se tiene noticia de la dimensión absoluta de la realidad a base de sometimiento del pensar y el sentir, sino liberándolos y educándolos en otra forma de aprehender la realidad tan distinta a la habitual que es como volver a nacer. La tarea de Jesús es restituir los corazones de los seres humanos a su naturaleza original.

El bautismo es el símbolo de la muerte a lo viejo y consiguiente nacimiento a lo nuevo. En un sentido similar, Muhammad, profeta del islam, instaba a los suyos a morir antes de morir. El maestro señala la posibilidad de la vida. Jesús invita (e incita) a Nicodemo a que muera a lo viejo que hay en él, que no es precisamente su edad, a fin de nacer a una nueva vida, lo cual le debió de parecer, como a nosotros hoy en día, fascinante, pero, al mismo tiempo, aterrador; puesto que el paso adelante que exige Jesús a quienes a él se acercan cuestiona seguridades y verdades construidas. Nacer de nuevo, o nacer de arriba, como pone en boca de Jesús el evangelista, es hacerlo del espíritu. Y esa es, a fin de cuentas, la propuesta espiritual del maestro judío de Nazaret: nacer del espíritu, que sopla donde quiere, y es potente y al tiempo sutil. De ese tipo es la certeza del hombre del camino interior: poderosa como el viento, pero sutil como un susurro. Y es que es certeza... ¡de nada tangible! De ahí que algunos se hayan referido al conocimiento del espiritual como un saber no-saber.

Lo que Jesús predica es un cambio total en la totalidad del hombre, un cambio en el ser, y no sólo en el modo de vivir y en la moral. Se trata de nacer de nuevo, de retornar al seno materno. Es, pues, una cuestión de ontogénesis. Jesús, de hecho ningún espiritual, no viene a mejorar al hombre, sino a promover un hombre nuevo, a regenerarlo, en el sentido etimológico de la palabra. La propuesta de Jesús, revolucionaria sin duda, no sólo abarca al hombre, sino a toda a la sociedad.

El amor a Dios de algunos especialistas de lo sagrado, es el caso aquí de Nicodemo, es considerable pero aun así insuficiente. El noble fariseo ha dedicado toda su vida a la religión y, sin embargo, ignora de qué habla Jesús, quien expresa su extrañeza. Por ello, pide, interroga y, en cierto modo, suplica también. Nicodemo, todo un maestro de Israel, según dice el texto, desconoce no ya los secretos de la senda espiritual sino lo más elemental. ¿Acaso no es más allá de la religión y sus corsés formales donde se sitúa la espiritualidad de Jesús, después cosificada ella misma en una nueva religión?

Jesús insta a Nicodemo a acudir a los textos de los profetas anteriores a fin de de que comprenda de qué le está hablando él. Y es que, a la postre, todos los grandes profetas y maestros espirituales han apuntado siempre hacia lo mismo, a pesar de no haber dicho lo mismo, algo que, siglos después, explicitará también el Corán, texto sagrado del islam. Tal vez sea esta la primera vez que Nicodemo, sabio religioso versado en las escrituras, oiga hablar del sentido interior (esotérico, dirían los filósofos perennialistas) del mensaje de los antiguos profetas de Israel; mensaje del cual Jesús ha participado en su propia persona. Por eso afirma que habla de lo que sabe, y lo que sabe es lo que ha visto. El desconcierto de un doctor de ley religiosa (exotérica, a diferencia de lo que predica Jesús) como Nicodemo ante las palabras de Jesús debió de ser mayúsculo. En episodios como éste se mide la talla espiritual de Jesús, puesto que un maestro que no incomoda y desconcierta no vale gran cosa. Por último, el evangelista saca a Nicodemo de la escena (no lo reencontraremos ya sino al final del Evangelio) y el relato cambia bruscamente de tema.

En el último tramo del pasaje, Jesús afirma que muchos serán los que creerán en él al final de todo, cuando sea prendido en la cruz, pues ese será el acto más superlativo de su amor al Padre y su entrega por los hombres. En la cruz cumplirá Jesús su extinción, revelando en dicho acto final heroico al absoluto. La misión del maestro judío de Nazaret en el mundo culminará, indefectiblemente, en su crucifixión. Su estancia terrenal será para beneficio de los demás. Y es que el sabio perfecto, el hombre de conocimiento, el maestro, carece de vida personal porque lo que él es, debe darlo. Jesús, como el resto de grandes de la espiritualidad, no se pertenece ya a sí mismo.

Jn. 3, 22-36

Después de esto vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea, y permaneció allí con ellos y bautizaba. Juan bautizaba también en Ainón, cerca de Salima, donde había mucha agua, y venían a bautizarse, pues Juan aún no había sido metido en la cárcel. Se

suscitó una discusión entre los discípulos de Juan y cierto judío acerca de la purificación, y vinieron a Juan y le dijeron: Rabí, aquel que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, está ahora bautizando, y todos se van a Él. Juan les respondió, diciendo: No debe el hombre tomarse nada si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos sois testigos de que dije: Yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado ante Él.

El que tiene esposa es el esposo; el amigo del esposo, que le acompaña y le oye, se alegra grandemente de oír la voz del esposo. Pues así este mi gozo es cumplido. Preciso es que Él crezca y yo mengüe.

El que viene de arriba está sobre todos, El que procede de la tierra es terreno y habla de la tierra, el que viene del cielo, da testimonio de lo que ha visto y oído, pero su testimonio nadie lo recibe. Quien recibe su testimonio pone su sello atestiguando que Dios es veraz. Porque aquel a quien Dios ha enviado habla palabras de Dios, pues Dios no le dio el espíritu con medida.

El Padre ama al Hijo y ha puesto en sus manos todas las cosas. El que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que está sobre él la cólera de Dios.

M.C.

Jesús, discípulo de Juan, se autonomiza de éste y se pone a bautizar por su cuenta. Aunque todos se iban entonces con él, Juan no tiene celos. Y la razón que da para no tenerlos es sólida: nadie debe tomarse nada, si no le fuere dado desde los cielos. Jesús tiene legitimidad para hacer lo que hace, porque es el Mesías enviado y Juan sólo su precursor.

Jesús es el esposo y Juan sólo el amigo del esposo, que se alegra del gozo del esposo. Juan, el precursor, se alegra de que el esposo haya llegado. Es preciso que Jesús, el Enviado, crezca, y que Juan, el precursor, disminuya.

El discípulo debe menguar frente al Maestro. El que recibe la revelación debe disminuir hasta desaparecer frente a lo revelado. Jesús es el rostro de Dios ante los hombres; sus seguidores y todo lo que se da por realidad deben desaparecer frente a ese rostro, hasta que sólo quede el rostro de Dios.

El Maestro, como rostro de Dios, está sobre todos, porque viene de lo alto y da testimonio de lo que ha visto y oído. Pero los hombres no reciben ese testimonio. Quien recibe ese testimonio, sabe que Dios es veraz por boca del Maestro. Lo sabe con toda certeza. Y es veraz, aunque los hombres no reciban ese testimonio.

Juan, cuando habla “del que viene de arriba”, habla del Verbo de Dios, de la Manifestación del Padre, como persona divina, en Dios y de Dios, según el esquema autoritario en el que Dios es una individualidad y el Verbo otra individualidad, aunque no dos dioses.

El enviado de Dios, su Manifestación, habla palabras de Dios, porque Dios no le dio el Espíritu con medida. El Espíritu es sólo Espíritu, no un trozo de Espíritu; la Nada de todo lo que damos por real, es sólo Nada, no un poco de Nada; la Manifestación de Dios es Dios mismo.

Quien le recibe, quien le ve, tiene también el Espíritu sin medida, porque comprende que fuera de su faz, no hay nada.

En este párrafo vuelve a salir a flote la interpretación helena de Juan: el Padre envía al Hijo, el Unigénito, y pone en sus manos todas las cosas. El que cree en el Hijo, tiene vida eterna.

Crear tiene aquí un doble sentido: el que ve al Absoluto en Jesús y el que cree que es el Hijo de Dios, en sentido heleno. Creer es fe-creencia para Juan.

El que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida. No ver la vida, esa es la cólera de Dios. El mismo que no ve la vida es la cólera de Dios.

Juan no podía remediar caer en la fe-creencia, porque en su situación cultural lo que decían las palabras describía la realidad. Pero introducir al Maestro galileo en los moldes de la epistemología mítica fue introducirle en la religión y, consecuentemente, en los ámbitos del poder.

La creencia controla las mentes y lo hace con todo el peso del Absoluto que se expresa en ella. El control de las mentes es poder y el poder político no puede desentenderse de ese poder. Sólo le quedan dos soluciones, o bien eliminarlo o bien aliarse con él. Tarde o temprano tenía que producirse la confluencia de la “religión de Jesús” con el poder imperial.

Esta es la trampa mortal de las religiones como sistemas de creencias. De esa trampa todavía no hemos logrado liberar al mensaje de Jesús. La teología de la liberación debiera tener en mente esta trampa.

H.B.

Jesús, que ha sido bautizado (esto es, iniciado) por Juan, con lo que ello comporta de gesto simbólico de ruptura con el pasado y también con las instituciones judías, emprende vuelo propio, ante la extrañeza de los discípulos del Bautista, que lo consideran un deudor desleal de su maestro y, a la postre, un rival de éste. Le hablan de Jesús, sí, aunque sin nombrarlo en ningún momento, un recurso literario habitual en el evangelista. Sin embargo, no muestra Juan el más mínimo atisbo de celos ante el proceder de Jesús, de quien se considera su anunciador y a quien insta a seguir. De la envidia, todo sea dicho de paso, afirmaba el profeta Muhammad que era la peor de las enfermedades del ser humano y una de las más extendidas. Y es que el hombre medio, los discípulos de Juan en este caso, experimentan a menudo cierto resentimiento y envidia respecto al hombre superior.

La actitud de Juan viene a mostrar que todo maestro que lo es de verdad desea que el discípulo crezca y camine por sí mismo, máxime en el caso excepcional de Jesús, en quien Juan supo ver el rostro del absoluto. Sabedor del talante del maestro judío de Nazaret, pronuncia el Bautista unas bellas palabras, preñadas de sabiduría: “*No debe el hombre tomarse nada si no le fuere dado del cielo*”. Y a Jesús le fue dado. La lectura que Juan hace del personaje de Jesús responde al esquema mitológico: todo en el obrar del maestro de Nazaret es designio divino.

El maestro, afirma Juan, ha de menguar para que el discípulo, quien viene tras él en el camino, crezca. En el caso de Juan, que se considera a sí mismo amigo del esposo, que es Jesús, cumple a la perfección con la figura del mediador que posibilita y se retira a tiempo. Esta es la diferencia entre el mediador (todo gran maestro lo es) y el intermediario religioso, burócrata de lo sagrado, que se asigna a sí mismo el papel de filtro de la espiritualidad. A diferencia del primero, que sabe cuándo es llegada la hora de hacerse a un lado, el intermediario no se aparta jamás, porque se considera a sí mismo imprescindible, al monopolizar el acceso a la dimensión absoluta de la realidad.

El que procede de arriba, recalca el evangelista refiriéndose a Jesús, está por encima de todos. Verbo de Dios, según Juan, manifiesta Jesús al absoluto divino, pero en cambio los hombres no lo reconocen ni lo aceptan. La patria de Jesús es el Padre y su luz procede del cielo, de ahí que pueda decirse de él que no es ni de oriente ni de occidente, parafraseando el *dictum* coránico recogido en la llamada “aleya de la luz” (Corán 24, 35). Espiritualmente hablando, el maestro nacido en Nazaret no es, sin embargo, ni de aquí ni de allá, no hay geografía que lo posea, algo muy similar a lo que afirmaba de sí mismo Mawlânâ Rûmî en uno de sus poemas más célebres: “*No soy del este, ni del oeste, ni de la tierra, ni del mar (...)/Mi lugar es el no lugar, mi señal la no señal/No tengo cuerpo ni alma, pues pertenezco al alma del Amado (...)*”.

La luz brilla pero las tinieblas no la comprenden. Juan nos dice que, en su mayoría, los hombres, tan preocupados de sí mismos como están, cegados por el autismo de la egocentración, no aceptan el mensaje de Jesús, que les insta, justamente, a que salgan de su ensimismamiento enfermizo. Pero quienes sí lo reciben ven refulgir en el rostro del maestro judío la faz de Dios. También dijo Muhammad de sí mismo: “*Quien me ve, ve a Al.lâh*”, puesto que los profetas, todos los grandes maestros de la espiritualidad universal sin excepción, transparentan la verdad y la belleza del absoluto, son el espejo epifánico en el que la dimensión absoluta de la realidad se refleja sin medida, en todo su esplendor y belleza. Y quienes les siguen, que no significa aquí que se sometan a nada, y menos aún a ellos, puesto que no requieren de nada ni nadie, participan de su luz.

4

Jn. 4, 1-3

Así, pues, que supo el Señor que habían oído los fariseos cómo Jesús hacía más discípulos y bautizaba más que Juan, aunque Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos, abandonó Judea y partió de nuevo para Galilea.

M.C.

El evangelista dice que Jesús sabe que Juan está amenazado, por el influjo que tenía sobre las gentes. Por tanto, si él tenía seguidores, más que Juan, también habría de estar amenazado. Así pues decide huir a Galilea. Todavía no ha llegado el momento de enfrentarse a las autoridades judías. Jesús es perfectamente consciente de los riesgos que corre con su actitud; huye del peligro hasta el momento que decide que hay que enfrentarse ante el adversario.

H.B.

La animadversión hacia Jesús de las autoridades religiosas judías, y más concretamente de los fariseos, que eran los más beligerantes, comienza a gestarse, dado el éxito público del maestro de Nazaret, quien, al parecer, bautiza más que Juan. Sin embargo, introduce el evangelista una puntualización significativa, puesto que afirma que, en realidad, no es Jesús quien bautiza, sino sus discípulos, lo cual marca una diferencia notable respecto de la actuación, que podríamos tildar de personalista, de Juan el Bautista, ya que éste sí que bautiza en persona, no sus discípulos, al contrario de Jesús. No hay duda que el evangelista persigue subrayar la diferencia existente entre ambos personajes y su acción. Así, la misión de Juan es personal y, en cierto modo, finaliza en él y con él, mientras que la de Jesús arranca en él y de él, pero se proclama en el mundo, gracias a la intervención de otros, con lo que su continuidad, en principio, parece asegurada.

Jn. 4, 4-45

Tenía que pasar por Samaria. Llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, próxima a la heredad que dio Jacob a José, su hijo, donde estaba la fuente de Jacob. Jesús fatigado del camino, se sentó sin más junto a la fuente; era como la hora de sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: Dame de beber, pues los discípulos habían ido a la ciudad a comprar provisiones.

Dicele la mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, mujer samaritana? Porque no se tratan judíos y samaritanos. Respondió Jesús y dijo: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a Él, y Él te daría a ti agua viva.

Ella le dijo: Señor, no tienes con qué sacar el agua y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, te viene esa agua viva? ¿Acaso eres tú más grande que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebió él mismo, sus hijos y sus rebaños? Respondió Jesús y le dijo: Quien bebe de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le diere no tendrá jamás sed, que el agua que yo le dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna.

Díjole la mujer: Señor, dame de esa agua para que no sienta más sed ni tenga que venir aquí sacarla.

Él le dijo: Vete, llama a tu marido y ven acá. Respondió la mujer y le dijo: No tengo marido. Díjole Jesús: Bien dices: No tengo marido; porque cinco tuviste, y el que ahora tienes no es tu marido; en esto has dicho verdad. Díjole la mujer: Señor veo que eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que es Jerusalén, el sitio donde hay que adorar. Jesús le dijo: Créeme, mujer, que es llegada la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos; pero ya llega la hora, y es ésta, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad.

Díjole la mujer: Yo sé que el Mesías, el que se llama Cristo, está para venir, y que cuando venga nos hará saber todas las cosas. Díjole Jesús: Soy yo, el que contigo habla. En esto llegaron los discípulos y se maravillaban de que hablase con una mujer; nadie, sin embargo, le dijo: ¿Qué deseas? O: ¿Qué hablas con ella?

Dejó pues, su cántaro la mujer, se fue a la ciudad y dijo a los hombres: Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será el Mesías? Salieron los de la ciudad y vinieron a Él. Entre tanto, los discípulos le rogaban diciendo: Rabí come.

Díjoles Él: Yo tengo una comida que vosotros no sabéis.

Los discípulos se decían unos a otros: ¿Acaso alguien le ha traído de comer? Jesús les dijo: Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra. ¿No decís vosotros: Aún cuatro meses y llegará la mies? Pues bien, yo os digo: Alzad vuestros ojos y contemplad los campos, que ya están blanquecinos, para la siega. El que siega recibe su salario y recoge el fruto para la vida eterna, para que se alegren juntamente el sembrador y el segador. Porque en esto es verdadero el proverbio, que uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os envío a segar lo que no trabajasteis; otros lo trabajaron y vosotros os aprovecháis de su trabajo.

Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él por la palabra de la mujer, que atestiguaba: Me ha dicho todo cuanto he hecho. Pero así que vinieron a Él, le rogaron que se quedase con ellos, y permaneció allí dos días y muchos más creyeron al oírle.

Decían a la Mujer: Ya no creemos por tus palabras, pues nosotros mismos hemos oído y conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo. Pasados dos días, se partió de allí para Galilea.

El mismo Jesús declaró que ningún profeta es honrado en su propia patria. Cuando llegó a Galilea, le acogieron los galileos, que habían visto cuántas maravillas había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta.

M.C.

Jesús fatigado del camino, se sienta junto a un pozo. Llega una mujer samaritana y Él le pide de beber.

La narración se plantea de forma que Jesús pueda ofrecer su “agua viva” y, a propósito de las disputas de judíos y samaritanos, pueda afirmar que en adelante no se adorará al Padre en templos, sino en espíritu y en verdad.

Jesús dice: “*Quien sacia su sed con el agua de esta tierra, volverá a tener sed*”. Los deseos son insaciables, diría el Buda. Quien bebe del agua que Jesús trae no vuelve a tener sed. El agua que Jesús trae apaga el fuego del deseo porque descubre la realidad verdaderamente real. Quien conoce “lo que es” ya no deseará más “lo que parece ser”.

La revelación de Jesús es “agua viva”. *Comparar su revelación con el agua de vida es alejarla de formulaciones.* La revelación de Jesús es sin forma, como el agua; por tanto no es solución para nada, aunque como el agua apaga la sed.

El agua que Jesús ofrece, descubre en sí mismo, en quien la recibe, una fuente que salta a la vida eterna. El que le ve, se ve. El que prueba su agua, se sabe agua. El evangelista, a pesar de su molde dual y autoritario, habla claramente de la unidad. El agua que Jesús da, dándola, muestra que es nuestra propia agua; muestra que la fuente de esa agua está en nuestro propio interior.

Jesús está hablando de que es posible liberarse definitivamente, en esta vida, del fuego del deseo. Y dice que el agua que aquí brota, en uno mismo, salta a la vida eterna, es la vida eterna.

La mujer no entiende exactamente de qué le está hablando Jesús, pero de alguna forma le comprende; en caso contrario no le pediría de esa agua que quita la sed definitivamente.

A la samaritana no le interesa hablar del asunto de sus maridos, aunque reconoce la clarividencia de Jesús. Desvía la conversación al tema central que dividía a judíos y samaritanos: la cuestión del templo. Al evangelista le interesa remarcar que Jesús es vidente.

Jesús afirma que ha llegado la hora de que ya no se adore a Dios en templos, sino que los verdaderos adoradores lo harán en espíritu y en verdad. Tales son los adoradores que el Padre quiere.

Si la adoración no se hace en templos, sino en espíritu, no hay lugares sagrados y no sagrados. Donde no se da la dualidad de sagrado/no sagrado, tampoco puede haber verdades intocables, dogmas sagrados, porque la Verdad es sutil como el Espíritu y no cabe en expresiones fijadas.

Con la sencilla afirmación de que Dios es Espíritu y que los adoradores le han de adorar en espíritu y en verdad, Jesús se aleja de la estructura sacralizada de las religiones y nos llama a la Sutilidad y la Verdad del Espíritu, de lo que está libre de formas, de lo que no puede encerrarse ni en palabras, ni en ritos, ni en templos construidos por hombres.

Los verdaderos adoradores del Padre, los que el Padre quiere, adoran en espíritu y en verdad.

Sin embargo, Jesús es un judío y tiene las ideas de los judíos de su tiempo, cuando afirma que la salvación viene de los judíos.

Jesús amonesta a la samaritana y le dice que para comprender lo que le está diciendo, no espere al Mesías, porque Él se lo está aclarando. En ese sentido Jesús es el Mesías.

La narración de Juan cuenta que los discípulos se maravillaron de que estuviera hablando a solas con una mujer, aunque Jesús iba siempre acompañado por un grupo de mujeres. Posiblemente se imponen aquí los criterios patriarcales del evangelista.

La obra para la que Jesús fue enviado tiene que ver con adorar al Padre en espíritu y en verdad, porque viene a continuación de esa su gran afirmación. Si esta interpretación es correcta, la misión de Jesús no tiene nada que ver con fundar una nueva religión; tiene que ver con manifestar al Padre en el interior y en la verdad de cada hombre, como la sutilidad, el vacío de toda forma asible, como lo más constitutivo de cada uno.

Jesús dice que, en su tiempo, los campos ya estaban blanquecinos para la siega. ¿Es fruto esta afirmación exclusivamente de su actitud apocalíptica? Creo que no. Si la experiencia de la dimensión absoluta de lo real es connatural a todo hombre, aunque esté recubierta por las urgencias, los miedos, los deseos y las expectativas de la vida cotidiana, siempre amarillea la mies. Sólo falta quien sea capaz de despertar a esa dimensión soterrada. Eso vale de los contemporáneos de Jesús, como de nuestros propios contemporáneos.

En el arduo trabajo de despertar a nuestra verdadera realidad, unos son los que siembran y otros los que recogen. Otros recogerán lo que Jesús sembró. Y la cosecha será de frutos de vida eterna, de vida en la que ya no habrá nacer ni morir.

Jesús se queda dos días con los samaritanos instruyéndoles, de manera que los samaritanos confiesan que ya no creen por las palabras de la mujer, sino por lo que ellos mismos han oído.

Para el evangelista, comprender el mensaje de Jesús es reconocer al Salvador del mundo, al Enviado, al Cordero de Dios. Con estos términos vuelve a encuadrar a Jesús, ese hombre que libera y despierta a nuestra verdadera dimensión, en los términos mitológicos, esta vez de Israel.

La mitologización de Jesús es, en Juan, helena, pero también israelita, porque Juan es un judío helenizado.

Jesús vuelve con los de su terruño, sabiendo que no serán capaces de ver en Él más que al carpintero hijo de José.

H.B.

A lo largo del relato, el evangelista se nos muestra como un narrador que gusta despertar la consciencia del lector mediante el contraste, como sucede en el presente pasaje del encuentro con la samaritana. En efecto, casi a continuación del diálogo de altos vuelos sostenido por Jesús con Nicodemo colocará el de la samaritana, de tono harto diferente, acaecido cerca del pozo de Jacob. Pasamos, pues, de Nicodemo, un hombre culto y de intachable reputación, judío de recio abolengo y escrupuloso cumplidor de la ley, a la humilde samaritana, de quien ignoramos hasta su nombre, hija de una tierra, Samaria, lugar de mezcla e intercambio entre pueblos y credos diferentes, impuro por ello mismo, a ojos de un judío ortodoxo.

Que el evangelista transite sin casi solución de continuidad entre el diálogo con Nicodemo y el de la samaritana viene a recalcar el universalismo de la palabra de Jesús. Y es que el mensaje de los maestros no es sólo para los listos y los nobles, sino para todo el mundo, al menos para los que tienen oídos para oír. Todos tienen cabida en la propuesta espiritual del amor del maestro judío de Nazaret. Dicho de otro modo, y avanzándonos a lo que vendrá más tarde, el reino de los cielos es para todos; y, más aún, para los humildes y sencillos, como la protagonista del presente pasaje.

La universalidad de Jesús viene dada también por el escenario en el que tiene lugar el encuentro con la samaritana. Ya hemos dicho que Samaria es para un judío, y Jesús lo era, un lugar impuro y, por ende, despreciable. Al colocarlo en dicho territorio, el evangelista quiere hacernos ver que en Jesús no anida ningún prejuicio, tampoco el de sostener un diálogo con una mujer, y además sobre asuntos espirituales, algo que en la época debió de constituir todo un escándalo. Podría decirse, pues, que el hombre de conocimiento es aquél que se desenvuelve en el mundo desde la más absoluta libertad interior; una libertad, fruto de su experiencia espiritual, que no puede ser cercenada por ninguna contingencia externa. Quien reside en el espíritu no sabe de límites ni barreras.

Con todo, el primer término que llama poderosamente la atención es el adjetivo “fatigado” que aparece en el primer tramo del pasaje. Jesús, narra el evangelista, *“fatigado del camino, se sentó sin más junto a la fuente”*. Es decir, el maestro, el que es considerado hijo de Dios, estaba aquel día cansado por el esfuerzo hecho, como cualquier otra criatura, lo cual nos acerca al rostro más humano del maestro judío de Nazaret. Y es que, a pesar de que el maestro viva en la concentración permanente y unitiva en lo único real, es una persona, por su propia naturaleza y misión, accesible al resto.

La conversación la inicia Jesús, que le pide agua a la samaritana, quien, varada en el prejuicio, responde, a su vez, de forma un tanto displicente y altanera (véase que incluso le tutea): *¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, mujer samaritana?* Pero, Jesús no entra al tramo. Su contestación no responde a la pregunta concreta de la mujer, sino que le lanza unas palabras contundentes que pretenden desarbolarla, a fin de que despierte: *“Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a Él, y Él te daría a ti agua viva”*. He aquí un nuevo contraste puesto en juego por el evangelista, alrededor de la ambigüedad semántica (y simbólica) de la palabra “agua”. Frente al agua del pozo, que es el alimento del ser humano, en tanto que viviente necesitado, en oposición a la concepción unidimensional de la existencia, en la que, finalmente, la supervivencia queda como la única motivación de la existencia humana, Jesús trae a colación el agua viva, que es el sustento del espíritu, la dimensión interior del ser humano. Lo que todo maestro del espíritu hace patente es que si no como me muero, pero que de dicha evidencia no se sigue que el objetivo de la vida sea vivir para comer, pues ello nos dejaría amputados antropológicamente hablando, como sucede en los tiempos que corren, en un mundo moderno dominado por el total desmantelamiento axiológico.

Por otro lado, que Jesús aluda a lo que le ha sido revelado del cielo en dichos términos acuáticos significa que se trata de un mensaje inarticulado y no sujeto a formas, como el agua, y por definición no legislador, sino espiritualmente vivificador.

Las palabras de Jesús, y sobre todo su forma de pronunciarlas, debieron de conmover a la samaritana, puesto que a partir de entonces deja de tutearlo. Hallamos aquí uno de los rasgos definitorios de los grandes espirituales, quienes sacuden nuestro interior no tanto por lo que dicen sino por cómo dicen lo que dicen. Jesús se topa, por consiguiente, con una mujer sencilla pero espiritualmente despierta, cuyas capacidades de comprender no están aún atrofiadas del todo. No obstante, no parece haber captado en toda su profundidad de qué habla Jesús mediante una imagen tan bella y potente como la del agua viva, de ahí que pregunte, no sin una cierta ingenuidad: *“Señor, no tienes con qué sacar el agua y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, te viene esa agua*

viva?». Como puede observarse, el diálogo se desarrolla en dos planos diferentes del lenguaje, bien contrastados por el evangelista. Al lenguaje metafórico y simbólico de Jesús, le responde el estrecho literalismo de la samaritana, algo que a menudo enturbia nuestra comprensión de los grandes asertos espirituales de los maestros. Y es que para éstos el lenguaje posee la capacidad simbólica de apuntar hacia otro ámbito distinto de significación, mientras que para el hombre común, cuyo techo de comprensión simbólica es muy bajo, el lenguaje es sólo descripción.

Jesús persiste en la imagen utilizada y contrapone sin ambages los dos tipos de agua. Del agua del pozo, dice, que quien la bebe vuelve a tener sed. Se trata de una forma metafórica de referirse al deseo, que es insaciable. En términos materiales, podría decirse que la sed (o el hambre) puede ser saciada, pero la avaricia, entendida como un deseo superlativo, es insaciable. En consecuencia, caminar por la vía del deseo es exponerse a sufrir constantemente, porque jamás se tendrá suficiente. Frente al agua del pozo, Jesús habla del agua viva, que quien la prueba no tendrá sed jamás. Se trata de residir o bien en el ego y sus deseos y temores o bien más allá de éste, en lo que podríamos denominar el espíritu, que se convertirá entonces en una verdadera fuente interior inagotable. El agua viva es la Vida, con mayúsculas, transitando sutilmente a través nuestro, vivificándonos y multiplicándose en nosotros.

Pero hay más aún, el agua del pozo de Jacob bien podría ser también la tradición religiosa y la norma, la ley moral y el cuerpo de creencias, mientras que el agua viva de la que habla Jesús es la sutil y pura espiritualidad, más allá de las formas religiosas, quintaesencia de toda revelación, que no es sino un verdadero alumbramiento interior.

Ante las palabras de Jesús, la samaritana, nuevamente conmocionada por el maestro judío de Nazaret, responde, sin embargo, de forma un tanto ingenua e interesada: “Señor, dame de esa agua para que no sienta más sed ni tenga que venir aquí sacarla”. Porque ir hasta el pozo de Jacob le supone a la mujer un esfuerzo considerable que, no obstante, realiza, muy posiblemente, para evitar cruzarse con nadie, ella cuya reputación es muy dudosa a ojos de sus conciudadanos. Pero el agua viva que Jesús brinda y ofrece, que es el agua de la espiritualidad pura, es de otro orden, no posee utilidad práctica alguna, con lo cual beberla no le eximirá a la mujer de acudir día tras día al pozo de Jacob. Y es que la espiritualidad no resuelve nuestros problemas prácticos ni nos exime de ellos. Desde otro punto de vista, los sufíes afirman que el hombre no puede saltar más allá de su sombra. La naturaleza humana siempre implica límites.

De repente, el diálogo cobra un nuevo rumbo. Jesús deja atrás el simbolismo del agua viva y parece querer tocar la consciencia de la mujer preguntándole acerca de su marido, a lo cual la samaritana responde, de

forma evasiva y avergonzada, que no tiene marido, ante lo cual responde Jesús: “Bien dices: No tengo marido; porque cinco tuve, y el que ahora tienes no es tu marido; en esto has dicho verdad”. Ahora sí, desarmada, la mujer se rinde: “Señor, veo que eres profeta”. Resulta difícil creer que una mujer joven, como debía ser la samaritana en cuestión, hubiese enviudado cinco veces. Muy probablemente, se trataba de una mujer de vida sentimental azarosa, cuyos amoríos debieron de causar escándalo en una sociedad tan puritana como aquélla. Con todo, conviene recalcar, a fin de no llevarse a engaños, que las palabras de Jesús no pretenden humillar a la mujer. Jesús no es un censor religioso ni un moralista de mente estrecha. De hecho, ningún maestro espiritual lo es. Lo que en verdad persigue Jesús con su actitud es el despertar interior de la mujer, cosa que, al final, logra cuando afirma que ve en él la figura de un profeta. Así pues, la voluntad del maestro jamás es juzgar, sino despertar.

Una vez la samaritana ha abierto los ojos, muestra sus inquietudes religiosas. No creo yo que desvíe la conversación, sino que, una vez desnudada interiormente, aflora lo que en ella habita, todas sus dudas e incertidumbres acerca de la fe correcta, ya que cree hallarse ante un hombre religioso. Jesús habla, ahora sí, sin tapujos de los nuevos tiempos de la espiritualidad en los que la presencia de Dios no estará encadenada a un lugar preciso, sino que habitará en los corazones vaciados de los hombres sinceros; nuevos tiempos en los que ya no habrá rivalidad entre templos u ortodoxias, porque su propuesta espiritual, su religión sin religión, será una radical liberación de todas las formas religiosas.

Y lo importante es darse cuenta que los nuevos tiempos, dice Jesús, son ahora. No es preciso esperar nada ni a nadie. Dios está aquí, ahora mismo, más cerca nuestro, como afirma el Corán, “que nuestra propia vena yugular” (Corán 50, 16). Utilizando el lenguaje mitológico teísta empleado por Jesús, Dios es espíritu, pura sutilidad sin forma, la dimensión absoluta de la realidad, pero jamás un objeto o ser supremo. Y así es como se le ha de adorar, en espíritu, desligándolo de toda formulación que lo encorsete.

Dicho esto, la samaritana intuye, ahora sí, la profundidad de las palabras de Jesús, quien, por vez primera, se reconoce a sí mismo como Mesías (al menos el evangelista le hace afirmar eso), y lo hace, esa es la grandeza ilimitada de los maestros, ante una mujer que ha tenido cinco maridos y que, según las habladurías de la gente, vive en pecado.

En ese momento, irrumpen en la escena los discípulos de Jesús, que se extrañan, cómo no, de verlo acompañado de una mujer, lo cual indica que éstos aún no se han dado cuenta del todo del alcance del maestro al que siguen, que es un ser libre de cualquier convención social o religiosa. Y es que no sirve con estar cerca del maestro, hay que entender al maestro. Sea

como fuere, la mujer abandona el cántaro, símbolo de sí misma y de sus preocupaciones, y corre a la ciudad, en dirección a los hombres, a proclamar lo que ha oído.

Entre tanto, la preocupación de los discípulos de Jesús es bien pedestre. “Come”, le ruegan al maestro. Jesús está rodeado de gentes que carecen de oído musical para la espiritualidad. El evangelista no se guarda de mostrarlo una y otra vez, con no poca ironía por momentos. Así, a la afirmación de Jesús: “Yo tengo una comida que vosotros no sabéis”, los discípulos responden: “¿Acaso alguien le ha traído de comer?”. Pero el alimento del maestro judío de Nazaret es, afirma él mismo: “Hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra”. Sin duda, los discípulos olvidan (o ignoran) que no sólo de pan vive el hombre. La vida del espíritu que lo atraviesa de lado a lado es lo que otorga sentido al obrar de Jesús, y al de todos los maestros del camino interior. Su alimento de entonces fue el diálogo sostenido con aquella mujer samaritana y la iluminación de ésta. Dicho de otro modo, dar fue lo que alimentó a Jesús.

Jn. 4, 46-54

Llegó, pues, otra vez a Cana de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había allí un cortesano cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Oyendo que llegaba Jesús de Judea a Galilea, salió a su encuentro y le rogó que bajase y curase a su hijo, que estaba para morir. Jesús le dijo: Si no viereis señales y prodigios, no creéis. Díjole el cortesano: Señor, baja antes que mi hijo muera.

Jesús le dijo: Vete, tu hijo vive. Creyó el hombre en la palabra que le dijo Jesús y se fue. Ya bajaba él, cuando le salieron al encuentro sus siervos, diciéndole: Tu hijo vive. Preguntóles entonces la hora en que se había puesto mejor, y le dijeron: Ayer, a la hora séptima, le dejó la fiebre. Conoció, pues, el padre que aquella misma era la hora en que Jesús le dijo: Tu hijo vive, y creyó él y toda su casa. Este fue el segundo milagro que hizo Jesús viniendo de Judea a Galilea.

M.C.

Jesús muestra su desagrado porque le pidan prodigios y se lamenta de que no sean capaces de ver su verdad sin la necesidad del aval de sus milagros. Pero a pesar de ese disgusto, Jesús se mueve por piedad y cura al niño del cortesano.

Y dice el texto que por aquella curación creyó el cortesano y toda su familia.

Cabe preguntarse entonces ¿qué creyeron? Creyeron que Jesús era un hombre avalado por el poder de Dios, que era el Mesías, el Salvador del

mundo o, incluso en caso del cortesano, si era helenista, pudo creer que Jesús era el Hijo de Dios a la manera de los griegos.

Esa creencia ¿pudo llevarles a ver la manifestación del Padre en Jesús? No queda claro en el texto y ya hemos visto que Jesús no se fiaba de quienes creían en Él por su poder taumatúrgico. Sin embargo, la curación del hijo de cortesano apunta a algo por lo que pudieron creer: habla de la piedad de Jesús, piedad que habla del Padre. Por ahí sí pudieron comprender.

Por otra parte, lo importante de la narración no es si ocurrió realmente, sino el significado que tiene este segundo milagro de Jesús: Jesús cura de la enfermedad, da la vida. Y es más grave la enfermedad del espíritu que la del cuerpo.

Jesús no viene a curar los cuerpos, viene a provocar en nosotros el despertar a nuestra dimensión absoluta. Viene a hacernos comprender esa dimensión absoluta de la realidad, que es nuestra propia realidad y es benévola como un padre, misericordioso como Él.

Esa es la importancia del milagro de Jesús y no el hecho de si realmente ocurrió. No olvidemos que los evangelios no son una crónica de los hechos de Jesús, sino la comunicación de la fe de sus discípulos a través de la mitologización que hicieron de Él.

Nosotros que ya no estamos estructurados por los mitos de las monarquías helenistas, ni por los mitos de Israel; no tenemos nada que creer en estas narraciones. Sólo tenemos que comprender al que nos habla de esa otra dimensión de nuestro existir, al que Jesús llama Padre.

H.B.

No es nuevo que Jesús exprese la desazón interior que le produce que le sigan no por la verdad espiritual que encierran sus palabras sino por su capacidad taumatúrgica de obrar milagros. “Si no viereis señales y prodigios, no creéis”, se lamenta el maestro de Nazaret, para quien la comprensión es interiorización. Y es que conocer la verdad es vivirla. Conocer es ser. Huye, pues, Jesús de la irracionalidad de esa fe de contornos imprecisos basada en lo milagroso y movida por la necesidad, porque ¿se salta de ahí a la espiritualidad profunda que el maestro judío de Nazaret propone? Es muy dudoso. Con todo, es mayor su compasión y misericordia que su disgusto y, al final, accede Jesús a curar al hijo herido de muerte del cortesano, en el que será su segundo milagro realizado.

Sin embargo, el estilo narrativo mediante cual narrará el evangelista la curación milagrosa efectuada por Jesús, será muy comedido y conciso. Nada de bombo y platillo. Algo así como si tratara de mostrar que Jesús, para salvar al chiquillo, no hará ningún alarde de poder. De hecho, ningún milagro de Jesús será presentado como un despliegue ni de su carisma ni tampoco de sus

poderes o gracias. Parece, pues, como si los milagros hubiesen sido narrados a pesar de todo, y, en particular, muy a pesar de su protagonista.

Lo singular del presente episodio es que, a pesar de la súplica del cortesano, Jesús no accede en modo alguno a ver en persona su hijo enfermo de muerte, lo cual viene a subrayar que la palabra de Jesús comunica vida, y eso es, a fin de cuentas, lo más relevante del milagro en cuestión y lo que nosotros, hoy, debemos retener. Nada hemos de creer, por consiguiente, sino que lo que se trata es de comprender la trama interior del episodio. Sea como fuere, lo cierto es que, en efecto, la palabra del maestro, nacida del silencio, es genesiaca y salvadora. La palabra es preeminente en el sabio, y constituye una pura donación. El sabio, todo gran maestro espiritual, nos descubre que el lenguaje habla y revela, descubre y comunica. El lenguaje significa de por sí descentramiento y ponerse en el lugar del otro. Eso nos lo enseñó muy bien Louis Massignon, quien tanto amó a Jesús, y tan bien lo comprendió, por mediación de la mística sufi, de Mansûr al-Hallây particularmente. El lenguaje, en fin, significa llevar a cabo toda una compasión con el otro; y eso es lo que operó Jesús en este caso, a través de su palabra.

5

Jn. 5, 1-9

Después de esto se celebraba una fiesta de los judíos y subió Jesús a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta Probática, una piscina, llamada en hebreo Betzata, que tiene cinco pórticos. En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, mancos, que esperaban el movimiento del agua, porque el ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua, y el primero que bajaba después de la agitación del agua quedaba sano de cualquiera enfermedad que padeciese.

Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo; Jesús le vio acostado, y conociendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres ser curado? Respondió el enfermo: Señor, no tengo a nadie que al moverse el agua me meta en la piscina, y mientras yo voy, baja otro antes de mí. Díjole Jesús: Levántate, toma la camilla y anda. Al instante quedó el hombre sano, y tomó su camilla y se fue.

M.C.

Jesús es un judío fiel, aunque libre, que acude a Jerusalén a cumplir con los ritos de la religión de Israel. Muestra con ello que no tiene la pretensión de crear una nueva religión.

En un contexto en el que se cree en los prodigios, entra Jesús, mira los enfermos y de los muchos que allí había se apiada de un parálisis que lleva 38 años esperando ser curado. Jesús se apiada de él y lo cura; lo libera de su parálisis.

¿Por qué Jesús no cura a todos los desgraciados que esperaban que el ángel de Dios removiera las aguas? Porque Jesús no ha venido a curar todas las enfermedades, ni solventar los problemas políticos de Israel, sólo ha venido a revelar al Padre.

Jesús sólo hace una curación muy significativa: libera a un parálisis de su parálisis. Para los contemporáneos de Jesús, los actos claramente taumaturgicos eran signo del poder de Dios. Para nosotros las actuaciones paranormales, si las hubo, no son más que incógnita sobre esa dimensión de nuestra psique, tan poco conocida.

Todos nosotros somos como parálisis de muchos años, en nuestros intentos por hacer el camino al despertar de nuestra propia naturaleza. Lo que Jesús nos revela en su persona nos puede curar de la parálisis.

¿Qué nos revela Jesús que nos pueda curar de la parálisis? Nos revela esa otra dimensión de lo real, que es nuestra propia realidad, es nuestro Padre y que somos de su misma naturaleza, como Jesús el Hijo Unigénito. Todos nosotros somos manifestación del inmanifestado, figurado como Padre de toda manifestación. Entre el Padre y el Verbo, su manifestación, no hay dualidad. Entre la manifestación del Hijo y nosotros como manifestación, tampoco hay dualidad.

La dualidad sólo existe en nuestra mente y nuestro corazón de vivientes necesitados que precisan distinguir entre su ser, como cuadro de necesidades, y el campo, el mundo, donde satisfacer esas necesidades. Pero eso no está ahí, está sólo en nuestra mente. La dualidad está en el seno de la estructura de todos los vivientes. Jesús viene a curarnos de esa enfermedad vieja como todo nuestro existir. Lo que hay no es nuestra construcción, la dualidad propia de seres necesitados, es “no-dos”.

Jesús nos muestra que en nosotros mismos existe el poder levantarnos, de tomar nuestra camilla y caminar. En nosotros hay más poder que el de nuestro yo; en nosotros está el poder “del que es”. Jesús nos invita a que veamos ese poder, que lo experimentemos, no que creamos en Él. Nos invita a que creamos en Él para conducirnos a nuestra propia realidad, que no es “otra” de la de Él.

Este es el significado del tercer milagro de Jesús, según la narración de Juan. No es el sello de Dios para que creamos la forma en que sus discípulos le interpretaron y le mitologizaron. Los milagros de Jesús hay que aprenderlos en espíritu y en verdad, sin quedarnos atrapados por la letra.

H.B.

Un dato importante: se celebra en la ciudad de Jerusalén una fiesta judía, no especificada, y Jesús, el maestro judío de Nazaret, asiste a ella. Y es que nadie puede negar los orígenes judíos de un Jesús fiel a los suyos, pero,

fundamentalmente, libre de toda atadura. Demuestra Jesús con su gesto que, a diferencia de los árboles, el hombre posee orígenes pero no raíces, lo que le permite desplazarse libremente por el mundo, sin apearse a nada.

Junto a la puerta Probática de Jerusalén, en una piscina llamada en hebreo Betzata, nos dice el evangelista que yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y mancos, excluida de una festividad monopolizada por los dirigentes políticos y religiosos. Jesús, siempre al lado de los débiles y los que sufren, se dirige hacia ellos, en un gesto que denota oposición frontal a las injusticias del sistema imperante. De entre los enfermos presentes, se fija Jesús, curiosamente, en un inválido que apenas podía moverse. El evangelista precisa que el hombre lleva enfermo treinta y ocho años. No me parece que el número sea baladí. De hecho, ya lo hemos dicho con anterioridad, nada en un texto sagrado es dejado al azar. Veamos por qué. La cifra treinta y ocho debe ser leída, forzosamente, en relación con otra, cuarenta, de una enorme carga simbólica para todas las tradiciones religiosas y espirituales del Próximo Oriente, incluido el islam. Para los numerólogos sufíes, por ejemplo, el número cuarenta indica *complitud*, esto es, un período de tiempo largo y homogéneo. Cuarenta comporta maduración. Así pues, cuarenta años equivalían a toda una generación. Por consiguiente, que el enfermo del presente pasaje tenga treinta y ocho años significa que es un hombre que está al final de su vida, toda una vida de invalidez, cuando Jesús hace irrupción en su mundo de oscuridad y dolor, para preguntarle directamente: “¿Quieres ser curado?”. Y es que el maestro espiritual no regala nada, no camina por nadie, no opera nada, si uno no desea curarse. Así, tras la respuesta afirmativa del hombre, Jesús le dice: “*Levántate, toma la camilla y anda*”, que es lo mismo que afirmar: indaga por ti mismo, puesto que nadie puede cumplir con lo que es tu tarea y sólo tuya.

Leído en clave simbólica, el episodio del inválido, figura del pueblo oprimido, pero también del hombre espiritualmente paralizado, nos recuerda que los seres humanos, nosotros mismos, lectores de las sociedades laicas y de conocimiento de hoy, somos como auténticos inválidos, por lo que al camino interior respecta. Los maestros espirituales, Jesús en este caso, no vienen sino a recordarnos que en nuestro interior reside latente un gran poder que nos es específico en tanto que seres humanos: el poder de levantarnos y caminar, que no es sino el poder transformador del espíritu, algo en lo que no hay que creer, cosa importante, sino que sólo exige ser visto, esto es, experimentado.

Jn. 5, 10-18

Era el día de sábado, y los judíos decían al curado: Es sábado. No te es lícito llevar la camilla. Respondióles: El que me curado me ha dicho: Toma tu camilla y vete.

Le preguntaron: ¿Y quién es ese hombre que te dicho: Toma y vete? El curado no sabía quién era, porque Jesús se había retirado de la muchedumbre que allí había.

Después de esto le encontró Jesús en el templo, y le dijo: Mira que has sido curado; no vuelvas a pecar, no te suceda algo peor. Se fue el hombre y dijo a los judíos que era Jesús el que le había curado. Los judíos perseguían a Jesús por haber hecho esto en sábado; pero Él les respondió: Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro yo también. Por esto los judíos buscaban con más ahínco matarle, pues no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios.

M.C.

A raíz de la cuestión del sábado, Jesús ataca los preceptos religiosos en su dimensión paralizante. Los preceptos de las tradiciones tienen un espíritu y una letra. El espíritu da vida, la letra mata.

El espíritu del sábado era dedicar un día a descansar de las faenas de la vida para dedicarlo al culto de Dios; tener tiempo para dedicarse a la segunda dimensión de nuestro existir. Este espíritu del sábado favorece el camino.

Pero también los preceptos religiosos protegen a la religión, como conjunto de creencias y prácticas e impiden caminar al que es paralítico, incluso después de curado. Suponen una traba para el que ve, el que ya no es paralítico, porque ligán a las formas y, haciendo esto, confunden la letra con el espíritu.

Posiblemente Jesús participa de la corriente creencia judía de que los males y las enfermedades son un castigo por los pecados. Sería normal que así fuera; pero la afirmación de Jesús tiene también otro sentido: el pecado es egoísmo, egocentración y, por tanto, paraliza. Jesús viene a decir: no peques si no quieres quedar paralizado en el camino interior.

Curar en sábado a un paralítico es liberar de la parálisis y liberar de las normas religiosas que someten. Jesús contesta a los que le recriminan que cure en sábado, diciendo que si su Padre actúa en sábado, también Él lo hace. Con esta afirmación Jesús está atacando la misma base de la estructura de la religión, que es someterse incondicionalmente y escrupulosamente a formas y fórmulas. Le acusan de quebrantar una norma sacrosanta y algo todavía más grave: la férrea dualidad “Dios/criaturas”. Estas dos transgresiones son un ataque mortal a la religión, que es el sistema de control de lo sagrado, de control de la dimensión absoluta del existir. Desmantelar la religión como “construcción-sistema de control” es desmantelar a sus controladores. Por eso deciden matarle. Ni la cuestión del sábado, ni el pasaje evangélico que habla de ese problema son una cuestión baladí.

H.B.

El precepto religioso del sábado como descanso obligatorio, que Jesús acomete con ímpetu inusitado en el presente pasaje, se presenta como un claro obstáculo a la libertad cuando se esclerotiza, si bien, en principio, se concebía como un espacio dedicado específicamente al cultivo de la dimensión absoluta de la realidad. Oponerse a él, como hacía Jesús, constituía toda una provocación para las autoridades religiosas, teniendo en cuenta que la observancia del sábado equivalía a la de toda la ley religiosa. Jesús irrumpe, pues, en el mundo, en su mundo, a fin de denunciar los aspectos inmovilizantes de una religión cuyo cumplimiento ciego de la letra ahoga toda posibilidad de liberación y de vivencia espiritual.

Con todo, el pasaje contiene algún que otro detalle más sobre el que merece la pena insistir. Así, cuando el inválido es preguntado acerca del artífice de su curación, el evangelista escribe: *“El curado no sabía quién era, porque Jesús se había retirado de la muchedumbre que allí había”*. Es decir, Jesús obra el milagro y abandona la escena sin dejar rastro alguno, algo así como el artista anónimo que concluye una obra pero no estampa en ella su firma, sabedor que la obra, que no le pertenece, está por encima de él mismo. Y es que todo maestro espiritual lo es, entre otras cosas, porque se sabe que no es el actor protagonista de sus actos. De hecho, Jesús dirá, en respuesta a los que le reprochan que actúe en sábado: *“Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro yo también”*, puesto que, en definitiva, el Hijo no es sino el instrumento del obrar del Padre.

Por otro lado, al despedirse del inválido, Jesús le espeta: *“Mira que has sido curado; no vuelvas a pecar, no te suceda algo peor”*, lo cual cabe ser interpretado en dos direcciones. Desde el punto de vista histórico y religioso, es más que probable que Jesús, al igual que los judíos de la época, creyese que los males y las enfermedades fuesen castigos por los pecados cometidos. Sin embargo, la misma exhortación merece ser leída simbólicamente. En ese sentido, no pecar significa no quedar encerrado en los límites angostos del ego y sus caprichos, puesto que no hay pecado que paralice más que la egocentración.

Jn. 5, 19-30

Respondió, pues, Jesús diciéndoles: En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque lo que éste hace, lo hace igualmente el Hijo.

Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que Él hace, y le mostrará aún mayores obras que éstas, de suerte que vosotros quedéis maravillados.

Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere les da la vida.

Aunque el Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar. Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre, que le envió. En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado porque pasó de la muerte a la vida. En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es ésta, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen vivirán. Pues así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en sí mismo, y le dio poder de juzgar, por cuanto Él es el Hijo del hombre.

No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán su voz y saldrán: los que han obrado el bien, para la resurrección de la vida, y los que han obrado el mal, para la resurrección del juicio.

Yo no puedo hacer por mí mismo nada; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.

M.C.

La voluntad de Jesús es la del Padre. Entre el Padre y el Hijo no hay dualidad alguna, no hay dos actores. En Juan esta unidad está expresada con el símbolo de la encarnación, pero esa unión completa de Jesús con el Padre puede comprenderse perfectamente sin la creencia que ha acompañado a este símbolo.

El Padre ama al Hijo y le revela su poder. Revelar su poder es revelar su ser. Y esto es lo que maravilla, más que los milagros. El poder que revela es dar vida a los muertos, gratuitamente, a aquellos que Él quiere. Y los muertos adquieren vida porque comprenden que jamás fueron fuera de Él.

No parece que Jesús hable de la resurrección final de los muertos. Según la creencia, todos resucitarán el último día, mientras que aquí nos dice que resucitarán aquellos a los que Él les da la vida. Más tarde sí hablará de la resurrección de los que están en las tumbas. Aquí, sin embargo, Jesús se refiere a los que están vivos pero muertos, porque desconocen al Padre y se desconocen a sí mismos.

El Inmanifestado no juzga, es la Manifestación la que juzga; y el juicio es una discriminación. Por consiguiente, nosotros mismos nos discriminamos, nos juzgamos frente al Hijo. El juicio es reconocer al Hijo y honrarlo, porque reconocer al Hijo es reconocer al Padre. Reconocer la Manifestación es reconocer al Inmanifestado.

El que le escucha, escucha al que le envió. El que le ve, ve al que le envió, y ese tiene ya la vida eterna. El que le ve, no es juzgado y pasa de la muerte a la vida.

Crear en Él es conocerle y conocer en Él al Padre. Ésta es la vida, la no muerte, que debe ocurrir en esta vida y no en otra.

Ya es hora de que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios. Los que la escuchan, vivirán. Y el mensaje es éste: como el Padre tiene la vida en sí mismo, el Hijo también tiene la vida en sí mismo. Esa vida en sí mismo que Él muestra es la que discrimina y juzga, y lo hace porque Él, como Hijo de hombre, pone ese conocimiento al alcance de todo hombre.

Juan está hablando de Jesús en un sentido exclusivo, como Hijo de Dios. Entre los hijos de los hombres, sólo Jesús tiene la vida en sí mismo. Nos dice que conocerle es pasar de la muerte a la vida, es decir, pasar a tener la vida en sí mismo, pero gracias a Jesús, gracias a su revelación. Por consiguiente, los que por el conocimiento de la revelación de la vida en sí mismos, pasan a la vida, lo hacen en Jesús.

Ésta es la única manera de que se salve el principio mitológico autoritario: conservando la exclusividad de Jesús, como Hijo de Dios.

En cuanto a la frase “*tener la vida en sí mismo*” caben dos posturas culturales. Si se plantea el conocimiento del Padre y del Enviado, su Hijo, desde la fe-creencia, como tiene que hacer Juan, sólo Jesús conoce sin creencias, porque conoce al Padre inmediatamente, en su unidad con Él; sólo Él tiene la vida en sí mismo que da el conocimiento del Padre. Nosotros estaríamos limitados a conocer al Padre y al Hijo sólo desde la fe-creencia. Es decir, conoceríamos al Padre y al Enviado desde el seno de formulaciones intocables, tales como Padre, Verbo, Encarnación, Hijo. Tenemos un conocer que es noticia de Él, pero creencia. Desde un conocimiento-creencia, tenemos la vida gracias a Jesús y en Él.

Sin embargo, si se plantean las cosas desde la fe sin creencias, como nos vemos forzados a hacer en nuestras condiciones culturales, conocer al Padre, y al que le manifiesta, es conocer la vida en sí misma, es conocer “lo que es” en sí mismo. Y conocer “lo que es” sólo se puede hacer siéndolo, porque no puede ser objetivado y porque ese conocimiento excluye toda dualidad.

Por consiguiente, Jesús, al manifestarnos al Padre, que tiene la vida en sí mismo, y mostrárnoslo en Él, como teniendo la vida en sí mismo, nos lleva a reconocer que también nosotros tenemos la vida en nosotros mismos. Este conocimiento nos hace pasar de la muerte a la vida.

Desde la fe-creencia en Jesús, éste resucitará a los que están en los sepulcros: a aquellos que obraron bien, para la vida; a los que obraron mal, para el juicio.

Desde la fe sin creencias, la verdad que propugna, su unidad con el Padre, que es nuestra unidad con el Padre, la oirán hasta en los sepulcros. Vivos y muertos comprenderán que no hay ni nacer ni morir. Y ese conocimiento da la

vida a los que todavía no han muerto y la da también a los muertos; no porque tengan que resucitar, sino porque comprendemos que no hay muerte, que sólo hay vida en sí misma.

Jesús sabe que hay un único actor. Cuando juzga, su juicio es verdadero, porque como Él no busca su voluntad, puesto que está perfectamente desegocentrado, es otro el que juzga. Por eso su juicio es verdadero.

H.B.

Prosigue la narración el evangelista incluyendo un par de pasajes cuya característica común es insistir en el hecho que el obrar de Jesús no es fruto de su voluntad individual, sino del Padre, algo que a las autoridades religiosas judías les resultará tan escandaloso o más que el hecho de transgredir el precepto del sábado. Afirma Juan: “*No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque lo que éste hace, lo hace igualmente el Hijo*”. Y es que no existe dualidad alguna entre el Hijo y el Padre; la voluntad de éste último es la de aquél.

Jesús se ha vaciado de sí mismo de tal manera que, en buena lid, puede decirse que sus actos no le pertenecen ya, algo que nos trae a la memoria el célebre *hadiz qudsí* o aforismo sapiencial, transmitido por el profeta Muhammad, en el que Dios habla en primera persona a través del propio Profeta: “*Mi servidor no deja de acercarse a mí mediante obras de devoción, hasta que le amo; y cuando le amo, soy el ojo por el que ve y la oreja por la que oye. Y cuando se acerca a mí un palmo, yo me acerco a él un codo, y cuando viene a mí andando, yo voy hacia él corriendo*”.

Ambos, Padre e Hijo, comparten y son una misma realidad. En otras palabras, cielo y tierra no son dos conceptos separados. De ahí que quien niega al Hijo esté, en verdad, negando al Padre, y viceversa. En un sentido muy similar, recoge el Corán un breve pasaje, la aleya del compromiso o ba'ya, en el que se afirma que quien presta fidelidad a Muhammad se la presta, en realidad, a Dios, puesto que el Profeta no es sino el ser vaciado de sí mismo a través del cual transita la palabra divina. La aleya en cuestión, que es invocada por la mayoría de sufíes en los rituales de iniciación en la senda mística, acompañada de un apretón de manos entre el maestro y el nuevo discípulo, dice así: “*Los que te juran fidelidad, la juran, en realidad, a Dios. La mano de Dios está sobre sus manos (...)*” (Corán 48, 10). Amar al sabio, acogerlo, seguir sus pasos, es, en definitiva, amar, acoger y seguir los pasos de Dios, de quien el sabio es su luz en el mundo.

Quien ve y oye al Hijo, ve y oye, en realidad, al Padre, que es quien le envió, puesto que ambos, Padre e Hijo, no constituyen dos realidades distintas. Creer en el Hijo, en el lenguaje de Juan, es conocerle y, más aún, conocer, en él

y a través de él, al Padre, metáfora de lo absoluto. El Padre se revela en el Hijo en todo su esplendor, pero el Hijo no agota al Padre, ni posee la exclusividad de éste, por bien que la epistemología mítica requiera dicho punto de vista exclusivista. Pero, Jesús, forma viva de Dios, no es el único intérprete de la voluntad de Dios. Y es que todo maestro espiritual es como una lucerna que deja entrever la dimensión absoluta de la realidad. Resulta cuando menos ilustrativo al respecto que en algunas escrituras sagradas de India, textos vaishnavas fundamentalmente, se afirme que uno de los diez pecados contra Dios sea el de suponer que el maestro no es más que un ser humano como los demás.

Afirma Juan que aquél que oiga la voz del Hijo de Dios, quien la reconozca, transitará de la muerte a la vida. Ese, prosigue, poseerá ya, ahora y aquí, la vida eterna. En términos muy semejantes, instaba el profeta Muhammad a los suyos: “¡Morid antes de morir!”, pero, sobre todo, “¡morid!”, que es lo mismo que decir “¡despertad!”, en esta vida de ahora, en definitiva la única que hay, antes, pues, de que sea demasiado tarde. Al fin y al cabo, el camino interior, cuyo fundamento es despertar y conocer la realidad tal como es, tiene que ver más con el más aquí que con el más allá.

Jn. 5. 31-47

Si yo diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no sería verídico; es otro el que de mí da testimonio, y yo sé que es verídico el testimonio que de mí da.

Vosotros habéis mandado a preguntar a Juan, y él dio testimonio de la verdad, pero yo no recibo testimonio de hombre; mas os digo esto para que seáis salvos. Aquél era la lámpara que arde y alumbra, y vosotros habéis querido gozar un instante de su luz.

Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, porque las obras que mi Padre me dio hacer, esas obras que yo hago, dan a favor mío testimonio de que el Padre me ha enviado, y el Padre, que me ha enviado, ése da testimonio de mí.

Vosotros no habéis oído jamás su voz, ni habéis visto su semblante, ni tenéis su palabra en vosotros porque no habéis creído en aquel que Él ha enviado.

Escudriñad las Escrituras, ya que en ellas creéis tener la vida eterna, pues ellas dan testimonio de mí, y no queréis venir a mí para tener vida.

Yo no recibo gloria de los hombres, pero os conozco y sé que no tenéis en vosotros el amor de Dios.

Yo he venido en nombre de mi Padre y vosotros no me recibís; si otro viniera usurpando mi nombre, le recibiríais. ¿Cómo vais a poder creer vosotros, que recibís la gloria unos de otros y no buscáis la gloria que procede del único Dios?

No penséis que vaya yo a acusaros ante mi Padre; hay otro que os acusará, Moisés en quien vosotros tenéis puesta la esperanza; porque si creyeráis en Moisés, creeríais en mí,

pues de mí escribió él; pero si no creéis en sus Escrituras, ¿cómo vais a creer en mis palabras?

M.C.

No es Jesús, hijo de José, el que da testimonio de sí mismo. Es el Padre, quien manifestándose en Él, da testimonio de Él. Es Eso que se ve en Él, lo que da testimonio de Él.

Juan también dio testimonio de mí, nos dice Jesús, pero no es el testimonio de hombres lo que debéis recibir. Si escucháis el testimonio en mí de Eso, del Padre, seréis salvos.

El que testifica a favor de Jesús es mayor que Juan. Las obras que hace Jesús, que son las obras del Padre, dan testimonio de Él. Y esas obras no son los milagros, sino todo su hacer y decir. En esas obras el Padre da testimonio de Jesús; en ellas el Padre está explícito, para quienes tienen oídos y ojos para ver.

Si no veis al Padre en mí es que nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su rostro, ni tenéis su palabra en vosotros, nos dice.

¿Creéis en las Escrituras? ¿Creéis que son testimonio de vida?

Éstas hablan de mí, nos dice. Todas las Escrituras hablan de todos los profetas y maestros, porque todas hablan de Esa dimensión innombrable y no dual que se dice en ellos.

Jesús no necesita el reconocimiento de los hombres y sus adversarios no pueden reconocerle porque en ellos no está el amor de Dios. Si así fuera verdaderamente, y no sólo de palabra, le reconocerían. En los adversarios de Jesús sólo está el amor a sí mismos.

Nos viene a decir: a mí, que vengo de Dios y le muestro, no me reconocéis; a aquellos que vengan de sí mismos y no muestren a Dios, a esos reconoceréis. Y es que no podéis verle, no podéis ver la gloria de Dios, porque sólo buscáis la gloria que os dais unos a otros. Sólo a esa gloria estáis atentos y sólo esa gloria reconocéis. Yo os arranco de vosotros mismos, por eso no me reconocéis; otro que venga sin forzaros a salir de vosotros mismos, a ese reconoceréis. No os acusaré yo ante mi Padre, será Moisés y todos los profetas quienes os acusarán, porque de mí escribió Moisés y todos los profetas. Si hubierais comprendido y visto lo que Moisés mostraba, me comprenderíais y veríais lo que yo muestro. Aunque decís que creéis en las Escrituras, no creéis verdaderamente en ellas, ¿cómo vais entonces a creer en mí?. Si no sois capaces de ver lo que hay en ellas, al Espíritu, ¿cómo vais pues a verlo en mí?

H.B.

El presente pasaje despliega e insiste en los temas ya apuntados en el anterior. Jesús, sostiene el evangelista, no da testimonio de sí mismo, y por eso es verídico, sino que es el Padre quien da testimonio de él. No habla Jesús desde el cerco de su voluntad egocentrada, sino desde una parte de él que, sin embargo, ya no es él. El maestro judío de Nazaret irrumpe en el mundo en nombre del Padre. Su obrar no le pertenece, sino que es el obrar del Padre. Nos hallamos, pues, ante un verdadero intercambio místico de las voluntades. Jesús da y multiplica una vida que le viene de arriba. Pero los hombres no lo reciben; y esta ha sido la suerte que han corrido todos los profetas de la historia. En la medida que uno actúa en el mundo desde su propio interés, de espaldas al amor de Dios, no es capaz de comprender que haya quien obre desde la gratuidad, el amor y la pura donación. En verdad, estos están muertos, pero no como los muertos, sino como los vivos.

Por último, concluye Jesús con estas palabras: “*Si creyeráis en Moisés, creeríais en mí, pues de mí escribió él; pero si no creéis en sus Escrituras, ¿cómo vais a creer en mis palabras?*”. Todos los profetas y maestros de la espiritualidad han apuntado hacia lo mismo, si bien con lenguajes simbólicos diferentes. Conocer a uno de ellos es conocer a todos los demás. Jesús está en Moisés y éste en aquél. En definitiva, cierra Jesús el pasaje abogando por lo que hoy podríamos denominar ecumenismo espiritual.

Jn. 6, 1-15

Después de esto partió Jesús al otro lado del mar de Galilea, de Tiberíades, y le seguía una gran muchedumbre, porque veían los milagros que hacía con los enfermos.

Subió Jesús a un monte y se sentó con sus discípulos. Estaba cercana la Pascua, la fiesta de los judíos.

Levantando, pues, los ojos Jesús y contemplando la gran muchedumbre que venía a Él, dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos pan para dar de comer a éstos? Esto lo decía para probarle, porque Él bien sabía lo que había de hacer.

Contestó Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno reciba un pedacito. Díjole uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto ¿qué es para tantos? Díjole Jesús: Mandad que se acomoden. Había en aquel sitio mucha hierba verde. Se acomodaron, pues, los hombres en número de unos cinco mil. Tomo entonces Jesús los panes y dando gracias, dio a los que estaban recostados, e igualmente de los peces, cuanto quisieron. Así que se saciaron, dijo a los discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan. Los recogieron, y llenaron doce cestos de fragmentos que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido.

Los hombres, viendo el milagro que había hecho, decían: Verdaderamente éste es el Profeta que ha de venir al mundo. Y Jesús, conociendo que iban a venir para arrebatarse y hacerle rey, se retiró otra vez al monte Él solo.

M.C.

Nos dice el evangelista que la muchedumbre seguía a Jesús por los milagros que hacía con los enfermos. No le seguían porque le comprendieran, porque tuvieran fe en Él, sino porque curaba. Sin embargo, Jesús no se ofende con ellos, ni los menosprecia, sino que tiene piedad de ellos porque sufren.

¿Cuál es el sentido de este milagro? ¿Probar la condición divina de Jesús por un acto de poder, multiplicando los panes y los peces? ¿Es ésta la voluntad del evangelista en esta narración? Quizás la fuera, pero si así fue a nosotros ya no nos sirve este tipo de argumentación. También parece significar que Jesús es un pan de vida y un alimento inagotable.

Se nos cuenta que Jesús era un hombre lleno de piedad hacia las masas, pero también se nos dice que su voluntad no era ni solventar los problemas alimentarios y sanitarios del pueblo, ni solventar sus problemas económicos y políticos. Jesús tiene misericordia de las masas, pero viene a traerles la revelación del Padre.

La muchedumbre, cuando ve este milagro, le reconoce como el Profeta que ha de venir, es decir, como el Mesías. Y la idea que tenía el pueblo del Mesías era política. Jesús, que comprende esta intención, huye y se dirige solo al monte para orar. Con esta huída desaprueba la interpretación que hacen las masas de Él.

H.B.

Una gran muchedumbre sigue a Jesús allá donde éste va, pero no porque lo hayan comprendido, afirma el evangelista, sino por los milagros que hace con los enfermos. A pesar de que la situación le incomode, ya lo hemos visto, el maestro de Nazaret no rechaza a nadie, consciente de la oscuridad en que vive el pueblo y su sufrimiento atroz. En el pasaje que nos ocupa, llevará a cabo Jesús un milagro, el de la multiplicación de los panes y los peces, de otra índole diferente. Sea como fuere, su importancia viene dada por el hecho de ser el único consignado por los cuatro evangelistas.

El episodio en cuestión, a mi modo de ver uno de los más deliciosos y sugerentes de todo el Evangelio, sucede al otro lado del mar de Galilea. Se acerca la Pascua judía y una gran muchedumbre, en número de cinco mil, se ha arremolinado alrededor del maestro. Es la hora de comer y no disponen de

comida suficiente para saciar a todas esas gentes. El diálogo que Jesús entabla con sus discípulos resulta hartamente curioso. De hecho, todos los diálogos del maestro de Nazaret con los suyos lo son. Felipe, el discípulo calculador, le dice a Jesús que necesitan más de doscientos denarios de pan para satisfacer a toda aquella muchedumbre. Tercia Andrés, entonces, no sin una cierta ingenuidad, para decir que no cuentan con más que cinco panes de cebada y dos peces, prestados por un muchacho cuyo nombre ignoramos, pero, prosigue el hermano de Simón Pedro, ¿qué es esto para tantos? Es, entonces, cuando Jesús manda a los suyos acomodar a la multitud, toma los cinco panes y los dos peces y los reparte de forma milagrosa entre las gentes hasta que se sacian.

Veamos, a continuación, algunos de los elementos más sobresalientes del episodio. En primer lugar, llama la atención la figura del muchacho anónimo, que de forma generosa entrega cuanto tiene a los demás, a pesar de ser una cantidad insignificante. De hecho, Jesús opera el milagro a partir de este gesto de desprendimiento y generosidad, luego de superación de sí. Y es que quien ofrece lo que posee, por poco que sea, es como si ofreciera el infinito. Por consiguiente, lo que, en realidad, hace Jesús aquí no es multiplicar los panes y los peces sino el gesto de generosidad del muchacho. Ese es el verdadero milagro y no otro. El maestro es, en definitiva, un dador y multiplicador de vida.

Tal vez porque el verdadero milagro sea ese y no la multiplicación material de panes y peces, el evangelista no ofrece detalle alguno a propósito de la ejecución del milagro en sí. Nada dice sobre si el pan creció o qué fue lo que sucedió exactamente, porque, a la postre, nada de eso es relevante. Juan narra los hechos con toda naturalidad, sin ánimos de convencer a nadie a base de ofrecer detalles inútiles. En resumidas cuentas, la intuición espiritual fundamental del episodio de los panes y los peces es que cuanto más das, más tienes.

Vemos, pues, que el presente episodio es mucho más lo que enseña (entre líneas) que lo que muestra en sí. Respecto al proceder de Jesús, conviene no pasar por alto algo ciertamente notable. Es verdad que no sólo de pan vive el hombre, pero Jesús nos enseña aquí que es preciso que el hombre tenga pan. En tanto que hombre de conocimiento, a Jesús le preocupa el alimento espiritual, por supuesto, pero también le preocupa que los hombres coman. En síntesis, el maestro de Nazaret une pan y palabra

El evangelista concluye el pasaje con estas palabras: “Y Jesús, conociendo que iban a venir para arrebatarse y hacerle rey, se retiró otra vez al monte Él solo”. Una vez más, obra Jesús el milagro y desaparece de la escena. Ante el riesgo de que las gentes le tomen por alguien capaz de solventarles los problemas cotidianos, el maestro de Nazaret se hace a un lado. Jesús rechaza toda realeza, no es un político. Su verdadera preocupación es el hambre que no se sacia ni con panes ni con peces ni con nada. Y es que sólo el cultivo en profundidad de la dimensión absoluta de

la realidad nos convierte en seres humanos completos, de otro modo permaneceremos por siempre amputados, a medias, por no decir más.

Jn. 6, 16-21

Llegada la tarde, bajaron sus discípulos al mar, y subiendo en la barca, se dirigían al otro lado del mar, hacia Cafarnaúm. Ya había oscurecido y aún no había vuelto a ellos Jesús, y el mar se había alborotado por el viento fuerte que soplabla. Habiendo, pues, navegado como unos veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús, que caminaba sobre el mar y se acercaba ya a la barca, y temieron. Pero Él les dijo: Soy yo, no temáis. Querían ellos tomarle en la barca; pero al instante se halló la barca en la ribera, adonde se dirigían.

M.C.

Jesús camina sobre las aguas alborotadas. ¿Se trata de otra exhibición de poder, esta vez sobre los vientos y el mar? Pues el evangelista nos cuenta que los discípulos se atemorizaron y que Jesús tuvo que tranquilizarlos. Seguramente estaba en el pensamiento del evangelista esta idea helenista de presentar a Jesús como Hijo de Dios.

En cualquier caso, no tiene sentido preguntarse si la anécdota fue real. Los evangelios, ya lo hemos dicho, no son una crónica de los hechos de Jesús, son una interpretación de su persona y del impacto que causó en sus discípulos, según los patrones del tiempo. Hay que tener en cuenta que una interpretación, en el contexto cultural de los evangelistas, es una mitologización. No cabe pues preguntarse si las mitologizaciones son reales.

Sin embargo, las palabras de Jesús: “no temáis, soy yo”, son de un gran contenido espiritual. El gran obstáculo para adentrarse por los caminos de la “no-dualidad” es el temor; porque caminar por la Vía es perder pie a todas las realidades y concepciones que mantienen orientados a los seres humanos; es adentrarse en el Vacío, dirá el Buda.

Por otra parte, se puede tomar este prodigio de Jesús como una alegoría: Jesús camina sobre las dificultades interiores y exteriores, aunque esas dificultades sean como un mar embravecido, y llega a la orilla llevando a los que le siguen.

H.B.

Obrrará Jesús en el presente pasaje un nuevo prodigio: caminar sobre las aguas embravecidas del mar de Tiberíades. Ya hemos apuntado con anterioridad

que dichos acontecimientos extraordinarios no describen realidad alguna. Más aún, ni tan solo estamos seguros de que hubiesen tenido lugar, cosa que, por otro lado, tampoco importaría mucho a efectos de lo que, en realidad, aquí nos importa. La grandeza espiritual de Jesús no se mide por sus milagros. En su época, muchos fueron los que le siguieron gracias a ellos. Hoy, nosotros, lo hacemos, pero a pesar de ellos.

Dice el evangelista que los discípulos *“vieron a Jesús, que caminaba sobre el mar y se acercaba ya a la barca, y temieron. Pero Él les dijo: Soy yo, no temáis”*. Que Jesús caminase sobre las aguas es algo menor, pero como metáfora es bella. Lo realmente relevante del caso es que nada hay imposible para el amor, ni siquiera eso: caminar sobre el mar. Esa es la enseñanza que el supuesto milagro nos lega.

Por otro lado, son profundas las palabras de Jesús pidiéndoles a los suyos que no teman. En verdad, al lado del maestro jamás hay nada que temer. En cualquier lugar donde se encuentre está el absoluto. Es cierto, no obstante, que el maestro no hace concesiones al error; que la nobleza de su presencia puede, a veces, intimidar; que es severo en algunos momentos para no ceder a una bondad a bajo precio; que es despiadado, incluso, a la hora de destrozar las ilusiones mundanas, cuando se trata de liberar nuestro sí mismo real del cieno de la egocentración.

Con todo, nada hay que temer a su lado, pues su amor, un amor inteligente, le precede. Y es que el amor prodigado sin discernimiento es más que desperdiciado; puede ser, incluso, un verdadero veneno. La compasión del hombre de conocimiento es siempre inteligente, jamás fruto de una simpatía sentimental.

Jn. 6, 22-24

Al otro día, la muchedumbre que estaba al otro lado del mar echó de ver que no había sino una barquilla y que Jesús no había entrado con sus discípulos en la barca, sino que los discípulos habían partido solos. Pero llegaron de Tiberíades barcas cerca del sitio donde habían comido el pan, después de haber dado gracias al Señor, y cuando la muchedumbre vio que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos tampoco, subieron en las barcas y vinieron a Cafarnaúm en busca de Jesús.

M.C.

Jesús se escabulle de las masas y sus discípulos le siguen. La muchedumbre le sigue porque ha visto en Jesús poderes que concuerdan con sus expectativas: un

Mesías que les libre de la opresión de los romanos y de la miseria que su colonización ha supuesto para muchos. Hay que tener en cuenta que la creación de ciudades helenas en territorios de Israel suponía expropiación de las mejores tierras, fuertes impuestos, además de reducir a los campesinos a jornaleros y siervos. Si Jesús huye de las masas en ocasiones como éstas es porque no pretende ser un líder político, aunque atienda a los pobres y marginados y hable a favor de ellos.

H.B.

Las gentes van de un lado para otro en pos de Jesús. Tras el episodio de la multiplicación de los panes y los peces, han visto en él alguien capaz de mitigar sus penurias y poco más. La gente espera de él la solución de su indigencia. Sin embargo, Jesús no se deja atrapar fácilmente y escapa de la servidumbre humana; se niega a pactar con los hombres. Sabe que le quieren para que solvente sus problemas, pero no porque hayan comprendido su enseñanza. Y es que al egoísmo nunca le faltan recursos. Jesús no es indiferente al sufrimiento humano. En modo alguno podría serlo. No hay que confundir aquí la impasibilidad que a veces muestra el maestro con la indiferencia. Ésta, la indiferencia, es el peor indicio del endurecimiento del corazón y del entorpecimiento de la conciencia. Lo hemos dicho ya, y lo reiteramos nuevamente, Jesús no es indiferente a las tribulaciones de los hombres. Más aún, está con los sencillos y débiles, y, en consecuencia, siente el dolor de los que sufren como propio, pero no pretende ser un cabecilla político. Su misión es otra, bien diferente, y no cede ante nada en su cumplimiento, puesto que le va la vida en ello.

Jn. 6, 25-47

Habiéndole hallado al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo has venido aquí? Les contestó Jesús y dijo: En verdad, en verdad os digo: Vosotros me buscáis no porque habéis visto los milagros, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado; procuraos no el alimento perecedero, sino el alimento que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os da, porque Dios Padre le ha sellado con su sello.

Dijéronle, pues, ¿Qué haremos para hacer obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: la obra de Dios es que creáis en aquel que Él ha enviado.

Ellos dijeron: ¿pues tú, ¿qué señales haces para veamos y creamos? ¿Qué haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: Les dio a comer pan del cielo. Dijoles, pues, Jesús: En verdad, en verdad os digo: Moisés no os dio pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que bajó del cielo y da la vida al mundo. Dijéronle, pues, ellos: Señor, danos siempre ese pan.

Les contestó Jesús: Yo soy el pan de vida; el que viene a mí, ya no tendrá más hambre, y el que cree en mí, jamás tendrá sed.

Pero yo os digo que vosotros me habéis visto y no me creéis; todo lo que el Padre me da viene a mí, y al que viene a mí yo no le echaré fuera, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite en el último día.

Porque ésta es la voluntad de mi Padre, que todo el que ve al Hijo y cree en Él, tenga la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Murmuraban de Él los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que bajó del cielo, y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Pues cómo dice ahora: Yo he bajado del cielo?

Respondió Jesús y les dijo: No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si el Padre, que me ha enviado, no le trae, y yo le resucitaré en el último día.

En los Profetas está escrito: “Y serán todos enseñados de Dios”. Todo el que oye a mi Padre y recibe su enseñanza, viene a mí; no que alguno haya visto al Padre sino el que está en Dios, ése ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: El que cree tiene la vida eterna.

M.C.

Jesús nos viene a decir: me buscáis no porque veáis en mí los signos de Dios, sino porque buscáis solución a vuestros problemas, esto es, el hambre y la opresión. No me buscáis a mí, sino que os buscáis a vosotros mismos. No busquéis solventar en mí vuestros problemas. Buscad el alimento imperecedero, el que permanece más allá de la muerte. Éste es el alimento que da Jesús, porque Dios le ha sellado con su sello, de forma que quien ve a Jesús, ve la marca clara de Dios. Y la marca de Dios es Dios.

¿Cuál es pues la obra de Dios? O lo que es lo mismo: ¿Cuál es nuestro verdadero destino como hombres? Responde Jesús: Que veáis al que Él ha enviado, lo cual equivale a decir: que veáis lo que tenéis delante. Primero, que veáis al Maestro, al sello de Dios. Después, que veáis cómo el Maestro enseña a ver.

Le preguntan: *¿Qué señales haces para que creamos en ti? Moisés solucionó nuestros problemas dándonos pan del cielo. ¿Y tú?* Jesús responde que Moisés no solucionó sus problemas, porque fue un pan que no les quitó para siempre el hambre. El pan que da Jesús sí soluciona los problemas, porque es el verdadero pan del cielo, viene de la dimensión absoluta, viene del vacío de toda categorización. El pan que da Jesús es “el que es” Quien come ese pan no vuelve a confundir “lo que parece ser”, que no quita el hambre, con “lo que es”. Por eso el pan que da Jesús extingue el hambre que provoca el deseo. ¿Qué hambre puede

haber cuando se realiza en uno mismo “al que es”? Los judíos le dicen: danos siempre de ese pan.

Aquí se repite el esquema de la samaritana. En aquél, Jesús decía que Él era el agua de vida que quita la sed para siempre; aquí dice que es el pan de vida, que sacia el hambre para siempre. Podemos resumirlo en lo siguiente: Jesús es el pan de vida, quien viene a Él no tendrá más hambre. El que cree en él, no tendrá más sed. Él apaga el deseo, la expectativa, la búsqueda.

Asimismo dice Jesús: todos los que el Padre trae a mí, yo los acojo. Esto es así porque Jesús no hace su voluntad sino la del Padre. Para ello ha bajado del Cielo. Juan interpreta aquí “yo he bajado del Cielo” como el Verbo de Dios venido a este mundo. Ésta es pues la voluntad del Padre que le ha enviado: que dé vida a todos los que se aproximen a Él. Pero sólo puede dar vida a los que le reconocen, a los que le ven; es decir, aquellos a los que el Padre aproxima a Él.

Murmuraban los judíos diciendo, ¿cómo dice éste que ha bajado del cielo si conocemos a su padre José? Jesús responde diciendo: nadie viene a mí y comprende mi revelación, si el que me ha enviado no le trae a mí. Sólo el ojo de Dios ve a Dios. Sólo la luz de Dios reconoce la manifestación de Dios. Sólo los enseñados por Dios comprenden.

Cabe concluir que la enseñanza de Jesús no son verdades ni doctrinas. Los enseñados por Dios, no es que le hayan visto, puesto que el Padre no es ni un sujeto ni un objeto que pueda ser visto.

Así pues, el que cree, tiene la vida eterna. Pero aquí creer no es aceptar verdades, sino conocer al Padre que se muestra en Jesús, conocer “al que es”.

H.B.

Finalmente, la muchedumbre halla a Jesús, al otro lado del mar. La gente se dirige a él llamándole Rabbí, maestro, lo cual denota respeto. “¿Cuándo has venido aquí?”, le interrogan, pero él elude la pregunta y responde mostrándoles cuáles son sus verdaderas intenciones: “Vosotros me buscáis no porque habéis visto los milagros, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado”. Jesús les reprocha que le sigan sólo para que les asegure el sustento, no porque hayan entrevisto lo divino diciéndose a través de él o porque hayan sentido su destino como seres humanos, más allá de toda inmediatez y contingencia. Jesús les viene a decir que la verdad, como el bien y la belleza, se aceptan sin condiciones, como lo exige su naturaleza intrínseca. Lo cierto es que, muy probablemente, no haya maldad en ellos y lo suyo sea cuestión de inadvertencia o confusión, fruto de la más pura ignorancia, no de una transgresión intencional. Aun así, nadie puede hacer trampas con el maestro, que es el sello de Dios.

Jesús invita en todo momento a no limitar el horizonte, que sería algo así como negar en uno mismo la dimensión espiritual. Jesús llama a alzar la vista y mirar más allá de las propias necesidades. ¡Y es que nos perdemos tantas maravillas por mirarnos al ombligo de nuestro ego! De ahí que inste a la gente a procurarse no el alimento perecedero, sino ese otro que no tiene fecha de caducidad, que es el que él aporta, el del espíritu. Dicho alimento, más sutil que lo más sutil, vence incluso a la muerte.

Pero quienes le escuchan no están para demasiadas sutilidades. Profesan una religión de preceptos y mandamientos que ha conformado y sometido su pensar y su sentir, siguen ciegamente el camino trillado de las normas colectivas, de ahí que le pregunten a Jesús: “¿Qué haremos para hacer obras de Dios?”. No han comprendido aún que Jesús no ha venido al mundo a traer nuevas reglas u observancias, que no desea que acaten nada, sino que comprendan su posibilidad ontológica como seres humanos y la realicen. El objetivo último de Jesús es, en definitiva, atraer a los hombres hacia el silenciamiento interior, que es el verdadero alimento imperecedero, a fin de que contemplen las cosas tal como son y puedan distinguir entre lo esencial y lo ordinario, entre la joya y la escoria. Creer en Jesús, por lo tanto, no significa adherirse incondicionalmente a credo alguno, ni aferrarse a nuevos ritos o reglas, sino comprender como él lo hace y amar sin medida, no buscando el beneficio propio, porque cuando amamos así pasamos de la muerte del aislamiento a la vida de la apertura a los otros.

Llegados a este punto, la gente le exige a Jesús una señal que justifique que hayan de seguirle, a la manera de los prodigios que operó Moisés en el desierto con sus antepasados. Jesús contesta, tajante, que él mismo constituye dicha señal. Él es el verdadero pan del cielo que sacia para siempre (¡y no sólo los estómagos!), puesto que extingue todo deseo. El pan del cielo expresa metafóricamente el amor del Padre encarnado en Jesús, quien por amor comunica su propia vida. Por consiguiente, las señales de Jesús explicitan lo que él mismo es.

El presente pasaje guarda no pocos paralelismos con el de la samaritana que halló Jesús junto al pozo de Jacob. Si allí afirmó Jesús ser el agua de vida, ahora dice ser el pan de vida que sacia el hambre para siempre. Jesús agua y Jesús pan constituyen dos bellas metáforas para apuntar a la acción del espíritu, dos metáforas que poseen toda la fuerza de la sencillez y la primordialidad. Jesús agua y Jesús pan de vida es como decir que él es dador y multiplicador de vida.

En ambos casos, los interlocutores de Jesús, allí la samaritana, aquí la muchedumbre agolpada a su alrededor, exteriorizan el deseo de recibir los dones que el maestro de Nazaret brinda; y la condición que éste impone es siempre la misma: que se entreguen a él, a fin de que reconozcan en su persona

al Padre. Sólo a éstos, los que lo miran y ven al Padre, les podrá dar vida en forma de agua y pan.

Reitera una vez más Jesús que ha bajado del cielo, ese es su lugar de procedencia, a lo que responden los judíos que le oyen que ellos bien saben quién es su padre y su madre. El maestro de Nazaret, de hecho todo maestro del espíritu, se expresa mediante símbolos, cuya comprensión exige el descentramiento del oyente para que penetre hasta el interior de la persona. La comprensión se convierte, por lo tanto, en una suerte de compasión, pues quien interpreta, quien comprende, se hace como lo interpretado o comprendido. Y eso es lo que quiere decir Jesús cuando exige adherirse a él. La adhesión al maestro de Nazaret implica ser como él es. Y ser como él es significa, forzosamente, ver y conocer al Padre. Sólo el que está en Dios, ve a Dios, pone en boca de Jesús el evangelista. Expresado en otros términos sería lo mismo que decir que el hombre despierto es el lugar donde el cielo y la tierra se encuentran y abrazan.

Sin embargo, quien no se descentra, esto es, quien permanece varado en el ego y en sus modelos interpretativos, es incapaz de entender el símbolo y de actualizarlo en sí mismo, que es lo que les sucede a los judíos, anclados en la ley mosaica, y su uso romo del lenguaje.

Jn. 6, 48-59

Yo soy el pan de vida; vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que baja del cielo, para que el que lo coma no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo.

Disputaban entre sí los judíos, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él. Así como me envió el Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí.

Este es el pan bajado del cielo; no como el pan que comieron los padres y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre. Esto lo dijo enseñando en una sinagoga de Cafarnaúm.

M.C.

De la misma manera que el pan y el vino se comen y beben y se hacen carne y sangre de aquellos que lo comen y beben, así hay que asimilar (comer

y beber) a Jesús hasta hacerlo nuestro propio ser. Comiéndole y bebiéndole a Él, pan del cielo, comemos y bebemos su revelación, hasta que se haga nuestra propia carne y sangre.

La imagen de la comida y la bebida, la utiliza Jesús para expresar que lo que Él es como Maestro, como Manifestación total del Padre, como uno con el Padre, como presencia plena del Padre en su ser, nosotros debemos serlo también, asimilándolo a Él hasta el punto de que sea nuestra propia vida. Comer pan y beber vino en su memoria es un símbolo explícito de esa actitud y también de su invitación y su promesa.

La Iglesia interpretó, e interpreta, estas palabras desde la epistemología mítica; es decir, que si Jesús dice que el pan es su carne y el vino su sangre es que es de esta forma.

Más tarde, por el influjo de la filosofía helenista, aparecieron las interpretaciones conceptuales, teológicas. La teología interpretará, permaneciendo en la epistemología mítica, que por las palabras de Jesús y de sus apóstoles y sucesores se produce una transubstancialización, es decir, un cambio de substancia: la substancia del pan y el vino se transforman en la carne y sangre de Jesús, permaneciendo los accidentes propios del pan y del vino. Esta transubstancialización, evidentemente, no se ve, sino que se tiene que creer. El evangelista, por su parte, realiza una interpretación de acuerdo con la epistemología mítica, aunque no la conceptualice.

Desde nuestra situación cultural, podemos ver que Jesús no está llamando a ninguna creencia ni a ningún dogma de transubstancialización, sino a una actitud con respecto a Él. La primitiva Iglesia del grupo de Juan, desde la que éste escribe, está haciendo referencia al ritual cristiano de la cena del Señor; a la muerte del Jesús y a su vaciamiento completo. Al hacerlo está suponiendo, como hemos dicho, la epistemología mítica y por tanto la creencia, pero también está haciendo clara referencia a la actitud que pide Jesús. Con el paso del tiempo, prevalecerá el rito y las creencias que éste supone, sobre el sentido hondo de las palabras de Jesús, aunque no llegue a ahogarlo nunca.

Los que interioricen la actitud de Jesús, (lo coman y lo beban), hasta hacerla carne propia, se sitúan más allá del poder de la muerte. También hay que comer y beber su sacrificio supremo, el vaciamiento radical. Quien asume, como Él, la muerte, ese vaciamiento radical de sí mismo, está más allá de la muerte.

Dice Jesús que quien come su carne y bebe su sangre, está en Él y Él en el que le come y le bebe. Y también dice que como Él vive por la revelación del Padre, así el que le coma vivirá por Él. Quien asimila a Jesús está en Él y Él en el que le asimila así de íntimamente hasta ser una sola cosa, como el pan y el vino se hacen una sola cosa con el que come y bebe.

El pan que ofrece Jesús, pan bajado del cielo, no es como el pan que comieron los ancestros de los judíos y después murieron. El que comieron los padres de los judíos era el maná, la religión. Quien coma el pan que da Jesús, la plena revelación del Padre, en el completo vaciamiento de sí mismo, que está más allá de toda religión, no morirá porque comprenderá que no hay más nacer ni morir. Esa potente metáfora expresa lo esencial del papel del Maestro: despertar al Maestro interior (Espíritu Santo), que equivale a interiorizar al Maestro y a vivir su misma vida en una unidad indisoluble.

H.B.

Afirma Jesús: *“Yo soy el pan de vida”*. Lo que caracteriza al mensaje cristiano es que la revelación adopta en él una forma humana, en la figura del maestro judío de Nazaret, mientras que en otras tradiciones, el islam pongamos por caso, aparece como un libro, el Corán. Ello quiere decir que la enseñanza es la propia persona avatárica, Jesús, que es pan de vida que, como tal alimento espiritual, requiere ser ingerido, esto es, asimilado hasta sus últimas consecuencias. Conocer es ser y ser es encarnar. Estar con Jesús es hacer de su figura emblemática el alimento que nutre nuestra sangre y otorga vida al corazón. Porque no es una doctrina que uno deba aceptar lo que Jesús trae, ni una nueva dogmática en el que creer, ni una ley que cumplir. *“El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él”*, dice Jesús. Y es que el maestro posee el don alquímico de transfigurar lo exterior en interior, lo terrenal en celestial. Comer su carne, metáfora de una gran fuerza expresiva, sugeridora como pocas, implica hacerse como él, permitirle que nos habite, lo cual significa una aproximación al maestro con la totalidad de nuestro ser y no meramente volitiva ni sólo intelectual.

En los pasajes que ahora nos ocupan, contraponen Jesús, constantemente, el maná que los judíos comieron tiempo atrás en el desierto y el pan de vida bajado del cielo que él es. Ambos términos conciernen al campo semántico del alimento. Andando el tiempo, el segundo, junto al vino, desempeñará un papel central en la liturgia cristiana de la eucaristía, que aquí aparece ya apuntada en sus rasgos más sobresalientes, aunque sólo simbólicamente, y que más tarde se interpretará teológicamente mediante la transubstancialización, según la cual el pan y el vino se transformarán en el cuerpo y sangre, respectivamente, de Jesús.

Del maná, dice el maestro de Nazaret, que los antepasados lo comieron y murieron, mientras que el pan de vida que él ofrece otorgará la vida eterna. Tal vez quiera referirse el maestro de Nazaret con el uso de dichos términos contrapuestos a la distancia existente entre la religión del maná, entendida como ley y creencia, y todo el farrago de restricciones moralizantes que conlleva, y la

espiritualidad del pan de vida que no es sino su enseñanza de amor extintivo e incondicionado, libre de todo sometimiento formal. En resumen, el maná representa la letra, que mata, mientras que el pan de vida es el espíritu que vivifica. No nos cansaremos de reiterar, una vez más, que religiosidad no es necesariamente sinónimo de espiritualidad, ni mucho menos.

Jn. 6, 60-71

Luego de haberlo oído, muchos de sus discípulos dijeron: ¡Duras son estas palabras! ¿Quién puede oírlas? Conociendo Jesús que murmuraban de esto sus discípulos les dijo: ¿Esto os escandaliza? Pues ¿Qué sería si vierais al Hijo del hombre subir allí adonde estaba antes? El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida; pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque sabía Jesús desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que había de entregarle. Y decía: Por esto os dije que nadie puede venir a mí si no le es dado de mi Padre. Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron y ya no le seguían, y dijo Jesús a los doce: ¿Queréis irnos vosotros también? Respondióle Simón Pedro: Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios. Respondióle Jesús: ¿No he elegido yo a doce? y uno de vosotros es un diablo. Hablaba de Judas Iscariote, porque éste, uno de los doce, había de entregarle.

M.C.

Muchos de los discípulos de Jesús interpretaron sus palabras al pie de la letra, (“*duras son estas palabras*”), sin ningún sentido espiritual. Juan también las interpreta desde la epistemología mítica, pero comprendiendo su sentido espiritual. Por eso argumenta: si esto os parece imposible —que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y la sangre de Jesús— ¿qué diréis cuando le veáis subir allá, donde estaba antes?

Para Juan, Jesús era el Verbo eterno de Dios. Hay que tener en cuenta, además, que cuando esto narra ya ha transcurrido la pasión y muerte de Jesús y también los fenómenos espirituales que los discípulos interpretaron, según el patrón agrario, como resurrección de Jesús y como posterior ascensión a los cielos.

Las palabras que siguen son aclaratorias: el espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada. Lo que dice Jesús está pues en el orden del espíritu y no de la carne. Dice el evangelista que algunos de los discípulos no podían creer, es decir, no podían comprender. Esto era debido a su incapacidad de interpretar a Jesús según el espíritu.

Juan, que interpreta a Jesús como el Verbo, tiene que afirmar que Jesús ya sabe quién le va a entregar. De hecho es posible que Jesús lo intuyera con toda claridad.

Por otra parte, insiste que sólo comprenden aquellos a quienes el Padre les ha dado este don.

Jesús pregunta: “¿*queréis irnos vosotros también?*” Pedro contesta: “¿*a quién iríamos? Aunque muchas veces no te comprendamos, tus palabras tienen sabor de vida eterna. Por el sabor de tus palabras sabemos que eres el Santo de Dios; que tus palabras vienen de Dios, que son palabras de Verdad*”. El sabor de la Verdad es más fuerte que la comprensión en su sentido habitual de abarcar conceptualmente. El sabor de la Verdad está en el orden de lo irrepresentable; pero esa incapacidad de concebirla no le resta ningún valor ni peso de certeza al sabor de la Verdad.

Termina el pasaje poniendo en boca de Jesús la profecía, *post factum*, de la traición de Judas Iscariote.

H.B.

“*Duras son estas palabras!*”, exclaman los discípulos de Jesús al oírle, y algunos le abandonan. No en vano les propone una tarea ardua: que osen ir más allá de la tradición de sus padres, que transiten de la letra de la ley religiosa al espíritu de ésta, que se entreguen a los demás a través de su amor extintivo; lo cual, qué duda cabe, no está al alcance de todos. Lo que el maestro de Nazaret trae, en efecto, no resulta fácil de ser escuchado. Así pues, los tibios serán vomitados del entorno de Jesús. Y es que el maestro separa con sus palabras a los tibios de los fervientes.

De hecho, ningún maestro del camino interior digno de dicho nombre ha resultado jamás cómodo. En síntesis, un maestro espiritual tiene como función y misión fundamental mostrar lo real en el mundo, no solventar problemas específicos de índole práctico. Eso, en el caso de Jesús, quedó patente desde el momento en que rechazó la realeza y con ella toda gloria humana. Más concretamente, el maestro puede ayudar a los hombres a sacudirse la torpeza y el embrutecimiento, al tiempo que les conduce hacia su propio interior, sede del sí mismo verdadero, a fin de tener noticia de eso que tradicionalmente ha dado en llamarse el maestro interior, auténtica guía en el camino espiritual. El maestro, pues, hace consciente en uno que el hombre es portador de un germen divino. Pero será tarea de cada cual actualizar dicha potencia latente.

El presente pasaje gira todo él alrededor de la oposición entre el espíritu y la carne, conceptos que son empleados para expresar simbólicamente dos visiones distintas del camino interior y del ser humano también. La perspectiva cristiana, es cierto, distingue entre la carne y el espíritu, y rechaza aquélla a

favor de éste, lo cual, cuando no ha sido bien comprendido, ha causado más de un problema. La perspectiva islámica, por su parte, diferencia entre lo que podríamos denominar lo carnal vil y lo carnal noble, lo cual también ha engendrado no pocas aberraciones, por exceso de literalismo y falta de comprensión simbólica. Sea como fuere, dice Jesús: *“El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida; pero hay algunos de vosotros que no creen”*. El espíritu es la fuerza del amor, que jamás sabe del interés personal, mientras que la carne es la egocentración y sus consecuencias: injusticia, atropello, ofuscación y la peor de todas ellas: la vanidad, que es el orgullo del vacío, si nos atenemos a la etimología de la palabra. El espíritu es luz, la carne es sombra. El espíritu es expansión, la carne contracción. Quien sigue el camino del espíritu se sutiliza e ilumina, pero quien opta por el de la carne sucumbe a las garras voraces del ego; es el hombre sin capacidad de amor desinteresado.

Jesús invita, entonces, a sus doce discípulos a marchar, si es que así lo desean, como ya habían hecho muchos otros, ahuyentados por las afirmaciones del propio maestro de Nazaret, ante lo cual Simón Pedro responde: *“¿A quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna”*. Pedro representa aquí al fiel discípulo que tal vez no haya comprendido en su totalidad el alcance de las palabras de Jesús, pero ha presentido en él algo único. Y es que al lado del maestro todo se vuelve luz, puesto que él mismo es luz, una luz teofánica.

Jn. 7, 1-13

Después de esto andaba Jesús por Galilea, pues no quería ir a Judea, porque los judíos le buscaban para darle muerte. Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los Tabernáculos. Dijéronle sus hermanos: Sal de aquí y vete a Judea para que tus discípulos vean las obras que haces; nadie hace esas cosas en secreto si pretende manifestarse. Puesto que eso haces, muéstrate al mundo.

Pues ni sus hermanos creían en Él. Jesús les dijo: Mi tiempo no ha llegado aún, pero vuestro tiempo siempre está pronto. El mundo no puede aborreceros a vosotros, pero a mí me aborrece, porque doy testimonio contra él de que sus obras son malas. Vosotros subid a la fiesta; yo no subo a esta fiesta, porque aún no se ha cumplido mi tiempo. Dicho esto, se quedó en Galilea.

Una vez que sus hermanos subieron a la fiesta, entonces subió Él también, no manifestamente, sino en secreto. Los judíos le buscaban en la fiesta y decían: ¿Dónde está éste? Y había entre las muchedumbres gran cuchicheo acerca de Él. Los unos decían: Es bueno; pero otros decían: no, seduce a las turbas. Sin embargo, nadie hablaba libremente de Él por temor de los judíos.

M.C.

Los judíos buscan darle muerte. Los hermanos de Jesús, en sentido estricto, le incitan a que muestre su poder en Jerusalén. Al hacer esto muestran que no creen en Él, que no le comprenden, que querrían verle como Mesías poderoso. Esto debió doler especialmente a Jesús.

Jesús les responde que su tiempo no ha llegado. En cambio, el tiempo de sus hermanos siempre está pronto, porque es la perspectiva del mundo, la perspectiva de la mayoría de los judíos de su tiempo: solventar el problema de la opresión del pueblo; participar en la victoria y el reino del Mesías

Jesús les dice también: porque vuestras perspectivas son mundanas, el mundo nos os odia, como mucho os odiarán los romanos. A mí el mundo me odia porque doy testimonio en su contra, porque sus obras son malas. Pese a ello, Jesús no es un Catón judío, no es un moralista y no le aborrecen por eso. Le aborrecen porque con su actitud y sus palabras hace irreal aquello que es la realidad para el mundo; porque desvaloriza aquello por lo que vive y pelea la gente; porque muestra la vaciedad de la religión oficial judía y la vaciedad del culto del templo.

Jesús no sube con sus hermanos a Jerusalén; lo hace de incógnito. Si subiera con ellos, tendría que hacerlo según la pretensión de éstos, la de mostrarse como Mesías poderoso. Jesús va a la fiesta, como buen judío, pero sólo y a escondidas.

El pueblo estaba dividido respecto de Él. Unos decían que era bueno. Otros que era un embaucador. Unos le intuían, otros no comprendían nada. Pero todos estos comentarios se hacía por lo bajo, por miedo a los judíos.

H.B.

Jesús ha ido lo suficientemente lejos ya en su actividad pública, hasta el punto de convertirse en un auténtico peligro, razón por la cual las autoridades judías resuelven darle muerte. Sin embargo, cuenta el evangelista, Jesús no es un temerario. De hecho, ningún maestro espiritual lo ha sido jamás. No renuncia Jesús, pues, a lo que es su verdadera misión en el mundo, pero se protege de la hostilidad de éste. Así, cuando sube a la fiesta judía lo hace en secreto.

La situación de Jesús es de una radical soledad e incompreensión: los dirigentes le persiguen para darle muerte, mientras que sus propios hermanos, que le empujan a mostrarse sin ambages en Jerusalén y a manifestar sus poderes en tanto que supuesto Mesías, no acaban de creer en él, y ello, fundamentalmente, porque no comprenden el alcance real de sus palabras. *“Mi tiempo no ha llegado aún”*, les responde Jesús a los suyos. El tiempo de éstos, sin embargo, siempre está pronto. A Jesús el mundo le aborrece porque da testimonio en su contra; a sus

hermanos, no, puesto que, a la postre, ellos son también el mundo y comparten algo substancial con él. Con todo, Jesús no sólo denuncia el modo perverso de obrar de la sociedad judía del momento, aunque también, sino que sus críticas van mucho más allá, al desenmascarar, con su estar diferente en el mundo, la religiosidad huera de sus contemporáneos y todas sus quimeras vitales.

Jn. 7, 14-24

Mediada ya la fiesta, subió Jesús al templo y enseñaba. Admirábanse, pues, los judíos diciendo: ¿Cómo este sabe letras sin haber estudiado? Jesús les respondió y dijo: mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado.

Quien quisiere hacer la voluntad de Él, conocerá si mi doctrina es de Dios o si es mía. El que de sí mismo habla, busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le ha enviado, ése es veraz y no hay en él injusticia. ¿No os dio Moisés la Ley? Y ninguno de vosotros cumple la Ley. ¿Por qué buscáis darme muerte? la muchedumbre respondió: Tú estás poseído del demonio; ¿Quién busca darte muerte? Respondió Jesús y les dijo: Una obra he hecho y todos os maravilláis. Moisés os dio la circuncisión —no que proceda de Moisés, sino de los padres— y vosotros circuncidáis a un hombre en sábado. Si un hombre recibe la circuncisión en sábado para que no quede incumplida la ley de Moisés, ¿por qué os irritáis contra mí porque he curado de todo a un hombre en sábado? No juzguéis según las apariencias; juzgad según justicia.

M.C.

Se admiraban los judíos de que enseñara en el templo, no siendo un hombre de estudios. Ante esto Jesús les responde que su doctrina no es suya, sino del que le ha enviado. Cuando se habla de doctrina, no se trata de teorías, ni de un cuerpo articulado de enseñanzas, sino de la revelación del Padre, de la revelación de una Verdad que no es ninguna formulación. No es Él el que revela al Padre, sino el Padre el que se revela en Él.

Jesús les da dos razones para que reflexionen y comprendan que lo que dice no viene de Él. La primera es que quienes busquen verdaderamente a Dios, sabrán con certeza que lo que dice Jesús no viene de Él, sino de Dios. La segunda es que quienes hablan desde sí mismos, buscan su gloria. Jesús no busca su gloria sino la de Aquél que la envió.

Aquí Jesús vuelve a introducir la temática de la curación del paralítico en sábado. Me perseguís, les dice, porque curé en sábado, incumpliendo según vosotros la ley. Pero si ninguno de vosotros cumple la ley de Moisés, ¿por qué, entonces, buscáis darme muerte?

Hay que comprender que una cosa es no cumplir la ley y otra muy distinta enseñar a liberarse de ella. Uno puede ser religioso y pecador; eso se perdona. Pero lo que no se perdona es que uno sea espiritual y no religioso. La curación del paralítico en sábado significó atacar las bases intocables de la religión judía, tal como ellos la concebían. Desde aquel día decidieron matarle. Jesús era un hombre sumamente peligroso, precisamente porque era hombre de Dios y libre.

Jesús vuelve al ataque del formalismo de la religión judía. No sois lógicos, les dice, circuncidáis en sábado para que se cumpla la ley y no aceptáis que se cure en sábado, cuando la piedad es el alma de la Ley. No juzguéis según el formalismo de las leyes, sino en verdad y en justicia.

H.B.

Dice el evangelista que Jesús sube a la fiesta, pero no para celebrarla sino para enseñar en el templo, algo que llama la atención de todos, dado que el de Nazaret, hijo de un humilde carpintero, no posee la formación religiosa necesaria para dedicarse al magisterio. Juan no nos habla aquí del contenido de lo que Jesús enseña, sino de la polémica que genera por el simple hecho de enseñar, siendo como parece ser alguien ajeno a los círculos académicos de la época. Jesús se defiende alegando que lo que él enseña no procede de la tradición ni de los libros, sino que descende del Padre. “*Mi doctrina no es mía*”, pone en boca de Jesús el evangelista, “*sino del que me ha enviado*”. Su enseñanza no es fruto de una opinión personal, porque, en el fondo, lo que el maestro espiritual expresa no es suyo, no le pertenece. A lo sumo, es el transmisor, mejor aún, el recreador, de algo que se dice a través suyo, pero que no es suyo. Y eso mismo es lo que confiere fuerza a su discurso. La palabra del maestro sorprende y desconcierta porque es diferente. El maestro habla de verdad y desde la verdad.

Que Jesús enseñe abiertamente en el templo tiene su interés. Ello quiere decir que no lo hace en un círculo elitista y que su mensaje no está dirigido sólo a unos pocos escogidos llamados a salvarse, sino que es para todos. Jesús enseña desde el corazón mismo de la institución religiosa judía, y lo hace para todos. Y es que lo que los maestros del espíritu proponen no es un lujo para unos pocos, sino una necesidad de todos.

Jesús no pretende validar su enseñanza a base de citar fuentes antiguas. No echa mano de la tradición para justificarse, sino que dice que el criterio para discernir la verdad de lo que proclama reside en el fondo de cada hombre. En otras palabras, Jesús no se impone porque sí, sino que insta a que cada uno investigue por sí mismo, a fin de verificar la verdad y no darla por supuesta. Henos aquí, por consiguiente, ante una de las premisas fundamentales del camino interior: la indagación personal.

El criterio de verificación de su enseñanza que Jesús esgrime es la entrega confiada al Padre, lo cual supone dar la propia vida a fin de recobrarla y que el amor sin tasa es el camino a seguir. Sólo quien se abre sin condiciones a la plenitud de la vida, a lo que podríamos llamar la dimensión absoluta de la realidad, halla la verdad de lo que Jesús proclama. Porque el maestro de Nazaret no persigue su gloria, sino que viene a dar noticia de otra dimensión de la realidad, lo que él llama el Padre, y de otra posibilidad del vivir. Y, justamente, por eso, porque no persigue su gloria, es digno de confianza. El maestro no nos necesita para nada, no posee ningún interés en nosotros. He ahí la razón de que podamos fiarnos de él.

Jesús no propone una doctrina abstracta, ni dogma alguno al que someterse, sino que él mismo, mediante su obrar libre y verdadero, es la prueba patente de cuanto afirma. Y es que el maestro espiritual es un reflejo del absoluto. El Padre no se hace presente en Jesús mediante formulaciones sino a través de su propio, hacer, estar y ser en el mundo. En Jesús, de hecho en todo gran maestro del espíritu, Dios, lo absoluto, no es una formulación sino una presencia.

Dicho esto, hace referencia Jesús a la ley de Moisés y a la hipocresía de los dirigentes judíos que quieren darle muerte, aludiendo que ha infringido la ley mosaica pues curó a un parálítico en sábado, pero en cambio ellos mismos la transgreden a cada momento. De hecho, circuncidan en sábado para cumplir la ley, pero no aceptan que él cure a alguien en sábado. La gran osadía de Jesús consistió en haber cuestionado el dogma -entonces indiscutible- de la validez perenne de la ley, lo cual desconcierta a todo el mundo. Por eso, dicen de él que está poseído por el demonio. Con todo, lo que Jesús les achaca a sus contemporáneos judíos no es tanto la futilidad de la ley, sino que no hayan penetrado en su verdadero significado. Y es que Jesús viene a reivindicar el bien del hombre como valor absoluto, por encima de cualquier ley.

Lo que le mueve a Jesús, que de hecho es el designio del Padre, está por encima y más allá de cualquier ley. El presente pasaje no hace sino explicitar la tragedia que para el hombre y las colectividades puede significar lo que podríamos denominar la deriva legalitaria de las religiones, algo por desgracia muy habitual en el islam contemporáneo. La ley mata a la vida. De ahí que el maestro espiritual, que cuando lo es de verdad siempre es un maestro de vida, venga, justamente, a liberar la vida maniatada por la ley.

Jn. 7, 25-30

Decían, pues, algunos de los de Jerusalén: ¿No es éste a quien buscan matar? Y habla libremente y no le dicen nada. ¿Será que de verdad habrán reconocido las autoridades

que es el Mesías? Pero de éste sabemos de dónde viene; mas del Mesías, cuando venga, nadie sabrá de dónde viene.

Jesús, enseñando en el templo, gritó y dijo: Vosotros me conocéis y sabéis de dónde soy; y yo no he venido de mí mismo; pero el que me ha enviado es veraz, aunque vosotros no le conocéis. Yo le conozco, porque procedo de Él y Él me ha enviado. Buscaban, pues, prenderle, pero nadie le ponía las manos, porque aún no había llegado su hora.

M.C.

¿Será éste el Mesías? se pregunta la muchedumbre. Del Mesías nadie debe saber de dónde viene, mientras que de éste sabemos de dónde viene y quién es.

Jesús les argumenta: No sabéis de donde vengo, aunque conocáis mi lugar de origen y mi familia. De donde yo vengo, no es de ese lugar y familia que vosotros sabéis. No vengo de mí mismo. ¿No veis que lo que digo no viene de mí mismo? Esa es la prueba clara. Vengo del que me ha enviado. Conoceríais mi verdad si le conocierais a Él. Y el que me ha enviado es veraz. Jesús sabe que es veraz. Nadie puede dudar de la verdad de lo que dice si vislumbra la dimensión absoluta de su propio existir, porque ésta es el Padre.

No se trata de panteísmo porque éste es una objetivación y “el que es” es inobjetivable. Además, el término “Dios” es sólo un símbolo, tampoco es una objetivación. “Dios”, como realidad substancial y antropomorfa -aún contando con todas las cautelas y correcciones conceptuales- es sólo una representación, un símbolo que apunta a la dimensión absoluta del existir, pero que es incapaz de abarcar y dar un nombre a lo innumerable.

Tampoco es monismo porque también ese término es una conceptualización y “eso que es” es inobjetivable. “Uno” está en relación con múltiple. “El innumerable” está más allá de las categorías de uno o de múltiple. Es uno y múltiple, y ni uno ni múltiple, porque está más allá de toda posible conceptualización, categorización y representación. Su condición de innumerable no impide que podamos aludirle con formaciones simbólicas. Pero recordemos que los símbolos sólo “apuntan a...”, pero no describen aquello a lo que se refieren. Usando una imagen zen, podríamos decir que se asemejan al dedo que apunta a la luna. El dedo no dice la naturaleza de la luna, ni se asemeja a la luna, sólo dirige la atención de nuestra mente y nuestro sentir a la luna. Los símbolos actúan de una manera parecida.

H.B.

Es habitual ver cómo juega Jesús con el sentido de las palabras, a fin de despabilar las mentes acomodaticias de quienes le escuchan. En esta ocasión, les

dice a quienes le oyen hablar en el templo que, a pesar de que conozcan bien su lugar de origen y su familia, ignoran por completo de dónde proviene en realidad. El maestro no se reconoce por referencias geográficas ni genealógicas, sino por la luz del espíritu. Jesús, afirma, que no viene de sí mismo, ni habla por sí mismo, ni persigue la gloria para sí mismo. Y es que el maestro espiritual, que transparenta lo absoluto, no se pertenece ya a sí mismo. Jesús proviene del Padre, que es la dimensión absoluta de la realidad, y cumple la voluntad de éste en el mundo. Y como proviene de él, lo conoce; y quien lo conoce, sabe que es de verdad. No se puede saber quién es el Padre si no se es hijo de él.

Jn. 7, 31-36

De la multitud muchos creyeron en Él, y decían: El Mesías, cuando venga, ¿hará más milagros de los que éste hace? Oyeron los fariseos a la muchedumbre que cuchicheaba acerca de Él, y enviaron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos alguaciles para que le prendiesen. Dijo entonces Jesús: Aún estaré con vosotros un poco de tiempo, y me iré al que me ha enviado. Me buscaréis y no me hallaréis, y adonde yo voy, vosotros no podéis venir. Dijéronse entonces los judíos: ¿A dónde va a ir éste que nosotros no hayamos de hallarle? ¿Acaso quiere irse a la dispersión de los gentiles a enseñarles a ellos? ¿Qué es esto que dice: Me buscaréis y no me hallaréis, y adonde yo voy, vosotros no podéis venir?

M.C.

La muchedumbre cree en Jesús por los milagros que hace. No ven, no le ven, sólo esperan salvación y ventajas. Pero esto es ya peligroso para los sacerdotes y fariseos, porque conlleva la pérdida del control de las masas. Éste es el motivo por el que deciden prenderle.

Ante esta situación, Jesús hace una advertencia a los que le escuchan: todavía estaré un poco de tiempo con vosotros. ¡Aprovecharlo!, porque después me buscaréis y no me hallaréis. Donde voy, no podéis venir. Jesús, para Juan, vuelve a la unidad exclusiva con el Padre. Unidad exclusiva por aplicación del patrón autoritario de las sociedades helenísticas.

En nuestras sociedades ha desaparecido el patrón autoritario de interpretación de la realidad y, con él, el exclusivismo de Jesús. Pero esa pérdida, no disminuye en nada la grandeza de Jesús; sólo disminuye la seguridad subjetiva que a nosotros nos da ese exclusivismo de Jesús y el hecho de ser nosotros los poseedores de ese exclusivismo en la fe-creencia. Pero esta seguridad subjetiva es sólo una certeza y seguridad que llega a nosotros de forma externa, autoritaria, y no por la comprensión y la certeza indudable interna de su Verdad.

Los judíos no entendieron de qué les hablaba cuando Jesús les decía “me voy” e interpretaron que quizás se iría a la diáspora. Tampoco entendieron la urgencia de comprender a Jesús, el Maestro, cuando aún estaba cerca. ¡Qué grave es perder la gran posibilidad, cuando se presenta!

H.B.

Nuevamente, vuelve Jesús a confundir al auditorio, al afirmar que cuando marche, lo hará hacia un lugar, el Padre, adonde nadie podrá ir; y que lo buscarán, pero no lo hallarán. Quienes lo escuchan no lo entienden, porque, en el fondo, hablan lenguajes diferentes. La de Jesús es la lengua del Padre, mientras que la de los judíos que le siguen es la lengua del mundo. Se trata aquí, como en otros pasajes dialogados del Evangelio, de un diálogo de distancias absolutas. Así, los judíos creyeron que tal vez Jesús se refería con sus palabras a que marcharía a la dispersión de los gentiles a enseñarles a ellos. El lugar desde el que Jesús habla en todo momento y al cual se refiere siempre es la esfera del Padre.

Sea como fuere, lo que parece querer Jesús con todo ello es advertir a quienes le escuchan que pronto partirá, con lo que no tienen tiempo que perder si lo que desean es abrir los ojos y ver de una vez por todas. El camino interior no permite ser aplazado. El maestro espiritual pasa una sola vez y hay que estar atento para poder admirarlo. De otro lado, todo maestro espiritual siente hondamente la indolencia de las gentes. Y es que perder el tiempo a quien más duele es siempre a quien más sabe.

Jn. 7, 37-39

El último día, el día grande de la fiesta, se detuvo Jesús y gritó, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva manarán de sus entrañas. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado.

M.C.

Jesús había dicho que era pan y vino para ser comido y transformarse en substancia del que le come; o mejor, que el que le come se transforma, se une a Él. Ahora dice que es agua. Que quien tenga sed, vaya a Él y beba.

Expresa aquí la misma idea: quien beba de su agua, ríos de agua viva manarán de sus entrañas. Tendrá el agua viva en sí mismo. ¿No expresa la

misma idea que cuando habla del pan y del vino? ¡Qué imagen tan acertada para expresar el despertar a la realidad no-dual que está en nuestro propio seno!

Juan interpreta que esa agua viva es el Espíritu que recibirán los que creen en Él, cuando haya completado su obra de muerte y, por ella, de superación de la misma.

Tanto en el caso del pan y el vino, como en el del agua, Jesús está hablando en metáforas. Ese pan, vino y agua es espíritu, sutilidad suma, vacío, que el que lo come y bebe incorpora a sí mismo, y haciéndolo, lo descubre en sí mismo.

H.B.

Ya en pasajes anteriores dijo Jesús de sí mismo que era pan y vino para ser comido y bebido, a fin de transformarse en lo que él es y representa. Ahora, utiliza otra bella y potente imagen al afirmar ser agua para quien tenga sed. Desde el punto de vista del simbolismo, el agua es la dadora y multiplicadora de vida. Se trata del elemento que purifica y hace volver a la vida a su estado primordial. De ahí, el ritual de la ablución, presente, de una u otra forma, en todas las tradiciones religiosas del mundo. Cuando irrumpe en el mundo en forma de lluvia, el agua es misericordiosa. En el caso concreto del Corán, por ejemplo, ambas ideas, agua y misericordia son inseparables. También la lluvia simboliza el descenso de la revelación coránica, del mismo modo que Jesús es agua celestial descendida y hecha persona.

Simbólicamente hablando, vino y agua pueden considerarse como complementos semejantes. Lo cierto es que el maestro espiritual es como una fuente de vida que sacia la sed de conocimiento y amor de quien a él se acerca. Quien bebe del agua (o del vino) de Jesús, ríos de agua viva, dice el texto, manarán de sus entrañas. Y es que beber del maestro significa poseer el agua viva en uno mismo.

El agua que Jesús presenta aquí en la figura de su propia persona constituye un símbolo del espíritu que el maestro de Nazaret transmite. Jesús trae un agua que libera, no una nueva ley religiosa con la que someter a las gentes. Jesús invita a beber del agua que él es a los sedientos, esto es, a quienes sienten sed de absoluto en su interior; no a los satisfechos y acomodados. De ahí que Rûmî, el maestro de derviches, instara a los suyos a pedir sentir sed, más que a encontrar agua.

Jn. 7, 40-53

De la muchedumbre, algunos que escuchaban estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el Profeta.

Otros decían: Este es el Mesías; pero otros replicaban: ¿Acaso el Mesías puede venir de Galilea? ¿No dice la Escritura que del linaje de David y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Mesías? Y se originó un desacuerdo en la multitud por su causa. Algunos de ellos querían apoderarse de Él, pero nadie le puso las manos. Volvieron, pues, los alguaciles a los príncipes de los sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? Respondieron los alguaciles: Jamás hombre alguno habló como éste. Pero los fariseos les replicaron: ¿Es que también vosotros os habéis dejado engañar? ¿Acaso algún magistrado o fariseo ha creído en Él? Pero esta gente, que ignora la Ley, son unos malditos. Les dijo Nicodemo, el que había ido antes a Él, que era uno de ellos: ¿Acaso nuestra Ley condena a un hombre antes de oírle y sin averiguar lo que hizo? Le respondieron y dijeron: ¿También tú eres de Galilea? Investiga y verás que de Galilea no ha salido profeta alguno. Y se fueron cada uno a su casa.

M.C.

Las gentes entendían de qué hablaba Jesús con sus imágenes y parábolas. Y lo que oían les maravillaban y les conmovía el corazón. Por eso decían: “*es el Mesías*”. Sin embargo, cuando le encuadraban en el esquema mítico “Mesías”, no se adecuaba a éste. El esquema “Mesías” es una unidad mítica y Jesús no cabe en los mitos: no era de Belén sino que venía de Galilea y, seguramente, tampoco era del linaje de David.

La perplejidad de las gentes venía por lo siguiente: si no cumplía el mito, ¿cómo podía ser el Mesías? Esto generaba discusión entre ellos, porque Jesús tenía palabras de vida, pero no cumplía con el esquema que correspondía al Mesías.

El hecho es que los alguaciles, oyéndole, no le prendieron: “*¡jamás hombre alguno habló como este hombre!*” Decían. En cuanto a la respuesta de los sacerdotes y fariseos, era de esperar: “*¿También vosotros os habéis dejado engañar? Los que creen en Él son un atajo de ignorantes que no conocen la Ley*”, dicen. Ninguno de nuestros sabios ha creído en Él. Quienes creen en Él, son unos malditos. El Mesías verdadero había de cumplir los moldes controlados por ellos. Sin embargo, el Espíritu, la Verdad es libre de todo molde. Nicodemo arguye que, tal y como establece la ley, Jesús debe ser escuchado antes de ser condenado.

Pretenden tener, dominar, controlar la Verdad. Para poderlo hacer, la Verdad ha de ser una verdad de formulaciones. Sin embargo nadie puede poseer y dominar la Verdad y el espíritu, porque nadie lo puede objetivar, formular, com-prender.

¿No se está cayendo ahora en la misma pretensión errónea de los fariseos y sacerdotes? Quien tiene poder sobre los mitos, las creencias y doctrinas que se apoyan en esos mitos, leídos desde la epistemología mítica, domina las creencias de las gentes; dominan las conciencias y tienen poder. Para ellos,

Dios, “lo que es”, ha de ser metido en moldes, formulaciones, creencias controlables. Esa es la llave de su poder. Pero ahí no cabe Dios, no está Dios, no cabía, ni cabe Jesús.

H.B.

Pero, ¿quién es, en verdad, Jesús? Las gentes especulan a propósito de la figura sobresaliente del maestro de Nazaret, sin dar con su secreto. Y es que nadie puede domeñar ni apresar al espíritu, que sopla donde quiere. El maestro, que hace patente al absoluto en el mundo, es libre e imposible de encorsetar en formulación alguna. Nadie puede con el espíritu, que es pura sutilidad. Los contemporáneos de Jesús tienen sobre él pareceres muy diversos. Su obrar les impresiona, pero también les confunde. Hay quien ve en él a un profeta; otros creen estar ante el mesías esperado. Sin embargo, ni pertenece al linaje de David ni procede de la aldea de Belén, como exige la tradición. Sea como fuere, lo cierto es que Jesús no deja indiferente a nadie. Hasta los alguaciles encargados de prenderle se sienten conmovidos por sus palabras.

En este punto, el evangelista introduce en escena nuevamente al viejo Nicodemo, que, aun perteneciendo a la élite dirigente, se muestra sensible ante la figura de Jesús, a quien conoce en persona, protestando frente a quienes quieren condenarlo sin antes haberle escuchado. Nicodemo alza la voz ante el incumplimiento de la ley judía por parte de los propios judíos, algo insoportable para un hombre recto como es él.

Jn. 8, 1-11

Se fue Jesús al monte de los Olivos, pero de mañana volvió otra vez al templo, y todo el pueblo venía a Él, y sentado, les enseñaba. Los escribas y fariseos trajeron a una mujer sorprendida en adulterio y, poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. En la Ley nos ordena Moisés apedrear a esta; tú, ¿Qué dices? Esto lo decían tentándole, para tener de qué acusarle. Jesús inclinándose, escribía con el dedo en tierra. Como ellos insistieran en preguntarle, se incorporó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero. E inclinándose de nuevo, escribía en tierra. Ellos que le oyeron, fueron sabiéndose uno a uno, comenzando por los más ancianos, y quedó Él solo y la mujer en medio.

Incorporándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿Dónde están? ¿Nadie te ha condenado? Dijo ella: Nadie, Señor. Jesús dijo: Ni yo te condeno tampoco; vete y no peques más.

M.C.

Sin darle importancia, el evangelista dice que Jesús se pasa la noche en oración en el monte de los Olivos. Vuelve al templo y, sentado, enseña a las gentes. ¡Lástima no saber lo que enseñaba!

Los escribas y fariseos no podían tolerar esta situación y le tienden una trampa: traen ante él a una mujer en delito claro de adulterio y le cuestionan:

¿La apedreemos, como manda Moisés, o qué dices tú, Maestro?

Si Jesús va en contra de la Ley, tienen ya un motivo para condenarle; saben que Jesús no dirá que la apedreen, porque es clemente. Sin embargo, Jesús esquivo esta trampa con gran habilidad: les produce miedo escribiendo en el suelo y luego les dice: quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Todos se van, más o menos disimuladamente. Ninguno estaba limpio de pecado. Jesús les ha mostrado con su actuación que son unos guardianes de la Ley hipócritas. No le perdonarán esta humillación.

Entonces Jesús se queda sólo con la mujer y tampoco la condena, aunque le recomienda que no peque más. Para él, la misericordia está por encima de la Ley; también la comprensión y la piedad. Él no viene a legislar, sino a traer espíritu, amor y misericordia, reconciliación, paz, libertad interior.

H.B.

Nuevamente, nos sitúa el evangelista a Jesús en el templo enseñando a todo el mundo. Es cierto que ignoramos qué es lo que Jesús enseñaba, pero sí sabemos que hablaba para todos. Y es que su mensaje, ya lo hemos apuntado anteriormente, no es exclusivista ni tampoco elitista. En este punto conviene deshacer un error bastante común en ciertos círculos: los maestros espirituales siempre son discretos, pero jamás secretos, o mejor aún, secretistas. Decir el secreto de la senda interior, y todos los maestros espirituales lo han dicho, no es lo mismo que divulgarlo. Además, como afirman los sufíes, el secreto se protege a sí mismo.

Los escribas y fariseos, burócratas de lo sagrado, profesionales de la ley religiosa, retan a Jesús, tratando de ponerle ante el compromiso de tener que pronunciarse sobre el caso de una mujer adúltera, sabiendo que la ley judía les reservaba a las adúlteras la lapidación. Aquéllos creen que con esta argucia podrán atrapar por fin a Jesús, pero éste, que se muestra aquí raudo y astuto, no se dejará pescar fácilmente. “*Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra*”, les espeta el maestro de Nazaret. Como ya vimos en el polémico episodio de la circuncisión y el sábado, Jesús no pretende juzgar, sino tan solo poner en evidencia la hipocresía y el fariseísmo de las autoridades religiosas frente a la ley que tanto han sacralizado. Y es que el maestro espiritual está también para

iluminar nuestros rincones más oscuros. Jesús desenmascara la moralidad hueca de una religión que se había convertido en una especie de fariseísmo y que muy a menudo se había hecho cómplice de la tiranía de los poderosos sobre los débiles.

El episodio acentúa la indulgencia y compasión sin límite de Jesús. Pero no nos engañemos. El maestro de Nazaret sabe que su misión no es la de ser un moralista o reformador social. Jesús no irrumpe en el mundo para hacer cumplir la ley, aunque tampoco incite a su incumplimiento, sino a revelar la luz de la verdad que libera. Esa es su verdadera misión y a ella se entregará hasta dar su vida. Por eso, evita en todo momento juzgar a aquella mujer, razón por la cual el pasaje ha sido mutilado en algunas versiones del texto, por temor al abuso de la indulgencia a favor de los adúlteros.

Un último detalle, sólo en apariencia insignificante, llama poderosamente nuestra atención. El evangelista refiere que tras la contundente respuesta lanzada por Jesús, éste, inclinándose de nuevo, escribía en tierra. Resulta cuando menos curioso que alguien que no escribió en vida ni una sola línea, lo cual significa que tampoco dejó escrita ninguna formulación, se nos muestre aquí escribiendo en el suelo con el dedo algo que es, forzosamente, impermanente, que se puede borrar con facilidad. En definitiva, lo que Jesús brinda al mundo no es una fórmula absoluta y cerrada, sino el ejemplo de su propia persona extraordinaria, atravesada por el amor y la misericordia, la única ley que cuenta para el espiritual de verdad.

Jn. 8, 12-20

Otra vez les habló Jesús, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida. Dijéronle, pues, los fariseos: Tú das testimonio de ti mismo, y tu testimonio no es verdadero.

Respondió Jesús y dijo: Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vengo y adónde voy, mientras que vosotros no sabéis de dónde vengo o adónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie; y si juzgo, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino yo y el Padre, que me ha enviado. En vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos es verdadero. Yo soy el que da testimonio de mí mismo, y el Padre, que me ha enviado, da testimonio de mí. Pero ellos le decían: ¿Dónde está tu padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conocerías también a mi Padre. Estas palabras las dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el templo, y nadie puso en Él las manos, porque aún no había llegado su hora.

M.C.

Aquí Jesús utiliza otra imagen para explicar su misión: la imagen de la luz. Él, como revelador del Padre, es la Luz del mundo. Quien le sigue no anda en tinieblas. Quien le sigue, recibe la Luz y se hace él mismo Luz.

Volvemos a encontrarnos con una potente imagen como la del pan, el vino, el agua viva. La Luz es la comprensión, con la mente y el corazón de lo que es nuestro verdadero ser.

Los fariseos, por su parte, arguyen: tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no vale, porque según la Ley se requiere el testimonio de dos. A lo cual Jesús responde:

En primer lugar, mi testimonio es verdadero porque sé de dónde vengo y a donde voy. Aquí se refleja la interpretación que hace Juan de Jesús, como Verbo de Dios. Pero la afirmación de Jesús es válida, incluso sin esa versión mítica, porque es como si dijera: sé lo que digo y de dónde procede lo que digo. Vosotros, en cambio, no entendéis lo que digo, ni sabéis de dónde procede lo que digo.

En segundo lugar, mi testimonio es verdadero porque no estoy solo. Dos testifican lo que digo. Y lo prueba de la siguiente forma: lo que digo, es según Espíritu y, por eso, juzga. Que lo que digo juzgue, es prueba de que el Padre está conmigo. Lo que digo muestra “lo Real” y lo Real, juzga, hace que comprendáis que lo que dais por real, “parece real”. Cualquiera puede verificar esto, pero no vosotros, porque juzgáis según la carne.

De esta forma, el testimonio de dos es verdadero, según la Ley. Yo doy testimonio de mí y el Padre da testimonio de mí.

Preguntan los fariseos, mostrando con ello que no han entendido nada: ¿Dónde está tu padre? La respuesta de Jesús les vuelve a situar en el ámbito sutil de su mensaje: si no me veis a mí, no podéis conocer a mi Padre. Si me conoceríais a mí, conoceríais a mi Padre. Dicho en otras palabras: quien no ve su Verdad, no ve su revelación, que es el Padre. Si vieran su abismo, verían al Padre. Si no ven el abismo absoluto de misericordia que se muestra en Él, no pueden ver al Padre.

H.B.

Se abre el pasaje con una declaración solemne de Jesús: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida”. Lo primero que es preciso subrayar es el carácter universal del poderoso símbolo de la luz, al cual ya se ha referido el evangelista en el prólogo del libro. La luz de Jesús no es, pues, una luz étnica menor, la del pueblo judío, sino la luz universal que a todos ilumina por igual, sacándolos de las tinieblas. Aparece aquí, nuevamente, la oposición luz/tinieblas del prólogo. Jesús es la luz de vida, o lo

que es lo mismo, la luz de Jesús no es un mero adorno, como la luz que ilumina el templo, por ejemplo. Se trata de algo mucho más elemental y esencial, como también lo son el agua, el pan y el vino.

La invitación de Jesús es a seguir la luz; y lo hace en el templo, con lo cual está insinuando, a mi modo de ver, que la doctrina estandarizada del templo no posee luz alguna y, por consiguiente, carece de vida. Es preciso, pues, ir más allá de los límites que marca el templo, lo cual supone toda una provocación por parte de Jesús. La luz se experimenta entonces como una presencia trascendente que atraviesa la pesantez de la materia, transformándola de cuajo en una forma prístina, capaz de acoger lo absoluto.

Como recurso literario, es bella y elocuente la oposición que traza el evangelista entre el templo, por una parte, que es construcción estática y petrificada, y la figura dinámica, luminosa y acuática, de Jesús, por otra; oposición que no deja de ser, en el fondo, la que existe entre piedra y carne, muerte y vida, letra y espíritu. Que Jesús afirme que es la luz del mundo significa que se halla enraizado en el ámbito lumínico, que no es otro sino el del espíritu.

Los fariseos le recriminan a Jesús que dé testimonio de sí mismo, con lo cual no puede ser verdadero. El maestro de Nazaret les replica alegando que su testimonio sí es verídico, puesto que sabe de dónde viene y adónde va, lo que es lo mismo que decir que Jesús conoce su realidad interior, algo que los fariseos ignoran por completo. En la tradición islámica, 'Alí ibn Abí Tálíb diría: “*Quién se conoce a sí mismo, conoce a su Señor*”. Los escribas y fariseos miran y no ven, al contrario de Jesús, que mira y ve la realidad interior de las cosas. Los fariseos, les espeta Jesús, juzgan según la carne, esto es, movidos por los deseos del ego, cuyo velo les impide ver más allá de las apariencias, lo cual significa que el seguimiento de la ley y el formalismo religiosos en modo alguno garantiza ver las cosas tal como son. Jesús, ya lo ha demostrado en el caso de la mujer adúltera, no viene a juzgar a nadie, pero si lo hace su juicio es verdadero, porque no juzga desde sí mismo sino desde el Padre, ya que él y el Padre no son dos.

El diálogo de Jesús con los fariseos es un diálogo de sordos, mejor aún, de ciegos. Jesús les habla del Padre, pero aquéllos le preguntan, no sin ironía, que dónde se halla éste, puesto que no ven nada. Pero lo que no saben es que son incapaces de verlo, aun teniéndolo delante suyo hecho carne en Jesús, porque apenas si han presentido la dimensión absoluta de la realidad. Jesús habla del Padre desde la esfera sutil del espíritu; los fariseos lo hacen desde sí mismos, atrincherados como están en el dogma y la creencia. Y para quien así vive resulta impensable imaginar que haya otra posibilidad de vivir y ver las cosas.

Concluye, por último, el evangelista aportando un dato harto significativo. Dice Juan que todo eso lo dijo Jesús en el gazofilacio del templo, es decir, el lugar

donde se recogían las limosnas, rentas y riquezas del templo de Jerusalén, en otras palabras, allí donde se amasa el fruto de la opresión. Los fariseos no ven al Padre, no pueden verlo, porque no se halla encerrado entre las piedras del templo, sino hecho carne en Jesús, que constituye el verdadero santuario del Padre.

Jn. 8, 21-30

Todavía les dijo: Yo me voy y me buscaréis y moriréis en vuestro pecado. Adonde yo voy no podéis venir vosotros. Los judíos se decían: ¿Acaso va a darse muerte, que dice: Adonde yo voy no podéis venir vosotros? El les decía: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois del este mundo, yo no soy de este mundo. Os dije que moriríais en vuestro pecado, porque, si no creyereis moriréis en vuestro pecado. Ellos decían: Tú ¿Quién eres? Jesús les dijo: Es precisamente lo que os estoy diciendo. Mucho tengo que hablar y juzgar de vosotros, pues el que me ha enviado es veraz, y yo hablo al mundo lo que le oigo a Él. No comprendieron que les hablaba del Padre. Dijo, pues, Jesús: Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy, y no hago nada de mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado. Hablando Él esas cosas, muchos creyeron en Él.

M.C.

Dice Jesús: me voy; buscaréis otra oportunidad, pero no la tendréis y moriréis en vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros, porque vuelvo a la Fuente (al Padre, como Verbo, en la interpretación de Juan).

Los judíos no le entendían. Jesús argumenta el porqué no le podrán seguir con imágenes: “arriba/abajo”, “este mundo/el otro”: vosotros sois de abajo; yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo.

Moriréis en vuestro pecado porque no Le reconoceréis, nos viene a decir. Y no Le reconocéis porque no me reconocéis a mí. Aunque Jesús emplea la expresión: “si no me creéis, moriréis en vuestro pecado”, aquí “creer” tiene el sentido de “reconocer”.

Los judíos preguntan entonces: pero ¿quién eres tú? Dice Jesús: de eso precisamente os acuso, de que no me reconocéis. Jesús no da definición de sí mismo. No puede decir quién es, porque todo Él está penetrado por la niebla del innombrable. Jesús es ininterpretable. A Jesús no se le puede conocer en el sentido de la pregunta de los judíos, sólo se le puede reconocer. Para conocer a Jesús habría que poder objetivar al Padre pero el Padre es inobjetivable; el término “Padre” es sólo una imagen que apunta a lo innombrable que se hace patente

en Jesús como atención paternal misericorde. Lo que Jesús es, está patente para quienes tienen ojos para ver. Y sólo tienen ojos para verle aquellos a quienes el Padre les ha dado ojos.

Jesús sigue el argumento: mucho tengo que decir todavía que juzgará al mundo. Y lo juzgará porque lo que diré es revelación de “lo que es”. Y “Eso que es” muestra con toda claridad “lo que no es”, lo juzga como irreal.

Todo lo que yo digo es lo que oigo de Él. Y Él es veraz. No hablo de mí mismo.

¿Qué es lo que se oye Jesús del Padre? No son doctrinas, sino la revelación del Padre. La revelación de “Eso que es”, piadoso como un Padre. Sin embargo, todavía no comprendieron.

Jesús da su último argumento: Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, es decir, cuando me crucifiquéis, entonces sabréis que soy su enviado, porque me vaciaré por completo de mí mismo, hasta la muerte en el patíbulo. Comprenderéis que soy uno con Él, porque estoy vacío de mí mismo, hasta el extremo. Por eso mi muerte no será muerte.

¿Por qué? Porque no hago nada desde mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. Jesús se ha vaciado por completo de sí mismo, para que en Él aparezca el Padre.

Jesús dice: pase lo que pase, Él está conmigo, no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado. Jesús se ha borrado a sí mismo. Cuando actúa, el Padre actúa en Él ¿Y qué es hacer lo que es de su agrado? No es cumplir sus mandatos, sino no hacer nada desde sí mismo, vaciarse de sí mismo hasta la cruz. Por estas palabras muchos creyeron en Él. Intuyeron de qué hablaba y cuál era su misión. Comprenderon que no hablaba de sí, ni desde sí, porque estaba vacío de sí. Que hablaba “desde arriba” y “de lo de arriba”.

H.B.

Afirma Jesús que marchará y que le buscarán, pero será demasiado tarde ya, porque adónde va, que es de regreso al Padre, esto es, la fuente original de todo, nadie puede ir, entre otras cosas, porque ello implicaría abandonar toda posición de privilegio, algo que no está al alcance de todo el mundo. Jesús les propone a sus contemporáneos emprender un éxodo, o lo que es lo mismo, que salgan fuera de sí mismos y de todo cuanto han construido, pero apenas si le entienden. En cualquier caso, el maestro sólo pasa una vez ante nosotros, con lo que no conviene perder lo que es una oportunidad única e irrepetible.

Una nueva oposición, ahora explicitada por el propio Jesús, aparece en el texto. El maestro de Nazaret les dice a los judíos que ellos son de aquí abajo, mientras que él es de arriba. Ambos proceden y habitan esferas distintas, y hablan lenguajes antagónicos. Jesús ha nacido de arriba, del Padre, y quien no

procede de Él no entiende las intuiciones espirituales fundamentales de las que habla el Hijo. Arriba significa presencia de Dios; abajo, su ausencia. Arriba es silenciamiento de uno mismo; abajo, egocentración. Arriba es luz y transparencia; abajo, tiniebla y opacidad. “*Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo*”, les dice Jesús a unos judíos incapaces de comprender.

Jesús, ya lo ha dicho, no juzga. Y es que no existe otro pecado peor que volverle la espalda “a lo de arriba”. El maestro judío de Nazaret parece perdonarlo todo (recuérdese sino el episodio de la mujer adúltera), salvo que se niegue la (evidencia de la) luz.

Pero, los fariseos a penas intuyen cuanto Jesús les trata de mostrar. Tal es así que vuelven a la carga: “*Tú ¿quién eres?*”, a lo que el maestro responde: “*Es precisamente lo que os estoy diciendo*”. De hecho, Jesús no ha parado de comunicarles quien es, tanto de hecho como de palabra. En ese sentido, no juega Jesús ni al ocultismo ni al misterio. Y es que no posee un saber esotérico que aún no haya desvelado. El es el que es, verbo encarnado, y así se ha venido mostrando al mundo desde el principio.

Son elocuentes las últimas palabras de Jesús: “*El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo*”. El maestro espiritual está solo, respecto al mundo de “lo de abajo”, mientras que se halla acompañado por lo que hace “a lo de arriba”. El maestro, todo maestro espiritual, vive una especie de soledad acompañada y plena.

Jn. 8, 31-59

Jesús decía a los judíos que habían creído en Él: Si permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos y conoceréis la verdad, y la verdad os libraré.

Respondieronle ellos: somos linaje de Abraham, y de nadie hemos sido jamás siervos; ¿cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les contestó: En verdad, en verdad os digo que todo el que comete pecado es siervo del pecado. El siervo no permanece en la casa para siempre. Si, pues, el Hijo os librare, seréis verdaderamente libres.

Sé que sois linaje de Abraham; pero buscáis matarme, porque mi palabra no ha sido acogida por vosotros. Yo hablo lo que he visto en el Padre; y vosotros también hacéis lo que habéis oídos de vuestro padre.

Respondieron y dijéronle: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Pero ahora buscáis quitarme la vida, a mí, un hombre que os ha hablado la verdad, que oyó de Dios; eso Abraham no lo hizo. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre.

Dijéronle ellos. Nosotros no somos nacidos de fornicación; tenemos por padre a Dios. Dijoles Jesús: Si Dios fuera vuestro padre, me amarías a mí; porque yo he salido y vengo

de Dios, pues yo no he venido de mí mismo, antes es Él quien me ha enviado. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre. El es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él. Cuando habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, porque os digo la verdad, no me creéis.

¿Quién de vosotros me argüirá de Pecado? Si os digo la verdad, ¿Por qué no me creéis? El que es de Dios oye las palabras de Dios; por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Respondieron los judíos y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demonio? Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre y vosotros me deshonráis a mí. Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue. En verdad, en verdad os digo: Si alguno guardare mi palabra, jamás verá la muerte.

Dijéronle los judíos: Ahora nos convencemos de que estás endemoniado. Abraham murió, y también los profetas, y tú dices: Quien guardare mi palabra no gustará la muerte nunca. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, que murió? y los profetas murieron. ¿Quién pretendes ser? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada; es mi Padre quien me glorifica, de quien vosotros decías que es vuestro Dios, y no le conocéis pero yo le conozco; y si dijere que no le conozco, sería semejante a vosotros, embustero; mas yo le conozco y guardo su palabra. Abraham, vuestro padre, se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró. Pero los judíos le dijeron ¿No tienes aún cincuenta años y has visto a Abraham? Respondió Jesús: En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese, era yo. Entonces tomaron piedras para arrojárselas, pero Jesús se ocultó y salió del templo.

M.C.

Si os apoyáis en mis palabras y permanecéis en ellas, seguiréis el camino que yo he seguido y seréis mis discípulos. Ese camino os llevará a conocer “la Verdad”. Una Verdad que no son doctrinas, que no es una formulación. Y porque no son formulaciones (las formulaciones someten) “la Verdad” os hará libres. Libres del ego, de sus deseos, temores y expectativas que son la sumisión radical del hombre; libres de la más dura de las sumisiones, la sumisión a sí mismos y, por consiguiente, libres de la muerte. Una verdad que es doctrina no libera de esto; es un poderoso factor de sumisión más. Las doctrinas que se creen reveladas y sagradas someten a los colectivos y a los individuos.

En ningún caso, Jesús está hablando de libertad civil, sino de otro nivel de libertad más hondo. Jesús les aclara de qué libertad habla. Dice: “*el que comete pecado, es siervo del pecado*”. ¿Pero es ese pecado una simple desobediencia a los mandatos divinos? No tendría sentido decir que quien desobedece es esclavo de la desobediencia. Lo que quiere decir en realidad es que quien comete

pecado es siervo de sí mismo, de su egocentración, de su necesidad. El Hijo libera con su Verdad, de esa esclavitud. La Verdad del Hijo es la revelación del Padre, del Absoluto, de “lo que realmente es”. Eso libera eficazmente de lo que “sólo parece ser”, por eso libera de la muerte.

Los judíos se proclaman hijos de Abraham, y como tales, jamás han sido siervos de nadie. Responde Jesús: sé que sois del linaje fisiológico de Abraham, pero no de su verdadero linaje espiritual, porque buscáis matarme. Si fuerais de su linaje espiritual, me reconoceríais. Si buscáis matarme es porque no habéis acogido mis palabras; mis palabras hablan de “lo que he visto” en el Padre. De eso mismo hablaba Abraham. Frente a la revelación del Padre, ¿qué valen las doctrinas y preceptos?

Vosotros hacéis lo que habéis oído de vuestro padre. ¿Y quién es ese padre? El principio del mal. No es ninguna entidad, aunque en tiempos de Jesús se creyera así. Es el egoísmo, la egocentración; el egoísmo individual y colectivo. Ese es verdaderamente el padre del mal.

Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham, que escuchó la revelación divina. Vosotros queréis matarme porque os he hablado de la Verdad que oí de Dios; una Verdad que os desmantela de vuestras pretendidas certezas y de vuestro poder. Eso no lo hizo Abraham.

La revelación de la Verdad, del Padre, amenaza de muerte a las obras del egoísmo, que sólo tienen como perspectiva la depredación. Lo que se muestra como “lo que es”, aniquila “lo que sólo parece ser”. Las creencias, como sistemas de formulaciones intocables, ni las religiones, tomadas en ese mismo sentido, no amenazan de muerte al egoísmo. Pueden llegar a pactos. Así ocurrió con los que escuchaban a Jesús, y así ocurre ahora.

Dicen los judíos: tenemos por padre a Dios. Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, me reconoceríais, responde Jesús; porque no vengo de mí mismo, no es un ego el que habla en mí, sino el que me ha enviado. Si tuvierais el Espíritu de Dios, podríais reconocerlo. No entendéis mi lenguaje porque no podéis oír mi palabra. Mis palabras destruirían vuestras obras, que son las del principio del mal: el egoísmo.

Quienes quieren hacer las obras del egoísmo, sus deseos, son depredadores, homicidas. El egoísmo lo sacrifica todo a su provecho. El egoísmo no se puede mantener en la Verdad, porque la Verdad comporta la eliminación del ego. Verdad y sentimiento de ego no pueden convivir. La Verdad “del que es”, el Padre, no puede convivir con “lo que sólo parece ser”, el ego. El ego debe morir, como entidad autónoma, para dar paso a la Verdad.

Lo que dice el sentimiento de ego y el egoísmo es mentira y el padre de la mentira. Dice Jesús: A mí, porque os digo la Verdad, no me creéis, porque me escucháis desde la mentira, el egoísmo.

¿Quién de vosotros me argüirá de pecado, es decir, de buscar algo para mí? Si no busco nada para mí y os digo la Verdad, ¿por qué no me creéis?

El que es de Dios, oye la palabra de Dios, por eso vosotros no la oís, porque no sois de Dios. ¿Qué es ser de Dios? Es asentarse en Él, no en el ego. Por decirles esto se ofendieron y le dijeron: eres samaritano y tienes demonio. Jesús responde: no tengo demonio sino que honro a mi Padre. No atendiendo a mis palabras me deshonráis a mí y a mi Padre. Le honro y hablo sus palabras porque no busco mi gloria; otro la busca por mí, Él la busca por mí. Este es mi mensaje: quien guarda mi palabra, jamás verá la muerte. No porque Dios le premiará en otra vida, eso sería ver la muerte, sino porque quien se asiente en mi palabra conocerá al Padre de toda realidad, conocerá “lo que es”; ese no verá jamás la muerte, porque sólo Él es.

Dirán los judíos: ¡Ahora conocemos que estás endemoniado! Abraham y los profetas murieron, ¿eres tú mayor que ellos? ¿Quién pretendes ser? La respuesta de Jesús es sin embargo perfecta: yo no pretendo nada. ¡Ved lo que hay en mí! Mi Padre da en mí testimonio de mí, ese a quien vosotros llamáis vuestro Dios. Dios da testimonio de Jesús porque se muestra, se revela en Él.

Dice Jesús: *“a ese vuestro Dios, no le conocéis; yo le conozco. No puedo decir otra cosa sin mentir. Yo le conozco y guardo su palabra. Me asiento en su revelación”*.

Juan le ve como el Mesías, una figura mítica judía, cuando pone en boca de Jesús: Abraham vuestro padre se regocijó pensando ver mi día, lo vió y se alegró.

No tienes 50 años ¿y has visto a Abraham? le replican los judíos. Contesta Jesús: en verdad os digo “antes que Abraham naciese, era yo”.

Juan hace esta afirmación en sentido exclusivo, sólo la aplica a Jesús, el Verbo de Dios, la Manifestación de Dios. Sin embargo, esta afirmación vale para todos nosotros, porque todos somos verbo de Dios, manifestación de Dios, manifestación de “lo que es”, somos “eso no-dual”; aunque reconozcamos lo que somos gracias a Él. Cualquier otra cosa que pretendamos ser es sólo interpretación, “parecer ser” sin realidad autónoma ninguna.

Ante esta afirmación de unidad, quisieron apedrearle. Quizás también a nosotros quieran apedrearnos por afirmar que “lo que es”, lo único que es, es “Eso-no dual” al que Jesús llamó Padre; su Padre y nuestro Padre.

H.B.

Jesús no persigue tener ni admiradores ni mucho menos aún aduladores, sino personas dispuestas a asumir la invitación, que es un reto también, que les lanza a entregarse a la experiencia amorosa de la verdad. En modo alguno desea, pues, adhesiones de principio. Jesús invita a vivir la libertad entrañable

del hijo, frente a la sumisión del esclavo, muy consciente de que adherirse incondicionalmente a alguien puede convertirse en un pretexto para no pensar. Seguir al maestro de Nazaret, pues, comporta tomar como punto de apoyo sus propias palabras y llevándolas hasta sus últimas consecuencias, y no tanto practicar un método o adherirse a una formulación abstracta. Encontrar espiritualmente a Jesús es encontrar el cielo, es encontrar al Padre.

Residir en la palabra de Jesús es conocer cara a cara la verdad. Y la verdad, les dice el maestro a los suyos, les liberará de sí mismos y de las garras del ego. Muy posiblemente, dichas palabras debieron de suponer toda una novedad para los judíos de la época, dado que para ellos la verdad era la ley religiosa; y su cumplimiento escrupuloso, lo que en verdad hacía libres a los hombres. Para Jesús, por el contrario, la verdad es la vida que el comunica; una vida de la que es plenamente consciente, que se dice en él y a través de él. Para Jesús, no hay derecho, ni ley alguna, superior a la verdad.

Dicha experiencia de la verdad a la que Jesús invita servirá para que el hombre relativice todo lo que antes parecía absoluto. Ser libre es sinónimo de residir en la verdad. Aquí, valdría la pena introducir una distinción, importante a mi modo de ver, entre verdad y certeza. La verdad liberadora de la que habla y da testimonio Jesús no es ni una doctrina ni una formulación. Al contrario del hombre común, la preocupación del maestro de Nazaret es la verdad, pero no la certeza. La obsesión del hombre por la certeza es lo que le conduce a la paranoia por la seguridad. El camino interior no otorga certezas, y por ende, seguridades, aunque sí una verdad, sólida verdad, que, a pesar de todo, no es ni objetivable ni se puede substancializar.

Jesús les habla a sus contemporáneos de una libertad que ignoran por completo, al igual que lo desconocen todo acerca del Padre. La verdad liberadora que muestra el Hijo no es sino la revelación del Padre. Pero, nuevamente, el diálogo se enreda aquí. A la alusión del maestro de Nazaret al Padre, responden los judíos, mediante un arrebato de orgullo tribal, afirmando que su padre es Abraham y que, en consecuencia, tienen sangre real, que jamás han sido esclavos, a lo que Jesús contesta que si en verdad es así que cumplan las obras de Abraham, esto es, que no se limiten a invocarlo y que lo sigan espiritualmente hablando. Al fin y al cabo, ser hijo de alguien es parecerse a él. Pero la libertad y la esclavitud de las que habla Jesús pertenecen a otro orden distinto al civil, mucho más esencial. Y es que en la medida que uno reside en el ego es esclavo de los caprichos de éste. Pero los judíos no entienden la lengua que habla Jesús, y, básicamente, porque no pueden oír sus palabras. Es como si sus oídos se hubiesen endurecido, y, con ellos, también sus corazones. Al fin y al cabo, a la cámara del corazón se entra a través de la antecámara de los oídos, según afirmaba el teólogo y sufí persa Al-Gazzâlî, el Algacel de los latinos.

El que es de Dios oye las palabras de Dios, pero los judíos no las oyen porque no son de Dios; antes bien, son del diablo, figura mítica poderosísima que designa todo aquello que crea división interior y que hace ver dos donde en definitiva no hay más que uno. Ese es, además, el sentido etimológico del término. Por consiguiente, si lo simbólico reúne la mirada, lo diabólico la dispersa.

Jesús invita desinteresadamente a la verdad que libera. Así, ¿quién puede argüirle pecado? ¿Quién es capaz de achacarle que persiga la gloria personal? Y es que en el maestro judío de Nazaret, barrido por completo por el soplo del espíritu, no queda ya resquicio alguno de egoísmo. La ética del sabio está basada en una nobleza absoluta, desprovista de cualquier interés egoísta.

La palabra que trae Jesús es liberadora, porque brota de la verdad. Libera, incluso, de la muerte, que nada tiene que ver con la otra vida, sino con la vida de aquí, pero vivida de forma plena. Sólo la verdad otorga vida, nos viene a decir Jesús, con lo que desoírlo, por consiguiente, es estar muerto, pero no como los muertos, sino como los vivos, que es aún peor.

El diálogo se encona y pasa a ser agria discusión que se desarrolla en dos planos bien diferentes: los fariseos hablan el lenguaje del tiempo cronológico, histórico y cuantitativo, mientras que Jesús habla el lenguaje simbólico y atemporal del espíritu. Así, los judíos, que malinterpretan las palabras del maestro de Nazaret, le dicen que aun no teniendo cincuenta años afirma haber visto a Abraham. La contestación de Jesús es de nuevo contundente, pero incomprensible: *“Antes que Abraham naciese, era yo”*, que tan gran parecido guardan con el siguiente hadíz atribuido a Muhammad: *“Yo ya era profeta cuando Adán estaba aún entre el agua y la arcilla”*. Más allá de los ribetes exclusivistas de ambas afirmaciones, que responden a la mitologización llevada a cabo de ambos personajes, lo que cabe entender aquí es que la luz y la verdad son preexistentes.

Jn. 9, 1-12

Al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron, diciendo: Rabí, ¿quién pecó: éste o sus padres, para que naciera ciego? Contestó Jesús: Ni pecó éste ni sus padres, sino para se manifesten en él las obras de Dios. Es preciso que yo haga las obras del que me envió mientras es de día; venida la noche, ya nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo. Diciendo esto, escupió en el suelo, hizo con saliva un poco de lodo y untó con lodo los ojos, y le dijo: Vete y lávate en la piscina de Siloé—que quiere decir enviado—, Fue, pues, se lavó y volvió con vista. Los vecinos y los que antes le conocían, pues era mendigo, decían: ¿No es éste el que estaba

sentado pidiendo limosna? Unos decían que era él; otros decían: No, pero se le parece. El decía: Soy yo. Entonces le decían: ¿Pues cómo se te han abierto los ojos? Respondió él: Ese hombre llamado Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: Vete a Siloé y lávate; fui, me lave y recobré la vista. Y le dijeron: ¿Dónde está ése? Contestó: No lo sé.

M.C.

Dice Jesús: el ciego de nacimiento no es ciego por sus pecados ni por los de sus padres. Nadie es responsable ante Dios de las culpas de otros. Dios no castiga en los hijos los pecados de los padres. Pero los hijos arrastran las consecuencias de los errores de los padres.

Jesús es teísta, pero al decir esto no habla contra la idea del karma según la cual todas las acciones tienen efectos, en uno mismo y en los demás. Él habla de la responsabilidad ante Dios y niega que los hijos paguen por los pecados de los padres. Dios no es un Señor que se ofende y castiga. Esa es una idea de Dios muy pequeña, a nuestra corta medida.

Jesús viene a decir: el Padre es el único actor. Esto lo expresa mitológicamente: Dios es la entidad suprema providente que lo dispone todo con un fin. Se trata de una manera metafórica de hablar, debajo de la cual subyace la idea de que “sólo Él es el actor”. No es un Señor que manda, al que hay que obedecer y al cual todo obedece.

Jesús dice: mientras viva debo hacer las obras del que me envió. Cuando muera ya no podré hacerlas.

Realiza entonces un milagro que es un signo significativo: dar vista a un ciego de nacimiento. Este hecho constituye un símbolo de lo que hace con nosotros: dar vista a ciegos de nacimiento. Todos nosotros somos ciegos de nacimiento para ver su Luz.

¿Por qué hace lodo con su saliva y el polvo del camino para ungir los ojos del ciego? Quizás para fortalecer la fe del ciego. Jesús le abre los ojos y desaparece. No quiere que le tomen por un milagrero, ni por un curandero. Huyendo muestra, además, que lo importante no es Él, sino abrir los ojos a la Luz, a los ciegos de nacimiento que somos todos.

H.B.

Más allá del hecho específico de la curación milagrosa del hombre ciego de nacimiento, el presente pasaje constituye una deliciosa metáfora sobre el simbolismo de la luz, la ceguera y la capacidad de ver, esto es, de conocer. En esta ocasión, el episodio tiene lugar fuera del templo. Jesús se topa en la calle con un hombre ciego y los discípulos le preguntan: *“¿Quién pecó: éste o sus padres,*

para que naciera ciego?”. Y es que, según la concepción común del judaísmo, la desgracia, cualquier tipo de desgracia humana, era consecuencia del pecado, de tal modo que Dios castigaba en proporción exacta a la gravedad de la falta cometida. Sin embargo, la respuesta de Jesús huye de dicha creencia. Para el maestro de Nazaret, la ceguera de aquel hombre no era el castigo por ninguna culpa ni personal ni tampoco heredada.

Antes de obrar Jesús el milagro, tal como lo refiere el evangelista, vuelve a insistir el maestro de Nazaret en la urgencia de su tarea, apremiando a los suyos al despertar, puesto que su momento pasará. Según el esquema que presenta, hay un tiempo de luz, que es cuando se muestra la salvación, forma mitológica de referirse al camino interior; y otro, el de la noche oscura, en el que dicha oportunidad de salvación pasa. Así, si Jesús es la luz del mundo, como ya anteriormente ha afirmado, la noche sería ese mismo mundo pero sin Jesús. Y es que un torrente de amor y conocimiento se derrama luminosamente de todo el ser del sabio hacia el entorno. Por eso el mundo necesita tanto del maestro espiritual, porque lo ilumina con su ejemplo, apuntando otra posibilidad más plena y rica del vivir.

Dicho eso, ahora sí, toma Jesús la iniciativa y pasa a la acción. Como el ciego lo es de nacimiento no tiene noticia alguna acerca de la luz, de tal modo que ni siquiera puede desearla, es Jesús quien ha de desencadenar todo el proceso. Sin embargo, ello no anula la participación activa del ciego en el milagro. En efecto, una vez Jesús escupe en el suelo, hace con su saliva un poco de lodo y lo unta en los ojos del ciego, le pide que vaya a la piscina de Siloé a lavarse, hecho lo cual el hombre regresó viendo. Por consiguiente, Jesús ofrece la posibilidad de la visión, pero es el propio ciego quien la obtiene tras marchar hasta la piscina. El hombre participa activamente en el milagro con su propia acción y determinación, lo cual significa que, en el camino interior, el maestro sólo apunta la dirección, pero corresponde a cada uno transitar la senda. Y es que nadie camina por nadie. De otro lado, conviene observar que la obtención de la visión por parte del ciego responde a una acción emprendida y no a la aceptación de una formulación o a un acto de fe.

Es este el único acto milagroso en el que Jesús utiliza algún elemento propiciatorio. En el resto, actúa sin más. Qué duda cabe que el uso del lodo constituye una recreación simbólica del acto divino de la creación del hombre, según lo contempla la mitología abrahámica. Jesús transmite al ciego su propio espíritu a través de la saliva, que opera aquí a la manera del agua que da vida. Curiosamente, el milagro tiene lugar en sábado, es decir, el sexto día de la semana, el día en que, según la tradición bíblica, Dios crea al hombre, con lo que el paralelismo entre ambos sucesos resulta evidente.

Finaliza el episodio mostrando la sorpresa de quienes conocen al ciego ante su nuevo estado. Al ser interrogado éste acerca de dónde se halla el que

obrado tal acto milagroso, la respuesta del hombre es concluyente: “No lo sé”. Es decir, Jesús obra y desaparece de la escena, que es otra forma de decir que el sabio actúa en el mundo sin dejar huella, a penas rozándolo. Jesús actúa aquí como un artista que no firma su obra, porque, en su fuero interno, sabe que no es suya, que no le pertenece. El sabio es, pues, un hacedor anónimo que obra sin afán proselitista. Jesús no desea atrapar para sí a las gentes, sino liberarlas. El maestro de Nazaret ofrece gratuitamente la libertad y, a partir de ahí, deja que cada uno cargue con la responsabilidad de ser libre.

Jn. 9, 13-34

Llevar a presencia de los fariseos al antes ciego, pues era sábado el día en que Jesús hizo lodo y le abrió los ojos. De nuevo le preguntaron los fariseos cómo había recobrado la vista. El les dijo: Me puso lodo sobre los ojos, me lavé y veo. Dijeron entonces algunos de los fariseos. No puede venir de Dios este hombre, pues no guarda el sábado. Otros decían: ¿Y cómo puede un hombre pecador hacer tales milagros? Y había desacuerdo entre ellos. Otra vez dijeron al ciego: ¿Qué dices tú de ese que te abrió los ojos? El contestó: Que es profeta.

No querían creer los judíos que aquél era ciego y que había recobrado la vista hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron; diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, de quien vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo ahora ve? Respondieron los padres y dijeron: Lo que sabemos es que éste es nuestro hijo y que nació ciego; cómo ve ahora, no lo sabemos; quién le abrió los ojos, nosotros no lo sabemos; preguntádselo a él, edad tiene; que él hable por sí.

Esto dijeron sus padres, porque temían a los judíos, pues ya éstos habían convenido en que si alguno le confesaba Mesías fuera expulsado de la sinagoga. Por esto sus padres dijeron: Edad tiene; preguntadle a él. Llamaron, pues, por segunda vez al ciego y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador. A esto respondió él: Si es pecador, no lo sé; lo que sé es que, siendo ciego, ahora veo. Dijéronle también: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? El les respondió: Os lo he dicho ya y no habéis escuchado. ¿Para qué queréis oírlo otra vez? ¿Es que queréis haceros discípulos suyos? Ellos, insultándole, dijeron: Sé tú discípulo suyo, nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés; cuando a éste, no sabemos de dónde viene. Respondió el hombre y les dijo: Eso es de maravillar: que vosotros no sepáis de dónde viene, habiéndome abierto a mí los ojos. Sabido es que Dios no oye a los pecadores; pero, si uno es piadoso y hace su voluntad, a ése le escucha. Jamás se oyó decir que nadie haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios no podría hacer nada. Respondieron y dijéronle: Eres todo pecado desde que naciste, ¿y pretendes enseñarnos? Y le echaron fuera.

M.C.

El problema planteado por los fariseos parece ridículo, pero es capital. No entienden de ningún modo que Jesús abra los ojos a un ciego de nacimiento en sábado. No puede ser de Dios, creen ellos, el que no respeta las normas de la religión. Ellos hacen de la tradición de Moisés algo rígido, estricto, ligado a fórmulas y formas intocables. Una religión así es letra, no espíritu; es sumisión, no libertad; es ley, no creación libre.

Con su acto, aparentemente despreocupado y sólo atento al ciego, Jesús ataca a la esencia de la religión como sistema de creencias intocables, como letra, como ley, y la hace espíritu y misericordia. Con ello ataca a la religión como base de poder montado sobre las conciencias y, por tanto, como base de poder político.

El argumento farisaico sería el siguiente: lo que no queda enmarcado en la religión de Israel, tal como la conciben y la practican los escribas, fariseos y sacerdotes, no es de Dios. Dios no puede minar “su religión” como sistema intocable de leyes y de preceptos; como sistema intocable de creencias y, por tanto, como sistema intocable de poder.

Jesús hace de la religión, revelación, libertad, misericordia, espíritu y no letra, amor y no sumisión.

El ciego interpreta el milagro como obra de Dios. Para él son profetas los que abren los ojos de los hombres a la visión. Por consiguiente, Jesús es un profeta. Sin embargo, la religión ciega a los fariseos: lo que no encaje en la letra, no puede ser espíritu. ¡Cuántos miles de años ha ocurrido este mismo error en todas las grandes tradiciones religiosas!

¿Cómo una persona o un grupo puede atribuirse “conocer” y poseer la revelación de Dios, que es revelación del inefable, incognoscible, inobjetivable? ¿Quién puede atribuirse conocer la voluntad de Dios, que es el soplo sin forma, soplo del Espíritu?

Según los criterios de los fariseos, ni el ciego podía haber sido curado, ni Jesús podía ser el Mesías. Por esta razón perseguían a los que confesaban que Jesús era el Mesías. Si Jesús era el Mesías, se desarticulaba la religión tal como la concebían y vivían; se desmoronaba su poder; se hundía la verdad a la que se asían; y todo se hacía espíritu, fluido, incontrolable.

Debido a que después de muchos intentos no podían eliminar la curación, se les ocurrió una solución: la curación era obra de Dios, pero no de Jesús, que era un pecador.

Sin embargo la respuesta del ciego es sabia: no sé si es pecador; pero sé que me ha abierto los ojos. Según vosotros es pecador porque no cabe en vuestros patrones. Pero ¿qué importan los patrones, frente al que abre a una Verdad sutil como la Luz?

Los fariseos se proclaman discípulos de Moisés, porque saben que Dios habló a Moisés. En realidad no lo saben, lo creen y porque sólo lo creen, no son discípulos de Moisés; no conocen la revelación que Dios hizo a Moisés. No saben de dónde viene Jesús, porque, en realidad, no conocen a Moisés. Jesús no puede entonces abrirles los ojos. Quien no reconoce a un profeta, no reconoce tampoco a su propio profeta.

El argumento del ciego es el siguiente: si Jesús es un ciego, no puede abrir los ojos. Si abre los ojos a la Luz, es que no es ciego. Abrir los ojos a ciegos de nacimiento, ¡ese sí que es un milagro! Es una curación mucho más espectacular que cualquier otro milagro. Y continúa el ciego argumentando: quien no es de Dios, no puede abrir los ojos a la Luz. Ante estos argumentos, los verdaderamente ciegos responden: ¡Tú eres un pecador desgraciado! ¿Nos vas a enseñar a nosotros? Los ciegos a la Luz se reafirman en su ceguera.

H.B.

Una vez más aparece planteado el problema del sábado, algo que obsesiona y preocupa profundamente a los fariseos, ya que Jesús, al infringirlo con sus reiteradas actuaciones, lo que está es poniendo en cuestión todo el edificio religioso judío. “*No puede venir de Dios este hombre, pues no guarda el sábado*”, concluyen algunos fariseos, tras interrogar al hombre antes ciego. Es decir, los fariseos están más preocupados por el cumplimiento escrupuloso de la ley que no por el hecho de dar luz a un ciego, como hace Jesús, aunque sea en sábado. El dios de los fariseos no parece preocuparse mucho por la suerte que pueda correr el hombre, sino por la ley. La diferencia entre los fariseos y el maestro de Nazaret estriba en que a éste lo que le mueve es, fundamentalmente, la compasión, esto es, un profundo sentimiento de solidaridad humana. Con todo, hay que entender que en Jesús la curación va mucho más allá de lo meramente físico, para convertirse en símbolo de una nueva vida interior.

Volviendo al interrogatorio en sí, llama la atención que no haya entre los fariseos la más mínima muestra de alegría por la recuperación de la vista del hombre antes ciego. Y es que su única manía es la observancia de la ley, que ésta no sea infringida. A ojos fariseos, todo lo humano es juzgado a través del prisma jurídico, puesto que la experiencia de lo divino pasa indefectiblemente por su ley. Ella es la norma indiscutible que regula la relación con la divinidad. Seguir la ley revelada es estar con Dios; incumplirla, alejarse de él.

Sin embargo, no existe unanimidad respecto a Jesús. Frente a quienes lo tildan de pecador, hay otros que se preguntan cómo es posible que un pecador pueda hacer tales milagros, lo que indica que algo han entrevisto y sentido en el maestro judío de Nazaret. Tal vez no lleguen a entender del todo qué es Jesús

y qué representa, pero lo cierto es que han visto en él algo especial y lo expresan a su manera, como pueden. El propio ciego reconocerá que Jesús es un profeta.

Ante la insistencia de los fariseos en considerar a Jesús un pecador, a tenor de su proceder, el ciego concluye que lo único que él sabe es que era ciego y ahora ve. Opone, por consiguiente, lo factual, su experiencia, a la teoría de los fariseos. Y es que se trata de un hombre sencillo, que nada sabe de teología, pero sí de lo que ha visto. Ante la evidencia de los hechos, los fariseos acaban por admitir que ha habido curación, pero que ha sido obra de Dios y no de Jesús, puesto que éste, al haber infringido el sábado, es un pecador.

La paradoja que trata de hacer visible el evangelista es que el hombre que antes era ciego ahora ve, mientras que los fariseos permanecen en su ceguera, siendo, precisamente, su estrecha interpretación de la ley lo que en verdad les ciega y enroca más aún en sus creencias. En definitiva, plantea el evangelista una nueva oposición antitética entre, por un lado, quien mira directamente a la vida, que es el ámbito en el que se manifiesta imprevisible la acción de Dios, sin anteojeras ni moldes interpretativos, y, por otro, quien lo hace a través de una ideología y de un rígido sistema jurídico.

Jn. 9, 35-41

Vio Jesús que le habían echado fuera, y, al encontrarle, le dijo: ¿Crees en el Hijo del hombre? Respondióle diciendo: ¿Quién es, Señor, para que crea en Él? Díjole Jesús: Le estás viendo; es el que habla contigo. Dijo él: Creo, Señor, y se postró ante Él. Jesús dijo: yo he venido al mundo para un juicio, para que los que no ven vean y los que ven se vuelvan ciegos. Oyeron esto algunos fariseos que estaban con Él y le dijeron: ¿Con que nosotros somos también ciegos? Díjoles Jesús: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora decís: Vemos, y vuestro pecado permanece.

M.C.

Parece ser según el texto que expulsan al ex-ciego de la sinagoga. Jesús le sale al encuentro y le pregunta: ¿Crees en el Hijo del hombre que te ha abierto los ojos, que te ha traído la luz? ¿Qué sentido tiene que le haga esta pregunta?

Jesús le ha dado la luz de los ojos; ahora quiere darle la Luz del espíritu. Quiere que le conozca como Luz de Dios, como Profeta, como manifestación de Dios (Verbo de Dios).

El ex-ciego le responde: creo y se postra ante Él. Ya le había reconocido como Profeta pero Juan, con la referencia a la postración parece querer mostrar algo más; que le reconoce como Hijo de Dios en sentido heleno.

Jesús le proclama su misión: ha venido para juzgar, para discriminar; para que los que no ven, puedan ver; Él es la Luz. También ha venido para que los que creen que ven, comprendan que están ciegos. Éstos creen que ven porque creen poseer la verdad en formas, fórmulas, leyes, ritos, organizaciones. Su actitud los cierra a la Luz, aunque Jesús les dé la oportunidad de ver. Los fariseos entienden el mensaje: ¿Nos llamas ciegos? Jesús les responde: si fuerais ciegos no os cerraríais a mi Luz, pero porque creéis que veis, porque creéis poseer la verdad, os cerráis a mi Luz.

H.B.

El hombre antes ciego se mantiene fiel a lo que ha visto, razón por la cual le echan fuera, afirma el evangelista, posiblemente de la sinagoga. Y es que el precio que se ha de pagar por la libertad es siempre muy alto. Pero, el hombre no tiene otra alternativa ante sí, ya que no puede tirarse atrás. Quien ha visto la luz, aquél que ha intuido la verdad, no tiene posibilidad alguna de volver sobre sus pasos. Nada es igual ya para él.

Tras la expulsión, Jesús vuelve a encontrárselo, preguntándole si cree en el Hijo del hombre, a lo que el hombre asiente tras saber que se trata de quien le ha dado la vista. Tal parece como si Jesús deseara darse a conocer como lo que en verdad es, a fin de evitar cualquier resquicio de duda ante su persona. Él no es un hacedor de milagros, sino el Hijo del hombre, cuya misión en el mundo es posibilitar que los que no ven, puedan ver, mientras que los engreídos que creen ver, comprendan que, en verdad, están ciegos.

10

Jn. 10, 1-16

En verdad, en verdad os digo que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador; pero el que entra por la puerta, ése es pastor de las ovejas. A éste le abre el portero, y las ovejas oyen su voz, y llama a sus ovejas por sus nombres y las saca fuera; cuando las ha sacado todas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz; pero no seguirán al extraño, antes huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Les dijo esta semejanza, pero no entendieron qué era lo que les hablaba. De nuevo les dijo Jesús: En verdad, en verdad os digo. Yo soy la puerta de las ovejas; todos cuantos han venido eran ladrones y salteadores, pero las ovejas no los oyeron. Yo soy la puerta; el que por mí entrare se salvará, y entrará y saldrá y hallará pasto. El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante. Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas; el asalariado, el que no es pastor dueño

de las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas, y huye, y el lobo arrebató y dispersa las ovejas, porque es asalariado no y le da cuidado de las ovejas. Yo soy el buen pastor y conozco a las mías y las mías me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo conozco a mi Padre, y pongo mi vida por las ovejas. Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor.

M.C.

Nuestro espíritu tiene una puerta. Por esa puerta “el que es” reconoce “al que es”. Esa es la única puerta a las profundas regiones de nuestro espíritu. Quien entra por esa puerta, su espíritu se rinde a Él.

Quien entra a nuestra alma por otro lado, es un salteador. Quien entra por la puerta del “reconocimiento”, ese es el Pastor, el Maestro. Sólo a ese el portero abre la puerta del alma del alma.

¡Bella y expresiva imagen!

Ese pastor llama a las ovejas por su nombre (el nombre es la esencia para el pensamiento de la época) y las ovejas reconocen su voz, porque es la voz “del que es”. Y las saca fuera de su encierro. Y Él va delante en el camino y ellas le siguen, porque conocen la voz “del que es”. No siguen la voz de extraños, huirán de ellos, porque en ellos no “reconocen” la voz “del que es”, del Padre. Jesús está hablando de aquellos que le han reconocido.

Como no le comprenden, se expresa con una segunda imagen, sacada también de las ovejas y el aprisco. “Yo soy la puerta de las ovejas”. Jesús es la puerta “al que es” ¡Otra bella imagen!

Juan, en esta segunda ocasión afirma el exclusivismo de Jesús: Jesús es la única puerta. Los que han venido antes de Jesús son ladrones y salteadores. Sólo Jesús es la puerta por donde se entra y se sale a los pastos. Juan llega a afirmar que los que no son Jesús no han venido más que para matar, robar y destruir. Jesús, en cambio, ha venido para que tengamos vida y la tengamos en abundancia. Juan está aquí sometido a los patrones de interpretación autoritarios y exclusivistas de la cultura agrario-autoritaria helena.

Jesús es el buen pastor porque se juega la vida por sus ovejas. El buen pastor se rige por el amor sin condiciones por los suyos. Esta imagen ha conmovido a generaciones. El asalariado no está dispuesto a dar su vida por las ovejas. No ama sin condiciones. Pone su vida propia por delante del cuidado de las ovejas. Cuando ve venir el peligro, huye. Ese no es revelación del vacío de sí mismo que es “el que es”.

Jesús es el buen pastor: Conoce a los suyos y los suyos le conocen, en la unidad, como el Padre le conoce y Él conoce al Padre. Por esa unidad en el conocimiento y en el amor, Jesús pone en juego su vida por los suyos.

También dice Jesús que tiene otras ovejas que no son de este aprisco, que es preciso que oigan su voz, que las reúna a todas en la unidad. Esta afirmación ha sido el fundamento de los esfuerzos legítimos por darle a conocer a las gentes y el fundamento del proselitismo muchas veces ilegítimo.

“Un solo rebaño y un solo pastor”. Esta afirmación ha sido interpretada por la iglesia católica en sentido organizativo unitario, jerárquico. Un solo pastor, una sola autoridad. También ha sido interpretada en sentido exclusivo: los que no están en ese rebaño organizado unitariamente y con una única autoridad no son del rebaño de Jesús. Si bien es posible que Juan apuntara en esta dirección: hacia una sola Iglesia unida, es muy improbable que apuntara a una única organización jerarquizada, al modo del imperio romano. Considero sin embargo que Jesús habla aquí en riguroso sentido espiritual, no organizativo.

H.B.

En el lenguaje del espíritu, la puerta posee un alto significado netamente simbólico, que indica el movimiento a través de un espacio definido. Quien no entra por la puerta al aprisco de las ovejas es, asevera Jesús, un ladrón y un salteador. Existe una sola manera legítima de acercarse a las ovejas. Los que se arrojan la condición de ser guías de los hombres son, en verdad, impostores, ladrones de afectos e inteligencias. Sólo hay una puerta que conduzca directamente a lo más insondable del espíritu; y es por ella por la que penetra el maestro de verdad. Quien así obra es digno de confianza y las ovejas, al reconocerlo, se entregan a él confiadas. “Entrad en las casas por las puertas”, recomendaba a los suyos Muhammad, profeta del islam.

Más adelante, dice Jesús de sí mismo ser la puerta a través de la cual hallarán las ovejas su salvación. El evangelista, respondiendo al exclusivismo propio del patrón desde el que escribe, afirma que el maestro de Nazaret es la única puerta para acceder a la salvación y que los que le precedieron fueron todos unos ladrones y unos salteadores. Al margen del exclusivismo que rezuma el texto, dicha afirmación, no exenta de fuerza y belleza, me trae a la memoria otro *hadīz* o aforismo sapiencial del profeta Muhammad, que dice así: “Yo soy la ciudad del conocimiento y Alí [su yerno y adalid del misticismo islámico] su puerta”.

El maestro es la puerta que da acceso al conocimiento, que es la verdadera salvación. En efecto, se salva quien conoce; y quien conoce, ama. El maestro es como el buen pastor que cuida de sus ovejas y es capaz de dar la vida por ellas. Jesús se entrega a sí mismo por amor, sin esperar nada a cambio. Darse sin tasa es su destino. En él se cumple la máxima que dice que donde hay amor hasta el límite, hay vida sin límite.

Jn. 10, 17-18

Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido.

M.C.

El Padre me ama, porque doy mi vida, porque dándola no tengo ego y sin ego manifiesto que soy uno con Él. Y doy mi vida para tomarla de nuevo en el nivel de unidad con el Padre. No se habla tanto de resurrección, aunque Juan está aludiendo a ella.

Aunque persiguen a Jesús para matarle, nadie le arrebató la vida; la da Él voluntariamente, por amor al Padre y por amor a sus hermanos.

“Tengo poder para darla y para volverla a tomar”, dice. En un sentido espiritual quiere decir que tiene poder para renunciar a su vida de hombre y retomarla a otro nivel, en el de la unidad con el Padre. En un sentido mitológico significa que tiene poder para dar su vida para redimir a los hombres y para retomar la vida en la resurrección. Este es el mandato que ha recibido del Padre: vaciarse de sí mismo para revelar al Padre. En sentido mitológico sería morir para redimir a la humanidad y después resucitar.

H.B.

Afirma Jesús que el Padre le ama porque entrega su vida. Y dándose de esta manera tan radical, que comporta morir al propio ego, renace de nuevo en la unidad del Padre. La relación entre el Padre y Jesús es, pues, de amor y no de sumisión. El mandato de un padre, o de un amigo, en modo alguno es un orden. No hay imposiciones para quien ama. El amor no sabe de sometimiento, sino, justamente, de enamoramiento.

Sólo quien es capaz de librarse a sí mismo adquiere la plenitud del propio ser. Apunta Jesús aquí una de las raras claves del camino interior, tan difícil de comprender si se reside en el ego: cuanto más das, más posees; cuanto más te das, más eres.

Lo que le mueve a Jesús a actuar como lo hace no es ni su propio interés, ni su gloria, sino el bien de los hombres. El maestro de Nazaret, un ser vaciado de toda ambición egoísta, es un instrumento en manos del Padre, que cumple su voluntad a través de él.

Jn. 10, 19-21

Otra vez se suscitó desacuerdo entre los judíos a propósito de estos razonamientos. Pues muchos de ellos decían: está endemoniado, ha perdido el juicio: ¿por qué le escucháis? Otros decían: Estas palabras no son de un endemoniado, ni el demonio puede abrir los ojos a los ciegos.

M.C.

Jesús estaba hablando con un lenguaje místico: de vaciamiento voluntario de sí mismo, de amor sin condiciones, de nueva vida en la unidad con el Padre. Muchos no podían entenderle.

Ni siquiera el lenguaje mitológico de muerte, redención y resurrección era inteligible para los judíos. El Mesías no podía morir derrotado, tenía que ser un triunfador.

Es prácticamente seguro que Jesús habló exclusivamente en sentido místico, porque, con toda probabilidad, desconocía y no vivía las mitologías agrario-autoritarias helenas.

Algunos, sin entenderle, escrutaban sus palabras, porque eran palabras del que abrió los ojos a un ciego de nacimiento; porque eran palabras de luz, aunque ellos no pudieran ver.

H.B.

Jesús suscita disparidad de opiniones en quien le oye hablar y observa su proceder en el mundo. De él dicen algunas gentes que es un endemoniado, pues su lenguaje simbólico les parece de locos; otras, sin embargo, afirman que un endemoniado jamás podría obrar milagros como él hace. Y es que ante el maestro espiritual no parece haber término medio: o bien se le ama, o bien se le rechaza, pero jamás deja indiferente.

Jn. 10, 22-39

Se celebraba entonces en Jerusalén la Dedicación; era invierno, y Jesús se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón. Le rodearon, pues, los judíos y le decían: ¿Hasta cuando vas a tenernos en vilo? Si eres el Mesías, dínoslo claramente. Respondióles Jesús: Os lo dije y no lo creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las

conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me dio es mejor que todo, y nadie podrá arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa.

De nuevo los judíos trajeron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Respondieronle los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios. Jesús les replicó: ¿No está escrito en vuestra Ley: “Yo digo: dioses sois”? Si llama dioses a aquellos a quienes fue dirigida la palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar, ¿de Aquel a quien el Padre santificó y envió al mundo decís vosotros: Blasfemas, porque dije: Soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, ya que no me creéis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre. De nuevo buscaban apresarle, pero Él se deslizó de entre sus manos.

M.C.

Mientras Jesús se pasea por el templo le pregunta un grupo de judíos: “¿Eres el Mesías?, si lo eres dínoslo claramente”. Por el diálogo posterior se ve que la pregunta no es sincera.

Jesús se confiesa Mesías, pero no un Mesías guerrero que se opondría con las armas a los enemigos de Israel, sino un Mesías que ruega por los enemigos y ama a los enemigos.

Sus obras proclaman qué tipo de Mesías es: un Mesías que cura; que acoge a todos, incluso a los pecadores y prostitutas; que predica el amor; que perdona; que revela que “el que es” es Padre.

Los judíos no pueden ni comprender ni aceptar este tipo de Mesías, porque no cumple sus expectativas más largamente arraigadas. No pueden reconocer a Jesús porque el Padre no los ha traído a El. No les ha sido dado el comprender, reconocer. Además, ellos mismos se han cegado a la visión. Su manera de vivir la religión les ha cegado. No son ovejas del rebaño de Jesús.

Los que son sus ovejas, aquellos a quienes el Padre les ha traído a Él, esas le reconocen, oyen su voz y le siguen. Jesús les da vida eterna, porque los saca de la identificación con la individualidad y del ego. Aunque perezcan, no perecerán para siempre, porque son conducidas a la no muerte, a la resurrección y la vida, según los mitos y las creencias contemporáneas al tiempo de Jesús. Quien deja de identificarse con su individualidad, gracias a la revelación de Jesús, ni nace ni muere.

Dice Jesús: “Lo que mi Padre me dio es mejor que todo”. ¿Qué le dio el Padre a Jesús? Le dio la unidad con el Padre. Él y el Padre son una sola cosa. Si meditamos esta afirmación de Jesús, sin filtrarla por el modelo autoritario, que

pone una distancia insalvable entre Jesús, que ocupa la cúspide de la suprema jerarquía, y nosotros que estamos en la base, la afirmación de Jesús: “El Padre y yo somos una sola cosa”, resulta ser una afirmación que vale para todos aquellos que reconocen en Jesús la revelación del Padre.

Los judíos entendieron la profundidad de la afirmación de Jesús y de inmediato quisieron apedrearle, porque siendo hombre se hacía Dios. Jesús les arguye: Si las escrituras dicen que quienes oyen la palabra de Dios y reciben su revelación, “son dioses”, ¿cuanto más podrá afirmarse eso del que Dios santificó y envió? Por consiguiente, Jesús no blasfema cuando se proclama Hijo de Dios.

Jesús se siente escogido, enviado y uno con el Padre. Juan da la exclusividad de esa condición a Jesús. Sin embargo Jesús viene a decir que si prescindimos del molde mitológico autoritario, esto vale para todo el que le escucha.

Reitera Jesús: Si no creéis en mis palabras, creed en mis obras. Obras de amor y compasión sin condiciones. Esa manera suya de actuar es la prueba, no los milagros que obra. Si Jesús ama y sirve sin condiciones es que el Padre se muestra en Él. “El Padre está en mí y yo en Él”. Estar en el Padre es estar en la unidad; estar en la unidad es estar en el amor.

H.B.

Un nuevo cara a cara entre Jesús y los dignatarios judíos está a punto de producirse. Antes que nada, sin embargo, el evangelista sitúa al maestro de Nazaret mostrando su libertad sin tapujos ante aquéllos que quieren darle muerte. En efecto, Jesús pasea libremente por el templo de Salomón cuando es rodeado por los judíos, que le preguntan si, en verdad, se hallan ante el Mesías, aunque sus intenciones son capciosas. A pesar de todo, la respuesta de Jesús es clara: “Os lo dije y no lo creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas”.

Las credenciales que presenta Jesús son sus propias obras y nada más. No se ampara ni justifica, por ejemplo, en la tradición. Y es que el hombre no es lo que piensa ni lo cree, sino lo que proyecta en el mundo, su mostración ante la vida. Para Jesús, la perfección del conocimiento se verifica con la perfección de las obras. Estar con Dios es estar con los hombres, nos viene a decir. No es Jesús un teólogo ni un experto en la teoría jurídica. Al menos, el evangelista pretende subrayar otro rostro de Jesús. De lo que el maestro de Nazaret habla es de cosas objetivas, sus obras, fácilmente comprensibles por los hombres y no de otra cosa. En cierto modo, Jesús cuestiona toda legitimidad que no se apoye en el modo de obrar.

Con todo, no es Jesús el tipo de Mesías que los judíos aguardan, puesto que rompe con el modelo prefijado por la tradición hebrea. El Mesías esperado debía ser, al mismo tiempo, el rey de Israel. Pero, la preocupación de Jesús es salvar a

las gentes haciendo que despierten al Padre, no gobernarlas. Los judíos y Jesús no hablan el mismo lenguaje. Aquéllos no le entienden porque no son sus ovejas. Entre otras cosas, dice el de Nazaret que sus ovejas escuchan su voz y le siguen; es decir, le prestan atención, que es lo mismo que oír al Padre, y se comprometen en la acción. No es, pues, una mera adhesión verbal. A renglón seguido pronuncia Jesús una de las palabras más bellas y cargadas de significado de todo el texto: “*Yo y el Padre somos una sola cosa*”, que no es sino la manera cristiana de decir la intuición universal de la unidad, que toda tradición religiosa y de sabiduría expresa de un modo más o menos explícito según sus propias categorías lingüísticas.

Jesús manifiesta al Padre, lo hace presente en su obrar amoroso y desinteresado. Todo en él es expresión transparente del que procede y en el que reside. Nada en Jesús queda al margen del Padre, sin que ello implique amalgama o confusión con el Dios que ningún hombre ha visto nunca, según la expresión que se recoge en el propio prólogo del Evangelio, como vimos en su momento. Sea como fuere, los judíos lo repudian e intentan apedrearlo, pero no tanto por sus obras, afirman, como por el hecho de que blasfeme haciéndose pasar por Dios, no siendo más que un hombre, algo insoportable para ellos. La contestación de Jesús es presta y contundente. Como en el caso anterior de la supuesta violación del sábado, les pone Jesús contra las cuerdas al responderles escrituras en mano: “*¿No está escrito en vuestra Ley: “Yo digo: dioses sois?”*”.

Jesús apela en todo momento a sus obras para tratar de convencer a los judíos de su sinceridad en tanto que Hijo de Dios. No apela a la fría razón de una erudición objetiva, porque no es un erudito, ni a otras cuestiones, sino a su solo obrar a favor del bien y la belleza, la justicia y la vida. De hecho, jamás les exige a las gentes una fe ciega en él, sino que comprendan cuanto dice a través de su obrar en el mundo, un actuar amoroso y sin tasa, que nada tiene que ver con el altruismo moderno, pues, a diferencia de éste, se basa en el conocimiento del sí profundo de todos los seres y, por consiguiente, en el amor al Sí. La cualidad de un hombre, viene a decirles, se mide por sus obras, del mismo modo que es por los frutos como se reconoce al árbol. Que él es uno con el Padre lo atestigua su amor sin límite y su misericordia en el actuar. En ese sentido, podemos afirmar que Jesús es y representa un instante privilegiado por el que se inserta la trascendencia en la inmanencia.

Jn. 10, 40-42

Partió de nuevo al otro lado del Jordán, al sitio en que Juan había bautizado la primera vez, y permaneció allí. Muchos venían a Él y decían: Juan no hizo milagro alguno, pero todas cuantas cosas dijo Juan de éste, eran verdaderas. Y muchos allí creyeron en él.

M.C.

Los que acompañan a Jesús al otro lado del Jordán recuerdan a Juan el Bautista y recuerdan lo que había dicho de Jesús: que eliminaría los pecados del mundo (su Luz borra nuestro pecado más fundamental, el de creernos alguien frente “al que es”) y que bautizaría en el Espíritu (es su Espíritu el que nos lava de nosotros mismos). Ellos ven que ambas cosas se han cumplido.

H.B.

La partida de Jesús hacia el otro lado del Jordán, donde Juan el Bautista había bautizado por primera vez, podría entenderse no tan solo como una ruptura geográfica sino también como un alejamiento de la institución judía. Allí, quienes le acompañan recuerdan las palabras premonitorias del Bautista respecto al maestro de Nazaret, dándose cuenta que se han cumplido.

11

Jn. 11, 1-16

Había un enfermo, Lázaro, de Betania, de la aldea de María y su hermana. Era esta María la que ungió al señor con unguento y le enjugó los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo. Enviaron, pues, las hermanas a decirle: Señor, el que amas está enfermo. Al oírlo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es mortal, sino para gloria de Dios, de modo que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro. Aunque oyó que estaba enfermo, permaneció en el lugar en que se hallaba dos días más; pasados los cuales dijo a los discípulos: Vamos otra vez a Judea.

Los discípulos le dijeron: Rabbí, los judíos te buscan para apedrearte, ¿Y de nuevo vas allá? Respondió Jesús: ¿No son doce las horas del día? Si alguno camina durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo pero si camina de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Esto dijo, y después añadió: Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero yo voy a despertarlo. Dijéronle entonces los discípulos: Señor, si duerme, sanará. Hablaba Jesús de su muerte, y ellos pensaron que hablaba del descanso del sueño. Entonces les dijo Jesús claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis, pero vamos allá. Dijo, pues, Tomás, llamado Dídimo, a los compañeros: Vamos también nosotros a morir con Él.

M.C.

Lázaro se pone gravemente enfermo, por lo que sus hermanas avisan a Jesús. Su forma de avisarle es significativa de cómo ven a Jesús: “*el que amas está enfermo*”.

Juan hace suponer que Jesús sabe que Lázaro morirá, pero aunque muera Jesús le resucitará. Juan interpreta a Jesús, en este pasaje, como Hijo de Dios en sentido heleno, Dios. Pone en boca de Jesús que el milagro que hará redundará en gloria de Dios, porque mostrará que Dios es un Dios piadoso y de vida, y también en glorificación, es decir, en reconocimiento del Hijo de Dios.

Juan narra la historia como si Jesús se dispusiera a hacer un milagro extraordinario; un milagro que será el signo máximo de su misión: dar la vida a los que están muertos.

Aunque Jesús ama a los tres hermanos, se queda dos días más donde estaba, esperando quizás que Lázaro muera. Transcurridos estos días decide volver a Judea. Betania está a 3 Km. de Jerusalén.

Los discípulos se alarman: los judíos quieren apedrearle ¿y vuelves allí? Jesús les tranquiliza: no es todavía mi hora, todavía no se ha hecho de noche para mí. Les anuncia también que Lázaro está dormido y que va a despertarlo. Compara la muerte con el dormir. Si duerme sanará, le dicen los discípulos. Jesús les aclara que Lázaro está muerto y que se alegra de no haber estado allí, porque le hubiera curado.

En la exposición de Juan, el milagro que hace Jesús, el más solemne de sus milagros, lo realiza para que crean. Aquí el término “crear” significa “comprender”. ¿Comprender qué? Que su mensaje es de vida, que su mensaje libera de la muerte y, para el mundo heleno, que Jesús opera con el poder de Dios. Ese poder es como el sello de garantía de que su mensaje viene de Dios. En el milagro y en su exposición hay una clara interpretación de Jesús por parte de la comunidad de discípulos desde la que Juan escribe.

“Crear” tiene que significar “comprender” porque muchos judíos tuvieron noticia del milagro y no creyeron, sino que decidieron con más ahínco matarle. Por tanto no importa tanto el hecho como el significado: Dios es un Dios de vida, que libera de la muerte y Jesús es el hombre, el Hijo de Dios, para Juan, que manifiesta la manera de ser de Dios.

Los discípulos no comprenden gran cosa, pero se disponen a seguir a Jesús, a pesar de que cuando la amenaza sea verdaderamente real, huirán.

¿Fue un hecho real la resurrección de Lázaro o fue un signo, una construcción posterior? En todo caso, lo importante es su valor de símbolo.

Los discípulos de las primitivas iglesias interpretan a Jesús y expresan su fe en Él, en primer lugar, desde sus patrones helenos; también viendo a Jesús desde las Escrituras judías, pero leídas desde sus patrones helenos; y desde la evidencia de que no hacen crónica de hechos sino que expresan el seguimiento de Jesús desde sus circunstancias. Esta triple consideración es suficiente para desplazar el problema de la veracidad de la resurrección de Lázaro a su significado, como expresión de la naturaleza de la revelación de Jesús.

H.B.

Jesús vuelve a Betania, donde un hombre, Lázaro, ha caído enfermo. Sus hermanas, Marta y María, van a buscar al maestro de Nazaret, con la esperanza de que pueda curar a su hermano. Juan nos dice que Jesús les amaba a los tres. Tal parece que formen parte del entorno de Jesús. Sea como fuere, lo cierto es que Lázaro es el primer enfermo de todo el evangelio que posee nombre propio. El resto se trata de personajes anónimos. Por consiguiente, Lázaro es alguien.

El episodio de la curación de Lázaro discurre todo él en un ambiente de profunda estimación y camaradería. Al oír que Lázaro está enfermo, afirma Jesús: “*Esta enfermedad no es mortal, sino para gloria de Dios, de modo que el Hijo de Dios sea glorificado por ella*”. Deja entrever el evangelista con estas palabras puestas en boca de Jesús, el milagro extraordinario que éste va a llevar a cabo. Vida y muerte son utilizadas simbólicamente por el maestro de Nazaret. Así, la muerte no es más que cesación de vida. La muerte es ignorar a Jesús, que es dador de vida. En tanto que discípulo de Jesús, Lázaro no morirá. Y es que quien ha hallado a Jesús ha cambiado ya el destino de su vida.

Tras permanecer dos días en Betania junto a Lázaro y sus hermanas, Jesús decide regresar a Judea, ante el temor de los suyos, ya que los judíos quieren apedrearle. Pero, él sabe que aún no ha llegado su hora. Dicho esto, les comenta a los suyos que Lázaro está dormido, pero que le despertará. Los discípulos respiran tranquilos pues en ese caso sanará. Jesús les corrige entonces aclarándoles que, en verdad, Lázaro está muerto. Y es que el maestro de Nazaret juega en todo momento con las palabras, comparando la muerte con el sueño, algo que sus discípulos son incapaces de comprender. Jesús (eso lo acentúa el evangelista constantemente) habla un lenguaje distinto al resto.

Jesús se alegra de no haber estado presente cuando la muerte de Lázaro. De este modo habrá de obrar el milagro de revivirlo, el acto milagroso más espectacular y solemne de cuantos hiciere, a fin de que los suyos crean. Por supuesto, crear, aquí, es ver; y ver, comprender. Jesús pretende que el milagro sirva para que sus discípulos comprendan que su mensaje divino es comunicación de vida que vence la muerte. Ese es, a mi modo de ver, el sentido profundo del pasaje.

Jn. 11, 17-32

Fue, pues, Jesús y se encontró con que llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Estaba Betania cerca de Jerusalén como unos quince estadios, y muchos judíos habían venido a Marta y a María para consolarlas por su hermano. Marta, pues, en cuanto oyó que Jesús llegaba, le salió al encuentro; pero María se quedó sentada en casa. Dijo, pues,

Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará. Díjole Jesús: Resucitará tu hermano. Marta le dijo: Sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Díjole Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? Díjole ella: Sí, Señor; yo creo tú eres el Mesías el Hijo de Dios, que ha venido a este mundo.

Diciendo esto, se fue y llamó a María, su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está ahí y te llama. Cuando oyó esto, se levantó al instante y se fue a Él, pues aún no había entrado Jesús en la aldea, sino que hallaba aún en el sitio donde le había encontrado Marta. Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, viendo que María se levantaba con prisa y salía, la siguieron pensando que iba al monumento para llorar allí. Así que María llegó adonde Jesús estaba, al verle, se echó a sus pies, diciendo: Señor, si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano.

M.C.

Lázaro lleva cuatro días muerto cuando llega Jesús. Marta corre a su encuentro y le dice lo que Jesús ya sabía: que si Él hubiera estado allí, Lázaro no habría muerto. Y añade una frase: *“pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará”*. Contesta Jesús: *“Tú hermano resucitará”* y Marta responde: *“Ya sé, en el último día”*.

Aquí vienen las grandes afirmaciones de Jesús: *“yo soy la resurrección y la vida”*, *“el que cree en mí, aunque muera vivirá”* y *“todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre”*.

Desde estas afirmaciones se puede conocer la lectura que hace Juan: como Hijo de Dios que viene a redimir, Jesús es la resurrección y la vida; habrá resurrección a la vida, gracias a su acción salvadora.

Nosotros podemos hacer otra lectura desde nuestra situación sin creencias que mantiene el sentido profundo de las afirmaciones de Juan: Jesús, revelando “lo que es”, el Padre, muestra que no somos lo que creemos ser, sino que somos “lo que es”; el que reconoce su revelación, aunque muera vivirá, porque comprenderá que no hay muerte; todo el que reconoce a Jesús, vive en Él, como Él en el Padre. Ese no morirá.

Pregunta Jesús a Marta ¿Crees eso?, que equivale a decir ¿lo ves?

La respuesta de Marta es la de Juan: *“Creo que eres el Mesías, el Hijo de Dios, que ha venido a este mundo”*. Esta es una respuesta desde cuadros mitológicos agrario-autoritarios (Hijo de Dios enviado) y a la vez desde la mitología de Israel (Mesías enviado). Independientemente de las interpretaciones mitológicas, Jesús, apareciendo en este mundo, revela al Padre y trae la vida, muestra el existir que está más allá de morir o no morir.

Marta llama a María: *“El Maestro está aquí y te llama”*. Hermosa expresión que es como un mantra. María responde al instante a esa llamada y sale a toda prisa. Le siguen los invitados porque creen que va al sepulcro a llorar.

Cuando el Maestro llama no hay que demorarse en responder, porque puede no volver a pasar por delante de nuestra puerta. Él siempre llama, Él siempre está a nuestra puerta, pero somos nosotros los que no siempre somos capaces de escuchar, ni de abrir la puerta. Cuando esa posibilidad se da en nosotros, no hay que dejarla pasar.

Cuando encuentra a Jesús, se echa a sus pies y realiza la misma afirmación que su hermana: *“Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”*. Las dos hermanas tienen conciencia de la misericordia de Jesús y de su poder de curar.

H.B.

Cuando Jesús regresa a Betania, Lázaro lleva ya cuatro días muerto en el sepulcro. Muchos son los judíos, refiere el evangelista, que han venido a darles el pésame a sus hermanas Marta y María. Es la primera de ellas quien le lanza a Jesús unas palabras que saben a reproche: *“Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará”*. Es un reproche implícito, no exento, sin embargo, de esperanza en una posible intervención de Jesús, pues Marta ve en él a una suerte de impecable mediador ante Dios. Marta aún no ha comprendido, porque no lo ha visto, y esa será la ocupación de Jesús en todo momento, mostrar que es uno con el Padre. Dios está con el Hijo porque está en el Hijo. Pero, es cierto, si Jesús hubiese permanecido en Betania Lázaro no habría muerto, ya que donde está el maestro de Nazaret reina la vida.

Jesús le dice a Marta que su hermano resucitará, a lo que ella responde que sí, pero en el último día. Las palabras de Jesús no son un consuelo, pues lo que el maestro persigue es que abran los ojos y comprendan, no mitigar su pena. Es, entonces, cuando Jesús pronuncia una de las expresiones más solemnes de todo el Evangelio: *“Yo soy la resurrección y la vida”*. Quien comprenda (Juan utiliza aquí el verbo creer) lo que el maestro dice y representa, aunque muera, vivirá por siempre. Y es que la vida que Jesús comunica mediante sus palabras, palabras de vida, y su ejemplo, cura al hombre de la peor de las enfermedades: creer que es por sí mismo, o lo que es igual, dar por real lo que no es. Vivirá por siempre, además, porque hará suya la certeza de la inexistencia de la muerte y, sobre todo, que ésta no puede ser el final de algo que no tiene principio. Morirá, en efecto, la individualidad, pero no la vida que se dice a través de dicha individualidad. Esa vida continúa por sí misma y la muerte no la interrumpe. Ser discípulo de Jesús, haber penetrado hasta el fondo en su mensaje, significa comprender la irrealidad de la muerte.

Marta llama a su hermana María, utilizando una expresión bellísima: “*El maestro está ahí y te llama*”. En efecto, el maestro siempre está ahí, jamás ha dejado de estar ahí, haciéndose presente de mil y una maneras, que el ser humano, ensimismado como está en sus propias ensoñaciones, es incapaz de advertir, con lo que pasa a su lado indiferente. Jesús está ahí y llama a la luz. Jesús, que es el maestro, no un médico ni tampoco un taumaturgo, sino el Hijo del Padre.

Al verlo, María, presa de dolor, le espeta a Jesús las mismas palabras que su hermana: “Si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto”. Éste, sin embargo, en ningún momento pronuncia palabra alguna de consuelo, que sirva de alivio a los presentes. Y es que el maestro del espíritu exhorta a comprender en toda circunstancia, por muy dolorosa que sea, pero jamás a la resignación.

Jn. 11, 33-44

Viéndola Jesús llorar, y que lloraban también los judíos que venían con ella, se conmovió hondamente y se turbó, y dijo: ¿Dónde lo habéis puesto? Dijéronle: Señor, ven y ve. Lloró Jesús, y los judíos decían: ¿Cómo le amaba! Algunos de ellos dijeron: ¿No pudo éste, que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriese? Jesús otra vez conmovido en su interior, llegó al monumento que era una cueva tapada con una piedra. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Díjole Marta, la hermana del muerto: Señor, ya hiede, pues lleva cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios? Quitaron, pues, la piedra, y Jesús, alzando los ojos al cielo dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas, pero por la muchedumbre que me rodea lo digo, para que crean que tú me has enviado. Diciendo esto gritó con fuerte voz: Lázaro, sal fuera. Salió el muerto, ligados con fajas pies y manos y el rostro envuelto en un sudario. Jesús le dijo: Soltadle y dejadle ir.

M.C.

Viendo la pena de sus amigos, Jesús se conmueve hasta llorar. Jesús llora por el sufrimiento de Lázaro, de sus hermanas y de sus amigos. Al verle llorar las gentes decían: ¡Cómo le amaba! Jesús no era un hombre insensible a las penas humanas.

Según Juan, Jesús hace un milagro solemne *como signo de su misión* (dar vida a los que están muertos) *y como signo de su poder como Hijo de Dios*.

La plegaria que hace Jesús antes del milagro denota esta doble dimensión de su milagro.

*“Padre te doy gracias porque me has escuchado,
yo sé que siempre me escuchas,*

*pero por la muchedumbre que me rodea lo digo,
para que crean que tú me has enviado.”*

Jesús muestra un profundo y bello convencimiento de que el Padre siempre le escucha y expresa que lo que va hacer es para que crean.

¿Piensa Jesús que creerán, en el sentido de ver su revelación, porque resucite un muerto enterrado de cuatro días? ¿Creerán porque vean una exhibición de poder? En el contexto helenista en que vive Juan, posiblemente fuera válida la actitud de su narración.

¿No habría que pensar más bien que creerán porque comprenderán, con este acto, el sentido de su misión?

¿Fue realmente un milagro de Jesús o fue una elaboración posterior de la comunidad de sus discípulos helenos, en la que juntaban la comprensión del sentido de su misión con la mitologización de Jesús como Hijo de Dios en sentido heleno?

La más probable es la segunda hipótesis. Pero sea como fuere, lo que queda claro en esta narración es el sentido de la misión de Jesús: dar vida a los muertos; devolver a la vida a quienes puede que lleven, no cuatro días, sino toda su vida muertos. Quienes están amarrados por sus deseos, temores, recuerdos, expectativas están muertos a la verdadera dimensión de la realidad: la unidad con el Padre.

H.B.

Ante el dolor de las hermanas de Lázaro y sus amigos, Jesús se conmueve hasta llorar. El maestro se nos muestra aquí solidario con el sufrimiento de los presentes, pero no con su desesperación. Su llanto es espontáneo y hondo, muy hondo y sereno, a diferencia, nos lo podemos imaginar, del llanto de sus hermanas, que, seguramente, debió de ser mucho más aparatoso y paralizante. A Jesús, en cambio, su llanto no lo detiene. Por eso, pide que le muestren el sepulcro donde se halla Lázaro, para disponerse a actuar.

Marta le dice al maestro que el cadáver hiede, después de cuatro días muerto, a lo que Jesús le replica: “*¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios?*”. A la pregunta que le hizo Jesús, en el pasaje anterior, de si cree en él, Marta, sin dudarle, respondió afirmativamente, pero ahora vemos que se trataba sólo de una formulación, bien intencionada y sincera, por supuesto, pero aún no encarnada. Y Jesús se lo recuerda en este momento. Y es que el maestro judío de Nazaret no busca de las gentes adhesiones acrílicas ni sentimentales, sino que vean y comprendan por sí mismas. Por consiguiente, no es que Jesús reproche a Marta su incredulidad, sino que desea que caiga en

la cuenta que lo que él propone, exige algo más que una formulación y que necesita dar ese paso que le falta.

Dicho eso, ahora sí, Jesús, tras invocar y dar gracias al Padre solemnemente, le devuelve la vida a Lázaro diciéndole: “*Lázaro, sal fuera*”. Poco importa, a mi modo de ver, si el hecho tuvo o no realidad histórica, que seguramente no la tuvo. Lo relevante es qué se nos dice con y en el suceso, más allá de su dudosa veracidad factual, porque el relato no ha perdido ni un ápice toda la fuerza simbólica. Me pregunto: ¿acaso no es Lázaro un epítome de todo el género humano, que lleva desde siempre dormido, que es lo mismo que estar muerta? Y ya hemos visto anteriormente que para el maestro judío de Nazaret estar dormido es sinónimo de estar muerto. La muerte es, así pues, un sueño. Por lo tanto, Jesús (todos los maestros del espíritu, de hecho) ha venido a sacar a Lázaro del sepulcro de su sueño, esto es, a despertar a la humanidad.

Jn. 11, 45-57

Muchos de los judíos que habían venido a María y vieron lo que había hecho, creyeron en Él, pero algunos se fueron a los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús. Convocaron entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos una reunión, y dijeron: ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en Él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ¿no comprendéis que conviene que muera un hombre por todo el pueblo y no que perezca todo el pueblo? No dijo esto de sí mismo, sino que, como era pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por el pueblo, y no sólo por el pueblo, sino para reunir en uno todos los hijos de Dios que estaban dispersos. Desde aquel día tomaron la resolución de matarle.

Jesús, pues, ya no andaban en público entre los judíos; antes se fue a una región próxima al desierto, a una ciudad llamada Efraím, y allí moraba con los discípulos. Estaba próxima la Pascua de los judíos, y muchos subían del campo a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse. Buscaban, pues, a Jesús y unos a otros se decían en el templo: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta? Pues los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes para que, si alguno supiese dónde estaba, lo indicase, a fin de echarle mano.

M.C.

Vemos dos posturas enfrentadas en relación a este milagro: unos creen y comprenden; otros van a contar a los enemigos de Jesús lo que ha hecho. Esto

prueba que no basta con los milagros y también muestra la exigua eficacia de los mismos.

Los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos se reúnen para estudiar la situación. Reconocen que Jesús hace milagros, que tiene poder y calidad espiritual y que por tanto es peligroso. Confiesan: “*si le dejamos hacer, todos terminarán creyendo en Él*”.

Jesús, además de tener poder y calidad espiritual, está contra el sistema del templo, a favor de los pobres y marginados, en contra de los poderosos. Además habla del “reino de Dios”, que es lo opuesto a la injusticia y a la opresión. Todo esto no es del agrado de las autoridades judías y tampoco de Roma.

El Sumo Sacerdote pronuncia la frase: “*¿que muera un hombre por el pueblo!*” Juan interpreta esta frase como una profecía, con tanto más valor cuanto quien la pronuncia es el Sumo Sacerdote. La frase tiene también un profundo sentido espiritual: todo maestro espiritual debe morir por completo a sí mismo para traer la luz al pueblo. No sería verdadero maestro si muriera a sí mismo, por el bien de sí mismo. Eso sería el más sutil de los egoísmos. El motivo de su caminar es a la vez el amor a la Verdad y la vida del pueblo. El amor total a la Verdad no puede darse sin el ansia de dar vida al pueblo. Y el deseo de dar vida al pueblo no es verdadero sin una pasión completa por la Verdad.

Juan dice: “*Jesús tenía que morir por el pueblo para reunir en uno a todos los hijos de Dios dispersos*”. En esta frase está funcionando claramente el esquema de interpretación agrario-autoritario: *hay que pasar por la muerte para que haya vida. “La redención pasa por la muerte*”. La noción de “redención” no es agraria, es judía, pero la idea de “redención por la muerte” sí es agraria, es una noción judía helenizada. Aquí se entrecruzan los dos modelos.

En cualquier caso, el sentido místico de esa expresión mítica es que sólo el radical y completo vaciamiento de sí mismos, la muerte a la propia individualidad y al propio interés enciende la Luz de los maestros y abre a su la Luz; Luz que da la vida al pueblo.

Cuando Juan habla “*reunir en la unidad a todos los hijos dispersos*” ¿se refiere sólo a los judíos de la diáspora? ¿O habla de reunir a todos los elegidos?

Desde aquel día deciden matarle, como acción preventiva. Jesús lo sabe y huye al desierto a una ciudad llamada Efraím.

H.B.

Juan nos dice que el episodio de la resurrección de Lázaro mereció disparidad de opiniones entre quienes lo presenciaron. Así, hubo quien comprendió lo que estaba viendo y se unió a Jesús (estos son los despiertos, de mirada limpia, podríamos decir), mientras que otros lo denunciaron

directamente ante los fariseos. En consecuencia, la primera conclusión que podemos extraer es que ni tan solo el milagro es capaz de generar la unanimidad de las gentes.

Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos se reúnen, a fin de hallar una solución al problema que les plantean Jesús y sus milagros. Argumenta ellos: “¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en Él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación”. Pareciera, a simple vista, que el poder está preocupado por los milagros que realiza Jesús. Pero la cuestión de fondo es otra bien diferente. El problema real que plantea la figura de Jesús es que otorga vida, libertad y autonomía a los individuos. Y por eso se convierte en una amenaza para los que detentan el poder, pues sienten el miedo a perderlo.

Resulta cuando menos sintomático que las autoridades judías hagan referencia al templo, “nuestro lugar santo”, pero no a Dios. De hecho, no se refieren a él en ningún momento, algo así como si fuesen las instituciones judías las que lo sostienen. Pretenden defender a Dios defendiendo el *status quo* político y religioso. Dios ni aparece ni interviene en el mundo. Son ellos, en realidad, los que lo hacen por él. El Dios de Jesús, lo que él llama el Padre, se abre paso en el mundo a través del Hijo, es decir, a través de él.

Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, nos recuerda el evangelista, apela al interés colectivo, concluyendo que es preciso que alguien muera para salvar al resto. Desde entonces, los judíos deciden matarlo. La muerte de Jesús será la del pastor que da la vida por sus ovejas. Es una muerte apotropaica, como diría Louis Massignon, que cobra todo su valor en la medida que es por y para los otros. En cierto sentido, podríamos decir que se cumple aquí también la que es una de las reglas de oro del camino interior: siempre el que ve se ha de sacrificar por el que no ve.

Jesús, dice el evangelista, marchó entonces a una región próxima al desierto, a la ciudad de Efraím, donde moraba con sus discípulos. Como ya hemos visto en algún que otro caso anterior, Juan da al alejamiento geográfico de Jesús un sentido figurado y metafórico. Efraím es aquí el polo opuesto a la ciudad judía, que representa el poder. Es a las afueras, en los márgenes del poder, en el exilio, donde Jesús levantará su ciudad, una ciudad nueva. No tiene la voluntad, pues, de reformar lo viejo, sino de edificar algo nuevo desde abajo. Esa, y no otra, es la razón por la que marcha fuera. El exilio, entendido como espacio en el que crear algo nuevo, resulta ser una constante, también como recurso metafórico, presente en muchos relatos de los grandes maestros espirituales de la historia. Pienso ahora en la hégira de Muhammad y la incipiente comunidad islámica, cuando se traslada de La Meca a Medina. En resumen, Efraím simboliza, el exilio y, al

mismo tiempo, la acogida. Al rechazo de los propios responde la acogida de los otros.

12

Jn. 12, 1-8

Seis días antes de la Pascua vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dispusieron allí una cena; y Marta servía, y Lázaro era de los que estaban a la mesa con Él. María, tomando una libra de unguento de nardo legítimo, de gran valor, ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos, y la casa se llenó del olor del unguento. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que había de entregarle, dijo: ¿Por qué este unguento no se vendió en trescientos denarios y se dio a los pobres? Esto decía no por amor a los pobres, sino porque era ladrón, y, llevando la bolsa, hurtaba de lo que en ella echaban. Pero Jesús dijo: Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no me tenéis siempre.

M.C.

Este texto es un preanuncio de su muerte.

Jesús vuelve a casa de sus amigos, Marta, María y Lázaro. Le ofrecen una cena y Marta la sirve. María unge los pies de Jesús con un unguento de nardo y los seca con su pelo, como acto explícito de amor y de respeto.

Judas se queja de que los 300 denarios que vale el perfume no se los den a él para repartirlo a los pobres. Juan le atribuye a Judas intención de robar. Judas era ya un personaje maldito para la comunidad de Juan por haber entregado a Jesús.

El evangelista pone en boca de Jesús el preanuncio de su muerte.

Jesús vuelve a los alrededores de Jerusalén, a Betania, demostrando con ello que no pensaba huir de los peligros que suponía Jerusalén. Podía prever lógicamente su muerte después de echar a los mercaderes del templo y de la resurrección de Lázaro.

Jesús interpreta la acción de María como el ritual de perfumar su cuerpo muerto, ritual que podía prever que no tendría. Conocía sobradamente lo que hacían los romanos con los crucificados. Los dejaban clavados en la cruz, casi a la altura del suelo, para que después de muertos en el suplicio, se lo comieran, a la vista de todos, los perros callejeros y las aves de rapiña. Los restos, después de días de exposición, eran echados a una fosa común de penados.

Jesús acepta el acto de amor de María y lo justifica. Este texto se ha usado muchas veces para justificar el lujo y la riqueza de templos, sin tener en cuenta

la miseria de los pobres. Desde luego no era esta la intención de Jesús al justificar a María.

H.B.

El pasaje, de una carga simbólica extraordinaria, presenta a Jesús de vuelta a casa de Lázaro y sus hermanas Marta y María. Éstos le ofrecen una cena al maestro. Un apunte previo antes de proseguir: obsérvese que Jesús pronuncia algunas de sus mejores palabras en fiestas y banquetes.

La cena tiene lugar en el espacio donde la muerte ha sido vencida, en la casa de Lázaro y no en un espacio sagrado. La obra de Jesús se despliega en el ámbito de lo puramente humano, no está apartada de la vida. Los amigos y discípulos de Jesús celebran junto a él más que la vida recuperada, la vida recibida, pues ésta es nueva. María, nos dice el evangelista, unge los pies del maestro con una libra de unguento de nardo legítimo y los enjugó con sus propios cabellos. Es un gesto de agradecimiento por el don de la vida recibida. El precio del perfume, que debió de ser muy alto, como veremos a continuación, simboliza el amor sin medida de la familia. Es interesante constatar que Juan describe la escena utilizando los mismos símbolos que encontramos en el Cantar de los Cantares (nardos, perfumes, cabellos...).

Toda la casa debía de estar impregnada de perfume, es decir, del espíritu sutil que otorga vida y la multiplica. Aquí, el evangelista opone claramente el perfume de nardo al hedor del cadáver en descomposición de Lázaro. El hedor de la muerte se ha transformado en perfume de vida, un perfume que no es que sea caro, como se quejará Judas Iscariote después, sino que no tiene precio. Y es que, realmente, todo lo que ofrece el maestro es impagable.

Judas, efectivamente, se queja de que los trescientos denarios que ha costado el perfume no se hayan repartido entre los pobres. Dicho dispendio le parece excesivo. Podríamos decir que, mientras Lázaro y sus hermanas se han abierto al amor sin tasa, Judas sigue inmerso en la categoría del dinero. Con su actitud, lo que en verdad hace Judas es desvalorizar el amor, pues piensa que nadie, tampoco Jesús, es merecedor de un amor total. Como un demagogo, Judas se refugia en lo fácil: los pobres, pero, en realidad, éstos le importan poco. No es capaz de comprender el alcance de lo que Jesús propone y lleva a cabo. Porque no basta con dar, es preciso darse. Y eso es, a fin de cuentas, lo que hace Jesús, que se da a sí mismo en todo momento, hasta en la muerte por los demás.

Concluye el pasaje Juan poniendo en boca de Jesús el anuncio de su propia muerte.

Jn. 12, 9-11

Una muchedumbre de judíos supo que estaba allí, y vinieron, no sólo por Jesús, sino por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Los príncipes de los sacerdotes habían resuelto matar a Lázaro, pues por él muchos judíos se iban y creían en Jesús.

M.C.

Los curiosos acudían a ver a Lázaro resucitado. Y dice Juan que, viéndole, muchos se iban de la sinagoga y creían en Jesús.

La decisión de los príncipes de los sacerdotes es drástica: había que acabar con el problema de raíz, esto es, matar no sólo a Jesús, sino también a Lázaro.

H.B.

La incipiente comunidad reunida en torno a Jesús da testimonio ante el mundo no tanto con palabras como mediante su nueva realidad: la resurrección de Lázaro, hecho que hubo de suscitar entonces toda una verdadera sensación. Ante ello, el poder resuelve no tan solo matar a Jesús, sino también a Lázaro. Pretenden, pues, dar muerte a Jesús, a Lázaro, a la comunidad y, por consiguiente, a la vida misma.

Jn. 12, 12-19

Al día siguiente, la numerosa muchedumbre que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús llegaba a Jerusalén, tomaron ramos de palmera y salieron a su encuentro gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor y el Rey de Israel!

Habiendo Jesús encontrado un pollino, montó sobre él, según esta escrito: “No temas, hija de Sión; he aquí que viene tu rey montado sobre un pollino de asna”. Al principio, los discípulos no entendieron esto; pero cuando fue glorificado Jesús, entonces recordaron que de Él estaban escritas estas cosas que ellos le habían hecho. Le rendía testimonio la muchedumbre que estaba con Él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos. También por esto le sabió al encuentro la multitud, porque habían oído que había hecho este milagro. Entre tanto, los fariseos se decían: ya veis que no adelantamos nada. Ya veis que todo el mundo se va en pos de Él.

M.C.

Con esta entrada en Jerusalén, que Juan describe como una entrada triunfal, Jesús contradice la idea de Mesías guerrero militar y poderoso. Entra en Jerusalén montado en un humilde burro, el animal que usaba la gente del pueblo para la carga y el transporte de personas.

El evangelista interpreta que con este acontecimiento se cumple lo que estaba anunciado en las Escrituras.

Los que habían visto o tenido noticia de la resurrección de Lázaro acudieron a verle y recibirle, esperando de Él que cumpliera la figura del Mesías político con poderes divinos. Sin embargo, la actitud humilde y pacífica de Jesús contradice esta imagen, incluso en el día que podríamos considerar de su exaltación popular.

Ésta es la idea que se quiere remarcar en el texto, idea que ya habían asimilado los grupos que formaban la iglesia desde la que Juan hablaba.

Este triunfo social de Jesús, a criterio de sus adversarios, afianza en ellos el convencimiento de que la única solución es matarle.

H.B.

La estampa que dibuja el evangelista en el presente pasaje no deja de ser grotesca. Jesús, el Hijo de Dios, según algunos el Mesías esperado, entra triunfante en Jerusalén.... ¡a lomos de un pollino! Y es que eso es Jesús: la sencillez, la mansedumbre, la amorosidad. El de Nazaret es un hombre del pueblo.

La multitud, narra Juan, se agolpa en las calles (el caso de Lázaro debió de ser sonado), y lo saluda blandiendo en las manos ramas de palma. Esperan de él que les libere de la tiranía y la opresión; esa es la salvación que aguardan del Mesías, el Rey de Israel. Sin embargo, el gesto de Jesús lo desmiente todo. Escogiendo un pollino por montura, muestra su reacción a las aclamaciones de las gentes, gentes que le siguen en masa, lo que reafirma la determinación de los fariseos de acabar con él. Definitivamente, Jesús es una amenaza.

Jn. 12, 20-22

Había algunos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaron diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés; Andrés y Felipe vinieron y se lo dijeron a Jesús.

M.C.

Esos griegos debían ser judíos helenizados o prosélitos, porque habían acudido a la celebración de la Pascua. Querían ver a Jesús. Se lo dijeron a sus discípulos y estos se lo dijeron a Jesús.

Se prepara el escenario para el episodio siguiente.

H.B.

Ignoro si “griego” quiere decir aquí no judío. En cualquier caso, es interesante subrayar que el mensaje de Jesús no es clánico, no está reservado a los judíos exclusivamente, sino que es universal, abierto a todo el mundo. Y es que el amor no sabe de fronteras.

Jn. 12, 23-33

Jesús les contestó diciendo: Es llegada la hora en que el Hijo del hombre será glorificado. En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto.

Quien se ama a sí mismo, se pierde; y el que se odia a sí mismo en este mundo, se guarda para la vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor; si alguno me sirve, mi padre le honrará. Ahora mi alma se siente turbada. ¿Y qué diré? ¿Padre, librame de esta hora? ¿Mas para esto he venido yo a esta hora! Padre, glorifica tu nombre. Llegó entonces una voz del cielo: “Le glorifiqué y de nuevo le glorificaré”. La muchedumbre que allí estaba y oyó, decía que había tronado; otros decían: Le habló un ángel.

Jesús respondió y dijo: No por mí se ha dejado oír esta voz, sino por vosotros. Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera, y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí.

Esto lo decía indicando de qué muerte había de morir.

M.C.

Ante aquellos que querían verle, Jesús hace una gran proclama, que es la senda del camino espiritual. Si querían verle; él les mostrará su verdad. Ha llegado la hora en la que se mostrará toda la grandeza del Hijo del hombre.

Jesús mostrará en su propia vida hasta dónde pueden llegar las posibilidades humanas y, haciéndolo, mostrará toda su grandeza, que es también muestra propia grandeza.

Jesús expone a continuación lo que es la gran ley del camino interior:

*“Si el grano de trigo no caen en la tierra y muere, quedará sólo.
Pero si muere, llevará mucho fruto”.
Hay que morir a sí mismo, como el grano de trigo para dar fruto.*

Y expresa la misma idea en otros términos:

*“Quien se ama a sí mismo, se pierde,
el que se odia a sí mismo en este mundo,
se guarda para la vida eterna”.*

Que equivale a decir que quien centra su vida en querer a sí mismo, se pierde, porque ama lo que no es, ama lo que sólo parece ser, pero que está vacío de realidad. Centra su vida en lo que es vacío de ser y con ello se pierde en la nada.

Y se expresa de una tercera forma:

*“Quien se odia a sí mismo en este mundo,
se guarda para la vida eterna”.*

Habla de odiar, de alejarse, como del supremo mal; habla de la idea de creerse alguien en este mundo. No habla de odiarnos en nuestra propia realidad auténtica, que ya no es el yo.

Quien hace eso, se guarda para la vida eterna, porque ya no reside en el yo, reside en “lo que es”. Ya no reside en lo que nace y muere, reside en lo que ni nace ni muere. ¡Buen lugar de residencia!

*“Si alguno me sirve, que me siga,
y donde yo esté
allá estará también mi servidor”.*

Ser discípulo era ponerse al servicio del maestro. Está diciendo, pues, que si alguno quiere ser su discípulo, que le siga, y los que le sigan estarán donde Él esté.

Ya ha dicho antes el camino por el que hay que seguirle:

“morir como el grano, morir a sí mismo, morir del todo a la egocentración”.

Quien le siga en ésto, estará donde Él, más allá de la vida y de la muerte.

“Si alguno me sirve, mi padre le honrará”, le hará ver su nobleza.

Quien le siga en ese camino que Él propone, el Padre le exaltará como a Él.

Juan recoge a continuación lo que es el equivalente de la oración en el huerto de los olivos de la tradición de los evangelios sinópticos. Dice Jesús:

“Ahora mi alma está turbada”. Debe llevar la muerte a sí mismo hasta el suplicio de la cruz. Quisiera librarse de ese horror; pero está en este mundo para llegar a ese extremo de vaciamiento.

Todos nosotros estamos aquí para llegar también a ese extremo de vaciamiento, aunque no sea de una forma tan atroz. Ese es el destino de la peculiar misión de Jesús, pero su misión es mostrarnos que ese es también nuestro destino.

La tendencia a dar forma de sufrimiento al camino interior es propia de la mentalidad agraria, que utiliza la imagen del grano que ha de *“morir para dar fruto”*. En otras tradiciones espirituales de la humanidad la espiritualidad no reviste forma tan negativa, por ejemplo en el yoga, en el budismo, en la tradición vedanta, etc.

Librarse por completo del ego, como ocurre en la muerte, puede dar miedo, pero no es un tormento. Nuestra situación ya no agraria y tendría que despojarse del tipo de metáforas agrarias, es decir, tendría que despojarse de la carga negativa que se pone en el proceso al vaciamiento. El vaciamiento es liberación, libertad, alivio de una pesada carga. El camino del vaciamiento es el camino del amor y la unidad y la aproximación al amor y a la unidad no es un tormento sino una dicha.

Por la acción de Jesús es glorificado el Padre, conocido y revelado su nombre. La acción de Jesús de completa muerte a sí mismo, y ¡a qué precio! revela al Padre; eso es glorificarlo.

Desde el cielo se oye una voz que confirma su acción, que acredita su revelación. Es una forma de decir y representar que su vaciamiento y su revelación del Padre se acredita a sí misma en Él.

La muchedumbre cree oír un trueno, una voz del cielo que le habla. Jesús les dice: Vosotros necesitáis esa confirmación en la Verdad. Yo no necesito esa confirmación en la Verdad, porque la Verdad reside en mí mismo, yo soy la Verdad.

Mi acción, dice Jesús, es juicio de este mundo, porque muestra al Padre y, al hacerlo, arroja fuera lo que sólo parece ser, el engaño y la mentira de la pseudo realidad representada como príncipe de este mundo.

Cuando sea levantado de la tierra, cuando sea crucificado, entenderéis. Entonces lo atraeré todo a mí, a lo que en mí se muestra con ese completo vaciamiento de mí mismo.

Termina el párrafo profetizando su muerte en cruz, según el evangelista.

H.B.

La hora, proclama Jesús, ha llegado; el momento de que el maestro judío de Nazaret haga patente, en su propia persona y ante todos, las últimas

consecuencias del amor; la plenitud del Hijo del hombre. Dicho eso, enuncia Jesús la que es la clave fundamental de comprensión del camino interior, que toma la imagen de la muerte como metáfora de la vida, uno de los elementos básicos de la cosmovisión de los pueblos agricultores. Dice así el maestro de Nazaret: “*Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto*”. Es preciso, pues, que yo muera a mí mismo, a fin de que lo divino se abra paso en mí; que cese el runrún de mi ego y su interpretación de las cosas, a fin de que la realidad realmente real hable por sí misma. “*Morid antes de morir*”, aconsejaba a los suyos el profeta Muhammad, en un sentido equivalente, como ya indicamos con anterioridad, páginas atrás. La imagen aún hoy resulta potente, pero conviene, a mi modo de ver, que no se vea invadida por una concepción sufriente de la espiritualidad, algo que no nos haría ningún bien.

Jesús, como todos los grandes maestros del espíritu, enseña que no se puede generar vida sin ofrecer la propia vida. El amor es donación sin cálculo, hasta desaparecer como individualidad. Por consiguiente, el amor es la máxima expresión de la unidad, a pesar de que se trate de una conceptualización inadecuada, como todas las que tratan de atrapar lo inaferrable. Y es que la unión de algo que es único (el Padre es lo único existente) es una contradicción en sí misma.

En el caso de Jesús, la fecundidad no dependerá de la transmisión de un mensaje doctrinal, sino de una muestra extrema y radical de amor por todo y todos. El amor es el mensaje y la propuesta del maestro judío de Nazaret. Por el contrario, la infecundidad del grano que no muere, permanece solo, aislado del resto de los hombres y del flujo dinámico de la vida. “*Quien se ama a sí mismo se pierde*”, añade Jesús. Y es que tener apego a la propia vida, creer ser por sí mismo, constituye un puro veneno, la ruina del ser humano como tal.

“*Si alguno me sirve, que me siga*”, afirma Jesús, “*y donde yo esté, allá estará también mi servidor*”. Servir al maestro no es halagarlo, sino seguirlo, esto es, comprometerse con el mismo compromiso del maestro. Se trata, pues, de una invitación a la acción y no a la adulación o el asentimiento pasivo. El maestro no necesita de nadie, su alimento proviene de arriba. El ámbito en el que reside el maestro de Nazaret, en efecto, es el del espíritu. Estar con él, pues, seguirlo, es compartir dicha sintonía espiritual. Acompañar al maestro en su viaje es ir muriendo a sí mismo poco a poco.

Connmueve comprobar la sinceridad de Jesús al referirse a la turbación interior que siente, muy probablemente motivada por la cercanía de la muerte, que en su caso expresa el paroxismo del odio y la ignorancia. Se diría, pues, que la presencia fulgurante en él del espíritu no abole lo estrictamente humano. La

turbación de Jesús, ¿acaso no es el horror que siente el amor ante el odio y la injusticia? El maestro de Nazaret se encamina hacia la muerte con valentía, pues es consciente de que ese es su destino en tanto que Hijo del hombre, pero sin alegrías. Como no podía ser de otro modo, a Jesús le duele morir.

De repente, se deja oír una voz del cielo (la segunda ocasión que esto sucede en todo el texto), que dice así: “*Le glorifiqué y de nuevo le glorificaré*”. No se trata ni de un trueno ni tampoco de un ángel, como especulan los presentes, sino de la voz del Padre que se hace presente, a fin de confirmar al Hijo y servir de evidencia ante las gentes. No se deja oír, pues, para Jesús, que de hecho vive en la presencia de dicha voz interior, sino para los hombres, cuya confianza en el maestro de Nazaret necesita del refrendo exterior.

Jn. 12. 34-36

La multitud le contestó: Nosotros sabemos por la Ley que el Mesías permanece para siempre: ¿Cómo, pues, dices tú que el Hijo del hombre ha de ser levantado? ¿Quién es ese Hijo del hombre? Díjoles Jesús: Por poco tiempo aún está la luz en medio de vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, pues el que camina en tinieblas, no sabe por dónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para ser hijos de la luz. Esto dijo Jesús, y partiendo se ocultó de ellos.

M.C.

La multitud se desconcierta con las palabras de Jesús. La idea que se han forjado del Mesías, apoyándose en la tradición, no encaja según ellos en lo que Jesús les está diciendo. Para ellos el Mesías era un luchador triunfador, un general provisto de poderes divinos para el éxito en el combate. Lo que Jesús les estaba describiendo era una Mesías que sufre el vaciamiento completo hasta el suplicio de la cruz.

¿Cómo es posible concebir un Mesías crucificado?

La respuesta de Jesús es ésta: Esa es la Luz. El vacío es la Luz. Caminad a esa Luz, mientras la tengáis con vosotros. Cuando esta Luz desaparezca, caminaréis en tinieblas. Aprovechad rápido la Luz que pongo frente a vuestros ojos y abandonad creencias que no conducen a ella. Assimilad en vuestros corazones ésto que os estoy diciendo y mostrando y seréis hijos de la luz.

Pronunciadas estas palabras, se ocultó de ellos, después de haberles corregido su idea sobre la acción de Dios y del camino espiritual. El camino no son leyes y creencias, sino despojamiento absoluto para conocer al Padre.

H.B.

Jesús desconcierta a las gentes, pues la idea que ellos tienen del Mesías (de hecho, la que les dicta la ley religiosa), no se aviene con las palabras que pronuncia el maestro de Nazaret acerca del Hijo del hombre, una expresión que no son capaces de entender. Para ellos, no hay más gloria que la del poder, no la del amor. La salvación que ellos esperan es ésta, la del poder que les libere de la tiranía reinante, y no otra. En ese sentido, cabe decir que la propia ley religiosa judía actúa a la manera de velo que les impide contemplar la realidad que Jesús representa.

Nuevamente, insta Jesús a los presentes a caminar mientras la luz que él encarna esté en el mundo, pues falta poco para que ésta se eclipse. Las palabras del maestro de Nazaret constituyen una invitación a trascender las ideas preconcebidas sobre el Mesías, a fin de abrirse a la luz. Y es que el camino interior no pasa por las leyes, los dogmas o las creencias, sino por el despojamiento de todo aquello que impida ver la realidad del Padre tal cual es. Seguir a Jesús, que es la luz del mundo, significa participar activamente de dicha fuerza luminosa e iluminadora.

Jn. 12, 37-43

Aunque había hecho tan grandes milagros en medio de ellos, no creían en Él, para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías, que dice: “Señor, ¿quién prestó fe a nuestro mensaje?, y el brazo del Señor, ¿a quién ha sido revelado?” Por esto no pudieron creer, porque también había dicho Isaías: “Él ha cegado sus ojos y ha endurecido su corazón, no sea que con sus ojos vean, con su corazón entiendan y se conviertan y los sane”. Esto dijo Isaías porque vio su gloria y habló de Él. Sin embargo, aún muchos de los jefes creyeron en Él, pero por causa de los fariseos no le confesaban, temiendo ser excluidos de la sinagoga, porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

M.C.

Aunque Jesús había hecho grandes milagros, el principal de los cuales era sin ninguna duda su persona y su palabra, no creían en Él. Pesaban más sus ideas sobre el Mesías y la misión de Israel, sus seguridades mentales y de corazón, sus intereses, que la verdad de las palabras de Jesús.

Los mismos discípulos deben escrutarse las Escrituras para encontrar en ellas confirmación que les ayude a cambiar sus concepciones y aceptar lo que Jesús les enseña.

Leen a Isaías desde los hechos que habían ocurrido en Jesús y se dan cuenta que aquél ya los había anunciado. Decía Isaías que quienes hablen con

un mensaje como el de Jesús (que es el de todos los grandes maestros, “que hay que morir a sí mismo para vivir”) no son fácilmente escuchados.

Aquellos que pudieron entenderle, los que creyeron en Él, no se atrevieron a seguirle por dos razones; por miedo a los fariseos, a la opinión pública dominante, y por miedo a arriesgar su posición social. Amaban más su gloria, su provecho, que a Dios.

H.B.

A pesar de cuanto les ha mostrado Jesús, y no tan solo mediante los milagros extraordinarios realizados, las gentes no acaban de creer en él. Pesan más sus creencias que el amor incondicional desplegado por el maestro de Nazaret. El evangelista sitúa una clara oposición, de reminiscencias zoroastrianas, entre la luz de Jesús y las tinieblas de las gentes, ofuscadas por una ley religiosa que se dice divina, pero que, curiosamente, distancia de Dios. Rûmî decía: “*Tanto da que lo que te separe de Él sea la fe o la infidelidad*”.

El evangelista señala dos tipos de negación de Jesús. Por un lado, la del pueblo llano e ignorante, que sobrevive atrapado bajo el peso de la ley religiosa. Los sencillos no pueden ver y reconocer a Jesús porque la tradición les ciega. Por otro, la de algunos dirigentes, que aun habiendo reconocido al maestro de Nazaret no lo siguen abiertamente por temor al qué dirán. Éstos son los que prefieren la gloria del mundo a la verdad de la verdad.

Jn. 12, 44-50

Jesús, clamando, dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado, y el que me ve, ve al que me ha enviado. Yo he venido como luz al mundo, para que todo el que cree en mí no permanezca en las tinieblas. Y si alguno escucha mis palabras y no las guarda, yo no le juzgo, porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene ya quien le juzgue; la palabra que yo he hablado, ésa le juzgará en el último día, porque yo no he hablado de mí mismo; el Padre mismo, que me ha enviado, es quien me mandó lo que he de decir y hablar, y yo sé que su precepto es la vida eterna. Así, pues, las cosas que yo hablo, las hablo según el Padre me ha dicho.

M.C.

La noción de “creer” que Juan utiliza comporta abrirse “al que es”, reconocerle con la mente y con el corazón.

Dice Jesús:

*“El que cree en mí
no cree en mí,
sino en el que me ha enviado.*

*El que me ve,
ve al que me ha enviado”.*

*El que abre su mente y su corazón a Él,
lo abre al que le envía,
lo abre a lo que se dice en Él.*

*El que le ve
con el corazón y la mente limpios,
ve al Padre.*

*“Yo he venido como luz del mundo,
para que todo el que cree en mí
no permanezca en tinieblas”*

*Yo soy luz para el mundo,
quien abre sus ojos a esa luz,
no permanecerá en tinieblas.*

*Jesús es traslúcido,
por Él transita la luz del Padre,
quien le ve, ve al Padre.*

Quien no guarda las palabras de Jesús en su corazón y actúa en consecuencia, vaciándose de sí mismo, no le juzga Jesús, sino que él mismo se juzga. Jesús no viene a condenar, sino a salvar; Él viene a abrir posibilidades, no a cerrarlas.

Quien rechaza a Jesús y no recibe sus palabras, lo que Él ha dicho le juzgará. Sus palabras discriminarán, diferenciando entre los que optan por el amor a sí mismos, “lo que sólo parece ser”, y los que optan por el amor a Dios, “lo que es”. Y esta capacidad de discriminar de las palabras de Jesús ocurre, porque él no habla desde sí mismo. Su “sí mismo” ha desaparecido para mostrar sólo “al que es”. Jesús dice lo que se revela en Él. Esta necesidad

ineludible que tiene de mostrar lo que se revela en Él, “es la vida eterna”. Y la vida eterna es situarse en el centro de nuestro propio ser, el Padre, más allá del nacer y morir.

Lo que Jesús dice es sólo lo que el Padre le muestra, lo que el Padre le ha dicho. Él dice lo que no puede eludir, lo cual no procede del hombre joven que es Jesús de Nazaret, procede de “Eso que es” que es como un “Padre”.

H.B.

Quien ve a Jesús, ve, en realidad, al Padre. A diferencia del hombre común, cuya realidad interior es opaca, el maestro espiritual transparenta la luz de lo absoluto. El maestro es, de hecho, el paradigma del vacío *cordial*, esto es, del corazón vaciado de sí mismo en el que hace eco el verbo divino.

Jesús no juzga a quien no le sigue, pues su cometido en el mundo no es tanto juzgar como anunciar y salvar. Ningún maestro del espíritu juzga jamás a nadie. Cada uno, instante a instante, se juzga a sí mismo mediante sus propias acciones. Todo el mundo es libre de hacer cuanto desee, pero cada uno habrá de acarrear las consecuencias provocadas por sus actos.

13

Jn. 13, 1-20

Antes de la fiesta de la Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y comenzada la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle; sabiendo que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que había salido de Dios y a Él se volvía, se levantó de la mesa, se quitó los vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó; luego echó agua en la jofaina, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a enjugárselos con la toalla que tenía ceñida. Llegó, pues, a Simón Pedro, que le dijo: Señor, ¿tú lavarme a mí los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora; lo sabrás después. Dijo Pedro: Jamás me lavarás tú los pies. Le contestó Jesús: si no te los lavare, no tendrás parte conmigo. Simón Pedro le dijo: Señor, entonces, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús les dijo: El que se ha bañado no necesita lavarse, está todo limpio; y vosotros estáis limpios, pero no todos. Porque sabía quién había de entregarle, y por eso dijo: No todos estáis limpios. Así, pues, cuando les hubo lavado sus pies, y después de tomar sus vestidos, se puso de nuevo a la mesa, y le dijo: ¿Entendéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque de verdad lo soy. Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habéis de lavaros vosotros los pies unos a otros. Porque yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho. En

verdad, en verdad os digo: No es el siervo mayor que su señor, ni el enviado mayor que quien le envía. Si estas cosas entendéis, dichosos vosotros si las ponéis por obra. No lo digo de todos vosotros; yo sé a quiénes escogí, mas lo digo para que se cumpla la Escritura: "El que come mi pan, levantó contra mí su calcañal". Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy. En verdad, en verdad os digo que quien recibe al que yo enviare, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe a quien me ha enviado.

M.C.

En la ocasión solemne de la cena de despedida, Jesús hace un gesto enormemente significativo: lava los pies de sus discípulos, una acción que estaba reservada a los sirvientes y a los esclavos.

Amado a los suyos, que estaban en el mundo, que todavía no veían, los amó hasta el final. Con el acto de lavarles los pies hace un acto de amor y servicio como el de la cruz que le seguirá. El acto de lavarle los pies a sus discípulos lo hace con solemnidad y consciente de su dignidad, que Juan interpreta como el Logos de Dios, el Hijo de Dios.

Con este gesto Jesús hace mucho más que dar un ejemplo de servicio y humildad para que sus discípulos lo imiten. Con este gesto, Jesús revela al Absoluto; *muestra que el Absoluto es amor y servicio humilde*. Esa revelación es, a la vez, la enseñanza de procedimiento central para acercarse al desvelamiento del Absoluto.

Lo que Jesús hace en el lavatorio de los pies no es ni doctrina ni mandato; es revelación de la manera de ser del Absoluto, de "lo que es", que Él manifiesta con su acto.

Pedro no entiende el gesto de Jesús, porque le toma como Señor. Jesús rechaza con radicalidad esa interpretación y le dice que debe dejarse lavar los pies, si quiere tener parte con él. Si no comprende la revelación que Jesús hace de Dios, Pedro se alejaría de Jesús.

Jesús, en la última cena, se ve abocado a la muerte, lo cual le permite mostrar con toda evidencia que el Absoluto es amor sin condiciones. *En su entrega sin condiciones desvela Jesús, en su persona, la manera de ser de "el que es"*.

Esa plena manifestación en Jesús, que va voluntariamente a la muerte por el bien de sus amigos, esa plena manifestación del "Padre", es la glorificación de Jesús. Su glorificación no es su ascensión a los cielos, sino la patencia de su condición de símbolo traslúcido del Padre, su condición de sacramento, manifestación plena del Absoluto como amor sin condiciones.

La enseñanza de Jesús en esta ocasión solemne es que nos sirvamos unos a otros con humildad y entrega completa, como él he hecho. Nos dice: si lo hacéis, os abriréis a la revelación del Padre, que es amor, entrega completa y servicio.

No es el siervo mayor que su señor. Seréis dichosos si comprendéis estas cosas y las ponéis en obra. Lo que tenéis que comprender es que *Dios es amor y servicio sin condición ninguna*, y que el camino a Él es por la vía del amor y el servicio también sin condiciones. Esto es lo que tenéis que comprender, enseñar y practicar.

Quien os reciba a vosotros, en esa enseñanza, a mí me recibe. Y quien me recibe, recibe al que envió.

Uno de los suyos le traicionará, porque no podrá aceptar esta idea de Dios, ni de su Mesías sufriente, ni de su reino de amor que abarca incluso a los que le ajusticiarán.

H.B.

La segunda parte del Evangelio, que cubre la pasión y resurrección de Jesús, se abre con un hecho importante, el lavatorio de los pies de los discípulos por parte de Jesús, en el transcurso de la cena de despedida. Antes que nada, destaquemos que el evangelista no ofrece ninguna referencia topográfica del evento. Desconocemos, pues, el lugar exacto donde se desarrolla la acción, algo que tal vez omita Juan a posta, a fin de subrayar que el lugar lo crea la propia presencia de Jesús.

A mi modo de ver, la última cena de Jesús con sus discípulos ha de ser interpretada en paralelo a la cena de Betania, en casa de Lázaro y sus hermanas. En aquella ocasión, María lava, unge los pies del maestro y los seca con su propio cabello. Ahora es el propio Jesús quien lleva a cabo un gesto similar, que simboliza el amor continuo como entrega y servicio a los otros.

Dada su trascendencia, Juan describe la escena con todo lujo de detalles, como si quisiera que quedase bien grabada en la memoria de las gentes. De hecho, es la última acción de Jesús con los suyos y marcará el talante, humilde y abnegado, de quienes proseguirán con su mensaje.

Todo el pasaje, de principio a fin, está preñado de un rico simbolismo, pero en especial los versículos tercero y cuarto. Veamos un par de casos. Jesús, cuenta el evangelista, se quita los vestidos, que simboliza dar la propia vida por los suyos; al tiempo que toma una toalla y se la ciñe, como un criado más, símbolo del servicio permanente a los otros. Tanto en el arte de la miniatura como en la poesía sufí persa, los criados de las posadas, por ejemplo, o los sirvientes de las tabernas, también aparecen caracterizados con una suerte de trapo anudado a la cintura que subraya su condición de servidores.

Pero, el hecho más colosal de la escena es, sin duda, el lavatorio de los pies en sí. Por un momento intentemos pensar en los pies de un hombre de la Palestina rural de la época, que debía ser tierra y polvo por doquier. Lavar los pies de alguien es un gesto de acogida, de hospitalidad y de deferencia. Aún hoy continúa

observándose en algunas sociedades tradicionales orientales. En la Palestina de Jesús, lo realizaban los esclavos no judíos o la mujer al marido y los hijos al padre. En el contexto de una comida o cena, se llevaba a cabo antes. En nuestro caso, y por lo que insinúa el evangelista, parece que la cena ya había comenzado cuando Jesús se dispone a lavar los pies de sus discípulos. Sea como fuere, lo cierto es que el gesto de Jesús no es un gesto cualquiera, porque no se trata de un mero gesto de lavado, que se hacía de las manos sólo, ni pertenece al ámbito doméstico. Es un acto de servicio y de amor incondicional.

En todo momento, el evangelista subraya la centralidad de Jesús en la escena. Los detalles que ofrece son siempre referidos a él. Así, por ejemplo, no se nos dice el orden en que Jesús lava los pies a los suyos. Y es que ante él todos son iguales, no hay preeminencia alguna. Al mismo tiempo, al ponerse a los pies de sus discípulos, él que es uno con el Padre, hace añicos la idea de un dios alejado del mundo y de los hombres. El dios que Jesús trata de mostrar, el que vive y encarna, no es un soberano celeste, sino un servidor que se mezcla entre los hombres. Mediante este gesto, Jesús, que en algunos momentos ha sido designado en el texto como señor, invierte ahora los roles dignificando y haciendo señores a los suyos, que aquí simbolizan al ser humano en su generalidad. Por consiguiente, lo que hace Jesús es dignificar al hombre. No se rebaja Jesús lavando los pies de sus discípulos, sino que eleva la condición humana.

Algunos maestros sufíes, pienso en el Dr. Javad Nurbakhsh, por ejemplo, un derviche persa contemporáneo, han acentuado dicho gesto de Jesús, hasta el punto de ver en él la mejor representación de lo que en el sufismo se conoce como *ma'arif* o conocimiento místico. Y es que estar con Dios es estar con los hombres, o lo que es lo mismo, a mayor conocimiento más servicio en el mundo. Por otro lado, muestra Jesús que el maestro de verdad no viene a buscar la adulación por parte de los otros, sino, precisamente, a liberarlo de todo culto idolátrico. El maestro está para servir y no para ser servido.

Tampoco el diálogo con Simón Pedro, quien se niega a que el maestro de Nazaret le lave los pies, tiene desperdicio alguno. Pedro ha entendido muy bien que Jesús subvierte el orden que él considera natural de las cosas. Pedro reconoce la diferencia abismal que hay entre Jesús y el resto, y se niega a que se acorten las distancias. Podríamos decir que tiene incrustado dentro de sí todo el orden jerárquico judío, que, por otro lado, le otorga una identidad. Pedro es un súbdito, en efecto, pero al menos puede decir que es alguien.

La negativa de Pedro a aceptar el gesto de Jesús implica que, en el fondo, tampoco admite la igualdad entre los hombres, con lo cual no puede estar con Jesús, quien le amenaza de esta forma: “*Si no te los lavare, no tendrás parte conmigo*”. La reacción de Pedro es significativa también. Muestra adhesión personal a Jesús, porque es el jefe, aunque no entienda su forma de proceder. Pedro tiene

alma de sumiso, aún no se ha liberado interiormente, con lo cual está dispuesto a acatar y obedecer, pero no a hacer lo mismo que Jesús. Sin embargo, no hay bastante con creer en Jesús, es preciso obrar también, actualizar el mensaje. Afirma el maestro de Nazaret: “*Si estas cosas entendéis, dichosos vosotros si las ponéis por obra*”. En definitiva, se trata de una invitación a la acción, pero también a la investigación, a fin de que verifiquen por sí mismos la fuerza del servicio y del amor.

Jn. 13, 21-30

Al decir esto, se conmovió espiritualmente y dando muestras de ello, dijo: Ciertamente os digo que uno de vosotros me entregará. Se miraban los discípulos unos a otros, sin saber de quién hablaba. Uno de sus discípulos, al que Jesús amaba, estaba recostado en el seno de Jesús.

Simón Pedro le hizo señal, diciéndole: Pregúntale de quién habla. Y éste reclinándose contra el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? Jesús le contestó: Aquel a quien yo mojaré y diere un bocado. Y mojado un bocado, lo tomó y se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote.

Después del bocado, en el mismo instante, entró en él Satanás. Jesús le dijo: lo que has de hacer, hazlo pronto.

Ninguno de los que estaban a la mesa conoció a qué propósito decía aquello. Algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, le decía Jesús: Compra lo que necesitamos para la fiesta, o que diere algo a los pobres. Él, tomando el bocado, se salió luego; era de noche.

M.C.

Jesús se conmueve porque uno de los suyos le traiciona.

Juan (la tradición interpreta que el discípulo amado es Juan, el evangelista, pero la crítica textual dice que probablemente no fuera éste y que, con seguridad, no se trata del evangelista) estaba recostado en Jesús, era el más joven. A insinuación de Pedro, Juan pregunta: ¿Quién es el traidor? Jesús responde: Aquel a quien yo diere el bocado. Ante esto, el evangelista dice que con el bocado entró en Judas Satanás.

El rechazo del gesto de amor último de Jesús cierra definitivamente el corazón de Judas. Esto lo expresa Juan diciendo que con el bocado entró en Judas Satanás.

Es una narración extraña. ¿Cómo Pedro y Juan se quedan sin hacer nada, sabiendo que sale a traicionarle? Porque no es ésta una descripción de hechos,

sino una interpretación. La reacción de Pedro y Juan no es importante para la secuencia de hechos que se seguirán.

Los discípulos no acaban de comprender la orden de Jesús: *“Lo que has de hacer, hazlo pronto”*. La interpretan como una gestión normal del administrador.

Y concluye el evangelista de una forma trágica. Judas tomó el bocado y con el bocado entró Satanás en él. Y dice el texto: *“Era de noche”*. La oscuridad invadía a Judas, a Jesús y a sus discípulos.

H.B.

La escena que Juan describe a continuación presenta algunos motivos simbólicos muy interesantes. Jesús, cuenta el evangelista, se conmueve al hacer público el anuncio de que uno de los presentes le traicionará. Entre tanto, uno de sus discípulos, del que no da nombre y al que, asegura, Jesús amaba, aparece recostado en el seno del maestro de Nazaret. Por consiguiente, el discípulo anónimo es el que está más cerca del maestro. Hay, pues, proximidad espiritual y también física, pero siempre anonimato, como en el caso de los derviches malâmâtîes, que hacen de la discreción y el anonimato, precisamente, su principal seña de identidad. Y es que la proximidad borra toda dualidad, toda identidad interpuesta. La espiritualidad no se exhibe; y eso es algo que todos los maestros del espíritu saben bien. Al fin y al cabo, la egolatría es la peor de todas las idolatrías.

Ya hemos apuntado la predilección de Juan por las oposiciones. Aquí, nos hallamos ante otra, y no menor. Pedro, que aparece mencionado por su nombre, es el antagonista del discípulo sin nombre. Pedro no es inmediato a Jesús, no se dirige al maestro directamente, no es uno con él; el discípulo anónimo, sí. En cierta manera, Pedro encarna el conocimiento dualista, que se adquiere a través de un intermediario, mientras que el del discípulo sin nombre es inmediato.

Llama poderosamente la atención que Jesús no delate al traidor ante los otros. En todo momento obra desde el amor. Jesús acepta la situación hasta sus últimas consecuencias. El gesto de tenderle un trozo de pan a Judas es elocuente: Jesús jamás se cierra a nadie, ni siquiera a quien le habrá de traicionar. Judas es invitado al amor y a rectificar hasta el último instante. Y es que ya ha sido dicho, anteriormente, en repetidas ocasiones: el maestro de Nazaret no ha venido a juzgar a nadie.

Judas toma en la mano el bocado que le ofrece Jesús, pero abandona la cena, según el evangelista, de noche. Judas, el traidor, abandona a Jesús y los suyos, el ámbito de la luz y el amor, y se pierde en la noche, que es la oscuridad de los enemigos del maestro de Nazaret.

Jn. 13, 31-35

Así que salió, dijo Jesús: Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre, y Dios ha sido glorificado en Él. Si Dios ha sido glorificado en Él, Dios también le glorificará a Él, y le glorificará en seguida. Hijitos míos, un poco aún estaré todavía con vosotros; me buscaréis, y como dije a los judíos: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir; también os lo digo a vosotros ahora. Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, así también amaos mutuamente. En esto reconocerán todos que sois mis discípulos: si tenéis amor unos para con otros.

M.C.

La suerte está echada.

Ahora el *“Hijo del hombre”* mostrará de lo que es capaz. Y en Él, nuestra especie mostrará lo que es capaz: vaciarse por completo de sí misma. Dios será reconocido y glorificado con ello. Puesto que Dios es reconocido en Jesús, por ello mismo glorificará Dios a Jesús, se mostrará plenamente en Él. Y en Él se mostrará plenamente en nuestra especie.

Un poco más con vosotros y me iré, dice Jesús. Donde voy vosotros no podéis venir todavía. Para Juan, Jesús va al Padre de una forma exclusiva.

En esta ocasión proclama su precepto, un precepto nuevo, que es el viejo y venerable precepto de todos los maestros y todas las tradiciones: *“que os améis unos a otros como yo os he amado, así amaos mutuamente”*.

En esto conocerán que sois mis discípulos, en el amor de unos a otros; no en doctrinas, ni creencias, ni en organizaciones.

El amor que pide es *“sin condiciones”*, como el suyo, sin el ego, que es el que pone las condiciones al amor; muertos pero vivos.

Su mandato es mucho más que un mandato. Es una recomendación profunda, es una invitación insistente, es un don. Es la esencia del gran don de Jesús. Hablar de la esencia de su enseñanza, también es quedarse corto. Él enseña dándose sin condiciones, enseña a amar, amando. Su enseñanza es don. Ese don tiene la urgencia de un mandato, pero no es un mandato, porque el amor no se puede mandar y menos aún el amor sin condiciones.

H.B.

Todo enfila hacia su final. Jesús comienza a despedirse de los suyos, a quienes de forma afectuosa llama *“hijitos”*, no sin antes ofrecerles un nuevo precepto: *“Que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, así también amaos mutuamente”*. Esta es, en cierto modo, la idea nuclear de la propuesta espiritual

del maestro judío de Nazaret. Un nuevo precepto que es, en el fondo, tan viejo como la espiritualidad. Y es que los maestros no traen nada nuevo, dicen lo de siempre, proclaman el amor incondicional por todo y todos, pero lo hacen con tanta fuerza y pasión que se nos presenta diferente cada vez, como si jamás antes lo hubiésemos escuchado. En realidad, por eso decimos que es nuevo.

Jn. 13, 36-38

Díjole Simón Pedro. Señor, ¿adónde vas? Respondió Jesús: Adonde yo voy, no puedes tú seguirme ahora, me seguirás más tarde. Pedro le dijo: Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré por ti mi vida. Respondió Jesús: ¿Darás por mí tu vida? En verdad, en verdad te digo que no cantaré el gallo antes que tres veces me niegues.

M.C.

Pedro se jacta, sinceramente pero sin medir sus fuerzas, de que dará la vida siguiendo a Jesús.

Jesús sabe que lo hará, pero no todavía. Cuando Juan escribe esto, Pedro ya ha sido martirizado.

Jesús vuelve a Pedro, mansamente, a la realidad: ¿Tú darás ahora la vida por mí? Antes de que amanezca me habrás negado tres veces.

H.B.

Pedro, llevado por la impulsividad de su carácter, verbaliza el deseo de seguir a Jesús hasta el final, sin ni siquiera ser capaz de medir sus fuerzas. Acorde a su mansedumbre, sin acritud ni malas maneras, el maestro judío de Nazaret lo devuelve de inmediato a la realidad, su realidad, prediciendo que, antes no cante el gallo, Pedro lo habrá negado no una, sino hasta tres veces. Y es que si algo caracteriza al maestro espiritual es, justamente, su profundo sentido de la realidad, algo aún muy lejano para el discípulo, que responde siempre a impulsos personales, más que porque haya comprendido la naturaleza exacta de las cosas.

Jn. 14, 1-11

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo diría, porque voy a prepararos el lugar. Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré

conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros. Pues para donde yo voy vosotros conocéis el camino.

Díjole Tomás: No sabemos adónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Jesús le dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. Si me habéis conocido, conoceréis también a mi Padre. Desde ahora le conocéis y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le dijo: Felipe, ¿tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo no las hablo de mí mismo; el Padre que mora en mí, hace sus obras. Creedme, que yo estoy en el Padre y el Padre en mí, a lo menos, creedlo por las obras.

M.C.

Dice Jesús: que los acontecimientos que van a suceder no turben vuestros corazones. Creed en mí, como creéis en Dios. Tened confianza, pase lo que pase.

En la casa de mi Padre hay varias moradas. Una es la que me corresponde a mí, como Verbo de Dios, otra es la que os corresponderá a vosotros. Todos moraréis en la casa del Padre. Si no fuera así, os lo diría.

Con mi muerte voy a prepararos lugar, porque mi muerte es redentora, abre puertas. Os prepararé lugar y vendré a buscaros.

Aquí está funcionando la mitología del Verbo helena, aunque ya judaizada, y la mitología del Salvador y Mesías hebrea, helenizada también. Está también explícito el mitologema de “este mundo y el otro” como dos lugares.

Donde yo esté estaréis vosotros.

La pregunta de Tomás: no sabemos dónde vas, ¿cómo vamos a saber el camino?, provoca la respuesta solemne de Jesús: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Es como si dijera: Yo revelo que el Absoluto es amor sin condiciones, Padre. Esa es la Verdad y esa es la Vida y también el Camino. En mí veis realizado el Camino, la Verdad y la Vida. Quien me ve, ve el Camino, la Verdad y la Vida. Quien quiera recorrer ese camino, ser invadido por esa Verdad y esa Vida, que pase por mí, que venga a mí.

Quien ve que Jesús va a morir por sus amigos para mostrarles la Verdad (para redimirlos, dirá el mito), que es una Verdad libre de toda formulación; para mostrarles el Camino, que no pasa por ritos, prácticas o sumisiones; para defender la libertad de la relación inmediata con el Padre, pues prescinde de los sacerdotes del templo; para defender la claridad y sutileza del camino; para mostrarles lo que es la Vida verdadera más allá del ego y de la individualidad; ese ve en Jesús el amor sin condiciones y con ello ve al Padre.

La revelación del Padre es el Camino, la Verdad y la Vida; y Él es el lugar de esa revelación.

La revelación de Jesús, en un contexto cultural propio de sociedades autoritarias, le hace exclusivo. Nadie puede ser uno con el Padre como Él, nadie puede amar como él. Por ello, Él es el único revelador, el único mediador, el único capaz de redimir a los hombres de la sumisión al ego, que es la sumisión al pecado y al padre de la desobediencia, Satanás. Si Él no fuera único y exclusivo, si todos pudieran llegar, por lo menos como posibilidad, hasta donde él llegó, se quebraría la estructura autoritaria de la sociedad, quedaría invalidado el programa colectivo de socialización e indoctrinación.

Jesús dice a sus discípulos: si no sois capaces de comprender y ver lo que os estoy revelando, creedme por las obras. No se refiere aquí a sus milagros, sino al amor incondicional que les está mostrando, yendo a la muerte por defender la Verdad y hacerla accesible a los suyos.

Jesús, con la revelación de que el Absoluto es amor sin condiciones *da una clave de lectura de esta inmensidad, de todo lo que nos rodea y de nosotros mismos*. Quien le conoce, conoce al “Padre”. Esta inmensidad está más allá de todas nuestras posibilidades de interpretación y representación, pero podemos verificarla como amor sin condiciones en Jesús y simbolizarla con el término “Padre”.

Buda y los grandes Rishis indios abrieron enormes portales para indagar la realidad; Jesús abre uno insospechado y original: *indagar lo real por la vía del amor incondicional a todos y a todo; desvelar que esta inmensidad es amor incondicional. A “Eso” que es amor incondicional, que es gratuidad absoluta y amorosa, le llama “Padre”; para indicar esa peculiar naturaleza de “lo que es” y para significar la Unidad. Llamarle “Padre” es remarcar la unidad de naturaleza. Y Jesús habla de “mi Padre y vuestro Padre”*. ¡Qué pista de indagación tan enormemente atractiva!

Sólo el principio autoritario, propio de la mitología agrario-autoritaria de las monarquías helenas, pone diferencias entre la filiación de Jesús y la nuestra. Juan habla desde esos cuadros mitológicos; desde ellos mitologiza a Jesús.

H.B.

El final, que no es sino la muerte sacrificial de Jesús, se aproxima. Los acontecimientos se precipitarán, de tal manera que los discípulos habrán de presenciar situaciones no fáciles de asimilar y comprender. Así las cosas, Jesús les previene. No les pide a los suyos una ciega adhesión personal; jamás hasta ahora lo ha hecho, pero sí que tengan confianza en él, que es algo muy distinto. Sin confianza no es posible dar ni un solo paso en la senda interior. Si creéis en Dios, les dice el maestro de Nazaret, creed en mí.

Jesús les anuncia su partida a los suyos, asegurándoles, no obstante, que para donde él va, ellos conocen el camino. Tomás alza, entonces, la voz, mostrando la impotencia e incomprensión de los discípulos: *“No sabemos adónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?”*. Rûmî decía que el hombre es un libro en el que todas las cosas están escritas, si bien la ignorancia no le permite leerlas. Así pues, la misión del maestro no consiste sino en desvelarle sus verdaderas dimensiones. Llegados a este punto, Jesús pronuncia una de las expresiones más solemnes de todo el Evangelio: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”*.

El maestro de Nazaret hace patente en sí mismo que lo real, el absoluto, es como un padre que ama de forma incondicional. Esa y no otra es la singularidad inalienable de Jesús, la verdad que revela a los hombres, a todos los hombres sin condición alguna. Eso es lo que revela el maestro de Nazaret y, al mismo tiempo, esa es la invitación y el ofrecimiento que hace al ser humano. La suya es una verdad que es vida y también camino de liberación y de conocimiento.

En el ámbito semita, Jesús fue el único que llamo Padre a Dios, a pesar de no haber sido el primero en utilizar el simbolismo de la paternidad, puesto que pueden hallarse algunos precedentes en la Torá judía. Sin embargo, Jesús hizo de dicho simbolismo una idea central de su mensaje y hasta el nombre mismo de Dios. Afirmando que Dios es Padre, acentúa la esencialidad de la bondad divina. En otras palabras: el maestro de Nazaret otorga preeminencia siempre al amor divino y al aspecto de paternidad, no al poder divino y, en consecuencia, al señorío. De ahí que conciba al hombre como un hijo enamorado y no como un siervo sometido.

Por todo ello, quien mira a Jesús de cara ve el camino, la verdad y la vida. El maestro, todo maestro del espíritu, es eso y con ello se halla insobornablemente comprometido. Los maestros no dispensan ni ritos ni prácticas, tampoco formulaciones teológicas cerradas. Ser profeta, y utilizo ahora el lenguaje coránico, es abrir una vía de acceso a lo real. Pues bien, la que Jesús abrió para la humanidad, ya lo dijo el andalusí de Murcia Ibn ‘Arabî, fue la del amor incondicional por todo y todos.

Jn. 14, 12-26

En verdad, en verdad os digo que el que cree en mí, ése hará también las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas, porque yo voy al Padre; y lo que pidiereis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; si me pidiereis alguna cosa en mi nombre, yo la haré. Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, que el

mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis, porque permanece con vosotros y está en vosotros. No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros.

Todavía un poco y el mundo ya no me verá; pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis. En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros. El que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama; el que me ama a mí será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él.

Dijo Judas, no el Iscariote: Señor, ¿qué ha sucedido para que hayas de manifestarte a nosotros y no al mundo?

Respondió Jesús y les dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada. El que no me ama no guarda mis palabras; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre, que me ha enviado. Os he dicho estas cosas mientras permanezco entre vosotros; pero el Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho.

M.C.

Juan interpreta el discurso de Jesús desde el esquema mítico jerárquico. Si no interpretara a Jesús de forma exclusiva anularía el eje mitológico central, que es el jerárquico y comporta la clara diferenciación de Dios y las criaturas. Ya hemos indicado que quebrantar esa exclusividad sería poner en peligro el sistema de cohesión y socialización de la sociedad agrario-autoritaria. Ese es un riesgo inasumible.

Las palabras de Jesús *“el que cree en mí, ése hará también las obras que yo hago, y las hará aún mayores que éstas, porque yo voy al Padre”*, en cierta manera contradicen la interpretación exclusivista de Juan, aunque no del todo, porque sus seguidores harán esas obras debido a que Jesús les ha abierto las puertas.

¿Cuáles serán las obras que harán los discípulos de Jesús? No se está refiriendo a los milagros, sino al amor sin condiciones, al vaciamiento completo de sí mismos que abre la puerta al reconocimiento en Jesús de la revelación del Padre.

“Lo que pidiérais en mi nombre, lo haré. Para que el Padre sea glorificado en el Hijo”.

En esta frase está funcionando la idea de Hijo de Dios, en sentido heleno, y también la de Mediador. Y en ese papel de Hijo y Mediador es glorificado el Padre en el Hijo, porque es reconocido como Amor.

¿Qué cosas concederá Jesús?

En la concepción teísta y helena, Jesús puede conceder lo que se le pida, siempre y cuando sea para nuestro bien. Hoy entendemos que la frase de Jesús sólo puede referirse a la luz que disipa las tinieblas de nuestra ignorancia.

Amar es reconocer. Esta es una ley general de los vivientes. Cuando un viviente se siente estimulado, interesado por algo, es por que ha reconocido que

tiene que ver con su sistema de necesidades y deseos. Esta ley general vale también para los humanos. Amamos lo que reconocemos como conveniente para nuestra supervivencia individual y colectiva. No se ama lo que no se reconoce.

Esta ley vale también para la dimensión absoluta de nuestro existir. Cuando reconocemos “lo que es”, lo amamos. Si amamos la dimensión absoluta del existir, es que la hemos reconocido.

Quien ama a Jesús, es que le ha reconocido. Reconocerle es reconocer “lo que es”. Y quien reconoce “lo que es”, lo sigue. Seguirlo no es fruto de ningún mandato ni de ninguna obediencia, es consecuencia del amor-reconocimiento. Y hablo de “reconocimiento” y no de conocimiento, porque lo que reconocemos lo hemos conocido desde siempre, aunque no seamos conscientes de ellos.

Lo que sólo parece ser, ¿cómo no va a reconocer “lo que es”? ¿Qué hay fuera de “lo que es”? Si no hay nada fuera de Él, ¿cómo no reconocerlo?

Quien le reconoce guardará sus palabras. Sus palabras no son leyes, son guías, consejos, correcciones. Sus palabras no son un sistema de creencias, ni un sistema moral individual o social, es más sutil y más exigente que todo eso.

Entonces recibiréis otro Abogado, otro guía en vosotros, el Espíritu de Verdad, dice Jesús. El Espíritu de Verdad no es el Espíritu de las verdades. Ese amor-reconocimiento que produce la unidad, ese es el Espíritu de Jesús, el Espíritu de Verdad.

El amor es reconocimiento y el reconocimiento es la Verdad. Y esa Verdad no es ninguna formulación, sino lucidez, Amor, Unidad. El Amor y la Verdad son dos caras de una misma y única realidad. Y el amor-verdad es unidad.

Que Jesús hable de la Verdad como Amor y de Amor como Verdad, es su peculiaridad como maestro espiritual.

A ese Espíritu de Verdad el mundo ni le ve ni le conoce, porque el Espíritu de Verdad es el Espíritu de Amor. El mundo es la estructura de depredación de la colectividad humana y los depredadores no saben nada de ese Espíritu.

El Espíritu de Verdad reside en los que reconocen a Jesús como manifestación del Padre. Reconocer es mucho más que creer. Creer puede ser sólo adherirse a una fórmula; reconocer es recibir la revelación del Padre.

Por todo lo que precede, Jesús no deja huérfanos a sus seguidores, porque les deja su Espíritu. Por ese Espíritu, dice Jesús, yo vivo en vosotros y vosotros en mí.

Cuando comprendáis estas cosas, viene a decir Jesús, conoceréis: que yo estoy en el Padre, vosotros en mí, y yo en vosotros.

El que recibe sus preceptos y los guarda, le ha reconocido y le ama, ¿cómo no amar “al que es” si se le reconoce?. El que le ama a Él, el Padre le amará, porque son unidad.

Al que le reconoce, Jesús le reconoce. Ese reconocimiento mutuo es la unidad y es la manifestación. Al que reconoce al maestro “como el que es”, el maestro le reconoce “como el que es”.

La palabra que oís de mí, no es mía, es del Padre. Y la Palabra del Padre no son doctrinas, es Jesús mismo.

Cuando se vaya, dice Jesús, el Abogado que defiende de los errores del mundo, el Espíritu de Verdad, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en su nombre y que es el Espíritu de Jesús, nos lo enseñará todo, nos recordará todo lo que Jesús ha dicho.

El Espíritu de Verdad hace recordar y comprender las palabras de Jesús; hace recordar y comprender la Palabra.

Juan alude al “*Inmanifestado*” que se manifiesta en Jesús como Amor, como Padre. El efecto de esa manifestación de Jesús es el Espíritu de Verdad en sus discípulos. El Inmanifestado, la Manifestación (el Verbo) y el Espíritu de Verdad con tres momentos del proceso espiritual, pero son una unidad. Ese es el germen de la Trinidad.

La Trinidad, como todo el lenguaje que se refiere al innombrable es un símbolo, una modelación, no una descripción de la forma interna de ser de Dios, a pesar de que desde la epistemología mítica se piense así.

H.B.

El obrar de Jesús no es irrepetible. Lo que el maestro les transmite a los suyos es que, aunque jamás sea como el propio Jesús, el hombre comprometido en la senda interior puede realizar al Padre. Quien al maestro sigue, esto es, quien verifica en sí y por sí mismo sus palabras, quien las hace suyas y vive a través de ellas, podrá obrar igual que él. Y es que Jesús les permite a sus discípulos que actualicen su potencialidad de theosis. Pero no hay divinización posible sin vaciamiento interior, de otro modo estaríamos hablando de un vulgar endiosamiento, por decir lo mínimo. Jesús es, pues, presencia del Padre y acceso a él. “*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos*”, les dice. Dicho de otro modo: el amor a Jesús es la condición para cumplir sus mandamientos, que por ello mismo dejan de ser una imposición. Quien no lo ama no puede amar al resto, del mismo modo que si no se ama a los demás tampoco se puede amar a Jesús.

Dicho esto, pronuncia el maestro judío de Nazaret unas palabras que, por sorprendente que pudiera parecer, han gozado de una muy particular resonancia en el ámbito de la tradición islámica. Dice así Jesús a los suyos: “*...y yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad*”. Así pues, el maestro les anuncia a sus discípulos que, tras su muerte, les enviará un abogado, esto es, un defensor, un consejero, un asistente, en suma, un paraclitos

en el original griego, que permanecerá siempre con ellos. Pues bien, los primeros musulmanes leyeron paraclitos en vez de paraclitos, que corresponde, exactamente, al término árabe *ahmad*, cuyo significado es tanto preclaro como glorioso y alabado, en un grado superlativo. Pero, Ahmad es también uno de los nombres predilectos con el que se conoce al profeta Muhammad, de tal manera que los musulmanes quisieron ver en estas palabras de Jesús el anuncio anticipado de la venida futura del profeta del islam al mundo, a fin de continuar, restituyéndolo, el mensaje profético de Jesús.

Sea como fuere, lo cierto es que Jesús está preparando a los suyos para la nueva etapa que vendrá, que podríamos denominar de ausencia/presencia; ausencia de Jesús, presencia del espíritu. Y es que un maestro cuando trabaja lo hace desde el aquí y ahora, pero también pensando en el futuro. Un maestro no deja jamás huérfanos a los suyos. Piénsese que ser huérfano en el tiempo de Jesús es como no ser nadie. En todas las tradiciones religiosas y de sabiduría del pasado, el huérfano representa al desvalido por antonomasia, a aquél que vive a merced del poderoso.

Más adelante, insiste Jesús en algo que ya ha introducido con anterioridad: que cada persona será morada del Padre, esto es, que cada corazón se convertirá en el lugar teofánico privilegiado, en el que se revelará el Absoluto, mediante la acción del espíritu. A propósito de éste, tanto en árabe como en hebreo, quiere decir “separador”. El espíritu, tal como lo expone Jesús en el presente pasaje, posee un doble significado de cualidad y de acción. Así pues, el espíritu es santo y santificador, al mismo tiempo. Santo porque pertenece al ámbito de lo sutil y sin forma; santificador porque separa al hombre del ego, que no es más que pasión oscurecedora y paralizante. El espíritu, pues, constituye una realidad dinámica y dinamizadora. Y es que la presencia del Absoluto en el hombre no es jamás estática, sino movilizadora.

Del espíritu, que los musulmanes identificaron con el profeta Muhammad, dice Jesús que “*os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho*”. En árabe, los términos hombre y amnesia comparten una raíz gramatical muy cercana. El hombre es, fundamentalmente, un ser olvidadizo. Todos los maestros del espíritu han insistido en la importancia del recuerdo, que significa literalmente retornar algo al corazón y la memoria. En resumen, seguir al espíritu es seguir el camino del recuerdo.

M.C. Breves reflexiones sobre la Trinidad

En los libros de las escrituras hebreas, ya sometidos a la influencia helena, se habla de la Sabiduría, como la que realiza las obras de Dios. Una Sabiduría

que está en Dios y es Dios. La Sabiduría es la palabra creadora de Dios, el Logos, es su manifestación, su Verbo. Por efecto de la epistemología mítica, la Sabiduría tendió a hipostatizarse, a individualizarse en el seno de Dios. Pero el rígido monoteísmo hebreo lo impidió, de forma que aunque el lenguaje de las Escrituras sugería una entidad en Dios, se interpretaba sólo como un aspecto suyo.

La experiencia de los discípulos helenizados de Jesús, que veían a Dios en Él, empujó a interpretarlo como la Sabiduría, como la manifestación de Dios, como el Verbo creador y salvador de Dios. El empuje de la experiencia de Dios en Jesús de Nazaret, ya en ambiente heleno, llevó a cabo la hipostatización, la individualización que la tradición judía evitó. El Verbo y Sabiduría de Dios, presente en la acción, en las palabras y en la persona de Jesús de Nazaret, se interpretó como una entidad en Dios, como una persona en Dios, encarnada en Jesús de Nazaret.

Juan alude al “*Absoluto Inmanifestado*” que se manifiesta en Jesús de Nazaret como Verbo, como Palabra, como salvación. Esa manifestación, esa Palabra habla del “*Inmanifestado*” como amor, como Padre.

El efecto en sus discípulos de esa manifestación de Jesús es el Espíritu de Verdad, el Espíritu Santo que Él infunde en ellos.

El Inmanifestado, la Manifestación (el Verbo) en Jesús de Nazaret y el Espíritu de Verdad con tres aspectos del proceso espiritual, pero son una unidad. Tres aspectos de un proceso interior provocado por el Maestro. Jesús manifiesta al Padre y da el Espíritu Santo a sus discípulos que reciben su revelación. Ese es el germen espiritual de la Trinidad. Padre, Hijo y Espíritu Santo son tres símbolos que la epistemología mítica hipostatiza, individualiza, en el seno del Dios único.

La Trinidad, como todo el lenguaje que se refiere al Innombrable es un símbolo, no es una descripción de la forma interna del ser de Dios.

Con esta fórmula se salva el monoteísmo, se reconoce la dinámica espiritual de la manifestación de Dios, la unicidad exclusiva de Jesús y la creaturidad.

Es decir: Se salva así el eje jerárquico de las sociedades agrario-autoritarias; se salva también la verdad del mensaje espiritual exclusivo de Jesús: la unidad absoluta de Dios, la manifestación plena del Padre en Jesús y el efecto de esa revelación, el Espíritu de Verdad; se salva la distancia absoluta entre Dios y las criaturas; y se salva la unidad de todos los seguidores de Jesús en el Espíritu de Jesús que revela al Padre.

Todos los que aman y reconocen a Jesús son uno con Él, como Él es uno con el Padre. Así se completa la unidad.

Se trata de una auténtica ingeniería simbólica para mantener la unidad y diferenciación en Dios del Padre, del Hijo manifestado en Jesús y el Espíritu

Santo. Un único Dios en tres personas. De esta forma, Dios es único, salvaguardando el principio jerárquico; Jesús de Nazaret es la manifestación plena y única del Padre; Jesús es Hijo de Dios en sentido heleno, sin que se rompa el monoteísmo; y se reconoce la acción de la revelación de Jesús en sus discípulos como Espíritu Santo, no otro que Dios mismo.

Hindúes y budistas no necesitan hacer estas filigranas simbólicas. Tendrán que sustituirlo por formulaciones conceptuales, pero dejando claro que toda conceptualización es totalmente inadecuada para hablar de lo que está más allá de todas nuestras posibilidades, tanto de comprensión como expresivas.

El Maestro manifiesta lo Inmanifestado, “lo que es”, y haciéndolo, muestra al discípulo desde fuera lo que es desde dentro. Gracias a esta manifestación en el Maestro, el discípulo reconoce su propia realidad, que no es otra que “lo que es”. Eso sería el equivalente del Espíritu Santo. Es también una trinidad, pero que no intenta describir la naturaleza íntima del Absoluto, sino sólo el proceso de salida de la ignorancia.

También así se completa la unidad. La diversidad entre el Inmanifestado, el Maestro y el discípulo es sólo fruto de nuestro camino que va de la ignorancia al despertar.

No hay nada ni nadie frente a “lo que es”, el “Ser Conciencia”. “Lo que es”, lo que no es nuestra construcción, está vacío de toda posible imagen, representación, símbolo o concepto, pero se le puede significar, sabiendo siempre que no se le describe.

Jn. 14, 27-31

La paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da os la doy yo. No se turbe vuestro corazón ni se intimide.

Habéis oído lo que os dije: Me voy y vengo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais, pues voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Os lo he dicho ahora, antes que suceda, para que cuando suceda creáis. Ya no hablaré muchas cosas con vosotros, porque viene el príncipe del mundo, que en mí no tienen nada; pero conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre, y que, según el mandato que me dio el Padre, así hago. Levantaos, vámonos de aquí.

M.C.

La paz que trae Jesús es la paz de la unidad, pero no la que da el mundo, que es sólo acuerdo entre egocentraciones; pacto, siempre frágil, entre depredadores.

Jesús les ruega que ni se turben ni se intimiden por lo que va a pasar.

Jesús se va al Padre y dice a sus discípulos que si le aman, se alegrarán por ello, porque el Padre es mayor que Él. El Padre es la fuente, Él es la manifestación, aunque entre fuente y manifestación no hay dualidad ninguna.

Jesús sabe que va a enfrentarse con el príncipe de este mundo. Y lo hace para que el mundo conozca que ama al Padre y obra según lo que corresponde a ese amor. Su muerte es una lucha contra la hipocresía, la falsificación y cosificación de la espiritualidad, el desamor y la injusticia; todo eso es el príncipe de este mundo. En esa lucha muestra Él su amor incondicional a la Verdad. *Ese amor sin condiciones muestra al Padre y muestra el amor sin condiciones que todo es.*

Parece una locura afirmar que el verdadero ser de toda realidad, “lo que realmente es”, es amor sin condiciones. Sin embargo esa es la enseñanza de Jesús. El manto de amor con condiciones, amor interesado que es un manto de egocentración, de ignorancia, de maldad, de crueldad, de falsedad, de hipocresía que lo cubre todo, no es “lo que es”, sino lo que nuestra ignorancia nos lleva a ver en “lo que es”.

H.B.

Jesús trata de reconfortar a sus discípulos. Jesús se despide de ellos deseándoles paz, una paz, sin embargo, que no es la paz común del mundo. Y es que el lenguaje usual se le queda corto al maestro del espíritu, a la hora de expresar cuanto tiene que decir. El maestro usa un vehículo demasiado humano para decir algo que va más allá de lo humano, aunque sin dejar de serlo. *“Me voy y vengo a vosotros”*, les dice. En otras palabras: Jesús se va pero no estará ausente. Eso es lo que trata de hacerles comprender, que el vínculo con el maestro siempre es de presencia-ausencia.

“El Padre es mayor que yo”, afirma Jesús; y lo es porque en él tiene su origen el maestro de Nazaret. La vida es, en consecuencia, superior a la individualidad. Con la muerte, perece la individualidad, pero la vida prosigue su discurrir, impertérrita.

Poco más es lo que Jesús les dirá a los suyos. La suerte está echada. El mundo (y sus leyes) no tiene poder alguno sobre él, pues es un hombre libre, pero ha de someterse a la prueba irrecusable de la muerte, su muerte, una muerte sacrificial. Jesús ha vencido al mundo, porque no existe derecho superior al de la verdad.

Acaban, así, las palabras pronunciadas por Jesús en el transcurso de la última cena, la que es la despedida de sus discípulos.

15

Jn. 15, 1-8

Yo soy la vid verdadera y mi padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no lleve fruto, lo cortará; y todo el que dé fruto, lo podará, para que dé más fruto. Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he hablado; permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo si no permanece en la vid, tampoco vosotros si no permaneceréis en mí. Yo soy la vid. Vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. El que no permanece en mí es echado fuera, como el sarmiento, y se seca, y los amontonan y los arrojan al fuego para que ardan. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisieréis, y se os dará. En eso será glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto, y así seréis discípulos míos.

M.C.

Jesús utiliza la imagen de la cepa para expresar la unidad de Él con el Padre y de sus discípulos con Él. Él es la cepa, el Padre es el viñador y los que le aman-reconocen son los sarmientos.

Él es la revelación del Padre y es también la revelación de nuestra naturaleza de hijos. Quienes reciben y comprenden eso, viven; quienes no reciben ni comprenden eso, mueren con lo que muere.

Sólo el Padre y el Hijo son reales, y nosotros lo somos en la medida que estamos unidos a esa unidad. Quien se cree algo, desaparece como las hojas de parra y los sarmientos secos.

Amar es comprender, y comprender es unidad. Se trata de un amor total, sin condiciones. Sólo ese tipo de amor desvela la Verdad-Amor. La base del conocer es el amor, pero el amor arranca del reconocer. Se despierta el amor porque el Maestro ha puesto la Verdad ante los ojos, con su amor sin condiciones.

Quien no ama, no reconoce y se queda en el ego. Ese no da fruto y es cortado. Sin comprender, él mismo se corta.

Todo sarmiento que da fruto, será podado para que dé más fruto. Quien comprende, ese comprender le poda, y así da más fruto. Quien ama sin condiciones, reconoce y llega a él el Espíritu de Verdad. Ese es el cultivador interno.

La palabra de Jesús ha limpiado a sus discípulos del ego. Limpios del ego permanecen en Él y Él en sus discípulos.

El es la vid, es decir, la revelación “del que es”. Cuando recibimos su revelación nos incorporamos a la vid, que es la unidad. Despertamos a la unidad.

“Sin mí, nada podéis hacer”. Sin revelación no hay despertar posible al Padre y a la propia naturaleza. Sin maestro permanecemos en tinieblas.

El que no permanece en Jesús, como revelación “del que es”, del Padre, muere y lo amontonan entre los muertos.

Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros operando la transformación, “*pedid lo que queráis y se os concederá*”.

Cada vez que Jesús habla de la unidad, afirma que lo que se pida en su nombre, será concedido. ¿Qué puede pedir quien conoce y vive la unidad? Sólo más luz y más unidad. En la unidad ya no hay un ego y sus necesidades. El ego que se sabe nada, ¿qué va a pedir para sí?

En ésto es reconocido y, por tanto, glorificado el Padre: que deis fruto de unidad. Así seremos discípulos de Jesús: uno en el Uno.

Todo el texto, bellísimo, tiene un cierto regusto exclusivista. Jesús es la única vid. Pero, de hecho, lo que se afirma en la parábola, se puede decir de todos los grandes maestros del espíritu.

H.B.

El pasaje se abre con unas bellísimas palabras en las que Jesús toma la imagen, tan mediterránea, de la vid para referirse una vez más a su unidad con el Padre. Dice así el maestro de Nazaret: “*Yo soy la vid verdadera y mi padre es el viñador*”. Luz, pan, vino, agua... y ahora vid, que era, recordémoslo, el símbolo del pueblo de Israel, que él retoma ahora para insuflarle un nuevo aliento. Esas son, pues, las imágenes que Jesús utiliza para describir simbólicamente su propia identidad y su misión en el mundo.

Tras la primera imagen, lanza Jesús una severa advertencia: “*Todo sarmiento que en mí no lleve fruto, lo cortaré*”. Quien no tiene vida, será apartado. La comunidad de Jesús no es un nido de gregarios donde sentirse a resguardo. Todo sarmiento vivo ha de dar fruto. En otras palabras: cada miembro tiene algo que hacer y desarrollar. Jesús no le tiene miedo a las palabras. Y es que el verbo del maestro es siempre amoroso, pero contundente. El maestro de Nazaret es bueno, ya lo hemos visto, pero no bonachón, algo que también hemos podido comprobar. El amor de Jesús invita a trascender las formas en que éste es expresado. De hecho, nadie se queja de la cáscara, cuando el fruto es dulce.

“*Todo el que dé fruto, lo podará, para que dé más fruto*”, prosigue Jesús. Nos hallamos aquí de nuevo ante la metáfora agraria de la muerte como dadora de vida que ya vimos en su momento, al referirse Jesús al grano de trigo que debía morir para crecer. La poda multiplica los frutos. Cuanto más das, más tienes, pero lo importante sigue siendo darse continuamente a sí mismo. Y es que la

senda interior, que es la senda del espíritu, es un dinamismo que no se detiene nunca. Al fin y al cabo, jamás se está lo suficientemente vaciado. La metáfora del camino, como la de la danza empleada por los derviches giróvagos inspirados por Rûmî, expresa el constante dinamismo de la vida. Pues bien, la metáfora del fruto expresa lo mismo.

Con todo, Jesús especifica que no es él sino el Padre quien en verdad poda. Jesús, por sí mismo, no aparta a nadie; el Padre sí, lo que equivale a decir que el maestro no es quien excluye. ¿Acaso no es uno mismo quien se autoexcluye del camino, dependiendo de cómo lo transita? Quien cree ser por sí mismo, quien se encastilla en el ego, quien le vuelve la espalda al amor, quien da por real lo que no lo es, ese se poda a sí mismo.

Fuera del maestro, que es vida que ofrece y multiplica vida, no es posible nada. Es cierto que una lectura torcida de dicha afirmación, es decir, reduccionista si la ceñimos a un solo maestro, conduciría directamente al exclusivismo. Pero es que lo dicho vale para todos. Los maestros encarnan lo que podríamos denominar una experiencia plena de la vida. Y es que no sirve con nacer para ser un hombre en el sentido profundo del término. El mundo se ilumina por ellos. Sus palabras limpian los corazones de la escoria del egoísmo. Los maestros representan el tránsito de la potencialidad a la virtualidad, y de ésta a la actualización de todas nuestras capacidades y posibilidades, cuya cumbre es la liberación en vida, eso que para los hindúes representa el *jivan-mukta*. Todos nosotros somos en la medida que ellos son. El sarmiento, afirma Jesús, no vive solo, por sí mismo, sino gracias a la vid.

Por último, el maestro de Nazaret nos invita a permanecer en él, al tiempo que él permanece en nosotros, palabras que, a mi modo de ver, debieran de leerse en paralelo a aquéllas otras en las que animaba a comer su carne y beber su sangre. Con ambas imágenes no se está refiriendo sino a la unidad total de las voluntades, en la que ya no queda ni rastro del ego y sus necesidades.

Jn. 15, 9-17

Como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor. Esto os lo digo para yo me goce en vosotros y vuestro gozo sea cumplido. Este es mi precepto: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor mayor que este de dar uno la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os digo amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer.

No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros.

M.C.

Como el Padre me amó en la más completa unidad, así yo os he amado en la más completa unidad. Permaneced en mi amor, que es permanecer en la unidad.

“Si guardáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor”.

Guardar sus preceptos es guardar sus palabras y consejos. Jesús no dice: si estáis sometidos a mi ley, permaneceréis en mi amor, porque el amor no es sometimiento.

Dice además que debemos guardar sus preceptos como Él guarda los preceptos del Padre. ¿Qué preceptos pone el inefable? Desde la perfecta unidad ¿qué precepto cabe? Jesús termina con todas nuestras especulaciones cuando dice: *“Este es mi precepto: que os améis unos a otros como yo os he amado”*. Por tanto, con un amor sin condiciones, sin ego.

Queda claro que es un precepto bien especial: amar sin condiciones. ¿Quién puede prescribir el amor sin condiciones? El que da el conocimiento de la unidad.

“Nadie tiene más amor que el que da su vida por sus amigos”. Se trata, pues, de un amor incondicional. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando y mi mandato es éste: que seáis uno conmigo, como yo lo soy con el Padre. A un mandato de unidad y amor, ¿se le puede llamar mandato?

“Ya no os llamo siervos, porque en la unidad no hay siervos. Sois amigos porque todo lo que comprendí de mi Padre, os lo he dado a conocer”.

“No me habéis elegido vosotros a mí”, dice Jesús. El yo y sus estructuras e interpretaciones desde la necesidad y el deseo no puede elegir lo que es para él como nada. Eso que es nada, para un viviente, es el que manifestándose elige.

Y cuando entréis en la unidad, todo será traído a la unidad. Lo que pidieréis en esa situación, se os dará. En unidad, ¿qué se puede pedir sino unidad?

Éste es su mandato: que nos amemos unos a otros, pero no de cualquier manera, sino como Él nos ha amado, es decir, sin condiciones. Y decir sin condiciones significa sin ego. ¡Vaya mandato! Eso no es un mandato, eso es un don. El don del Conocimiento-Amor-Unidad.

H.B.

Residir en Jesús, que es amor puro, es residir en la no dualidad. Pero, ¿qué significa residir en Jesús? Guardar sus preceptos; o dicho de otra forma:

atesorar sus palabras y tratar de verificarlas por uno mismo, hasta que en ellas sea entrevista y presentida la verdad de lo real, de lo único que es y existe. Jesús ama a los hombres sin tasa, del mismo modo que el Padre lo ama a él. Cuanto recibió, lo entregó; cuanto oyó, lo dijo. Jesús, el maestro del espíritu en general, no se guarda nada para sí.

En ese sentido, nuestro egoísmo no es que constituya un pecado, ni siquiera llega a falta, sino que se trata más bien de un error de cálculo, un garrafal error de cálculo, dado que hemos creído, ingenuamente, que recibir era más y mejor que dar, cuando lo cierto es que cuanto más se da más se posee, lo cual no es difícil de comprobar, para quien es capaz de mirar las cosas con ojos desprejuiciados. Así, no tenemos más que rememorar algunos de los episodios más cruciales y expansivos de la vida (la madre que da a luz, un acto solidario o de heroísmo, etc.), para darnos cuenta que se trata siempre de instantes ligados al dar sin cálculo, lo cual por sí solo debiera de servir para virar el rumbo de nuestras vidas.

El amor es para el maestro de Nazaret entrega ilimitada a todos, pero, especialmente, a sus discípulos, que en el presente pasaje son elevados a la categoría de amigos, porque cuando se reside en el Padre y se es uno con él no puede haber dualidad alguna, sino amistad que aquí es sinónimo de unidad. Afirma Jesús: *“Nadie tiene amor mayor que este de dar uno la vida por sus amigos”*. Por consiguiente, Jesús cuenta con amigos, por quienes da la vida sin reparar en esfuerzos, no con sirvientes sometidos a su persona o a una doctrina.

Permítaseme en este punto trazar un breve paralelismo con la tradición islámica. En ésta no existe la noción del Dios padre tal como se conoce en el cristianismo, ni tampoco, por consiguiente, la del hijo, pero sí la del amigo o *walí*. Ésta se emplea tanto para Dios como para el hombre. En el primer caso, Dios es el amigo que presta socorro; mientras que en el segundo, el hombre, elevado a la categoría de sabio o santo, es quien ayuda a Dios en su tarea en el mundo.

“No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os elegí a vosotros”, les recuerda Jesús a los que a partir de ahora serán ya sus amigos. Porque quien reside en el ego y vive zarandeado por sus vaivenes volitivos es incapaz de escoger libremente, y menos aún a aquello o a aquél que le empujará a saltar fuera de los límites que, precisamente, le impone su propio ego, porque éste siempre persigue su satisfacción, jamás su acallamiento. Dicho en términos más vulgares: uno no va, mira, escoge y se queda con quien más le gusta. En el camino interior, la lógica que rige las cosas es muy distinta a la cotidiana. Por eso, lo que plantean los maestros de sabiduría, en este caso Jesús, constituye todo un enigma; y un enigma, ya se sabe, es un desafío para el espíritu.

Para concluir el pasaje, cita una vez más el evangelista, el que, según el mismo Jesús, es su nuevo precepto: *“que os améis unos a otros”*; pero no como ama el mundo, sino a la manera del propio maestro judío de Nazaret, tal como él ha

enseñado, esto es, sin condición alguna ni límite. Colocar el amor en el centro de todo no es sino reconocer que el amor es lo único que realmente es, mientras que el egoísmo, materialización de la ignorancia, constituye lo que no es pero aspira a ser.

Jn. 15, 18-27

Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí primero que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por esto el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán; si guardaren mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todas estas cosas haránlas con vosotros por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece a mí, aborrece también a mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos obras que ninguno otro hizo, no tendrían pecado; pero ahora no sólo han visto, sino que me aborrecieron a mí y a mi Padre. Pero es para que se cumpla la palabra que en la Ley de ellos está escrita: “Me aborrecieron sin motivo”. Cuando venga el Abogado, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de Verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí, y vosotros daréis también testimonio, porque desde el principio estáis conmigo.

M.C.

El mundo os aborrecerá como a mí. ¿Por qué? Porque el maestro al revelar “lo que es” desvela que todo aquello de lo que el mundo vive “no es”. No se puede soportar que se invalide la propia vida, su sentido, aquello por lo que se vive, aquello que se considera sagrado e inviolable.

Si fuerais del mundo, viviríais por lo que el mundo vive y de lo que el mundo vive. Entonces seríais uno de los suyos. No amenazaríais sus vidas, sino que las revalidaríais.

La revelación de Jesús “de lo que es”, saca a sus discípulos del mundo, porque los aparta de las cosas que el mundo da por reales, por las que vive y muere; porque los aparta de las convenciones de realidad en las que todos se mueven. Todo eso es una amenaza; todo eso atenta contra lo que es la vida de cada individuo y del grupo. Por todas estas causas son aborrecidos.

Persiguieron a Jesús porque con su revelación se convirtió en un enemigo público en el pensar ignorante de las gentes. Todo verdadero seguidor de Jesús se hace también un enemigo público.

Si por el contrario guardan las palabras de Jesús, guardarán también las palabras de sus seguidores, porque las palabras de éstos serán también revelación, la prolongación de la revelación de Jesús.

Perseguirán a los discípulos y los considerarán enemigos públicos por causa del nombre de Jesús (el nombre es la persona, en la epistemología del tiempo). Pero no será tanto por causa de Jesús de Nazaret, sino por causa del Padre que revela. No pueden ver al Padre, sólo ven las consecuencias. No pueden ver “al que es”, sólo ven que lo que Jesús revela, vuelve nada todo lo que para ellos es ser y realidad.

Si Jesús no les hubiera hablado mostrándoles al Padre, no tendrían culpa. Pero porque les ha hablado, no tienen excusa. Todos tienen en su corazón y en su mente oídos con los que escuchar. Los tapan sin embargo por miedo, por intereses, por una falsa y manejable idea de verdad.

Quien no escucha a Jesús, no recibe a su Padre. Han visto la sutilidad y la radicalidad de lo que les propone Jesús, la cual pone en riesgo sus vidas. Es por eso por lo que aborrecen a Jesús y, sobre todo, al Padre que Jesús revela. Y le aborrecen sin motivo, porque Jesús no quita la vida, sino que da la vida verdadera.

La Verdad de Jesús despertará dentro de vosotros a un Abogado, que viene de parte del Padre, que es uno con el Padre, que es el Espíritu de Verdad. Él dará testimonio de Jesús; Él os hará comprender, desde dentro de vosotros mismos, la Verdad que Jesús muestra desde fuera. “Entonces daréis testimonio de mí, porque estáis conmigo desde el principio de mi misión”.

H.B.

Hasta aquí, ha mostrado Jesús cinco posibilidades distintas de lo que en el fondo no es sino expresión de un mismo amor: el del Padre por el Hijo, el del Hijo por el Padre, el de Jesús por sus discípulos (ahora amigos ya), el de los discípulos por Jesús y el de los discípulos entre sí. Pues bien, a continuación virará el maestro de Nazaret su discurso para referirse al odio. Sin duda, el contraste es notable.

Si perteneces al mundo, si eres uno más de él, el mundo te ama atrapándote. Ser del mundo significa muchas cosas. Pero, podríamos decir que, fundamentalmente, el mundo es todo aquello que imposibilita ver claro y, por consiguiente, presentir y comprender la dimensión absoluta de la realidad. El mundo es, también, lo que impide la posibilidad del amor. El mundo es el campo de acción del ego.

Ser odiado es el designio de todo maestro del espíritu, porque el maestro, cuando realmente lo es de verdad y no se trata de un impostor, supone siempre

una denuncia y una amenaza para el orden normal de las cosas. Y es que el maestro muestra otra posibilidad del vivir, lo cual no siempre es bien recibido por las gentes. Si cuanto decimos es así, debiéramos sospechar de aquellos supuestos maestros que viven cómodamente en el mundo. Cuando nos convertimos en mundo, cuando nos hacemos uno más de él, deja de odiarnos. He aquí el barómetro que mide la veracidad del maestro y, por ende, nuestra propia veracidad también. La situación habitual del maestro es la dificultad, puesto que el suyo es un remar a contracorriente, lo cual, no nos equivoquemos, en modo alguno significa una visión sufriente de la vida.

Los profetas y grandes maestros de la espiritualidad o de la cualidad humana profunda han venido a recordar siempre lo mismo, aunque lo hayan dicho de formas harto diferentes dependiendo de los modelos mitológicos concretos. Y siempre han acabado por ser desmentidos, negados, traicionados o malinterpretados por el mundo. Y es que el hombre común experimenta muy a menudo cierto resentimiento respecto al hombre de conocimiento.

La opción del maestro del espíritu es radical y excluyente, porque no se puede estar al mismo tiempo con el mundo y con Jesús. Y éste es, justamente, el doble éxodo al que llama el maestro de Nazaret: a salir fuera del mundo y a sacar el mundo que habita en nosotros mismos, lo cual significa un verdadero tránsito, de la muerte, que es el mundo restrictivo del ego, a la vida expansiva del espíritu. Por consiguiente, odiar a Jesús es odiar al Padre. Con otras palabras, negar al maestro, que es transparente al absoluto, es negar al propio absoluto.

Jn. 16, 1-4

Esto os he dicho para que no os escandalicéis. Os echarán de la sinagoga, pues llega la hora en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios. Y esto lo harán porque no conocieron al Padre ni a mí. Pero yo os he dicho estas cosas para que, cuando llegue la hora, os acordéis de ellas y de que yo os las he dicho; esto no os lo dije desde el principio porque estaba con vosotros.

M.C.

Jesús les advierte que les echarán de las sinagogas, de las Iglesias, de las Religiones. Que harán todo lo posible para eliminarlos. Si pueden matarlos, os matarán, dice; si no pueden, os ignorarán, os marginarán, os denigrarán, os apartarán de toda posible plataforma. Y haciendo estas cosas, creerán prestar un servicio a Dios y a la Verdad.

Harán todas estas cosas porque no han reconocido la revelación, el mensaje de Jesús o de cualquiera de los otros grandes maestros. No conocieron al “Sutil de lo sutil” que se hace patente en Jesús.

Jesús les dice esto para prepararles para cuando ocurra. No había necesitado decíselas antes, porque Jesús estaba presente. Él recibía los golpes y Él les sostenía en su debilidad.

H.B.

Jesús previene a los suyos ante la persecución que, tras su muerte, sufrirán por parte de las autoridades judías, que les llegarán a expulsar, incluso, de la sinagoga. Se avecinan, pues, tiempos duros, muy duros, para los seguidores del maestro de Nazaret, cuando éstos hayan de batallar solos contra el poder. El motivo de todo ello, dice el propio maestro, es que no conocieron ni al Padre ni al propio Jesús. Por siguiente, la persecución judía deriva de la ignorancia, que es lo mismo que decir que los judíos carecieron de una experiencia profunda del espíritu, de otro modo hubiesen reconocido lo que Jesús enseñaba. Y es que el religioso y el espiritual parece que hablen el mismo lenguaje, pero no es así. A diferencia de aquél, el espiritual no pronuncia jamás el dialecto de la culpa. Veamos un ejemplo. Mientras que el religioso exhorta a no mentir, la obsesión del espiritual es la verdad, porque no es lo mismo no mentir que residir en la verdad, no es igual no ser un mentiroso que ser una persona verídica. Y es que no existe derecho superior a la verdad.

Jn. 16, 5-15

Mas ahora voy al que me ha enviado y nadie de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? Antes, porque os hablé estas cosas, vuestro corazón se llenó de tristeza. Pero os digo la verdad: os conviene que yo me vaya. Porque, si no me fuere, el Abogado no vendrá a vosotros, pero, si me fuere, os lo enviaré. Y al venir éste, amonestará al mundo sobre el pecado, la justicia y el juicio. De pecado, porque no creyeron en mí; de justicia, porque voy al Padre y no me veréis más; de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado. Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora; pero cuando viere Aquel, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia la verdad completa, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras. El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer. Todo cuando tiene el Padre es mío; por esto os he dicho que tomará de lo mío y os lo hará conocer.

M.C.

Insiste Juan en la idea del Verbo preexistente que baja y se encarna en Jesús de Nazaret y retorna al Padre.

Los discípulos tienen el corazón triste porque no hacen suya esta idea de Juan.

A continuación Jesús da una enseñanza importante: conviene que se vaya. Si Jesús no se va, el Abogado no vendrá a sus discípulos.

¿Qué quiere decir esto? En primer lugar significa que si él no muere su testimonio no es completo. En segundo lugar, que mientras esté con ellos, los discípulos se apoyan en Jesús y no en la Verdad que reside en ellos mismos. Y finalmente, que conviene que se vaya para que tengan que hacer pie en ellos mismos. Entonces descubrirán que tienen en ellos el Espíritu de Jesús, el Espíritu de Verdad.

Cuando descubran en ellos el Espíritu Santo, les amonestará: 1,- sobre el pecado, porque no creyeron en Jesús. Valorarán el don recibido; lo apreciarán cuando ya no esté entre ellos; 2,- de justicia, porque Jesús vuelve al Padre y ya no le verán más. Es justo que vuelva al Padre, de donde había salido, después de su obra cumplida; 3,- de juicio porque el príncipe de este mundo ya está juzgado. Ya se ha mostrado “al que es”, “al Padre”, y con ello ya se ha juzgado “lo que no es”.

El maestro tiene muchas más cosas que enseñar, pero los discípulos están inmaduros, porque se apoyan fuera, en Jesús, no en el Espíritu de la Verdad que reside en ellos.

El Espíritu de la Verdad les madurará y les guiará a la Verdad completa. No es que el Espíritu enseñe nada nuevo, sino que madurará lo oído.

Ese testimonio del Espíritu en los discípulos mismos, hará que reconozcan a Jesús y reconocerle es glorificarle. Les dará a conocer todo lo que Jesús les ha enseñado.

Lo que ha enseñado Jesús es lo que ha tomado del Padre. Por eso afirma que toda la verdad del Padre es suya. Por la misma razón el Espíritu mostrará, desde dentro mismo de ellos, eso que Jesús les ha revelado.

H.B.

Una vez más, reitera Juan, en la primera parte del presente pasaje, la idea, ya anteriormente introducida, del verbo preexistente que desciende desde el Padre, para encarnarse en Jesús y regresar, nuevamente, a aquél, tras la muerte sacrificial del maestro de Nazaret, fundamento durante siglos de la compleja cristología de la Iglesia, así como del dogma de la Santísima Trinidad, cuyas tres personas podrían describirse, geoméricamente hablando,

así (la imagen corresponde a Frithjof Schuon): el Padre es el centro absoluto, el Espíritu Santo son los radios que salen de dicho punto central absoluto, mientras que el Hijo se identificaría con el círculo que proyectan los radios. Del mismo modo que la manifestación está prefigurada en el principio, también el principio se despliega, prolonga y proyecta en la manifestación.

Expresa Jesús, a continuación, la necesidad imperiosa de marchar, a fin de que irrumpa en el mundo el Espíritu, al que denomina también el Abogado. La misión de Jesús quedaría inacabada sin su muerte sacrificial y, al mismo tiempo, impediría que sus discípulos crecieran en el espíritu por sí mismos, sin tener que apoyarse siempre en la muleta que es y representa Jesús. He ahí, pues, una clave irremplazable de la senda interior: el maestro impulsa el caminar inicial y acompaña en el trayecto durante un tiempo, pero forzosamente se habrá de echar a un lado, mejor pronto que tarde, para que el discípulo, sin ningún tipo de intermediación, adquiera la imprescindible madurez que precisa la espiritualidad. Jesús es, en suma, un maestro inaugural, que se perpetuará a través del espíritu que vendrá, otra forma de referirse al guía interno. Por eso, ya lo hemos dicho con anterioridad, el maestro se va pero jamás deja de estar presente.

Mucho es aún, reconoce Jesús, lo que tiene que decirles a sus discípulos. Sin embargo, calla, pues aquéllos están inmaduros todavía para asimilar un conocimiento que no le pertenece a Jesús en exclusiva, que no es de él, sino que proviene del Padre, con quien es uno. Lo que el maestro de Nazaret predica en el mundo, pues, es del Padre. Jesús y el Padre son como la gota y el océano. ¿Somos nosotros la gota del océano o el océano de la gota? Dicho en lenguaje teísta, el hombre preexiste en Dios, es el Hijo; y Dios preexiste en el hombre, a través del intelecto.

Jn. 16, 16-24

Todavía un poco, y ya no me veréis, y todavía otro poco, y me veréis. Dijéronse entonces algunos de los discípulos: ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco, y no me veréis, y todavía otro poco, y me veréis? Y: Porque voy al Padre. Decían, pues, ¿qué es esto que dice: Un poco? No sabemos lo que dice.

Conoció Jesús que querían preguntarle, y les dijo: ¿De esto inquirís entre vosotros porque os he dicho: Todavía un poco, y no me veréis, y todavía otro poco, y me veréis? En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará; vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se volverá en gozo. La mujer, cuando está de parto, siente tristeza, porque llega su hora; pero, cuando ha dado a luz un hijo, ya no se acuerda del aprieto, por el gozo de que ha nacido un hombre al mundo.

Vosotros, pues, ahora tenéis tristeza; pero de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón, y nadie será capaz de quitaros vuestra alegría. En aquel día no me preguntaréis nada; en verdad, en verdad os digo: Cuanto pidieréis al Padre os lo dará en mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre, pedid y recibiréis, para que sea cumplido vuestro gozo.

M.C.

Considero que Juan no está muy acertado redactando este párrafo.

Parece que con *“un poco y me veréis y otro poco y me volveréis a ver”* se está refiriendo a la muerte y resurrección de Jesús. Por eso afirma que *“vosotros lloraréis y el mundo se alegrará, pero vuestra tristeza se volverá en gozo”*. Os pasará como a la mujer cuando está de parto, que primero se entristece y luego se alegra.

Cuando os vuelva a ver, después de la resurrección, vuestro corazón se alegrará y nadie podrá quitaros vuestra alegría. Ese día, vuestra certeza será tal, que ya no me preguntaréis nada.

Fuera de esta interpretación mítica, la muerte de Jesús, les entristecerá, aunque gracias a ella comprenderán la plenitud del amor sin condiciones de Jesús; y esa plenitud de amor les revelará al Padre. Ese será su gozo completo, que ya nadie podrá quitarles.

Puesto que vuelvo al Padre, *“cuanto pidierais al Padre en mi nombre, os lo dará”*. Hasta ahora no lo habéis hecho. *“Pedid y recibiréis para que sea cumplido vuestro gozo”*.

¿Qué sentido puede tener esta curiosa afirmación? Para Juan y los discípulos helenos de Jesús, Jesús es el Verbo de Dios, el Creador providente. El Padre puede venir en nuestra ayuda si se lo pedimos en nombre de Jesús, que es Dios, y hombre como nosotros. Para nosotros el sentido sería éste: si pedimos la Luz en nombre de quien nos reveló la Luz, se nos concederá. Es decir, ansiar la Luz, recordando al que trajo la Luz, es una actitud adecuada para que brille en nosotros la Luz.

Además resulta una forma adecuada, en un contexto teísta, afirmar que hemos de buscar la Luz, pero que la Luz no será el resultado de nuestra búsqueda, sino don de Dios. Esta afirmación es común a todos los grandes maestros del espíritu, aunque su modo de expresarla sea diferente, dependiendo de si son o no teístas.

Quien busca sinceramente la Luz, la Luz le sale al paso.

H.B.

Los discípulos no entienden el alcance real de las palabras de Jesús. El lenguaje simbólico y alusivo de éste les viene muy grande. El evangelista pretende subrayar dicha circunstancia del desconcierto de los discípulos,

insistiendo en la reiteración varias veces de una misma palabra (“un poco”), en el primer tramo del presente pasaje. Lo que los suyos no comprenden es que la marcha de Jesús sea la garantía de la presencia futura de éste. Los discípulos están persuadidos de que el maestro sólo es de carne y hueso y que la presencia física es lo único que garantiza su presencia espiritual. Y es que ven en la muerte el final de todo, cuando, en verdad, la muerte no puede ser jamás el final de algo que no tiene principio.

Jesús incorpora una nueva imagen a su discurso, la del dolor del parto, para mostrar un matiz más de algo que viene repitiendo desde bien atrás: que la muerte otorga vida. En cierta medida, el maestro de Nazaret les está tratando de enseñar, con ello, que los actos no son absolutos en sí mismos. Así, en el hecho del parto, como en el de la muerte de Jesús que tendrá lugar pronto, hay dolor, pero también fecundidad, y ambas cosas al mismo tiempo.

Resulta bella y elocuente la expresión: *“Cuanto pidieréis al Padre os lo dará en mi nombre”*, con la que se cierra el pasaje. En primer lugar, conviene destacar que aquí no dice Jesús “mi” Padre, como si quisiese dejar bien claro que la experiencia del Padre no es particular suya, no le pertenece a él en exclusiva, sino que ya es de todos. De hecho, esa es su tarea en el mundo: dar a conocer al Padre, hacer accesible a los hombres la dimensión absoluta de la realidad.

Hoy, es preciso redescubrir el sentido profundo del acto de pedir. En el camino interior, es preciso pedir, pero, ¿a quién y qué se debe pedir? La petición del sabio no responde jamás al orden del utilitarismo. El profeta Muhammad, por ejemplo, acostumbraba pedir que le fuese aumentada la capacidad de admiración ante las cosas. Nada más que eso. Y, ¿a quién? De hecho, a nadie, porque nadie hay ahí fuera que escuche y conceda nada. La petición es más bien el recuerdo de quien ha hecho presente en nosotros la luz y el amor, como si su sola evocación sirviese para actualizarlo en nosotros nuevamente. Por consiguiente, se trata más bien de una forma de dejar constancia que cuanto se obtiene en el camino interior no depende únicamente de nuestro esfuerzo voluntarioso, sino que es una pura gracia. Los sufíes lo han expresado de forma primorosa al afirmar que a Dios no se le encuentra buscándolo, pero que quien no lo busca no lo encuentra jamás.

Jn. 16, 25-33

Os lo he dicho en parábolas; llega la hora en que ya no os hablaré más en parábolas. Antes os hablaré claramente del Padre. Aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios. Salí del Padre y vine al mundo; de

nuevo dejó el mundo y me voy al Padre. Dijéronle los discípulos: Ahora hablas claramente y no dices parábola alguna. Ahora sabemos que conoces todas las cosas y que no necesitas que nadie te pregunte; en esto creemos que has salido de Dios. Respondióles Jesús: ¿Ahora creéis? He aquí que llega la hora, y ya es llegada, en que os dispersaréis cada uno por su lado y a mí me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Esto os lo he dicho para que tengáis paz en mí; en el mundo habéis de tener tribulación; pero confiad: yo he vencido al mundo.

M.C.

Dice Jesús: os he hablado en parábolas de que vengo del Padre y vuelvo al Padre. Ya no os hablaré en parábolas, sino claramente de que salí del Padre y vuelvo a Él.

Juan está usando el mitologema central de las mitologías agrario-autoritarias. No es necesario recurrir a contaminaciones gnósticas para comprender este modo de hablar de Jesús.

“Salí del Padre y vine al mundo, me vuelvo al Padre”. Aquí está clara la cristología de Juan: preexistencia del Verbo, descenso y encarnación en Jesús de Nazaret y vuelta al Padre. Esta es la interpretación de Jesús que hace Juan. No es la de los otros evangelistas, aunque fue la que se impuso. Los otros evangelios se leyeron desde esta interpretación. Y esta interpretación fue la base de los concilios que determinaron la creencia y fe cristiana.

Para los discípulos ahora sí que Jesús habla claro; ahora le entienden como sabiendo todas las cosas, como Dios que es. Ahora creen que Jesús ha salido de Dios.

Evidentemente esta reacción de los discípulos es también interpretación de Juan.

Pero no es imprescindible la interpretación mitológica de Juan, sino que se puede comprender sin asumir su mitología. Jesús salió “del que es”, existió en “el que es” y vuelve “al que es”. Esto vale de Jesús y vale de todos nosotros, aunque en nuestro existir no seamos capaces de hacerlo clara y explícitamente como Él, en “el que es”.

Jesús les responde ¿ahora creéis? Ya es un poco tarde, porque ha llegado la hora. Os dispersaréis cada uno por su lado; me dejaréis solo, pero no estoy solo, el Padre está conmigo.

Dice también: os digo estas cosas para que soportéis la tribulación y tengáis paz en mí. “Confiad, yo he vencido al mundo”. ¿Qué significa “yo he vencido al mundo”?

Significa que Jesús ha mostrado lo que es el mundo: ha mostrado “que no es”. Y lo ha mostrado porque ha revelado “al que es”, al Padre.

H.B.

Hasta ahora, Jesús ha hablado a las gentes, también a sus discípulos y amigos, mediante parábolas, esto es, a través de comparaciones. Y es que las cosas del espíritu son siempre “como si...”. Pero, ahora hablará desde el Padre, que es el ámbito sutil de lo sin forma. Lo hará, pues, sin palabras ya, desde el silencio, transparentando de forma natural lo que es, lo que hay, las cosas tal como son. Por consiguiente, ya no será preciso tampoco plantear más preguntas. Quien habla, parece insinuarles Jesús a los suyos, se enreda en las palabras, queda atrapado en ellas.

“Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejó el mundo y me voy al Padre”. Así les resume Jesús a los suyos el itinerario de su vida: del Padre al Padre a través del Padre. Pero, venir del Padre no sólo debe leerse como la cristología de Juan nos impone en el texto. Venir del Padre, así pues, no es otra cosa que la realización del Padre. Y realizar al Padre quiere decir morir a uno mismo, vaciarse por completo, de tal modo que no quede de uno más que el Padre. Con otras palabras, realizar al Padre significa darse cuenta que sólo él existe, que sólo él es real, y que uno es en la medida que participa de dicha realidad. El sabio cumple así el imperativo pindárico de ser lo que realmente ya se es, lo que desde siempre se ha sido.

Ahora sí, aseguran los discípulos, comprenden las palabras del maestro judío de Nazaret, lo cual no parece ser sino la escenificación de una ironía por parte del evangelista. Sea como fuere, Jesús se muestra incrédulo ante dicha afirmación. ¿Que habéis comprendido?, parece decirles Jesús a los suyos. Pero, nada de eso hay. Además, ya es demasiado tarde para comprender, puesto que la hora de partir, de su muerte sacrificial, ha llegado. Jesús conoce bien a los suyos, ¡cómo no los ha de conocer!, y sabe que, tras su muerte, se dispersarán, yendo cada uno a lo suyo, mientras que a él lo dejarán solo. Y es que ese es el ambiguo designio de todo maestro del espíritu: sentirse solo y, al mismo tiempo, acompañado. Solo en el mundo y lleno interiormente del Padre.

17

Jn. 17, 1-5

Esto dijo Jesús, y levantando sus ojos al cielo, añadió: Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique, según el poder que le diste sobre toda carne, para que a todos los que tú le diste les dé Él la vida eterna. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora tú, Padre, glorificame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo existiese.

M.C.

Jesús ora al Padre cuando ve llegar su hora. Dice: Haz, Padre, que me reconozcan para que yo pueda hacer que te reconozcan. *“Según el poder que me diste sobre toda carne, para que a todos los que Tú me diste, les dé la vida eterna”*.

Habla Jesús de Nazaret: *“me diste poder sobre toda carne”* para abrirles los ojos con la revelación que manifiesto. Su revelación es para toda carne; como lo es la revelación de todos los grandes maestros del espíritu.

Para Juan habla el Verbo. Jesús como manifestación de Dios, como Verbo, recibe el poder sobre toda carne, porque el Verbo es la manifestación “del que es” a toda carne. La manifestación del Verbo, que es la manifestación del Padre, es la salvación.

La manifestación de Dios es la salvación porque rescata de lo que “parece ser”, causa del dolor, y muestra “lo que realmente somos”.

“Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti”. La vida eterna es conocer “al que es”, porque conociéndole se conoce que el propio ser es sólo “el que es”; y ahí no cabe el nacer ni el morir.

Se trata aquí de un conocer con todo el ser: mente corazón y sentidos. La vida eterna es que conozcan a su Enviado, a su Profeta, su Manifestación, a “Jesús el ungido”, (que eso quiere decir Jesucristo), al Hijo de Dios. Y eso porque conocerle a Él es conocer la revelación del Padre.

Sin la revelación del maestro, en su persona, permaneceríamos en la ignorancia.

Dice Jesús: Yo te he glorificado en la tierra llevando a cabo mi misión, la que me encomendaste. Ahora glorifícame cerca de ti mismo, con la gloria que tuve antes de que el mundo existiera.

El Verbo que descendió, ahora vuelve al seno del que bajó.

Todo maestro, en cuanto revelador “del que es”, –en esa revelación su yo desaparece–, vuelve plenamente “a lo que es”, que es anterior al mundo. De todo maestro se puede hablar de una preexistencia, de un descenso, de una encarnación y de un regreso, aunque siempre se tratará de un lenguaje metafórico, simbólico. Esto puede decirse también en el caso de Jesús, si no se interpretan las afirmaciones de Juan desde la epistemología mítica.

H.B.

Presintiendo Jesús la proximidad de su muerte ora al Padre por sí mismo, primero, tras lo cual lo hará por los discípulos y, finalmente, por todos los creyentes, como veremos en los sucesivos pasajes. Para orar alza el maestro los ojos al cielo, símbolo de la esfera divina, pidiéndole al Padre que glorifique al Hijo, a fin de que éste lo pueda glorificar a él en el mundo. La relación entre

Padre e Hijo es dinámica y se renueva a cada instante. Jesús ofrece al mundo aquello que recibe. El Padre es su fuente inagotable de inspiración. Nada en Jesús pertenece al ámbito del subjetivismo, porque el aliento del Padre lo ha barrido todo a su paso.

La revelación del maestro de Nazaret es para toda carne. Nadie queda excluido del amor del Padre que Jesús manifiesta en el mundo, algo que es común a todos los maestros del espíritu que a lo largo de la historia han sido. Los maestros, sus palabras sabias, se dirigen a toda la humanidad. Que Jesús designe al hombre mediante el término “carne” indica el carácter contingente del ser humano, su fragilidad como un viviente más.

Jesús revela a los hombres la vida eterna, ese es el eje central de su misión profética. Pero, ¿qué significan, en realidad, dichas palabras? La vida eterna, aclara a renglón seguido el maestro judío de Nazaret, es: *“Que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo”*. Quien conoce al Hijo, conoce al Padre; y quien conoce a éste último, conoce lo que realmente es, la verdad intrínseca de las cosas. Y ese, que no se ha identificado con su individualidad, sino con lo que realmente es, ese, vaciado de sí mismo, no muere jamás, porque ya no es él, sino la luz del Padre. Ese es y revela la verdad de todo cuanto existe. Los profetas, los grandes sabios y maestros del espíritu de la humanidad, constituyen una posibilidad luminosa para el mundo.

Jn. 17, 6-19

He manifestado tu nombre a los hombres que de este mundo me has dado. Tuyo eran, y tú me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora saben que todo cuanto me diste viene de ti; porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos ahora las recibieron, y conocieron verdaderamente que yo salí de ti, y creyeron que tú me has enviado. Yo ruego por ellos, no ruego por el mundo, sino por los que tú me diste; porque son tuyos, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío, y yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo; pero ellos están en el mundo, mientras yo voy a tí. Padre santo, guarda en tu nombre a estos que me has dado, para que sean uno como nosotros. Mientras yo estaba con ellos, yo conservaba en tu nombre a estos que me has dado, y los guardé, y ninguno de ellos pereció, si no es el hijo de la perdición, para que la Escritura se cumpliera. Pero ahora yo vengo a tí, y hablo estas cosas en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Y les he dado tu palabra, y el mundo los aborreció porque no eran del mundo, como yo no soy del mundo. No pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del mal. Ellos no son del mundo, como no soy del mundo yo. Santifícalos en la verdad, pues tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envíe a ellos al mundo, y yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad.

M.C.

He manifestado tu nombre, que es manifestar tu realidad, a quienes tú has dispuesto que comprendan, dice Jesús. Poder recibir la revelación no es fruto de actitud humana ninguna, es puro don.

Tú los escogiste, me los diste y han guardado mi palabra, me han reconocido y te han reconocido. Ahora saben que cuanto me diste viene de ti; han comprendido la revelación que tú me diste y la han recibido. Conocieron que proviene de ti y creyeron que me has enviado.

Me han reconocido y, reconociéndome, te han reconocido. ¡Guárdalos en ese reconocimiento!

Ruego por ellos, no por el mundo. Ruego para que tengan luz; no ruego por el mundo, porque el mundo es sólo lo que entenebrece. Ruego por los que son tuyos, los que me reconocieron.

Todo lo tuyo es mío y todo lo mío es tuyo, porque somos uno.

Yo ya no estoy en el mundo creado por la ignorancia y la maldad, porque vuelvo a ti; pero ellos están en ese mundo de ignorancia y de maldad.

Padre santo, guarda en tu realidad (en tu nombre), en tu ser, a éstos que me has dado, para que sean uno como nosotros. Para que también ellos puedan decir, que todo lo tuyo es de ellos y todo lo de ellos tuyo.

Mientras estuve con ellos, los guardé en ti y ninguno de ellos pereció sino el hijo de la perdición, Judas, para que la Escritura se cumpliera, para que se cumpliera tu decisión.

Digo estas cosas delante de ellos y del mundo para que tengan en ellos mismos el gozo que yo tengo, ahora que vuelvo a ti. Tendrán el gozo en ellos mismos, si se reconocen en la unidad.

Les he dado tu revelación. Y porque la han recibido, el mundo los aborreció, porque ya no viven según las normas y valores de la ignorancia, como tampoco yo vivo en ese mundo.

No pido que les saques del mundo. Es preciso que vivan en ese mundo construido por los “yo”, construido por los egoísmos individuales y colectivos, porque han de sobrevivir; sólo pido que los guardes del mal de ese mundo.

Ellos ya no son de ese mundo, como yo tampoco lo soy.

Santificalos, confírmalos en la Verdad, que es tu palabra, que es tu revelación, transmitida por mí.

Como tú me enviaste a despertar a los que viven en ese mundo de ignorancia, así ahora yo les envío a ellos; no para inculcar, sino para transmitir la revelación.

Yo, por ellos, resido en la Verdad, para que ellos residan en la Verdad.

Jesús viene a decir con esta frase que hizo el camino para que otros lo hicieran. El motivo de su camino, que le llevó al patíbulo, fue el amor a sus

hermanos, los hombres. No hizo su arduo camino para su perfeccionamiento, para su salvación, sino para el bien de todos.

Esta afirmación de Jesús adquiere una especial fuerza, cuando se considera que todo lo que dice Juan de Él, como bajado del cielo para salvar a los hombres, es mitologización. El dato que hay bajo esa mitologización es que Jesús hizo su camino interior, con la radicalidad con que lo hizo, por amor a sus hermanos los hombres para que todos puedan afirmar como Él que todo lo del Padre es suyo y todo lo suyo es del Padre. ¡Hermosa expresión de unidad!

H.B.

Jesús ruega ahora por los discípulos. El maestro de Nazaret es manifestación epifánica del Padre, el lugar privilegiado en el que la verdad se reconoce a sí misma y se proyecta en el mundo. En Jesús, como de hecho en todo gran maestro espiritual, se despliega el juego dialéctico entre vaciamiento y plenitud. Sólo manifiesta plenamente al Padre quien plenamente se ha vaciado a sí mismo. Lo humano en Jesús se transmuta por la presencia real de la divinidad. Siendo como Dios, sin dejar de ser indiscutiblemente hombre, no es hombre el maestro de Nazaret de la misma manera que los demás hombres, que anegados en el ego, no son Dios, jamás podrán serlo. Ese y no otro es el misterio de un Jesús que es para los hombres la rendija a través de la cual se cuela la luz del absoluto, rompiendo la opacidad del mundo.

El maestro nada posee. Los discípulos que le siguen son, en realidad, un don que el Padre le entrega en depósito. Jesús les cuida, vela por ellos, pero no le pertenecen. La humildad del maestro resulta sobrecogedora. Nada es suyo: ni las palabras, ni los hombres, ni siquiera su vida, que entregará por la humanidad. En el lenguaje de Jesús, ser del Padre no indica propiedad sino pertenencia. Y es que lo que el maestro de Nazaret ha tratado de mostrar en todo momento es que no hay más que uno, el Padre, lo realmente real. Jesús ruega por los discípulos, llamados a ser testimonios luminosos del amor desinteresado, pero no ruega por el mundo, entendido éste como escenario de la depredación y el egoísmo, incompatible con el amor.

El evangelista pone en boca de Jesús una de las expresiones más bellas y poderosas de todo el texto, que el maestro dirige al Padre: “*Lo mío es tuyo y lo tuyo es mío*”, palabras de unidad que vienen a cuestionar la lógica de las relaciones humanas habituales, regidas por el principio dualístico de “lo mío es mío y lo tuyo es tuyo”. Jesús viene a subvertir el mundo y a mostrar la posibilidad de una nueva humanidad. Y es que el amor supone una revolución en todos los órdenes sin paliativos.

Jesús ruega por sus discípulos, que serán en el futuro los encargados de proseguir con el mensaje de amor por él inaugurado. Su tarea, la del maestro de Nazaret, que es la del Padre, no se acaba en sí mismo. Jesús, todo maestro del espíritu en realidad, trabaja en el mundo a favor del amor y la vida y su multiplicación. No se retira y aísla, sino que interviene. Por eso le pide al Padre que no tome a los discípulos del mundo, sino que los guarde del mal. Y es que, al igual que Jesús, ellos no son del mundo. Viven en el mundo, sí, pero el mundo no vive en ellos.

Por último, afirma Jesús que por los suyos él se santifica, para que ellos sean santificados en verdad. El maestro no sólo otorga una enseñanza y un ejemplo a perpetuar. También ofrece la fuerza interior para seguir todo ello. Por eso resulta salvífica su persona.

Jn. 17, 20-26

Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en tí, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno y conozca el mundo que tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí. Padre, los que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te conocí, y éstos conocieron que tú me has enviado, y yo les di a conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos.

M.C.

No ruega sólo por los apóstoles, sus discípulos inmediatos, sino por todos los que reconozcan su revelación por la palabra de los apóstoles; para que todos sean uno, como el Padre en Jesús y Jesús en el Padre. Ruega para que también los que reciban la palabra de Jesús sean en el Padre y en Jesús. Para que, frente a esa unidad, el mundo crea que el Padre le ha enviado.

La unidad de la que habla Jesús, de sus discípulos en Él y en el Padre, es la unidad en el “no-ego” en “el no-dos” y en la revelación del Padre. Ese sería, realmente un argumento convincente para que todos reconocieran la misión de Jesús. El fin de ésta es conducirlo todo a la unidad; una unidad tal, como la de Jesús en el Padre y el Padre en Jesús. La unidad absoluta, mística, completa de todos en “lo que es”.

Yo les he revelado la gloria que tú me diste, la comprensión de la unidad que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno. Perfectamente uno, no en doctrina, ni en ritual, ni en organización, ni en sometimiento a una autoridad única, sino en la unidad de Jesús con el Padre. Y así conozca el mundo que tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí.

Juan se sale aquí del principio jerárquico. Jesús y su enseñanza se le escapan del mito.

Ese será el gran argumento para que conozcan la revelación de Jesús.
¡Afirmaciones solemnes que podría hacerlas un maestro vedanta!

Jesús pide para que los suyos estén donde esté Él, para que vean su gloria, que es la unidad, la que el Padre le ha dado, porque le amó antes de la creación del mundo.

En esta afirmación Juan vuelve a situar a Jesús en la mitologización de la exclusividad del Verbo, de su preexistencia exclusiva, aunque todo lo que el Verbo tiene lo recibe del Padre de quien es manifestación.

A pesar de esta interpretación mitológica de Juan, Jesús vuelve a expresar la unidad completa de los suyos con Él. El mundo no te ha conocido; yo te conocí; y estos conocieron que tú me has enviado, dice.

Yo les di a conocer tu nombre, tu realidad completa y todavía se la daré a conocer con mi entrega sin condiciones a la muerte. Y todo esto para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos.

Este texto es un canto a la unidad y es la clave para comprender la misión de Jesús. Aunque todavía queda una tenue frontera entre Jesús y nosotros, las expresiones del evangelista, a pesar de su mitologización de Jesús, quiebran esas fronteras.

Es también un texto clave para comprender que la unidad es amor y el amor es unidad; que lo que se manifiesta en Jesús es “lo que es” y que recibéndole a Él, “lo que es” se ha de manifestar en nosotros.

Esto es lo que Jesús proclama: la unidad y el amor completo en el Padre y en Jesús de todos nosotros, como el amor y la unidad del Padre en Jesús y Jesús en el Padre.

H.B.

En los tres últimos pasajes, incluido el presente, que son otras tantas plegarias, resume Jesús lo que ha pretendido ser su propuesta espiritual y su obra en el mundo, esto es, dar testimonio del Padre a los hombres. Por consiguiente, actúan estos textos a manera de conclusión, ahora que enfilamos el tramo final del Evangelio.

Afirma Jesús que no sólo ruega por sus discípulos, sino por todos aquéllos que sepan reconocer su mensaje en las palabras y obras de sus continuadores más inmediatos, los discípulos. Ensancha, pues, su oración el maestro, a fin de incluir a todo el mundo. Nadie se queda fuera del amor, que es la expresión máxima de la unidad. Jesús, como todos los maestros del espíritu, ha irrumpido en el mundo para conducirlo todo hacia el Padre, puesto que, en definitiva, sólo él existe y es real de verdad. Jesús es, así pues, el espejo de la divinidad. La misión del maestro de Nazaret se sintetiza en la fórmula patristica, correspondiente a San Ireneo, según la cual: *“Dios se ha hecho hombre (en Jesús), a fin de que el hombre se haga Dios”*. Es espejo de la divinidad Jesús, pero no espejo exclusivo, como lo sugiere la mitologización que de él realiza el evangelista, quien subraya el carácter eterno y preexistente del maestro de Nazaret.

“Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te conocí”, se lamenta Jesús. El maestro es aquél que ha reconocido al Padre, que tiene noticia y no sólo noticia, sino experiencia directa también, de la dimensión absoluta de la realidad, una dimensión que es, hoy, desgraciadamente, como una suerte de continente perdido para la inmensa mayoría de la humanidad, que el maestro trata de recuperar. Y es que el mundo vive ciego a lo sutil del espíritu y el maestro apunta la posibilidad de despertar a su realidad salvífica.

Jn. 18, 1-11

Diciendo esto, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos. Judas, el que había de traicionarle, conocía el sitio, porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos. Judas, pues, tomando la cohorte y los alguaciles de los pontífices y fariseos, vino allí con lanternas, y hachas, y armas. Conociendo Jesús todo lo que iba a sucederle, salió y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondieronle: A Jesús Nazareno. El les dijo: Yo soy. Judas, el traidor, estaba con ellos. Así que les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra. Otra vez les preguntó: ¿A quién buscáis? Ellos dijeron: a Jesús Nazareno. Respondió Jesús: ya os dije que yo soy; si, pues, me buscáis a mí, dejad ir a éstos. Para que se cumpliese la palabra que había dicho: “De los que me diste no se perdió ninguno”. Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó e hirió a un siervo del pontífice, cortándole la oreja derecha. Este siervo se llamaba Malco. Pero Jesús dijo a Pedro: Mete la espada en la vaina; el cáliz que me dio mi Padre, ¿no he de beberlo?”

M.C.

Después de las palabras solemnes sobre la unidad completa y el amor, marchó Jesús al huerto de los olivos, donde debía ser prendido. Era un lugar donde Jesús acostumbraba a retirarse para orar.

Judas iba al frente de la policía de los sacerdotes (probablemente no de la cohorte romana, que no realizaba esas faenas), con lanternas, hachas y armas.

Juan narra el último milagro de Jesús vivo. Cuando pregunta *“¿A quién buscáis?”* y Jesús les responde, caen todos al suelo. Es como si el evangelista quisiera decirnos que Jesús podía haber escapado de la muerte y que iba a ella voluntariamente.

Si me buscáis a mí, dejad ir a éstos, dice Jesús preocupándose de sus discípulos.

Entonces, Pedro saca una espada, pero como no era un soldado experto sólo le corta una oreja a un siervo. En realidad, no parece muy verosímil que Pedro llevara una espada, ni que hiriendo a un policía del templo saliera con vida.

La reprensión de Jesús a Pedro: *“mete la espada en la vaina, porque he de beber el cáliz que el Padre me presenta”*, es una manera de afirmar, de nuevo, que Jesús va voluntariamente a la muerte para cumplir su misión: *revelar con su amor incondicional, el amor incondicional del Padre*.

H.B.

A mi modo de ver, nos hallamos ante uno de los pasajes estilísticamente más cuidados de todo el Evangelio, al tiempo que más rico desde el punto de vista del simbolismo.

Tras las oraciones anteriores, cuenta el evangelista que Jesús, acompañado de sus discípulos, *“salió al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto”*. Jesús deja atrás el mundo, este mundo, que es el ámbito del odio, las tinieblas y el egoísmo, para irse junto al Padre, que es lo luminoso y el amor. Por vez primera aparece mencionado un huerto en el texto, lo cual adquiere un importante valor simbólico como veremos. Jesús camina con paso valiente hacia la muerte, de ahí la autenticidad emocionante de sus palabras, pero antes penetrará en un huerto, que es el lugar del verdor por antonomasia, esto es, de la vida y la fecundidad. El evangelista parece querer insinuarnos que la muerte sacrificial de Jesús, apotropaica según Louis Massignon, será fecunda y vivificadora. Parafraseando la metáfora central de la mitología agraria, el huerto es el lugar simbólico en el que el grano ha de caer y ser enterrado, a fin de multiplicarse y dar vida.

Juan nos revela ahora un detalle significativo, y es que, a lo visto, Jesús y los discípulos se reunían allí a menudo. En otras palabras: el lugar de

encuentro habitual del maestro de Nazaret y los suyos no es una casa cerrada, sino un huerto abierto de par en par a la vida. Se reúnen, pues, en un lugar de vida, en la naturaleza. Amante de los contrastes, Juan opone aquí el huerto al templo. Los religiosos judíos enseñan en la sinagoga, mientras que Jesús lo hace en un huerto, que, como es costumbre en el Próximo Oriente, debía tener mucho de jardín.

El evangelista nos dice que Jesús es apresado de noche. Y es que las fuerzas del mundo actúan sin luz, en las tinieblas, a hurtadillas. La amenaza que el maestro de Nazaret representaba para el poder político y religioso judío viene subrayada por la numerosa cohorte de personas que intervienen en el apresamiento, con Judas, el traidor, a la cabeza. Al preguntar por él, respondió Jesús con un “yo soy” tan decidido y poderoso que, siempre según Juan, hizo retroceder y caer al suelo a sus captores. El evangelista pretende subrayar aquí que Jesús tiene un centro, desde el que es capaz de vencer al mundo. La fuerza del maestro de Nazaret reside en lo que realmente es; no es otra que su transparencia al Padre.

El impulsivo Simón Pedro desenfunda entonces la espada, hiriendo a un siervo del pontífice de nombre Malco, cuya raíz semítica trilítera (m-l-k) quiere decir rey y poder. Al fin y al cabo, Jesús y los suyos se enfrentan al poder establecido, aunque de formas divergentes. Pedro, está con Jesús, no hay duda, pero aún no se ha despojado de los valores violentos del mundo; éste todavía habita en él. La fuerza de Jesús es la palabra fecundadora que brota del silencio profundo; la de Pedro, el músculo y la espada. De hecho, Pedro es sólo un sobrenombre que indica el carácter pétreo y rocoso, un tanto tosco y obstinado, de Simón, al que Jesús reprende por su acto. Y es que Jesús, eso parece querer insinuar aquí el evangelista, no le teme a la muerte y se dirige a ella voluntariamente, aceptando su destino final.

Un detalle último significativo es que Jesús les dice a sus captores que lo prendan a él, pero que dejen marchar a los suyos. En todo momento y circunstancia, el maestro, que es un pastor, se preocupa de quienes le siguen.

Jn. 18, 12-14

La cohorte, pues, y el tribuno y los alguaciles de los judíos se apoderaron de Jesús y le ataron, y le condujeron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, pontífice aquel año. Era Caifás el que había aconsejado a los judíos: “Conviene que un nombre muera por el pueblo”.

M.C.

Jesús es conducido, atado como un malhechor, ante la autoridad religiosa. La fina espiritualidad de Jesús resulta ser un delito religioso grave.

Caifás es el que había dicho, con criterio político, “*conviene que un hombre muera por el pueblo*”, frase que Juan interpreta como un oráculo pronunciado por el sumo sacerdote de Israel.

Por el bien de la religión y de las creencias no respetan e incluso eliminan a las personas y la espiritualidad que no encaja perfectamente en sus moldes. La historia confirma amplia y reiteradamente, incluso en nuestros días, esta afirmación.

H.B.

Jesús es hecho preso y conducido atado a Anás, el suegro de Caifás, que era el pontífice de aquel año. ¿Acaso no pretende el evangelista oponer aquí la autoridad espiritual de Jesús, que deriva del Padre, al poder efímero -¡pontífice por un año!- de los hombres y del mundo?

Jn. 18, 15-18

Seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Este discípulo era conocido del pontífice, y entró al tiempo que Jesús en el atrio del pontífice, mientras que Pedro se quedó fuera, a la puerta. Salió, pues, el otro discípulo conocido del pontífice y habló a la portera e introdujo a Pedro. La portera dijo a Pedro: ¿Eres tú acaso de los discípulos de este hombre? El dijo: No soy. Los siervos del pontífice y los alguaciles habían preparado un brasero porque hacía frío, y se calentaban, y Pedro estaba también con ellos calentándose.

M.C.

Pedro y otro discípulo, que según la tradición es Juan, siguen a Jesús preso. Entra en el atrio el pontífice. Mientras Pedro se calienta en el brasero encendido por los sirvientes, se produce la primera negación de Pedro.

Cabe señalar que la inclusión de la pasión y muerte de Jesús no estuvo presente en los primeros escritos. La llamada “fuente Q” no habla de ella. La fuente Q es un conjunto de dichos y hechos de Jesús recogidos, probablemente, en un escrito anterior a los sinópticos y que se refleja en todos los evangelios, excepto en el de Juan.

Se deduce que ese documento existió porque los tres evangelios sinópticos coinciden en un conjunto de datos que debió constituir el primer escrito que

circuló entre las comunidades cristianas con anterioridad a los evangelios canónicos.

La pasión y muerte de Jesús se incluyó después, cuando pudo interpretarse su sentido. Era difícil interpretarla e incluso aceptarla, tanto desde la categoría de “Mesías de Dios”, como desde la categoría de “Hijo de Dios”, en sentido hebreo, que significa ungido, escogido por Dios para una misión.

Sin lugar a dudas la helenización de la interpretación de la figura de Jesús ayudó a asimilar e interpretar la pasión de Jesús. Encajaba bien en el esquema agrario de “muerte y resurrección”.

H.B.

Simón Pedro y otro discípulo anónimo -desconocemos si se trata del mismo que en la cena estaba recostado en el seno de Jesús, pero muy probablemente sea el mismo- acompañan a Jesús, aunque es éste sólo quien entra en el atrio del pontífice junto al maestro de Nazaret. Pedro, sin embargo, se queda fuera. Una vez más destaca el evangelista que la proximidad a Jesús a penas si se deja ver, es anónima, vacía de todo personalismo, mientras que la violenta bravuconada de Pedro posee nombre, el suyo, que subraya su comprensión de piedra. He ahí la gran diferencia entre uno y otro. Aquí, poco importa, por lo tanto, no saber la identidad del discípulo anónimo -a pesar de que la propia tradición cristiana diga que es Juan-; lo que se trata es de comprender la valiosa función que cumple en la escena.

El evangelista opone el anterior “yo soy” de Jesús al “no soy” de la que es la primera negación de Pedro -aún vendrán dos más-. Toda la bravuconería y arrogancia de Simón han desaparecido. Éste todavía no ha abierto los ojos. Recuérdese que el ciego de nacimiento sanado por Jesús en Siloé también pronunció “yo soy”. Y es que solamente quienes han visto y comprendido, quienes aman como el maestro ama, los que tienen un centro y son transparentes, afirman “yo soy” y son. Únicamente, quienes aparecen apegados al mundo dicen “no soy”.

La escena concluye con Pedro calentándose alrededor de un brasero, junto a los siervos del pontífice y los alguaciles, porque, a decir del evangelista, aquella noche, al parecer, hacía frío. La negación de Jesús y su luz, una luz que enciende el entendimiento y calienta los corazones, sitúa a Pedro en el mundo de la noche, el frío y la oscuridad, que son símbolos todos ellos no de vida sino de muerte.

Jn. 18, 19-24

El pontífice preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Respondióle Jesús: Yo públicamente he hablado al mundo; siempre enseñé en las sinagogas y en el templo, adonde concurren todos los judíos; nada hablé en secreto. ¿Qué me preguntas? Pregunta a los que me han oído qué es lo que yo les he hablado: ellos deben saber lo que les he dicho. Habiendo dicho esto Jesús, uno de los alguaciles, que estaba a su lado, le dio una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al pontífice? Jesús le contestó: Si hablé mal, muéstrame en qué, y si bien, ¿Por qué me pegas? Anás le envió atado a Caifás, el pontífice.

M.C.

Jesús actúa con gran entereza. Dice al Pontífice: no he hablado en secreto, sino en público. Pregunta a los que me han escuchado.

Le dan una bofetada por no contestar con servilismo. La reacción de Jesús continúa siendo entera: Si hablé mal, dime en qué. Si bien, ¿por qué me pegas?

H.B.

El pontífice le pregunta a Jesús, primero, acerca de sus discípulos y, después, sobre su doctrina. Lo primordial para el poder, que se mueve en el ámbito de la cantidad, es saber cuántos le siguen a Jesús. Sólo después se preocupa por la doctrina, esto es, por lo que dice. La presente escena contrasta con la anterior. Allí Pedro negó por vez primera a Jesús. Aquí el maestro hablará de sus discípulos, a los que jamás abandona.

Lo que Jesús ha venido a decir lo ha dicho, ya lo hemos visto, en público, en las sinagogas y el templo, en los baños y mercados. Su doctrina no es ni secretista ni tampoco elitista, sino abierta a todo ser humano. Por consiguiente, aduce Jesús, que les pregunten a las gentes sobre su doctrina, no a él, pues todo el mundo sabe, también las autoridades, qué es lo que ha predicado a los cuatro vientos. Dicho esto, un alguacil le dio una bofetada.

Jn. 18, 25-27

Entre tanto, Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron: ¿No eres tú también de sus discípulos? Negó él y dijo: No soy. Dijo uno de los siervos del pontífice, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja: ¿No te he visto yo en el huerto con Él? Pedro negó de nuevo, y al instante cantó el gallo.

M.C.

Seguramente reconocen a Pedro como seguidor de Jesús por su acento galileo y por su aspecto. La cuestión es que se produce la segunda y la tercera negación de Pedro.

Entonces canta el gallo, como había anunciado Jesús.

Pedro, el pilar de la Iglesia posterior, es un hombre débil.

H.B.

Mientras Pedro, de pie, sigue calentándose en la hoguera, niega por dos veces a Jesús; y al instante canta el gallo. La predicción del maestro de Nazaret se ha cumplido. “*No soy*”, pronuncia de nuevo Pedro, el discípulo, curiosamente, sobre el cual se edificaría más tarde la iglesia.

Jn. 18, 28-38

Llevaron a Jesús a casa de Caifás al pretorio. Era muy de mañana. Ellos no entraron en el pretorio por no contaminarse, para poder comer la Pascua. Salió, pues, Pilato fuera y dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Ellos respondieron, diciéndole: Si no fuera malhechor, no te lo traeríamos. Díjoles Pilato: Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley. Le dijeron entonces los judíos: Es que a nosotros no nos es permitido dar muerte a nadie. Para que se cumpliera la palabra que Jesús había dicho, significando de qué muerte había de morir.

Entró Pilato de nuevo en el pretorio, y, llamando a Jesús, le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Respondió Jesús: ¿Por tu cuenta dices eso o te lo han dicho otros de mí? Pilato contestó: ¿Soy yo judío por ventura? Tu nación y los pontífices te han entregado a mí; ¿qué has hecho?

Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, mis ministros habrían luchado para que no fuese entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. Le dijo entonces Pilato: ¿Luego tú eres rey? Respondió Jesús: Tú dices que soy rey. Yo para esto he nacido para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz. Pilato le dijo: ¿Qué es la verdad? Y dicho esto, de nuevo salió hacia los judíos y les dijo: Yo no hallo en éste ningún motivo de condenación.

M.C.

Anás manda a Jesús a Caifás. Éste no aparece, sino que presentan a Jesús a Pilato. Quizás la antigua casa de Caifás se ha convertido en residencia de Pilato. Hay en todo ello algo de incoherencia.

También la hay en el hecho de que entreguen a la muerte a un inocente, sin escrúpulos y, en cambio, no quieran entrar en el pretorio para no contaminarse. Las religiones pueden producir estas hipocresías.

Presentan a Jesús a Pilato. ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Contestación un tanto despectiva: si no fuera malhechor no te lo traeríamos. Le llaman malhechor, cuando sólo había hecho obras de misericordia con enfermos y marginados.

Pilato les dice que le juzguen ellos mismos según su ley. Pero la ley no les permite matar a nadie, por orden de Roma. Tenían que matarle los romanos para que le crucificaran. Pilato lo examina en privado. Le pregunta por un posible delito político, que es lo que a él le importa: ¿Te haces rey? Jesús le responde con lógica: ¿lo dices por tu cuenta, porque tú mismo lo has averiguado con tus sistemas de información o es simplemente lo que ellos te han dicho?

La respuesta de Jesús es adecuada a la preocupación de Pilato. Éste contesta: No soy yo y mis sistemas de información los que te han apresado. Yo no soy judío y son las autoridades de tu pueblo y tu pueblo los que te han entregado a mí, ¿qué has hecho?

Jesús responde a la sospecha de delito político: mi reino no es de este mundo. Si fuera de este mundo tendría defensores militares y no los tengo. Por tanto, mi reino no es de este mundo.

Pilato contesta entonces, aunque ya sin temor de que se trate de un delito político: ¿Luego tú tienes un reino y eres rey? Jesús contesta al sentido de la nueva pregunta de Pilato: Tú dices que soy rey, no ya en el sentido político que tú suponías. Yo he venido al mundo para otro tipo de reinado: dar testimonio de la Verdad.

Pilato viene a contestarle: ¡No me digas! ¿Qué es la verdad?

Con esta respuesta muestra la actitud de un romano de la elite, que conoce la diversidad de religiones, filosofías del imperio. Seguramente era un escéptico, más práctico que filosófico.

Pilato sale al pueblo para decirles que no halla causa alguna de condenación. No es un peligro político para que Roma intervenga.

H.B.

Anás envía a Jesús ante Caifás al pretorio. Sin embargo, quien entra en escena es Pilato. Los judíos le expresan el deseo de que sea la jurisdicción romana la que juzgue a Jesús, y que lo haga por malhechor, acusación que encubre el verdadero motivo del apresamiento del maestro: el de hacerse pasar por rey, tema éste que ocupará la segunda parte del presente pasaje. Se

confirma, pues, que lo que más inquieta de Jesús es su actividad pública. Pilato, sin embargo, parece querer quitarse el caso de encima y les dice que le juzguen ellos, según la ley judía, cosa a la que se niegan pues ésta no les permitía dar muerte a nadie. Lo cierto es que ambos poderes tratan de esquivar la responsabilidad directa del juicio a Jesús.

Pilato interroga a Jesús, preguntándole si es el rey de los judíos, a lo que el maestro de Nazaret responde, con toda la lógica del mundo, que eso lo afirma él por su cuenta o bien porque otros se lo han dicho. Jesús no es un rey, pero en caso de serlo sería un rey distinto, igual que su reino es otro tipo de reino. Jesús es un rey del espíritu y la verdad. Si es que la verdad admite rey alguno. El suyo, asevera el propio maestro, no es un reino de este mundo; ni tampoco él lo es. Ya dijo en su momento que provenía de arriba. Jesús juega aquí a confundir a su interlocutor con las palabras, consciente también de las dificultades que uno halla cuando trata de explicar las cosas del espíritu mediante un lenguaje que no está preparado para ello. De ahí que use el léxico común pero insuflándolo de nuevas significaciones. En resumen, su reino no es de este mundo.

Lo cierto es que el motivo real de la irrupción de Jesús en el mundo no es reinar sobre nada ni nadie, ni juzgar esto o lo otro, a éste o aquél, sino dar testimonio de la verdad. Esa es la auténtica misión de Jesús entre los hombres; ese el destino de todo maestro del espíritu. Y sólo quienes son de la verdad, quienes pertenecen a ella, pueden entender el alcance de sus palabras. Ser de la verdad significa no ser del mundo, porque el reino de la verdad, que es libertad, amistad y amor, no es de este mundo. Ser de la verdad es conocerla, puesto que conocer es ser. Esa es la máxima expresión, la más elevada, de la sabiduría espiritual, en la que ser y conocer coinciden. Ser de la verdad es, también, alcanzar un cierto grado de objetividad, a base de silenciar toda voz subjetiva, según la cual uno vive en conformidad con la naturaleza de las cosas.

Contrariado ante las palabras de Jesús, Pilato le interroga a propósito de la verdad. Jesús no le responde, ya ha dicho bastante. El romano ignora lo que es la verdad porque, en definitiva, no conoce la vida, tal como Jesús la transparente. La verdad la tiene ante sus ojos, encarnada en el maestro de Nazaret, pero Pilato, cegado también por el mundo, no puede verla. Con todo, no lo entiende Pilato, pero tampoco lo halla culpable de nada.

Jn. 18, 39-40

Hay entre vosotros costumbre de que os suelte a uno en la Pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al rey de los Judíos? Entonces de nuevo gritaron diciendo: ¡No a éste, sino a Barrabás! Era Barrabás un bandolero.

M.C.

Pilato intenta liberar a Jesús. Apela a la costumbre de liberar a un preso por Pascua. Les dice a los judíos, no sin cierto desprecio: ¿Suelto al rey de los judíos o a Barrabás? Los judíos escogen a Barrabás. Pilato teme la reacción de éstos.

El evangelista culpa de la muerte de Jesús a los judíos e intenta salvar la posición de los romanos.

H.B.

Pilato, como juez romano, halla inocente a Jesús e intenta liberarlo, pero claudica ante la ciega obstinación judía. Aquí, Pilato representa al cobarde que claudica ante las presiones externas y se muestra incapaz de liberar al maestro. Les da a escoger entre la libertad de Jesús o la de Barrabás, que era un bandido, y se inclinan por la de este último. En otras palabras: prefieren al dador de muerte, Barrabás, antes que al dador y multiplicador de vida, que es Jesús.

19

Jn. 19, 1-7

Tomó entonces Pilato a Jesús y mandó azotarle. Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, le vistieron un manto de púrpura y, acercándose a Él, decían: ¡Salve, rey de los judíos!; y le daban de bofetadas. Otra vez salió fuera Pilato y les dijo: Aquí os lo traigo para que veáis que no hallo en Él ningún crimen. Salió, pues, Jesús fuera con la corona de espinas y el manto de púrpura, y Pilato les dijo: Ahí tenéis al hombre. Cuando le vieron los príncipes de los sacerdotes y los servidores, gritaron, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale! Díjoles Pilato: Tomadlo vosotros y crucificadle, pues yo no hallo en Él motivo de condenación. Respondieron los judíos: Nosotros tenemos una ley, y, según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.

M.C.

Pilato manda azotarle para satisfacer a las masas. Los soldados se divierten con Él poniéndole una corona de espinas, una vieja clámide. Se burlan de él diciendo ¡Salve, rey de los judíos! y le abofeteaban.

Pilato toma a Jesús, ultrajado y humillado, con la corona de espinas y la clámide roja a modo de manto real para provocar piedad en el pueblo. Dice: ¡Ahí tenéis al hombre! Ya veis que no es nada, un pobre hombre.

En realidad está presentando al hombre en toda su dignidad, defendiendo la Verdad con firmeza, humildad y mansedumbre, como sólo se puede defender la Verdad.

Los Sacerdotes y servidores no tiene bastante con ese castigo y humillación y gritan: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Pilato responde: crucifícadle vosotros. Yo no hallo causa de condena.

Entonces se produce un cambio de estrategia de los sacerdotes. Se dan cuenta de que no sirve la acusación política. Ahora le acusan de grave infracción contra la ley judía: ¡Ha blasfemado, se ha hecho Hijo de Dios!

Esta acusación causa efecto en Pilato. ¿Podría ser un hijo de un dios al estilo heleno?, pensaría. Posiblemente advierte que es un asunto grave para los judíos y no quiere tener problemas en los días de la Pascua con los gentíos que se reúnen en Jerusalén.

Pilato normalmente no residía en Jerusalén, sino en Cesarea de la costa. Bajaba a Jerusalén, con tropas, cuando había riesgo de posibles desordenes y motines.

Podría estar enfrentándose a un motín, pensaría. Vuelve dentro del Pretorio para interrogar de nuevo a Jesús.

H.B.

Pilato ordena entonces azotar a Jesús. Luego, le imponen una corona de espinas, le cubren con un manto púrpura y le saludan como si de un rey se tratara, en la que no parece ser sino una parodia de una proclamación imperial. Mientras tanto, Jesús se muestra impertérrito, sin levantar protesta alguna. A mi modo de ver, no busca el evangelista, no parece quererlo, conmover al lector con una escena tan humillante, sino mostrar toda la incongruencia del poder y su fuerza bruta.

Una vez más, y ya van dos, Pilato les dice a los judíos que él no halla culpabilidad alguna en Jesús. Él, epítome de la cobardía, se lava las manos. Los príncipes de los sacerdotes judíos y los servidores piden la crucifixión del maestro de Nazaret. Aducen que ellos poseen una ley y que según ésta ha de morir, por haberse hecho Hijo de Dios. Esta es la muestra palpable de la absolutización de una ley, de autoridad divina, convertida en herramienta de dominio. Imbuidos en la visión legalitaria de la vida, los judíos que prendieron a Jesús desconocen el amor y la misericordia de Dios.

Jn, 19. 8-12

Cuando Pilato oyó estas palabras, temió más, y entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Jesús no le dio respuesta ninguna. Díjole entonces Pilato: ¿A mí ni me respondes? ¿No sabes que tengo poder para soltar y poder para crucifigarte? Respondióle Jesús: No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo

alto; por esto los que me han entregado a ti tienen mayor pecado. Desde entonces Pilato buscaba librarle; pero los judíos gritaron, diciendo: Si sueltas a ése, no eres amigo del Cesar; todo el que se hace rey va contra el Cesar.

M.C.

Con temor seguramente político y posiblemente supersticioso, Pilato vuelve a interrogar a Jesús: ¿De dónde eres? ¿Quién eres tú que así te odian?

Jesús no responde. Él no encaja en ninguno de los temores de Pilato.

Pilato le dice: Respóndeme porque tengo poder para soltarte o crucifigarte. Jesús le responde: no tendrías poder sobre mí si Dios no te lo hubiera dado. Los que me han entregado a ti tienen más culpa, porque pueden entender de qué hablo, tú no puedes entenderlo.

Los sacerdotes cambian de nuevo de táctica. Retoman la causa política: si sueltas a este hombre, eres enemigo del Cesar, porque se hace pasar por rey.

H.B.

Pilato siente miedo. Entra al pretorio de nuevo y le pregunta a Jesús que de dónde es. Como ya ha hecho anteriormente durante la descripción de la captura de Jesús en el huerto, Juan opone aquí de forma radical dos espacios y, por ende, dos ambientes: dentro y fuera. Dentro, Jesús responde con calma y entereza a las preguntas de Pilato; fuera es el ámbito del odio, el griterío fanático y los insultos. Dentro, Jesús habla; fuera, calla.

Así pues, Pilato le pregunta: “¿De dónde eres tú?”, pero Jesús calla, lo cual significa que el maestro de Nazaret se muestra a través de sus obras y no de formulaciones. Quiere Jesús que las gentes vean y comprendan por sí mismas, no que conceptualicen. Ante su silencio, se arroga Pilato la facultad de juzgar a Jesús, esto es, de condenarlo o bien de dejarlo en libertad. Cree el romano actuar desde sí mismo, pero Jesús lo corrige diciéndole que, en verdad, su poder le viene de lo alto, algo que Pilato es absolutamente incapaz de comprender.

Juan ha sabido dibujar de forma notable el perfil de Pilato. Éste es el símbolo del hombre cobarde y temeroso, integrado en el poder, incapaz de elevar la voz, su voz. A diferencia de Jesús, Pilato no es libre.

Jn. 19, 13-16

Cuando oyó Pilato estas palabras sacó a Jesús fuera y se sentó en el tribunal, en el sitio llamado litóstrotos, en hebreo gabbata. Era el día de la preparación de la Pascua,

alrededor de la hora sexta. Dijo a los judíos: Ahí tenéis a vuestro rey. Pero ellos gritaron: ¡Quita, quita! ¡Crucifícale! Díjoles Pilato: ¿A vuestro rey voy a crucificar? Contestaron los príncipes de los sacerdotes: Nosotros no tenemos más rey que al César. Entonces se lo entregó para que le crucificasen.

M.C.

Se trata ésta de una escena de cinismo y fanatismo.

Pilato ve que no le conviene enfrentarse con las autoridades judías, por culpa de un pobre galileo. Tendrá que ceder, pero cederá humillándoles.

Se sienta en el tribunal para dictar sentencia. Es un momento solemne. Juan recoge el día y la hora.

Dice Pilato: ¡Ahí tenéis a vuestro rey! ¿A éste teméis?

Los judíos gritan: ¡Quita! ¡Crucifícale!

Pilato les contesta con sorna: ¿A vuestro rey he de crucificar?

A esta sorna de Pilato responde la afirmación cínica de los príncipes de los sacerdotes: no tenemos más rey que al Cesar. Se trata de una afirmación abominable para Israel.

Viendo Pilato el empeño y la resistencia de los sacerdotes, entrega a Jesús para que lo crucifiquen. No se va a arriesgar por alguien como Jesús el galileo.

¿Quién manda crucificar a Jesús? Los temores y ambiciones judías y romanas y la ignorancia del pueblo. No es el Padre el que destina a su Hijo, a Jesús de Nazaret, a la muerte en el patíbulo para redimir, con ella, los pecados humanos. Es sólo la estructura del mito agrario-autoritario la que exige que el Padre disponga el sacrificio atroz de Jesús, su Hijo Unigénito.

Jesús asume voluntaria y mansamente su sacrificio para culminar con él su renuncia a sí mismo y revelar plenamente al Padre.

H.B.

Finalmente, Pilato, que no desea enemistarse con los judíos, se dispone a entregar a Jesús para que lo crucifiquen, pero no sin antes humillarlos. Les dice, no sin cierta ironía, que cómo es posible que haya de crucificar al que es el rey de los judíos, a lo que éstos, sin ocultar su cinismo, le contestan que ellos no tienen más rey que el César, una verdadera aberración desde el punto de vista religioso de los judíos. En cualquier caso, la respuesta delata lo que Dios representa realmente para ellos. Sea como fuere, Pilato cede y se lo entrega para que lo crucifiquen.

Jn. 19, 17-30

Tomaron, pues a Jesús, que, llevando su cruz, salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota, donde le crucificaron, y con Él a otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio. Escribió Pilato un título y lo puso sobre la cruz; estaba escrito: Jesús nazareno, Rey de los judíos. Muchos de los judíos leyeron este título, porque estaba cerca de la ciudad el sitio donde fue crucificado Jesús, y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego.

Dijeron, pues, a Pilato los príncipes de los sacerdotes de los judíos: No escribas “Rey de los judíos” sino que él ha dicho: “Soy rey de los judíos”. Respondió Pilato: Lo escrito, escrito está. Los soldados, una vez que hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y la túnica. La túnica era sin costura, tejida toda desde arriba. Dijéronse, pues, unos a otros: “no la rasguemos, sino echemos suertes sobre ella para ver a quién le toca, a fin de que se cumpliera la Escritura: “Dividieron mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes”. Es lo que hicieron los soldados.

Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Luego dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed. Había allí un botijo lleno de vinagre y se le llevaron a la boca. Cuando hubo gustado el vinagre, dijo Jesús: Todo está acabado, e inclinando a cabeza entregó el espíritu.

M.C.

Se llevan a Jesús para la ejecución pública, paseándolo con la cruz a cuestas por las calles de Jerusalén, hasta llegar al lugar de la ejecución.

Le crucificaron entre dos malhechores. Malhechor entre malhechores.

Pilato escribe la causa de la crucifixión: “Rey de los judíos”, en hebreo, latín y griego, para que todos se enteren.

Los sacerdotes se quejan a Pilato. Éste no cede. Por lo menos se da el gusto de humillar a los príncipes judíos.

Juan narra como un hecho lo que interpreta como una profecía sobre el Mesías: se repartirán mis vestiduras y echaran suertes sobre mi túnica.

Según narra Juan, estaban junto a la cruz (seguramente a distancia, porque los guardias no permitían acercarse a los ajusticiados) María, la madre de Jesús, su hermana, y María Magdalena. También estaba Juan, por las palabras que Jesús dirá después.

Jesús encarga a Juan, el más joven de sus discípulos, a su madre, que para los cánones de la época era ya mayor (posiblemente no llegaría a los 50 años). Juan la recibió en su casa.

A este pasaje se le ha dado tradicionalmente mucha importancia. María, la madre de Jesús, según la interpretación posterior, es establecida como madre de los discípulos de Jesús. María es mitologizada, en la tradición, hasta aproximarla a una diosa madre, figura imprescindible para las culturas agrarias, que representan a la diosa tierra como a la gran madre, contrapeso del patriarcalismo de la representación divina. Aproximan a María a esta figura, sin que lleguen nunca a hacer de ella una diosa-madre.

Para Jesús todo está consumado. La pérdida de sangre debió darle mucha sed. Pidió agua y le dieron vinagre, lo cual debía estar establecido para los reos de crucifixión, para aliviarles un poco la sed.

Después de gustar el vinagre, dijo Jesús *“Todo está acabado”*, e inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Muerte infamante, pero mansa y digna de un gran sabio y maestro; que para la mitologización que Juan hace de Jesús, es la muerte del Hijo Unigénito de Dios. ¡Muerte imposible de olvidar!

H.B.

Finalmente, es el poder judío el que se hace cargo de Jesús y de su muerte. El maestro de Nazaret es conducido camino del Calvario, Gólgota en hebreo. El evangelista subraya en todo momento la aceptación por parte de Jesús de su destino. Así, es él mismo quien carga a las espaldas con la cruz en la que habrá de ser crucificado. Curiosamente, no se especifica en ningún momento quien lo crucifica exactamente, tal como si se pretendiera evidenciar que, a fin de cuentas, todos son responsables del hecho.

Jesús es crucificado junto a dos más, de los que no se ofrece identidad alguna, al contrario de lo que sucede en otros evangelios, pero bien podríamos decir que, en el fondo, simbolizan a sus discípulos, es a decir, a todos aquéllos que están junto a él, tras haber recorrido su mismo camino. El cartel que Pilato escribe para colocarlo sobre la cruz está en tres lenguas: hebreo, latín y griego, lo que da prueba de la universalidad del mensaje del maestro de Nazaret. La inscripción reza: *“Jesús Nazareno, Rey de los judíos”*, ante lo cual protestan las autoridades judías, sin que Pilato rectifique. Lo escrito, les replica, escrito está.

Cuenta el evangelista que, una vez crucificado Jesús, los soldados tomaron sus vestidos haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y la túnica, que al ser de una sola pieza, no la rasgaron sino que se la sortearon. Ciertamente, el hecho, desde el punto de vista del simbolismo, es rico. En

primer lugar, se habrá de decir que el manto y la túnica constituyen el símbolo oriental por antonomasia de la transmisión espiritual, de la fuerza interna del maestro. Es el caso de la *jirqa* en el sufismo, por ejemplo. Las cuatro partes de los vestidos de Jesús tal vez simbolizen los cuatro puntos cardinales, dando a entender la vocación universal de su mensaje. La túnica indivisible, por su parte, representa la unidad interior de quien reside en el Padre.

Tres mujeres entran en escena, al lado de la cruz: María, la madre de Jesús, que representa el origen del maestro; la hermana de ésta y María Magdalena, que es, en cierto modo, el futuro de la comunidad cristiana. Al lado de ellas hace acto de presencia, una vez más, el discípulo amado de Jesús, el anónimo a quien el maestro ama, que será quien acoja en su casa a María.

“Tengo sed”, balbucea Jesús, mientras muere lentamente en la cruz. En cierta manera, se trata de una nueva oportunidad que el maestro les brinda a quienes le han crucificado, tal como ya hiciera en la cena de despedida, al ofrecerle un bocado a Judas, de quien sabía que lo había traicionado. Jesús les muestra a las gentes, pues, que su amor no ha sido vencido por el odio. Pidió agua Jesús y le dieron a beber vinagre. El evangelista introduce aquí, por último, una nueva oposición: Jesús es el vino (recuérdese que había transformado el agua en vino en las bodas de Caná); los judíos, el vinagre. Una vez el maestro de Nazaret hubo gustado el vinagre, es decir, aceptó voluntariamente su destino fatal, inclinó la cabeza y entregó su espíritu.

Jn. 19, 31-37

Los judíos, como era el día de la Parasceve para que no quedasen los cuerpos en la cruz el día de sábado, por ser día grande aquel sábado, rogaron a Pilato que les rompiesen las piernas y los quitase. Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con Él, pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero; él sabe que dice verdad para que vosotros creáis; porque esto sucedió para que se cumpliera a Escritura: “No romperéis ni uno de sus huesos”. Y otra Escritura dice también: “Mirarán al que traspasaron”.

M.C.

Para honrar el sábado, y el sábado de Pascua, los judíos piden a Pilato que remate a los reos rompiéndoles las piernas, para que se desangren más rápidamente, mueran y los puedan bajar de la cruz.

¡Curiosa manera de cumplir la ley y honrar el sábado, añadiendo una crueldad a otra!

Jesús estaba ya muerto cuando se aproximaron los soldados. Uno de ellos, para asegurarse, le atravesó el costado, del que salió sangre y agua.

Juan se pone solemne y da testimonio de lo que vió; su testimonio es verdadero, para que creamos. ¡Jesús murió realmente, no le bajaron todavía vivo de la cruz!

Así se cumplieron las Escrituras: No le rompieron ningún hueso, pero le traspasaron. No le infligieron la última humillación, pero se aseguraron de que estaba realmente muerto.

La narración del tormento de Jesús es escueta.

Estamos frente a una narración sobria de la crucifixión de Jesús. Aunque Juan no fuera testigo presencial de ella, había visto con seguridad crucifixiones de reos. Los romanos las prodigaban y más en tiempos y tierras revueltas.

El patetismo y la grandeza de la escena no necesitan comentarios. Nos mantendremos en la misma actitud de Juan.

H.B.

A los judíos les preocupa la pureza legal que exige la fiesta pascual que se acerca. Es viernes y el sábado sagrado está al caer. Por consiguiente, le piden a Pilato que les rompa las piernas a los crucificados, para que acelerar su muerte, y que los retiren de la cruz, a fin de no profanar el sábado. La escena es macabra y cruel, aunque en ningún momento el evangelista, siempre sobrio, se regodea en ella. Nada, ni siquiera la vida, está por encima de la ley. Que los crucificados estén ahí presentes en sábado transgrede la supuesta ley de Dios, pero no el crimen que llevan a cabo.

Como Jesús ya está muerto, no habrán de hacer nada de eso en él, pero sí en los otros dos hombres. Un soldado, eso sí, le atravesará el costado de una lanzada. El gesto es gratuito e innecesario, por eso resulta más cruel todavía. El odio contra Jesús persiste aun después de muerto. En ese sentido, la lanzada y el vinagre son equivalentes, ambos constituyen los elementos simbólicos de dicho odio desmedido. Tras la lanzada, salió sangre y agua del costado de Jesús, gesto de una gran riqueza simbólica. La sangre es la expresión de la muerte sacrificial de Jesús, de su entrega hasta el final por los otros, de su amor incondicional. Por su parte, el agua representa la fuerza del espíritu que él comunica, el principio activo de vida del que todos, sin excepción alguna, pueden beber, aun después que Jesús haya muerto. En cierto modo, el agua que mana de su costado representa, siempre simbólicamente, huelga decirlo, la verdadera herencia espiritual del maestro de Nazaret.

Jn. 19, 38-42

Después de esto rogó a Pilato José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por temor de los judíos, que le permitiese tomar el cuerpo de Jesús, y Pilato se lo permitió. Vino, pues, y tomó su cuerpo. Llegó Nicodemo, el mismo que había venido a Él de noche al principio, y trajo una mezcla de mirra y áloe, como unas cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo fajaron con bandas y aromas, según es costumbre sepultar entre los judíos. Había cerca del sitio donde fue crucificado un huerto, y en huerto un sepulcro nuevo, en el cual nadie aún había sido depositado. Allí, a causa de la Parasceve de los judíos, por estar cerca el monumento, pusieron a Jesús.

M.C.

José de Arimatea consigue que le den el cuerpo de Jesús y no lo echen a la fosa común de los reos.

Él y Nicodemo, dos discípulos de Jesús de la élite, perfumaron y vendaron en secreto el cuerpo de Jesús y lo colocaron en un sepulcro nuevo, cerca del Gólgota, porque no se podía ir lejos en sábado.

Ya hemos apuntado que los Evangelios en general y Juan, en particular, culpan de la muerte a los judíos, disculpando a los romanos. Los Evangelios son escritos helenísticos que presentan a Jesús a las gentes del Imperio. Los judíos han rechazado a los cristianos y el Imperio ha de acogerles, aunque costará tiempo que así sea. Por ello intentan no indisponerse con el Imperio.

H.B.

José de Arimatea, discípulo en secreto de Jesús, le pide a Pilato recoger el cuerpo de Jesús, a lo que el romano accede. Como puede verse, el evangelista tratará hasta el final de hacer recaer sobre los judíos toda la responsabilidad de la muerte de Jesús, independientemente de la actitud cobarde adoptada por Pilato.

Finalmente, entra en escena de nuevo el fariseo Nicodemo, jefe entre los judíos, pero admirador de Jesús, quien junto a José rendirán el último tributo al maestro, perfumando su cuerpo con una mezcla de mirra y áloe, símbolos de vida, mencionados con frecuencia en el Cantar de los Cantares, y vendándolo después. Es la segunda vez en el texto que Jesús es homenajeado con perfumes. Primero fue en Betania, en casa del Lázaro resucitado. Allí se agasajó al Jesús vivo. Ahora, José y Nicodemo rinden homenaje al Jesús muerto. Por último, los dos hombres depositan el cuerpo de Jesús en un sepulcro nuevo.

20

Jn. 20, 1-2

El día primero de la semana, María Magdalena vino muy de madrugada, cuando aún era de noche, al monumento, y vio quitada la piedra del monumento. Corrió y vino a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús amaba, y les dijo: Han tomado al Señor del monumento y no sabemos dónde le han puesto.

M.C.

María Magdalena amaba a Jesús más que ninguno de sus discípulos. Y dice un evangelio apócrifo, que Jesús amaba a María Magdalena más que a sus otros discípulos.

Su gesto de ir de madrugada al sepulcro de Jesús prueba este amor.

Cuando llegó vio que estaba apartada la piedra que tapaba la entrada del sepulcro. Corrió a contárselo a Pedro y Juan: han tomado el Señor del monumento y no sabemos dónde lo han puesto, dice.

La Magdalena es el primer testigo de la resurrección de Jesús, pero no llega a serlo por completo, porque no comprueba si Jesús está o no vivo. El patriarcalismo de los discípulos de Jesús no permite que una mujer sea el primer testigo de la resurrección.

Sale corriendo para decirlo a los dos varones principales de los discípulos, para que sean ellos los testigos.

H.B.

El episodio de la visita de María Magdalena al sepulcro, siendo madrugada, esto es, antes de que despunte el día, tiene lugar el primer día de la semana, lo que equivale a decir que dicho gesto inaugura el advenimiento de un tiempo nuevo. Comprueba, entonces, María Magdalena que Jesús no está en el sepulcro y corre a buscar a Simón Pedro y el discípulo anónimo al que Jesús amaba, para que ellos también lo comprueben. María Magdalena da cuenta de la desaparición del cuerpo de Jesús, pero no de su resurrección, pues aún desconoce dicha circunstancia.

Jn. 20, 3-10

Salió, pues, Pedro y el otro discípulo y fueron al monumento. Ambos corrían; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al monumento, e inclinándose, vio las bandas, pero no entró. Llegó Simón Pedro después de él, y entró en el monumento y

vio las fajas allí colocadas, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con las fajas, sino envuelto aparte. Entonces entró también el otro discípulo que vino primero al monumento, y vio y creyó; porque aún no se había dado cuenta de la Escritura, según la cual era preciso que Él resucitase de entre los muertos. Los discípulos se fueron de nuevo a casa.

M.C.

Pedro y Juan van corriendo al sepulcro a comprobar lo que les ha anunciado Magdalena. Juan llega primero, pero cede el lugar a Pedro, para que sea él quien entre primero en el sepulcro vacío y testifique el hecho.

Dice el evangelista que las fajas y el sudario estaban ordenados y doblados. Como si Jesús se hubiera despertado y arreglado sus cosas. No había sido robado precipitadamente, lo que equivale a decir que Jesús se había levantado por su propio pie.

Cuando Juan vio estas cosas creyó y recordó que las Escrituras decían que Él resucitaría de entre los muertos.

Y se volvieron a casa.

Recordemos que las narraciones sobre la resurrección no son una crónica, como nada en los Evangelios. Son la expresión de la fe de las comunidades de seguidores de Jesús, de su fe en el Jesús vivo, expresada míticamente.

Para sus discípulos la muerte de Jesús no es definitiva, porque le sienten vivo. Y le sienten vivo porque su Espíritu les invade. Están llenos de lo que Jesús les reveló. Y eso que les reveló es Jesús mismo, porque él y el Padre son uno. Todas esas ideas y vivencias las expresan con los mitos que estructuran sus cabezas y sentires.

Jesús es, para sus discípulos, el Viviente, el que supera a la muerte. Él era su revelación, encarnaba su revelación, que era la manifestación del Padre.

Desde esta perspectiva, ningún maestro muere, aunque muera, aunque su cuerpo se deshaga en la tierra. No es una individualidad, es sin egocentración ninguna. Su cuerpo es el cosmos entero. Es el espíritu que mueve y une a sus discípulos.

H.B.

Una vez más, aparecen juntos en escena Simón Pedro y el discípulo anónimo. Las veces anteriores ha trazado el evangelista una neta oposición entre uno y otro. En esta ocasión, no será menos, como a continuación veremos.

Los dos discípulos corren prestos hacia el sepulcro, pero en la carrera se produce un hecho de enorme simbolismo. Dice el evangelista que el otro discípulo

corre más y avanza a Pedro. Respondiendo al significado de su propio nombre, que ya hemos avanzado que se trata de un seudónimo, Pedro es lento y pesado como una piedra, mientras que el otro discípulo, que carece de nombre, es liviano y, por ello mismo, veloz. Como se ha encargado el evangelista de reiterar todas las veces que ha entrado en escena, se trata del discípulo al que amaba Jesús. ¿Acaso el amor de Jesús no da alas a quien él ama?

A pesar de llegar el último, Pedro entra el primero, por deferencia del otro discípulo. Podría decirse que éste despliega el amor que Jesús le ha comunicado. A pesar de haber estado junto al maestro hasta el último instante y de no haberlo negado, como hizo Pedro, le deja pasar delante. Pedro entra, pero el evangelista no deja constancia de la reacción de Pedro ante el sepulcro vacío. Del otro, en cambio, dice, por este orden, que entró, vio y creyó, esto es, comprendió cuanto tenía ante sí. Una vez más, pues, pone de relieve el evangelista la distancia que separa a los dos discípulos, por lo que hace a la comprensión de los signos que ante ellos se despliegan.

Para acabar, algo que llama la atención es lo extraña que es la escena. O tal vez debamos decir que no pretende seguir criterio alguno de realidad. Así, resulta raro que los discípulos no crucen ni media palabra entre sí. Y es que, a mi modo de ver, el pasaje ha de ser leído en clave estrictamente simbólica. El evangelista no persigue describir hechos históricos, sino que despliega ante el lector actitudes paradigmáticas ante el hecho de la resurrección de Jesús. De otro modo, todo sería muy absurdo, como el hecho que al final se diga que los dos discípulos se fueron de nuevo a casa, sin dar cuenta del suceso... ¡como si nada hubiese sucedido! Y es que, como dirían los sufíes, para dar testimonio de algo no basta con saberlo, sino que es preciso haberlo vivido.

Jn. 20, 11-18

María se quedó junto al monumento, fuera, llorando. Mientras lloraba se inclinó hacia el monumento, y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cuerpo de Jesús. Le dijeron: ¿Por qué lloras, mujer? Ella les dijo: Porque han tomado a mi Señor y no sé dónde le han puesto. Diciendo esto, se volvió para atrás y vio a Jesús que estaba allí, pero no reconoció que fuese Jesús. Dijo Jesús: Mujer, ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si le has llevado tú, dime dónde le has puesto, y yo le tomaré. Dijo Jesús: ¡María! Ella volviéndose, le dijo en hebreo: ¡Rabboni!, que quiere decir Maestro. Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido al Padre; pero ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: “he visto al señor”, y las cosas que le había dicho.

M.C.

María Magdalena, la que amaba a Jesús, está sola junto a la tumba, llorando. Cuando ve dos ángeles que le preguntan por qué llora, parece no extrañarse y les explica su drama: se han llevado el cuerpo de su Maestro.

Se vuelve y ve a Jesús, pero no le reconoce. Quizás ni mira. No supone que pueda ser Jesús.

Jesús le pregunta también por qué llora. La Magdalena le explica de nuevo su problema. El evangelista dice que Magdalena lo toma por el hortelano. ¿Cómo no va a reconocer su voz? Magdalena le dice: dime dónde le has puesto y yo me lo llevaré.

Toda la narración es extraña; más afectiva que racional. Lo que queda claro es el amor de Magdalena por Jesús. Juan la presenta muy alterada, diciendo cosas muy poco racionales, como que ella cargará el cuerpo muerto de Jesús. ¿Podría? ¿Para hacer qué?

Jesús la llama por su nombre. ¡María! Entonces ella le reconoce y le dice “Maestro mío” y le abraza. Jesús contesta enigmático: “No me toques porque aún no he subido al Padre”. Pero le encarga una misión: que vaya a sus discípulos y les diga: “Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios”.

Hay que advertir aquí el significado de unidad de la expresión de Jesús: mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios.

María cumple el encargo y les cuenta lo que le ha pasado.

Es un pasaje extraño y conmovedor.

H.B.

María Magdalena, nos dice el evangelista, permanece fuera del sepulcro llorando. Mira dentro y ve dos ángeles. Los ángeles representan la capacidad de sutileza de la mirada. Mirar desde la consciencia angélica es ver una realidad hecha de sutileza pura. Los ángeles no son, pues, entidades, sino la propia realidad que nos habla desde dentro de las cosas mismas. La esfera angélica corresponde a la dimensión sutil de la realidad. Ver a los ángeles es haber mirado, visto y comprendido. Hoy, debemos utilizar el término angélico de manera muy prudente. Para los sufíes, herederos directos de la rica angelología persa mazdea, vivir desde lo angélico significa ver toda la realidad como un fenómeno simbólico. El mundo es el mundo de los signos teofánicos.

Volviendo a la escena, el evangelista relata el diálogo de María con los dos ángeles, vestidos de blanco, símbolo de gozo. Ella, que mira de frente al sepulcro, les dice que llora por la ausencia de Jesús, pero cuando se vuelve sobre sí ve que Jesús está tras ella, aunque no lo reconoce. Con otras palabras, Jesús no está en el sepulcro, ámbito de la muerte, sino fuera, con los vivos. ¿Por

qué María no reconoce al maestro? Tal vez hubiese reconocido a un Jesús muerto, pero no al Jesús vivo que tiene ante sí. Como puede verse, Juan discurre sobre lo sutil. El caso es que María lo confunde con un hortelano. Es entonces cuando el maestro la llama por su nombre y ella lo reconoce... ¡por la voz! Sin duda, la narración es extraordinaria. María sabe que es Jesús no por la vista sino por el oído, lo que equivale a decir que lo descubre no a través de la forma aparente, sino de la sutilidad del aliento vital hecho palabra creadora. Jesús le dice, entonces, que vaya a anunciar a sus hermanos cuanto ha visto. Por primera vez los discípulos, que ya antes han sido elevados a la categoría de amigos, son designados aquí como hermanos, esto es, una comunidad de iguales que comparten una misma esencia, al mismo Padre. Jesús habla aquí, pues, el lenguaje de la unidad, que es el del amor.

Jn. 20, 19-25

La tarde del primer día de la semana, estando cerradas las puertas del lugar donde se hallaban los discípulos por temor de los judíos, vino Jesús y, puesto en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. Y diciendo esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron viendo al Señor. Díjoles otra vez: La paz sea con vosotros. Como me envió mi Padre, así os envío yo. Diciendo esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo, a quien perdonareis los pecados, les serán perdonados, a quienes se los retuviereis, les serán retenidos. Tomás uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Él les dijo: Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré.

M.C.

Es domingo por la tarde. Los discípulos están juntos y encerrados en una habitación de una casa. Tienen cerradas las puertas por temor a los judíos. Jesús aparece en medio de ellos y les dice: “La paz sea con vosotros” y les muestra las heridas de los clavos y la del costado para que vean que es Él y que está vivo.

Jesús trae paz, porque libera del ego y de todos los temores. Los discípulos estaban necesitados de paz y sobrados de miedo. Les da la paz y les libera del miedo transmitiéndoles el Espíritu Santo. Pero, ¿Qué es el Espíritu Santo que les transmite?

Lo que les dice Jesús es clave para comprender su misión, aunque el texto ha sido usado para sostener la institución de la confesión.

Jesús les aclara lo que es el Espíritu Santo: “a quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengáis les serán retenidos”.

Jesús les da a sus discípulos su Espíritu, es decir, su revelación. Quienes viéndoles puedan comprender, se les perdonarán sus pecados, porque al comprender “al que es” se liberarán de la egocentración, raíz de todos los pecados. Los que no reciban la revelación, no comprenderán y quedarán atrapados, retenidos en su yo y en los frutos del yo.

El poder de perdonar pecados no es un poder casi jurídico delegado por Dios, que perdona los frutos del yo, pero que deja el yo intacto e incluso afianzado por su arrepentimiento. El poder de perdonar pecados es el poder de ver y despertar a la visión de “lo que es” desde lo que “sólo parece ser”. Es el poder de llevar a “Eso no dual” desde la dualidad.

Tomás no estaba presente cuando esta aparición de Jesús ocurrió. No pudo creerse lo que le contaron y dijo la frase: “*Si no toco con mis manos sus heridas, no creeré*”.

Ésta es una forma que le permite al evangelista afirmar que lo que están viviendo es real. Y sin duda lo es, pero no como lo enuncian las palabras del mito. Es real como acontecimiento del Espíritu en los espíritus desorientados y temerosos de los discípulos de Jesús.

H.B.

La tarde del primer día de la semana –referencia temporal harto simbólica, como ya hemos visto antes–, Jesús se aparece por primera vez a los discípulos, mientras están reunidos secretamente. Estamos ante el inicio de una nueva comunidad, la cristiana, la de los seguidores de Jesús. El maestro les saluda deseándoles la paz, desde el centro de la habitación. La presencia del maestro es siempre pacificadora. Quien reside en el Padre irradia paz; quien lo hace en el ego, hostilidad. El mundo del maestro es el de la paz.

Dicho esto les muestra las manos y el costado, esto es, sus cicatrices. Ese y no otro es su patrimonio, lo que tiene y lo que es. Jesús es de fiar porque no ha rehuido la lucha interior, el combate (pacífico) espiritual. Ha dado la vida por los otros. Sopló Jesús entonces, infundiéndoles su espíritu. Jesús transmite su fuerza interior mediante el aliento. Algunos maestros sufies inician a sus discípulos soplándoles en el oído. En otras palabras: Jesús otorga sutilidad, no una pesada teología. Del mismo modo, el discípulo no es sólo carne ya, sino algo más, mucho más sutil, angélico podríamos decir incluso.

El evangelista introduce en la escena a Tomás, uno de los doce discípulos, que no estaba cuando irrumpió Jesús en la habitación y, en consecuencia, no ha recibido el espíritu de Jesús, de ahí sus reticencias a creer sin antes haber visto. Tomás exige una prueba individual para creer, lo cual implica que no le basta con el testimonio del resto y que él no ha sido capaz de presentir en ellos el espíritu de Jesús.

Jn. 20, 26-30

Pasados ocho días, otra vez estaban dentro los discípulos, y Tomás con ellos. Vino Jesús, cerradas las puertas y, puesto en medio de ellos, dijo: La paz sea con vosotros. Luego dijo a Tomás: Alarga acá tu dedo y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado, no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomás y dijo: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: Porque me has visto has creído; dichosos los que sin ver creyeron. Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de los discípulos que no están escritas en este libro; y éstas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

M.C.

Ocho días más tarde vuelve a repetirse la situación: los discípulos juntos y encerrados. Tomás está con ellos. Se sugiere que se han pasado la semana encerrados, posiblemente orando y confortándose unos a otros después de la aparición de Jesús y de recibir su Espíritu.

Otra vez les dice: *“La paz sea con vosotros”*. Él en medio de ellos es la paz.

Se dirige a Tomás y le invita a meter los dedos en sus llagas de las manos y su mano en su costado. Y le reprende. *“No seas incrédulo sino fiel”*

¿Qué es lo que reprende Jesús? Que juzgue lo que le explican desde criterios de la vida cotidiana.

¿Qué pretende el evangelista con esta incredulidad de Tomás?

Desde un punto de vista mítico (desde la epistemología mítica), quiere argumentar que las cosas son como se describen, en concreto la resurrección de Jesús.

¿Y desde un punto de vista ya no mítico? Desde ese punto de vista, Juan viene a decir: comprende lo que significa la resurrección de Jesús y no necesitarás pruebas físicas. Si comprendes que el Maestro no muere, no necesitarás tocar su cuerpo resucitado para comprender.

Responde Tomás ¡Señor mío y Dios mío!

Tomás comprende ahora hasta el extremo de llamar a Jesús Señor y Dios. Es la confesión de Juan y su comunidad: interpretan a Jesús como la encarnación del Verbo, como la presencia plena del Verbo, de Dios en Jesús de Nazaret.

Concluye con un párrafo que parece el final del Evangelio. Se nos dice que Jesús hizo otras señales en presencia de sus discípulos. No todas ellas están en el Evangelio y las que Juan ha escrito son para que sus discípulos crean, no para hacer una crónica de los hechos de Jesús. Para que crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. En Juan habla el judío helenizado y reúne la mitología

de Israel, llamándole Mesías, con la mitología helena, llamándole Hijo de Dios. Creer significa aquí comprender, porque a ese creer le sigue la vida en la realidad de Jesús, que es la manifestación del Padre.

H.B.

Una vez más, la escena discurre el primer día de la semana. Y es que nos hallamos ante hechos cuyo alcance es inaugural. Los discípulos se hallan dentro, sin especificar el lugar, lo cual significa que fuera es el ámbito del mundo y la hostilidad; y dentro el de la paz que otorga la comunión en Jesús. Al igual que antes, las puertas están cerradas, pero ahora no por temor, sino para celebrar en la intimidad. Jesús está en medio de los discípulos. En esta ocasión, sí, también Tomás está presente. El maestro de Nazaret le pide a Tomás, que había reclamado una prueba personal al margen de la comunidad, que le toque sus manos y que introduzca las suyas en el costado. El gesto tiene algo de eucarístico, de participación a través del tacto en la vida de Jesús. Pero, también hay un reproche en todo ello: *“Porque me has visto has creído; dichosos los que sin ver creyeron”*.

Las últimas palabras del evangelista bien podrían ser el final del Evangelio. Se dice que muchas otras señales realizó Jesús, de las cuales sólo un puñado están aquí recogidas. Juan sabe más que lo que dice.

21

Jn. 21, 1-14

Después de esto se apareció Jesús a los discípulos junto al mar de Tiberíades, y se apareció así: Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo; Natanael, el de Caná de Galilea, y los de Zebedeo, y otros dos discípulos. Díjoles Simón Pedro: Voy a pescar. Los otros le dijeron: Vamos también nosotros contigo. Salieron y entraron en la barca, y en aquella noche no pescaron nada. Llegada la mañana, se hallaba Jesús en la playa; pero los discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús.

Díjoles Jesús: Muchachos, ¿no tenéis a la mano nada que comer? Le respondieron: No. El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis. La echaron, pues, y ya no podían arrastrar la red por la muchedumbre de los peces. Dijo entonces aquel discípulo a quien amaba Jesús: ¡Es el Señor! Así que oyó Simón Pedro que era el Señor, se ciñó la sobretúnica, pues estaba desnudo, y se arrojó al mar. Los otros discípulos vinieron en la barca, pues no estaban lejos de tierra, sino como unos doscientos codos, tirando de la red con los peces. Así que bajaron a tierra, vieron unas brasas encendidas y un pez puesto sobre ellas y pan. Díjoles Jesús: Traed de los peces que habéis pescado ahora. Subió Simón Pedro y arrastró la red a tierra, llena de ciento cincuenta y tres peces grandes; y

con ser tantos, no se rompió la red. Jesús les dijo: Venid y comed. Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle. ¿Tú quien eres?, sabiendo que era el Señor. Se acercó Jesús, tomó el pan y se lo dio, e igualmente el pez. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitado de entre los muertos.

M.C.

Juan narra un milagro de Jesús resucitado y muestra a Jesús como un viviente: comiendo y dando de comer. Dar de comer, repartir el pan y los peces, resulta un gesto muy significativo de Jesús.

Por el texto parece que le reconocen más por sus signos de poder y de atención –dar de comer– que por que vean sin duda alguna al Jesús con el que convivieron día y noche durante casi tres años.

La manera como se presenta la resurrección física de Jesús sugiere que es una forma de comprender y de representar lo que ellos vivieron después de la muerte de Jesús.

Ni la Magdalena le reconoce fácilmente, como sería obvio, ni los discípulos tampoco. Es evidente que no estamos delante de una crónica de hechos.

H.B.

Transcurre un intervalo de tiempo no determinado, hasta que tiene lugar la que es la postrera aparición de Jesús a sus discípulos. En esta ocasión, irrumpe el maestro de Nazaret al aire libre, concretamente junto al mar de Tiberíades, no en un espacio cerrado, y mientras un grupo de los suyos se halla en plena actividad. A diferencia de los pasajes anteriores, no hay ninguna especificidad temporal, algo así como si la acción de Jesús transcurriese en todo momento.

A iniciativa de Simón Pedro, los discípulos se van a pescar, y lo hacen de noche. La de la pesca constituye una bella metáfora de su misión entre las gentes. Los discípulos de Jesús pescan de noche, esto es, en un mundo donde no hay luz, del que Jesús está ausente, en el que se enseñoorea el egoísmo. El evangelista nos dice que Pedro, que ya nos ha sido mostrado como alguien un tanto tosco y primario, no tiene demasiada suerte pescando.

Jesús irrumpe en la escena de buena mañana, con la luz, pero los discípulos no le reconocen, como ya había sucedido anteriormente. El maestro de Nazaret se halla en la playa, que es algo así como el istmo que une la tierra y el mar, el límite entre ambas realidades. El mar turbulento es el mundo, mientras que Jesús representa la tierra firme. Hace acto de presencia el maestro, indicándoles a los suyos dónde y cómo han de pescar, porque

siguiendo a Pedro su acción ha sido infructuosa. Ahora, en cambio, a penas si pueden arrastrar las redes de la cantidad de peces que han entrado en ellas.

Otra vez, es el discípulo sin nombre, al que Jesús amaba, y no Simón Pedro, quien primero reconoce al maestro; y lo hace merced a la abundancia de la pesca. “¿Es el Señor!”, exclama. El contraste, nuevamente, entre el discípulo anónimo y Pedro es patente. Lo que resulta interesante del pasaje es observar el uso del simbolismo del vestido por parte de Juan. Veamos brevemente algunos elementos. En la cena de despedida, Jesús había usado el atuendo propio de los sirvientes. Pedro, en cambio, va aquí desnudo. En otras palabras: no se ha puesto el traje del servicio desinteresado a los demás. Aún actúa empujado por los impulsos del ego, ignorante de que cuando fuerzas las cosas en un sentido provocas la respuesta contraria, algo que todo maestro del espíritu sabe. Por el contrario, cuando Pedro se ciñe la sobretúnica y se arroja al mar, prueba de que por fin ha comprendido el mensaje, obtiene ciento cincuenta y tres peces (ignoro si la cifra posee algún significado), exactamente. Se cumple, pues, el designio del maestro de que cuanto más das más posees.

Jn. 21, 15-19

Cuando hubieron comido, dijo Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Él le dijo: Sí Señor, tú sabes que te amo. Díjole: Apacienta mis corderos. Por segunda vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. Por tercera vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿Me amas? Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntase: ¿Me amas? y le dijo: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo. Díjole Jesús. Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: Cuando eras joven, tú te ceñías e ibas adonde querías; cuando envejeczas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras. Esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios. Después añadió: Sígueme.

M.C.

A la triple negación que Pedro hizo de Jesús, éste le pide a aquél que le haga una triple confesión de amor. Pedro se somete dócilmente y entristecido ante esta reparación de su debilidad.

Jesús no le guarda rencor. Al contrario, lo hace pastor de su rebaño y le anuncia que será tan fuerte que, ya anciano, dará su vida por Él; tal y como había afirmado de corazón pero ignorando su debilidad, al inicio de la pasión.

Juan atribuye un papel fundamental a Pedro en la primitiva comunidad cristiana. Se lo atribuye después que ya lo haya tenido.

H.B.

A las tres negaciones de Pedro, le sigue su triple confesión de amor a Jesús. Él, que había dado muestras de impulsividad, carencias de comprensión y rudeza, es elevado ahora por el maestro de Nazaret a la categoría de pastor de su rebaño. Por tres veces declara Pedro el amor a Jesús, lo cual significa estar dispuesto a dar la vida por el resto como él la dio. Y es que el discípulo debe semejarse a Jesús en todo momento, con una entrega incondicional como la suya. Eso es el amor, fruto del conocimiento de que sólo el Padre es. En el don total del hombre no se dice sino el amor de Dios.

Jn. 21, 20-25

Se volvió Pedro y vio que seguía detrás el discípulo a quien amaba Jesús, el que en la cena se había recostado en su pecho y le había preguntado: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Viéndole, pues, Pedro, Dijo a Jesús: Señor, ¿y éste qué? Jesús le dijo: Si yo quisiera que éste permaneciese hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme.

Se divulgó entre los hermanos la voz de que aquel discípulo no moriría; más no dijo Jesús que no moriría, sino: Si yo quisiera que éste permaneciese hasta que venga, ¿a ti qué?

Este es el discípulo que da testimonio de esto, que lo escribió, y sabemos que su testimonio es verdadero.

Muchas otras cosas hizo Jesús, que si se escribiesen una por una creo que este mundo no podría contener los libros.

M.C.

Jesús habría creído que la intervención de Dios para salvar a su pueblo estaba próxima. Se equivocó. Ésta era una idea corriente en el Israel de aquel tiempo. Las cosas no podían ir peor para el pueblo. Se vivía en el ambiente del malestar del pueblo bajo la dominación romana; sobre todo en Galilea a causa de la creación de varias ciudades helenistas como Séforis, Tiberíades, Cesarea, etc. La fundación y progreso de esas ciudades suponía una auténtica catástrofe para los campesinos judíos. Su creación suponía expropiaciones y confiscaciones de tierras para construir las ciudades y para alimentar a sus ciudadanos. Suponía también aumento de impuestos, endeudamiento de los campesinos, pérdida de sus tierras para pagar deudas, esclavizaciones, reducción de los campesinos a mano de obra temporal, feroces castigos de los romanos y de sus reyes aliados, títeres de Roma, a las más ligeras protestas o rebeliones. Los grandes sacerdotes de Israel habían pactado con Roma y no representaban ningún alivio para los pobres.

En el ambiente había un malestar tal que condujo a la rebelión contra la dominación romana, poco más de 30 años después de la muerte de Jesús.

Los discípulos participaban de esa idea de la llegada inmediata de ayuda por parte de Dios para rescatar a Israel de todos sus males.

Sin embargo en el año 100, no se habían cumplido las expectativas; no había habido ninguna intervención espectacular de Dios a favor del pueblo, sino que por el contrario Israel había sido derrotado dispersado por la fuerza militar de los generales romanos.

Jesús pudo haber creído que Juan, el más joven de sus discípulos, vería la intervención de Dios. Al no producirse esa intervención, los cristianos podían creer que Juan no moriría hasta que eso pasara. El evangelista sale al paso de todos estos equívocos. Juan concluye el evangelio diciendo que si hubiera narrado todo lo que Jesús dijo e hizo, los libros no cabrían en la tierra. Hablar de la manifestación del Innombrable, no tiene fin.

Asimismo, atestigua que dice verdad. Y sin duda, lo que dice no se lo puede haber inventado, aunque le haya dado una interpretación mitológica, como no podía ser de otra manera.

H.B.

El Evangelio llega a su fin. Sus últimas palabras se refieren al discípulo amado por Jesús, el que carecía de nombre, aquél que en la cena de despedida aparecía en escena recostado en el pecho del maestro. Juan rectifica en el texto los posibles equívocos en torno a su figura, que pudieron circular en la época, tratando de salvar en todo momento la palabra de Jesús, quien, según él, no habría dicho que su discípulo más joven no moriría jamás.

El evangelista acaba reconociendo que muchas otras cosas más realizó Jesús, tantas que si hubieran de ponerse por escrito el mundo no podría contener todos los libros necesarios. Juan sabe más de lo que dice. De hecho, todos los maestros espíritu saben más de lo que dicen. Y es que así como hay cosas que no se adquieren con dinero, otras cosas no se comprenden mediante las palabras sino a través del silencio.

A MODO DE CONCLUSIÓN
Marià Corbí

Una breve verificación

El breve estudio de estos textos verifica que el Evangelio se puede abrir en toda su belleza y grandeza sin tener que ser creyente, ni religioso, ni siquiera teísta.

Se puede recuperar a un gran maestro del espíritu, profundo y cálido, para los hombres de nuestras sociedades laicas y sin creencias.

Sería un error dejar de lado un mensaje como el de Jesús, incomprendido por causa del revestimiento de mitos, creencias y religión. Sería una gran calamidad no ser capaces de recuperar las fuentes de sabiduría que están en la base de nuestra cultura.

Intentar asimilar a los grandes maestros de las otras tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad, sin ser capaces de echar raíces en la propia tierra, tendría un punto serio de irrealidad.

Sería un gran despilfarro no poder heredar la gran sabiduría que está en nuestro propio fundamento, por falta de coraje y esfuerzo para retomar ese magnífico legado desde las condiciones en que nos encontramos: no siendo creyentes, ni teístas, ni católicos, ni protestantes, ni ortodoxos.

Conocer la mitologización de Jesús y los procedimientos por los que se le mitologizó no disminuye en modo alguno su grandeza ni, menos, la sutilidad de su mensaje.

Leer a Jesús sin la interpretación que hace la epistemología mítica no supone ninguna pérdida sino todo lo contrario. Actualmente seguirle sin creencias no es infidelidad sino fidelidad.

Jesús el maestro sutil

*¡Qué difícil va a ser recuperar a Jesús
como puro Maestro del espíritu!
Jesús el maestro sutil, radical, desnudo,
revelación de “Eso que es” como Padre;
el Maestro sin doctrinas y sin poder;
el que sólo revela la Verdad,
que es amor y unidad.*

*Jesús no crea una religión,
ni un gran sistema de creencias,
ni una organización poderosa,
ni un sistema de rituales.*

*Jesús revela que “eso que es”
es amor incondicional;
a sus seguidores se les conocerá
por su amor incondicional.*

*Juan da el primer paso
para que Jesús pierda su sutilidad:
hacerle Verbo, Dios y Señor,
es el germen de una nueva religión,
la del Verbo encarnado.*

*La interpretación que Juan hace
como el preexistente,
que desciende y vuelve al Padre,
es ya el germen de un sistema de creencias.
Ahí se apoyan los primeros concilios
para construir el dogma cristológico.*

*Si es una nueva religión,
hay que estructurar esa religión.
Juan no dice nada de eso,
pero pone las bases
para construir un sistema de creencias,
soporte de una estructura eclesial.*

*Juan incultura a Jesús en el mundo heleno.
Lo interpreta, pone las bases para la teología,
y al interpretarlo lo objetiviza.
Al objetivarlo lo delimita,
aunque sea haciéndolo Dios y Señor,
Mediador y Salvador único.
Juan no podía hacer otra cosa.
Ni lo que hizo es obstáculo,
si sabemos comprender,
lejos de una epistemología mítica.*

*Nuestra tarea es inculturar a Jesús
en las sociedades de conocimiento,
sociedades que son globales.
Nuestra ventaja: nuestras sociedades
no se articulan sobre creencias, ni mitos,
ni son estrictamente jerárquicas.
No necesitamos interpretarlo,
delimitarlo, hacerle Señor,
ni hacerle fundador de una religión.
No necesitamos hacerle de Él
el creador de una estructura de poder
sobre las mentes, los corazones
y la acción de los hombres.*

*En las nuevas sociedades
estamos desnudos,
podemos aproximarnos
al Maestro desnudo.*

*Pero ¡qué difícil recuperar
al puro, al sutil, al radical,
al que ama a sus enemigos,
al enemigo de toda hipocresía
y de toda explotación,
al que revela
que “todo ésto que aquí viene”
es amor incondicional,
el Padre, el indefinible;
al que llama a una relación inmediata con el Padre,
al maestro de la unidad,
a Jesús el pobre!*

*¡Qué difícil despojarle
de todas las vestimentas
reales, sagradas,
del poder que se le atribuye,
de ser el creador de unas iglesias
fundamentadas en creencias,
sumisión y dominio,
aliadas del poder y la riqueza!*

*Pero su grandeza,
en su humildad completa,
está ahí,
al alcance de quienes le miren
con ojos desnudos,
con mente libre de prejuicios
e interpretaciones previas.*

*A Jesús hay que acercarse,
pobre, desnudo y en silencio.
Entonces el habla,
y su palabra transforma.*

*El Evangelio de Juan
es un gran cofre de diamantes;
nuestra pequeña mano
no ha podido coger más que unos pocos.
En ese cofre hay más, mucho más
de lo que hemos podido poner
ante los ojos y el corazón..*

Marià Corbí

Aguilar, Rosa M.: "Judaísmo y helenismo en el siglo I de nuestra era." En: Piñero, A. (Ed.): *Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs.209-235.

Alvar, J.: "Pablo, los 'misterios' y la salvación". En: Piñero, A. (Ed.): *Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 331-359.

Ben-Chorin, Schalom: *Hermano Jesús. El Nazareno desde una perspectiva judía*. Barcelona, Riopiedras, 2003.

Bernabé, A.: "El orfismo y el neopitagorismo". En: Piñero, A. (Ed.) *Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 595-639.

Bernheim, Pierre-Antoine: *Jacques, Frère de Jésus*. Éditions Noësis, 1996.

Blanchetière, François: *Enquête sur les racines juives du mouvement chrétien*. Paris, Cerf, 2001.

Bustos Saiz, J.R.: "Teología paulina y filosofía estoica". En: Piñero, A. (Ed.): *Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 359-387.

Comblin, José: *Jesús de Nazaret. Meditación sobre la vida y acción humana de Jesús*. Santander, Editorial Sal Terrae. 4ª ed. 1989.

Corbí, Mariano: *Análisis epistemológico de las configuraciones axiológicas humanas*. Salamanca. Universidad de Salamanca, 1983.

Corbí, Mariano: *Proyectar la sociedad, reconvertir la religión. Los nuevos ciudadanos*. Barcelona, Herder 1992.

Corbí, Mariano: *Viento de libertad. Lectura del Evangelio desde una sociedad sin creencias*. Barcelona. Hogar del Libro, 1994.

Corbí, Mariano: *Conocer desde el Silencio*. Salamanca, Sal Terrae, 1992.

- Corbí, Mariano: *Religión sin religión*. Madrid, PPC, 1996.
- Corbí, Marià: *El camino interior más allá de las formas religiosas*. Barcelona. Ediciones del Bronce. 2001.
- Corbí, Marià: *Hacia una espiritualidad laica. Sin creencias, sin religiones, sin dioses*. Barcelona, Herder, 2007.
- Corbí, Marià: *Más allá de los límites. Meditaciones sobre la unidad*. Barcelona, CETR, 2009.
- Crossan, John D.; Reed, Jonathan L.: *Jesús desenterrado*. Barcelona Crítica, 2003.
- Crossan, John Dominic: *El nacimiento del cristianismo. Qué sucedió en los años inmediatamente posteriores a la ejecución de Jesús*. Santander, Sal Terrae, 2002.
- Crossan, John Dominic: *Jesús: Vida de un campesino judío*. Barcelona. Crítica, Grupo Grijalbo-Mondadori, 1994.
- De Santos Otero, Aurelio: *Los evangelios apócrifos. Edición crítica y bilingüe*. Madrid, BAC, 1984.
- Desjardins, Arnaud; Loiseleur, Véronique: *En relisant les Évangiles*. Paris, Éditions de la table ronde. 1990.
- Dodd, C.H.: *El fundador del cristianismo*. Barcelona, Herder, 1974.
- Ehrman, Bart D.: *Cristianismos perdidos. Los credos proscritos del nuevo testamento*. Barcelona, Ares Mares, 2004.
- Goguel Maurice: *Jesús et les origines du christianisme. La naissance du Christianisme*. Paris. Payot, 1955.
- González Faus, José Ignacio: *Acceso a Jesús*. Salamanca, Sígueme, 1979.
- Haight, Roger: *Jesús símbolo de Dios*. Madrid. Editorial Trotta, 2007.
- Hampâté Bâ, Amadou: *Jesús vu par un musulman*. Paris Éditions Stock. 1996.
- Hick, John: *La metáfora de Dios encarnado. Cristología para un tiempo pluralista*. Quito, Agenda Latinoamericana. 2004.
- Hultgard, A.; Uppsala, U.: “La religión irania en la Antigüedad. Su impacto en las religiones de su entorno: judaísmo, cristianismo, gnosis”. En: Piñero, A. (Ed.) *Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba. Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 551-595.
- Jeremias, Joachim: *Jerusalén en tiempos de Jesús. Estudio económico y social del mundo del nuevo testamento*. Madrid Ediciones Cristiandad, 1977.
- Leloup, Jean-Yves: *L'Évangile de Jean*. Paris. Albin Michel, 1989.
- Loisy, Alfred: *Los misterios paganos y el misterio cristiano*. Paidós, Barcelona, 1990
- López-Salvá, M.: “Pablo y las corrientes gnósticas de su tiempo”. En: Piñero, A. (Ed.): *Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 307-331.
- Lozano, A.; Pinero, A.: “Encuentro de Israel con el helenismo”. En: Piñero, A. (Ed.) *Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 23-103.
- Mack, Burton L.: *El Evangelio perdido. El documento Q. Único texto auténtico sobre los orígenes del cristianismo*. Barcelona. Martínez Roca, 1994.
- MacMulle, Ramsay: *Christianisme et paganisme du IV au VIII siècle*. Paris, Les Belles Lettres. 2004.
- Meier, John P.: *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. Los milagros*. Tomo II/2. Estella, Editorial Verbo Divino. 2000.
- Meier, John P.: *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. Las raíces del problema y de la persona*. Tomo I. Estella, Editorial Verbo Divino. 2000.
- Meier, John P.: *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. Juan y Jesús. El reino de Dios*. Tomo II/I. Estella, Editorial Verbo Divino. 2000.
- Montserrat Torrents, José: *La sinagoga cristiana*. Madrid. Editorial Trotta. 2005.
- Montserrat, J.: “¿Hay una gnosis precristiana?” En: Piñero, A. (Ed.) *Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba. Ediciones el Almendro. 2007, pgs. 629-657.
- Muñoz León, Domingo: “Filiación en el evangelio de Juan”. En: Ayan Calvo, Juan José; Navascués Benlloch, Patricio de; Aroztegui Esnaola, Manuel: *Filiación Cultural pagana, Religión de Israel y Orígenes del cristianismo. V. II*. Madrid, Trotta, 2007, pgs.237-265.
- Pagels, Elaine: *Los evangelios gnósticos*. Barcelona. Crítica. Grupo editorial Grijalbo. Barcelona. 1982.
- Pagels, Elaine: *Más allá de la fe. El evangelio secreto de Tomás*. Barcelona, Ares y Mares. 2003.
- Pagels, Elaine: *Los evangelios gnósticos*. Barcelona, Crítica. 2004.
- Pagels, Elaine: *El evangelio de Judas*. Barcelona, Nacional Geographic. 2006.
- Pagola J. A.: *Jesús. Aproximación histórica*. Madrid, PPC 7º ed. 2008.

Peláez, J.: “El judaísmo helenístico. El caso de Alejandría”. En: *Piñero, A. (Ed.) Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 103-129.

Piñero, A.: “El cristianismo en la religiosidad de su tiempo. Judaísmo y helenismo en la plasmación de la teología cristiana naciente (Jesús de Nazaret, Pablo y Juan)”. En: *Piñero, A. (Ed.) Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 471-535.

Piñero, A.: “El Evangelio de Juan, punto de encuentro entre judaísmo y helenismo. Sobre el motivo de la composición del IV Evangelio”. En: *Piñero, A. (Ed.) Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro 2007, pgs. 419-471.

Piñero, A.: “La traducción griega de la Biblia”. En: *Piñero, A. (Ed.) Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 165-189.

Piñero, A.: *Los cristianismos derrotados. ¿Cuál fue el pensamiento de los primeros cristianos heréticos y heterodoxos?* Madrid. Edaf. 2007.

Prabhavananda, Swaumi: *Le sermón sur la montagne d'après le Vedanta*. Paris. Centre vanticque Ramakrichna. Reimpr. 1978.

Reed, Jonathan L.: *El Jesús de Galilea. Aportaciones desde la arqueología*. Salamanca, Ediciones Sígueme. 2006.

Rius-Camps, J.: “Confrontación en la Iglesia primitiva: el círculo hebreo y el helenista en la obra de Lucas (Evangelio y Hechos de los Apóstoles)”. En: *Piñero, A. (Ed.) Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 261-307.

Rops, Daniel: *La vie quotidienne en Palestine au temps de Jésus*. Paris, Hachette. 1961.

Sachot, Maurice: *La invención de Cristo. Génesis de una religión*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

Sánchez Caro, J. M.: “Escritos tardíos del Nuevo Testamento y helenismo: cartas deuteropaulinas, pastorales, católica”. En: *Piñero, A. (Ed.) Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro. 2007, pgs. 387-419.

Sanders, E. P.: *Jesús y el judaísmo*. Madrid, Editorial Trotta, 2004.

Skali, Faouzi: *Jesús en la tradición sufi*. Madrid, Ibersaf Editores, 2006.

Teja, R.: “La jerarquía de la iglesia primitiva y los modelos helenístico-romanos”. En: *Piñero, A. (Ed.) Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 535-551.

Teja, Ramón (Ed.): *Cristianismo marginado. Rebeldes, excluidos*. Pagels, Elaine: *Más allá de la fe. El evangelio secreto de Tomás*. Barcelona, Ares y Mares. 2003.

Pagels, Elaine: *Más allá de la fe. El evangelio secreto de Tomás*. Barcelona, Ares y Mares. 2003.

Trebolle Barrera, J.: “Los últimos escritos del Antiguo Testamento y la influencia del helenismo”. En: *Piñero, A. (Ed.) Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 189-209.

Trevijano Echevarría, Ramón: “La filiación como categoría cristológica y antropológica en el evangelio de Tomás”. En: *Ayán Calvo, Juan José; Navascués Benlloch, Patricio de; Aroztegui Esnaola, Manuel: Filiación. Cultura pagana, religión de Israel y orígenes del cristianismo. V. II*. Madrid, Trotta, 2007, pgs. 187-203.

VV.AA.: *Cristianismo marginado I: rebeldes, excluidos, perseguidos. De los orígenes al año 1000*. Madrid, Ediciones Polifemo. 1998.

Vegas Montaner, L.; Piñero, A.: “El cambio general de la religión judía al contacto con el helenismo”. En: *Piñero, A. (Ed.) Biblia y helenismo. El pensamiento griego y la formación del cristianismo*. Córdoba, Ediciones el Almendro, 2007, pgs. 129-165.

Vermes Geza: *La religión de Jesús el judío*. Madrid. Anaya & Mario Muchnik, 1995.

Vidal, Marie: *En juif nommé Jésus. Une lecture de l'Évangile à la lumière de la Torah*. Paris. Albin Michel. 1996.

Halil Bárcena

Ghulam Ahmad, Hazrat Mirza: *Jesús in India*, Rabwah (Paquistán): The Ahmadiyya Muslim Foreign Missions Department, 1962.

Guénon, René: *El simbolismo de la cruz*. Palma de Mallorca: J. J. de Olañeta, 2003.

Khalidi, Tarif: *Un musulman nommé Jésus*. Paris: Albin Michel, 2003.

Nurbakhsh, Dr. Javad: *Jesús a los ojos de los sufíes*. Madrid: Darek-Nyumba, 1996.

Schuon, Frithjof: “El mensaje coránico de Sayyidnâ ‘Isâ (Jesús)”. En: *Forma y substancia de las religiones*. Palma de Mallorca: 1998, pp. 89-98.

Schuon, Frithjof: *Islam-Cristianismo. Visiones de ecumenismo esotérico*. Palma de Mallorca: J. J. de Olañeta, 2003.

Skali, Faouzi: *Jesús en la tradición sufi*. Madrid: Ibersaf, 2006.

Thompson, Ahmed: *Jesús, Profeta del Islam*. Palma de Mallorca: Kutubia Mayurqa, 2000.

Marià Corbí

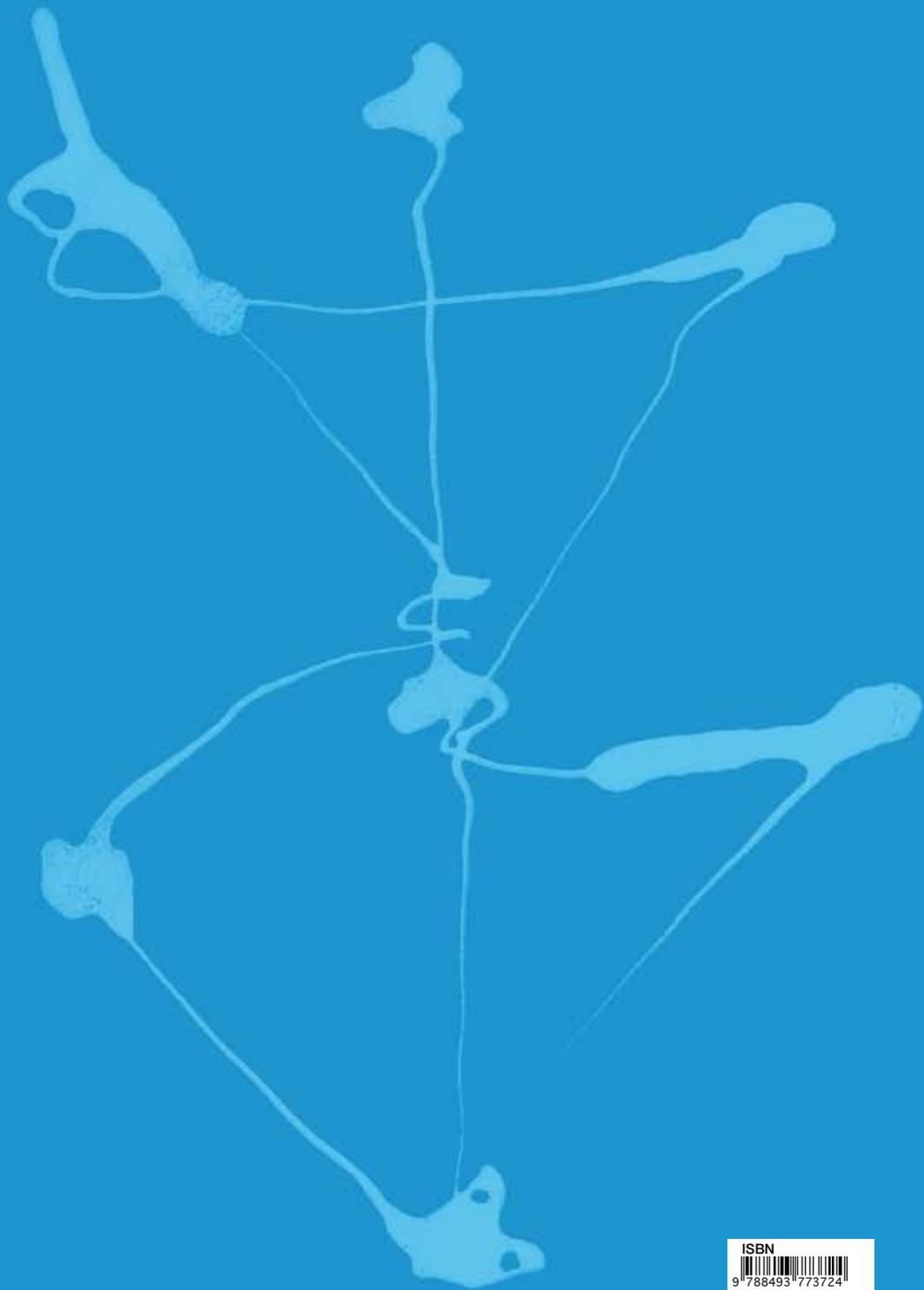
Marià Corbí (Valencia, 1932) dirige el Centro de Estudio de las Tradiciones de Sabiduría (www.cetr.net). Doctor en Filosofía y licenciado en Teología, ha sido profesor en ESADE y en la Fundación Vidal y Barraquer. Epistemólogo de las formaciones axiológicas, ha dedicado su vida al estudio de las consecuencias ideológicas y religiosas de las transformaciones generadas por las sociedades postindustriales y de innovación.

Entre sus obras cabe destacar: *Conocer desde el silencio*. (Santander, 1992), *Religión sin religión*. (Madrid, 1996), *El camino interior, más allá de las formas religiosas*. (Barcelona, Bronce, 2001), *Métodos de silencio*. (Barcelona, 2006.) *Hacia una espiritualidad laica* (Barcelona, 2007 y Verloc 2010 en inglés) y *Meditaciones. A la intemperie* (Verloc 2009).

Halil Bárcena

(Renedo, Cantabria, 1962) es islamólogo, especialista en Mawlânâ Rûmî y la mística sufi persa. Desde 1998, dirige el Instituto de Estudios Sufies (instituto-sufi.blogspot.com). Licenciado en Ciencias de la Información, diplomado en lengua árabe, máster en estudios árabes e islámicos y diploma de estudios avanzados en humanidades, ha cursado estudios islámicos y de filología árabe y persa en Marruecos, Jordania, Líbano y Siria. Formado en musicología islámica, es intérprete de *ney* (flauta derviche de caña). También cultiva la caligrafía islámica. Profesor del Máster de Historia de las Religiones de la Universidad de Barcelona y de la Universidad de Deusto.

Es asesor de la colección “Sagrats i Clàssics” de Fragmenta, editorial donde ha publicado el *El sufisme* (Barcelona, 2008) y la edición, traducción del árabe al catalán y caligrafía árabe del *Dīwān de Ḥal-lāğ* (Barcelona, 2010).



ISBN
9 788493 773724